

Ramlord

LA SAGA DEL SAMURAI MÁS FAMOSO DE TODOS LOS TIEMPOS

Eiji YOSHIKAWA



martínez roca

MUSASHI



5.

EL CAMINO DE LA VIDA
Y DE LA MUERTE

Ramlord

MUSASHI

Quinta y última entrega de una saga épica monumental sobre la vida y andanzas del samurai más famoso de todos los tiempos y, a la vez, un clásico de las letras japonesas que se ha convertido en un auténtico bestseller internacional.

La entrega de Musashi al Camino de la Espada le ha granjeado el respeto y la admiración del señor Ujikatsu de Awa y de Yagyū Munenori, que ha decidido recomendarle para el puesto de instructor del shogun. Sin embargo, hay quienes se sienten escandalizados por el hecho de que un rōnin de dudosos orígenes como él pueda siquiera ser tomado en cuenta. Viejas rencillas provocan una red de maledicciones y su reputación es atacada de forma insidiosa. Mientras tanto, Sasaki Kojirō persigue cuidadosa y calculadoramente sus propias ambiciones, buscando enfrentarse a Musashi en un combate singular, que llega a hacerse inevitable. Hasta que, finalmente, todos asisten sin aliento al desenlace de un duelo épico entre las dos mejores espadas del momento.

La biografía de Miyamoto Musashi, la espada más célebre de la historia de Japón, sirve de base a una de las novelas más apasionantes que han dado las letras japonesas. Un libro de lectura compulsiva en el que brillan con luz propia los mejores recursos de una forma de narrar tan enérgica como eficaz, y que permite al lector entender la tradición heroica japonesa.

«El equivalente japonés de *Lo que el viento se llevó*.»
Edwin O. Reischauer.

«Una saga emocionante... Una lectura que conmueve.»
San Francisco Chronicle.

«Vivo, sutil, imaginativo... Rebosante de personajes memorables, muchos de ellos históricos.» *Publishers Weekly*.

Volúmenes publicados:

1. *El camino del samurai*
2. *El arte de la guerra*
3. *El Camino de la Espada*
4. *El código Bushido*
5. *El camino de la vida y de la muerte*

ISBN 84-270-1878-9



9 788427 018785

MUSASHI

5. El camino de la vida y de la muerte

Resumen de los volúmenes anteriores

Musashi ha comprendido que las técnicas de esgrima no son su objetivo. Busca un Camino de la Espada que lo abarque todo. La espada tiene que ser mucho más que una simple arma, ha de ser una respuesta al interrogante de la vida.

Toma como alumno al joven Iori, decidiendo dedicarse con él al cuidado de la tierra. Las inundaciones periódicas que se producen en la región hacen su tarea aparentemente imposible, hasta que deja de intentar someter la tierra y en vez de ello descubre cómo adaptarse a sus características. Durante este período organiza también a los habitantes de la localidad para repeler el pillaje de un grupo de bandidos. Este hecho y sus logros en el cultivo de la tierra le convierten en una celebridad local, llegando a llamar la atención de Tadatoshi, señor de Edo.

La vieja Osugi, que ha jurado vengarse de Musashi por creerle responsable de la rotura del compromiso matrimonial de su hijo Matahachi con la joven Otsü, enamorada de Musashi, ha sido acogida en casa de Yajibei, un poderoso capataz local que lidera a un grupo de rufianes en Edo.

Sasaki Kojiró, joven y ambicioso samurai, se ha instalado también en Edo y ha atraído asimismo la atención de Tadatoshi. Mientras maniobra para conseguir entrar al servicio de éste, se une al grupo de Yajibei como instructor, buscando desafiar a Musashi cuando sabe de su presencia en la ciudad.

La ambición de Kojiró le lleva a enemistarse y, finalmente, a destruir la escuela Obata de estrategia militar. Uno de sus estudiantes, Shinzô, es ayudado por Musashi en un altercado con los hombres de Yajibei, con gran coste para su reputación, ya que es tildado públicamente de cobarde por éstos.

Sin embargo, su personalidad cada vez más reflexiva y su entrega al Camino de la Espada le granjean la amistad de diversos personajes relevantes, incluyendo al señor Ujikatsu de Awa, padre de Shinzo y, a su vez, renombrado estratega militar, y a Munenori, samurai al servicio del propio shogun. Al conocer su situación, y deseosos de que pueda asentarse y casarse con Otsü, deciden recomendarle para el puesto de instructor del shogun.

Personajes y lugares

AKEMI, la hija de Oko
DAIZÓ, un ladrón
YOSHINO DAYÚ, una hermosa cortesana
EDO, la capital del shogunado
FUNASHIMA, una isla, lugar de la batalla definitiva entre Musashi y Kojiró
GONNOSUKE, campesino y aspirante a samurai
GUDO, un sacerdote Zen
TOKUGAWA HÍDETADA, hijo de Tokugawa Ieyasu, a quien sucedió en 1605
YAGYŪ HYogo, nieto de Yagyū Sekishūsai
TOKUGAWA IEYASU, el shogun, dirigente de Japón
SANNOSUKE IORI, muchacho campesino y seguidor de Musashi
JÓTARÓ, joven seguidor de Musashi
IWAMA KAKUBEI, vasallo de la Casa de Hosokawa
HON'AMI KÓETSU, artesano
SASAKI KOJIRÓ, samurai y principal rival de Musashi, conocido también como Ganryū
HON'IDEN MATAHACHI, amigo de infancia de Musashi
MIMASAKA, provincia natal de Musashi
YAGYŪ MUNENORI, hijo de Yagyū Sekishūsai y samurai del shogun

MIYAMOTO MUSASHI, espadachín de fama creciente
HON'AMI MYÓSHŪ, la madre de Hon'ami Kōetsu
OKO, mujer lasciva
OMITSU, sobrina de Ono Tadaaki
HON'IDEN OSUGI, la madre de Matahachi y enemiga acérrima
de Musashi
OTSŪ, joven enamorada de Musashi NAGAOKA SADO,
ayudante de Hosokawa Tadatoshi YAGYŪ SEKISHŪSAI,
anciano maestro del estilo Yagyū de esgrima
H5JO SHINZÓ, samurai e hijo del señor Hojo Ujikatsu
TAKUAN SÓHÓ, un monje excéntrico KIMURA SUKEKURÓ,
espadachín de la Casa de Yagyū ONO TADAAKI, tutor de artes
marciales del shogun HOSOKAWA TADATOSHI, hijo mayor
del señor Hosokawa Tadoaki, patrón de Kojirō
SEÑOR HOSOKAWA TADOAKI, poderoso daimyo o dirigente re-
gional
SHIMMEN TAKEZÓ, nombre anterior de Musashi AOKI
TANZAEMON, un soldado, padre de Jotarō GION TÓJI,
samurai de la escuela Yoshioka y marido de Oko TOYOTOMI,
familia rival de los Tokugawa y gobernantes del
castillo de Osaka SEÑOR Hójo UJIKATSU, señor de Awa y
renombrado estratega
militar USHINOSUKE, un muchacho
campesino

Prólogo

Podemos decir sin temor a equivocarnos que este libro viene a ser el equivalente japonés de *Lo que el viento se llevó*. Escrito por Eiji Yoshikawa (1892-1962), uno de los escritores populares más prolífico y estimado de Japón, es una larga novela histórica que apareció primero señalizada, entre 1935 y 1939, en el *Asahi Shimbun*, el periódico japonés de mayor tirada y más prestigioso. En forma de libro se ha publicado no menos de catorce veces, la más reciente en cuatro volúmenes de las obras completas en 53 tomos editadas por Kodansha. Ha sido llevada al cine unas siete veces, se ha representado numerosas veces en los escenarios y con frecuencia ha sido presentada en seriales televisivos.

Miyamoto Musashi fue un personaje histórico, pero gracias a la novela de Yoshikawa tanto él como los demás principales personajes del libro han pasado a formar parte del folklore vivo japonés. El público está tan familiarizado con ellos que a menudo sirven como modelos con los que se compara a alguien, pues son personalidades que todo el mundo conoce. Este hecho proporciona a la novela un interés adicional para el lector extranjero. No sólo ofrece un período de la historia japonesa novelada, sino que también muestra cómo ven los japoneses su pasado y a sí mismos. Pero el lector disfrutará sobre todo de un brioso rela-

to de aventuras protagonizadas por espadachines y una discreta historia de amor, al estilo japonés.

Las comparaciones con la novela *Shogun*, de James Clavell, parecen inevitables, porque hoy, para la mayoría de los occidentales, tanto el libro como la serie de televisión *Shogun* compiten con las películas de samurais como su principal fuente de conocimiento sobre el pasado de Japón. Ambas novelas se ocupan del mismo periodo histórico. *Shogun*, cuya acción tiene lugar en el año 1600, finaliza cuando Toranaga, que corresponde al Tokugawa Ieyasu histórico y pronto va a ser el shogun o dictador militar del país, parte hacia la decisiva batalla de Sekigahara. El relato de Yoshikawa comienza cuando el joven Takezō, que más adelante tomará el nombre de Miyamoto Musashi, yace herido entre los cadáveres del ejército derrotado en ese campo de batalla.

Con la única excepción de Blackthorne, el histórico Will Adams, *Shogun* trata sobre todo de los grandes señores y damas de Japón, que aparecen levemente velados bajo nombres que Clavell ha ideado para ellos. Aunque en *Musashi* se mencionan muchas grandes figuras históricas con sus nombres verdaderos, el autor se ocupa de una gama más amplia de japoneses, en especial el grupo bastante extenso que vivía en la frontera mal definida entre la aristocracia militar hereditaria y la gente corriente, los campesinos, comerciantes y artesanos. Clavell distorsiona libremente los hechos históricos para que encajen en su relato e inserta una historia de amor a la occidental que no sólo se mofa flagrantemente de la historia, sino que es del todo inimaginable en el Japón de aquella época. Yoshikawa permanece fiel a la historia, o por lo menos a la tradición histórica, y su historia de amor, que es como un tema de fondo a escala menor a lo largo del libro, es auténticamente japonesa.

Por supuesto, Yoshikawa ha enriquecido su relato con muchos detalles imaginarios. Hay suficientes coincidencias extrañas e intrépidas proezas para satisfacer a todo amante de los relatos de aventuras, pero el autor se mantiene fiel a los hechos históricos tal como se conocen. No sólo el mismo Musashi sino también muchos de los demás personajes que tienen papeles destacados en el relato son individuos que han existido históricamente. Por ejemplo, Takuan, que actúa como luz orientadora

y mentor del joven Musashi, fue un famoso monje zen, calígrafo, pintor, poeta y maestro de la ceremonia del té en aquella época, que llegó a ser el abad más joven del templo Daitokuji de Kyoto, en 1609, y más adelante fundó un monasterio principal en Edo, pero a quien hoy se recuerda más por haber dado su nombre a un popular encurtido japonés.

El Miyamoto Musashi histórico, quien pudo haber nacido en 1584 y muerto en 1645, fue un maestro de la esgrima, como su padre, y se hizo famoso porque usaba dos espadas. Era un ardiente cultivador de la autodisciplina como la clave de las artes marciales y escribió una célebre obra sobre esgrima, el *Gorin no sho*. Probablemente participó de joven en la batalla de Sekigahara, y sus enfrentamientos con la escuela de esgrima Yoshio-ka de Kyoto, los monjes guerreros del templo Hózoin de Nara y el afamado espadachín Sasaki Kojiró, todos los cuales ocupan un lugar destacado en esta obra, ocurrieron realmente. El relato de Yoshikawa finaliza en 1612, cuando Musashi era todavía un joven de unos veintiocho años, pero es posible que posteriormente luchara con el bando perdedor en el asedio del castillo de Osaka en 1614 y que en los años 1637 y 1638 participara en la aniquilación del campesinado cristiano de Shimabara en la isla occidental de Kyushu, acontecimiento que señaló la extirpación del cristianismo en Japón durante los dos siglos siguientes y contribuyó al aislamiento de Japón del resto del mundo.

Resulta irónico que en 1640 Musashi se hiciera servidor de los señores Hosokawa de Kumamoto, los cuales, cuando eran los señores de Kumamoto, habían sido protectores de su principal rival, Sasaki Kojiró. Los Hosokawa nos hacen volver a Shogun, porque es el Hosokawa mayor, Tadaoki, quien figura de una manera totalmente injustificable como uno de los principales villanos de esa novela, y es la ejemplar esposa cristiana de Tadaoki, Gracia, la que aparece plasmada, sin un ápice de verosimilitud, como Mariko, el gran amor de Blackthorne.

La época en que vivió Musashi fue un periodo de gran transición en Japón. Tras un siglo de guerra incesante entre pequeños daimyos, o señores feudales, tres líderes sucesivos habían reunificado finalmente el país por medio de la conquista. Oda Nobunaga había iniciado el proceso pero, antes de completarlo,

murió a manos de un vasallo traidor, en 1582. Su general más capacitado, Hideyoshi, que se había elevado desde simple soldado de infantería, completó la unificación del país pero murió en 1598, antes de que pudiera consolidar el dominio de la nación a favor de su heredero. El vasallo más fuerte de Hideyoshi, Tokugawa Ieyasu, un gran daimyo que gobernaba en gran parte del Japón oriental desde su castillo en Edo, la moderna Tokyo, consiguió entonces la supremacía al derrotar a una coalición de daimyos occidentales en Sekigahara. Esto ocurrió en 1600, y tres años después Ieyasu adoptó el título tradicional de shogun, que significaba su dictadura militar sobre todo el territorio, teóricamente en nombre de la antigua pero impotente línea imperial de Kyoto. En 1605, Ieyasu transfirió la posición de shogun a su hijo, Hidetada, pero siguió sujetando él mismo las riendas del poder hasta que hubo destruido a los seguidores del heredero de Hideyoshi en los sitios del castillo de Osaka, que tuvieron lugar en 1614 y 1615.

Los tres primeros dirigentes Tokugawa establecieron un control tan firme de Japón que su dominio se prolongó durante más de dos siglos y medio, hasta que finalmente se hundió en 1868, tras los tumultos que siguieron a la reapertura de Japón al contacto con Occidente, una década y media atrás. Los Tokugawa gobernaron por medio de daimyos hereditarios semiautónomos, cuyo número era de unos 265 al final del periodo, y los daimyos, a su vez, controlaban sus feudos por medio de sus servidores samurai hereditarios. La transición desde la guerra constante a una paz estrechamente regulada provocó la aparición de fuertes diferencias de clase entre los samurais, que tenían el privilegio de llevar dos espadas y tener apellido, y los plebeyos, a los cuales, aunque figuraban entre ellos ricos comerciantes y terratenientes, se les negaba en teoría el derecho a todo tipo de armas y el honor de usar apellidos.

Sin embargo, durante los años sobre los que Yoshikawa escribe, esas diferencias de clase aún no estaban nítidamente definidas. Todas las localidades contaban con un remanente de campesinos luchadores, y el país estaba lleno de rónin, o samurais sin amo, en su mayor parte restos de los ejércitos de daimyos que habían perdido sus dominios tras la batalla de Seki-

gahara o en guerras anteriores. Fue necesaria una generación, o tal vez dos, antes de que la sociedad quedara totalmente clasificada en las rígidas divisiones de clase del sistema Tokugawa, y entretanto hubo considerables fermento y movilidad sociales.

Otra gran transición en los inicios del Japón del siglo xvii fue la naturaleza del liderazgo. Restaurada la paz y con el fin de las grandes guerras, la clase guerrera dominante descubrió que la pericia militar era menos esencial para dominar con éxito que el talento administrativo. La clase samurai inició una lenta transformación: de guerreros con armas de fuego y espadas pasaron a ser burócratas con pincel de escribir y papel. El dominio de sí mismo y la disciplina en una sociedad en paz iban siendo más importantes que la habilidad guerrera. El lector occidental quizá se sorprenda al constatar lo extendida que estaba la alfabetización ya a principios del siglo xviii y las constantes referencias que los japoneses hacían a la historia y la literatura chinas, al modo como los europeos nórdicos de la misma época se referían continuamente a las tradiciones de Grecia y Roma antiguas.

Una tercera transición importante en la época de Musashi fue la del armamento. En la segunda mitad del siglo XVI, los mosquetes de mecha, introducidos recientemente por los portugueses, se habían convertido en las armas decisivas en el campo de batalla, pero cuando reinaba la paz en el país los samurais podían dar la espalda a las desagradables armas de fuego y reanudar su tradicional relación amorosa con la espada. Florecieron las escuelas de esgrima. Sin embargo, como habían disminuido las probabilidades de usar las espadas en combates verdaderos, las habilidades marciales fueron convirtiéndose gradualmente en artes marciales, y éstas recalcaron cada vez más la importancia del dominio de uno mismo y las cualidades de la esgrima para la formación del carácter, más que una eficacia militar que no se había puesto a prueba.

El relato que hace Yoshikawa de la época juvenil de Musashi ilustra todos estos cambios que tenían lugar en Japón. Él mismo era un ronin típico de un pueblo de montaña, y sólo llegó a ser un samurai al servicio de un señor en su madurez. Fue el fundador de una escuela de esgrima. Lo más importante de todo

es que, gradualmente, se transformó y pasó de ser un luchador instintivo a un hombre que perseguía fanáticamente los objetivos de la autodisciplina similar a la del zen, un completo dominio interior de sí mismo y el sentido de la unión con la naturaleza circundante. Aunque en sus años mozos todavía podían darse justas a muerte, parecidas a los torneos de la Europa medieval, el Musashi que retrata Yoshikawa da un giro consciente a sus artes marciales, las cuales dejan de estar al servicio de la guerra para convertirse en un medio de formación del carácter en tiempo de paz. Las artes marciales, la autodisciplina espiritual y la sensibilidad estética se fundieron en un todo indistinguible. Es posible que esta imagen de Musashi no esté muy lejos de la verdad histórica. Se sabe que Musashi fue un hábil pintor y notable escultor además de espadachín.

El Japón de principios del siglo xvii que encarna Musashi ha permanecido muy vivo en la conciencia de los japoneses. El largo y relativamente estático dominio del período Tokugawa preservó gran parte de sus formas y su espíritu, aunque de una manera un tanto convencional, hasta mediados del siglo XIX, no hace mucho más de un siglo. El mismo Yoshikawa era hijo de un ex samurai que, como la mayoría de los miembros de su clase, no logró efectuar con éxito la transición económica a la nueva era. Aunque en el nuevo Japón los samurais se difuminaron en el anonimato, la mayoría de los nuevos dirigentes procedían de esa clase feudal, y su carácter distintivo fue popularizado por el nuevo sistema educativo obligatorio y llegó a convertirse en el fondo espiritual y la ética de toda la nación japonesa. Las novelas como Musashi y las películas y obras teatrales derivadas de ellas contribuyeron a este proceso.

La época de Musashi está tan cercana y es tan real para los modernos japoneses como la guerra de Secesión para los norteamericanos. Así pues, la comparación con Lo que el viento se llevó no es en modo alguno exagerada. La era de los samurais está aún muy viva en las mentes japonesas. Contrariamente a la imagen de los japoneses actuales como «animales económicos» orientados hacia el grupo, muchos japoneses prefieren verse como Musashis de nuestro tiempo, ardientemente individualistas, de elevados principios, auto disciplinados y con sentido

estético. Ambas imágenes tienen cierta validez, e ilustran la complejidad del alma japonesa bajo el exterior en apariencia imperturbable y uniforme.

Musashi es muy diferente de las novelas altamente psicológicas y a menudo neuróticas que han sido sostén principal de las traducciones de literatura japonesa moderna. Sin embargo, pertenece de pleno a la gran corriente de la narrativa tradicional y el pensamiento popular japoneses. Su presentación en episodios no obedece sólo a su publicación original como un folletín de periódico, sino que es una técnica preferida que se remonta a los inicios de la narrativa nipona. Su visión idealizada del espadachín noble es un estereotipo del pasado feudal conservado en cientos de otros relatos y películas de samurais. Su hincapié en el cultivo del dominio de uno mismo y la fuerza interior personal por medio de la austera disciplina similar a la del zen es una característica principal de la personalidad japonesa de hoy, como también lo es el omnipresente amor a la naturaleza y el sentido de proximidad a ella. Musashi no es sólo un gran relato de aventuras, sino que va más allá y nos ofrece un atisbo de la historia japonesa y una visión de la imagen idealizada que tienen de sí mismos los japoneses contemporáneos.

EDWIN O. REISCHAUER¹
Enero de 1981

i. Nacido en Japón en 1910, desde 1946 fue profesor de la Universidad de Harvard, la cual le nombró posteriormente profesor emérito. Entre 1961 y 1966 dejó la universidad para ocupar el cargo de embajador norteamericano en Japón, y es uno de los más célebres conocedores a fondo de ese país. Entre sus numerosas obras destacan *Japan: The Story of a Nation* y *The Japanese*.

1

El algarrobo

Matahachi abrió los ojos y miró a su alrededor, se levantó y asomó la cabeza por la puerta trasera.

—¡Akemi! —gritó.

No obtuvo respuesta.

Algo le impulsó a abrir el armario. Recientemente Akemi había terminado de confeccionar un nuevo kimono. La prenda no estaba allí.

Primero fue a la casa vecina, la de Umpei, y luego recorrió el pasadizo entre las casas hasta salir a la calle, donde fue preguntando ansiosamente a todo el mundo si habían visto a la joven.

—La he visto esta mañana —dijo la mujer del carbonero.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Vestía muy bien. Le pregunté adonde iba y me contestó que a visitar a unos parientes en Shinagawa.

—¿Shinagawa?

—¿No tiene parientes allí? —inquirió la mujer escépticamente.

Él empezó a decir que no, pero se contuvo.

—Ah, sí, claro. Ha ido allí.

¿Correría tras ella? En realidad, no le tenía demasiado apego, y estaba más irritado que otra cosa. Su desaparición le había dejado un sabor agridulce.

Escupió, soltó uno o dos juramentos y se encaminó a la playa, que estaba al otro lado de la carretera de Shibaura. A cierta distancia de la orilla se apiñaban varias casas de pescadores. Matahachi tenía la costumbre de ir allí cada mañana mientras Akemi cocinaba el arroz, en busca de pescado. Casi siempre cinco o seis ejemplares habían caído de las redes, y él regresaba justo a tiempo para que ella los incluyera en el desayuno. Aquel día hizo caso omiso del pescado.

—¿Qué te ocurre, Matahachi? —le preguntó el prestamista de la calle principal al tiempo que le daba unas palmaditas en el hombro.

—Hace una buena mañana —replicó el interpelado.

—Es agradable salir de casa temprano, ¿verdad? Me alegra verte salir cada mañana para dar un paseo. ¡Es excelente para tu salud!

—Debes de estar de broma. Tal vez si fuese rico como tú, pasearía para hacer salud. Para mí, el paseo es trabajo.

—No tienes muy buen aspecto. ¿Te ha pasado algo?

Matahachi cogió un puñado de arena y la lanzó poco a poco al viento. Tanto él como Akemi conocían bien al prestamista, el cual les había ayudado a salir de varios apuros.

El hombre siguió hablando sin inmutarse:

—¿Sabes? Quería hablar contigo de cierto asunto, pero nunca tenía ocasión de hacerlo. ¿Hoy vas a trabajar?

—¿Para qué iba a molestarme? No gano gran cosa vendiendo sandías.

—Vente a pescar conmigo.

Matahachi se rascó la cabeza y le miró con una expresión apenada.

—Te lo agradezco, pero la verdad es que no me gusta pescar.

—Hombre, no tienes que pescar si no quieres, pero ven conmigo de todos modos. Así te sentirás mejor. Ahí está mi barca. Sabes remar con espadilla, ¿no?

—Supongo que sí.

—Anda, vamos. Te contaré cómo puedes ganar un montón de dinero..., tal vez mil piezas de oro. ¿Qué te parece?

De repente, Matahachi tuvo un gran interés en ir a pescar. A unas mil varas mar adentro, el agua aún era lo bastante

somera para tocar el fondo con la espadilla. Matahachi dejó que la barca notara a la deriva y preguntó:

—Dime, ¿qué he de hacer para ganar ese dinero?

—Te lo diré en seguida. —El corpulento prestamista se acomodó en el asiento central de la embarcación—. Te ruego que sostengas una caña de pescar sobre el agua.

—¿Por qué?

—Es mejor que la gente crea que estamos pescando. Dos personas que remaran hasta tan lejos sólo para hablar parecerían sospechosas.

—¿Te parece bien así?

—Perfecto. —El hombre sacó una pipa con cazoleta de cerámica, la llenó de caro tabaco y la encendió—. Antes de decirte lo que he pensado, permíteme que te haga una pregunta. ¿Qué dicen los vecinos de mí?

—¿De ti?

—Sí, de Daizo de Narai.

—Bueno, se supone que los prestamistas son unos cicateros, pero todo el mundo dice que eres muy generoso al prestar dinero. Dicen que eres un hombre que comprende la vida.

—No me refiero a las prácticas comerciales. Quiero saber qué opinan de mí personalmente.

—Creen que eres un buen hombre, un hombre con sentimientos. No te estoy halagando, eso es realmente lo que opinan.

—¿No comentan nunca lo religioso que soy?

—Oh, sí, claro. Todo el mundo está asombrado de lo caritativo que eres.

—¿Nunca han venido por aquí hombres de la magistratura preguntando por mí?

—No. ¿Por qué habrían de hacerlo?

Daizo soltó una risita.

—Supongo que mis preguntas te parecen absurdas, pero la verdad es que no soy un auténtico prestamista.

—¿Qué?

—Escucha, Matahachi, es muy posible que nunca se te vuelva a presentar la oportunidad de ganar tanto dinero de una sola vez.

—Probablemente tengas razón.

—¿Quieres agarrarte?

—¿De dónde?

—De la parra del dinero.

—¿Qué..., qué debo hacer?

—Prometerme hacer una cosa y llevarla a cabo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo, pero si luego cambias de idea, puedes darte por muerto. Sé que el dinero te interesa, pero piénsalo bien antes de dar tu respuesta definitiva.

—¿Qué debo hacer exactamente? —preguntó Matahachi con suspicacia.

—Tendrás que convertirte en un cavador de pozos. Eso no tiene nada de raro.

—¿En el castillo de Edo?

Daizo miró a través de la bahía. Los barcos de carga llenos de materiales de construcción y con los estandartes de varios grandes clanes, Todo, Arima, Kató, Date, Hosokawa, se alineaban casi proa contra popa.

—Comprendes con rapidez, Matahachi. —El prestamista llenó de nuevo su pipa—. Precisamente pensaba en el castillo de Edo. Si no me equivoco, Umpei ha tratado de convencerte de que caves pozos para él. Nada más natural que decidieras aceptar la oferta.

—¿Eso es todo lo que he de hacer?... ¿De qué modo convertirme en cavador de pozos me hará ganar tanto dinero?

—Ten paciencia. Te lo contaré todo.

Al regresar a la orilla, Matahachi estaba eufórico. Cuando se separaron le había hecho una promesa al prestamista. Aquella noche saldría sigilosamente e iría a casa de Daizó para recibir un anticipo de treinta monedas de oro.

Volvió a su casa, hizo la siesta y se despertó al cabo de unas horas con la imagen de la vasta suma que pronto sería suya ante los ojos.

Era una fantástica suma de dinero, suficiente para compensar la mala suerte que había tenido hasta entonces, suficiente

para que le durase el resto de su vida. Más excitante aún era la perspectiva de poder mostrar a la gente que se equivocaban, que, al fin y al cabo, él tenía todo lo que hacía falta tener.

La fiebre del dinero le dominaba y no podía serenarse. Todavía notaba la boca seca, incluso un poco insensible. Salió al pasadizo desierto frente al bosque de bambúes, detrás de la casa, y pensó: «¿Quién será ese hombre y qué se propone?». Entonces empezó a rememorar la conversación sostenida con Daizó.

En aquellos días los cavadores de pozos estaban trabajando en el Goshinjó, el nuevo castillo que se alzaba en el recinto occidental. Daizó le había dicho: «Tendrás que esperar hasta que se presente la ocasión, y entonces dispararás contra el nuevo shogun con un mosquete». El arma y la munición estarían en los terrenos del castillo, bajo un enorme algarrobo cuya edad se contaba en siglos, cerca del portal trasero al pie de la colina Momiji.

Ni que decir tiene, los trabajadores estaban sometidos a una intensa vigilancia, pero a Hidetada le gustaba desplazarse con sus ayudantes para inspeccionar las obras. Conseguir el objetivo sería bastante fácil. En medio de la confusión producida, Matahachi podría huir saltando al foso externo, de donde le rescatarían los cómplices de Daizo. Éste le había asegurado que estarían allí sin falta.

Matahachi regresó a su habitación y se quedó mirando el techo. Le parecía oír la voz de Daizó susurrando ciertas palabras una y otra vez, y recordó cómo le habían temblado los labios cuando dijo: «Sí, lo haré». Se puso en pie de un salto, con carne de gallina. «¡Esto es horrible! Iré ahí ahora mismo y le diré que no quiero saber nada del asunto.» Entonces recordó algo más que Daizo le había dicho: «Ahora que te he contado todo esto, estás comprometido. Lamentaría mucho que te ocurriese algo, pero si intentas echarte atrás, mis amigos te cortarán la cabeza..., díganos antes de tres días». La penetrante mirada de Daizó mientras decía esto destelló ante los ojos de Matahachi.

Matahachi recorrió la corta distancia por el callejón de Nishikubo hasta la esquina con la carretera de Takanawa, donde

estaba la casa de empeños. La bahía, sumida en la oscuridad, se abría en el extremo de una calle lateral. Matahachi entró en el pasadizo a lo largo del almacén, se dirigió a la disimulada puerta trasera y llamó suavemente.

—No está cerrado —dijeron en seguida desde dentro.

—¿Daizó?

—Sí. Me alegro de que hayas venido. Entremos en el almacén.

Habían dejado abierto un postigo contra la lluvia. Matahachi entró en el corredor exterior y siguió al prestamista.

—Siéntate —le dijo Daizó, depositando una vela sobre un largo baúl ropero de madera. El prestamista tomó asiento a su vez, se cruzó de brazos y le preguntó—: ¿Has visto a Umpei?

—¿Cuándo te llevará al castillo?

—Pasado mañana, cuando lleve a diez nuevos trabajadores. Ha dicho que me incluiría.

—Entonces ¿todo está arreglado?

—Bueno, aún es necesario que el jefe del distrito y los cinco hombres de la asociación del vecindario sellen los documentos.

—Eso no será ningún problema, pues soy miembro de la asociación.

—¿De veras? ¿Tú?

—¿Por qué te sorprendes tanto? Soy uno de los hombres de negocios más influyentes del vecindario. La primavera pasada el jefe del distrito insistió en que participara.

—Oh, no estaba sorprendido, yo... no lo sabía, eso es todo.

—Ja, ja. Sé exactamente lo que has pensado, que es escandaloso que un hombre como yo forme parte del comité que se ocupa de los asuntos del vecindario. Pues bien, permíteme decirte que, si tienes dinero, todo el mundo dirá de ti que eres un hombre excelente y, por mucho que lo intentes, no podrás evitar convertirte en un dirigente local. Piensa, Matahachi. No tardarás mucho en tener también montones de dinero.

—Sss... sí—tartamudeó Matahachi, incapaz de reprimir un estremecimiento—. ¿Mmm... me darás ahora un anticipo?

—Espera un momento.

El prestamista cogió la vela y se dirigió al fondo del alma-

cén. De un cofre que estaba en un estante extrajo y contó treinta monedas de oro. Volvió al lado de Matahachi y le preguntó:

—¿Tienes algo para envolverlas?

—No.

—Pues usa esto.—Cogió del suelo un trapo de algodón y se lo arrojó a Matahachi—. Será mejor que lo guardes en el envoltorio abdominal y te asegures de que está bien atado.

—¿Tengo que darte un recibo?

—¿Un recibo? —repitió Daizo, riendo sin querer—. ¡Vaya, qué honrado eres! Pero no, gracias, no lo necesito. Si cometes un error, confiscaré tu cabeza.

Matahachi parpadeó y dijo:

—Supongo que ahora será mejor que me marche.

—No tan rápido. Al recibir ese dinero incurres en ciertas obligaciones. ¿Recuerdas todo lo que te he dicho esta mañana?

—Sí. Por cierto, tengo una sola duda. Has dicho que el mosquete estaría debajo del algarrobo. ¿Quién lo dejará ahí?

Habida cuenta de lo difícil que era para los trabajadores ordinarios entrar en los terrenos del castillo, se preguntaba cómo podría penetrar alguien subrepticamente con un mosquete y munición. ¿Y cómo podría alguien sin poderes sobrenaturales enterrarlos de modo que estuvieran a la espera y dispuestos al cabo de quince días?

—Eso no es asunto tuyo. Sólo tienes que hacer lo que hemos convenido. Ahora estás nervioso porque no te has acostumbrado a la idea. Pero cuando lleves ahí un par de semanas, todo irá bien.

—Así lo espero.

—Primero tienes que convencerte de que lo vas a hacer. Entonces tendrás que acechar el momento adecuado.

—Comprendo.

—Escucha, no quiero ningún desliz. Esconde ese dinero donde nadie pueda encontrarlo, y déjalo ahí hasta después de que hayas llevado a cabo tu misión. Cuando fallan esta clase de proyectos, siempre se debe al dinero.

—No te preocupes. Ya he pensado en eso. Pero permíteme que te pregunte una cosa. ¿Cómo puedo estar seguro de que

después de que haya hecho el trabajo no te negarás a pagarme el resto?

—¡Bah! Tal vez dé una impresión de jactancia, pero el dinero es la última de mis preocupaciones. Recrea la vista en esas cajas. —Alzó la vela para que Matahachi pudiera ver mejor. Toda la habitación estaba llena de cajas, para bandejas lacadas, para armaduras, para muchas otras cosas—. Cada una de ellas contiene mil piezas de oro.

Sin mirar con demasiado detenimiento, Matahachi dijo en tono de disculpa:

—No dudo de tu palabra, por supuesto.

La conversación secreta continuó aproximadamente durante otra hora. Sintiéndose algo más confiado, Matahachi se marchó por el camino de atrás.

Daizō se asomó a la puerta de una habitación contigua.

—¿Estás ahí, Akemi? Creo que irá directamente a esconder el dinero. Será mejor que le sigas.

Tras hacer varias visitas a la casa de empeños, Akemi, embelesada con la personalidad de Daizo, le había confiado sus pesares, quejándose de sus circunstancias actuales y expresando el deseo de buscar algo mejor. Un par de días atrás, Daizo había observado que necesitaba una mujer para que cuidara de su casa, y Akemi se presentó ante su puerta por la mañana, a hora muy temprana. El prestamista le franqueó la entrada y le dijo que no se preocupara, que él «se encargaría» de Matahachi.

El asesino en potencia, ajeno por completo a que le seguían, regresó a su casa. Cogió una hoz, se internó en el oscuro bosquecillo detrás de la casa, ascendiendo hasta lo alto de la colina de Nishikubo, y allí enterró su tesoro.

Tras haber observado todo esto, Akemi informó a Daizo, el cual partió de inmediato hacia la colina de Nishikubo. Era casi de día cuando volvió al almacén y contó las piezas de oro que había desenterrado. Las contó una segunda vez y una tercera, pero no había ningún error: eran sólo veintiocho.

Daizo ladeó la cabeza y frunció el ceño. Le disgustaba profundamente la gente que le robaba su dinero.

2 La locura de Tadaaki

Osugi no era una persona a quien desearasen las penas y las amargas decepciones del afecto maternal no correspondido, pero en aquel lugar, donde los insectos chirriaban entre el trébol y las plantas de eulalia, ante el gran río que se deslizaba lentamente, no la conmovían sentimientos de nostalgia y la permanencia de la vida.

—¿Has vuelto a casa?

La voz sonó áspera en el inmóvil aire nocturno.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Soy de Hangawara. Ha llegado mucha verdura fresca de Katsushika y el jefe me ha dicho que te traiga una parte.

—Yajibei siempre es tan considerado.

La anciana estaba sentada a una mesa baja, con una vela al lado y un pincel de escritura en la mano, copiando el Sutra del gran amor de los padres. Se había mudado a una pequeña casa alquilada en el distrito de Hamachó, escasamente poblado, y se ganaba la vida de una manera razonable tratando con moxa las enfermedades y achaques de otras personas. Ella misma no padecía ningún trastorno físico digno de mención. Desde comienzos del otoño había vuelto a sentirse bastante joven.

—Dime, abuela, ¿esta tarde ha venido a verte un hombre joven?

—¿Te refieres a un paciente para que le tratara con moxal

—No, no. Ese hombre se presentó en casa de Yajibei, y parecía tener algo importante entre manos. Nos preguntó dónde vives ahora y se lo dijimos.

—¿Qué edad le pondrías?

—Supongo que unos veintisiete u ocho.

—¿Qué aspecto tenía?

—Más bien carirredondo y no muy alto.

—Humm, quizá...

—Tenía un acento como el tuyo y pensé que procedía del mismo lugar. Bien, me marchó. Buenas noches.

Mientras las pisadas se desvanecían, los chirridos de los insectos se alzaron de nuevo como el sonido monótono de la lluvia. Osugi dejó a un lado el pincel y se quedó mirando la llama de la vela, pensando en los días de su juventud, cuando la gente leía portentos en el halo luminoso. No tenían manera de saber cómo les iba a los maridos, hijos y hermanos que habían partido a la guerra, o qué podría esperarles a ellos mismos en su propio destino incierto. Un halo brillante se tomaba como señal de buena suerte, mientras que las sombras violáceas eran una indicación de que alguien había muerto. Cuando la llama crepitaba como pinaza, podían tener la seguridad de que estaba en camino una persona a la que esperaban.

Osugi había olvidado la manera de interpretar los presagios, pero aquella noche el alegre halo, tan bello en su colorido como un arco iris, sugería la inminencia de algo espléndido.

¿Podría tratarse de Matahachi? Tendió la mano hacia el pincel pero la retiró. Como si estuviera extasiada, se olvidó de sí misma y de su entorno, y durante una o dos horas sólo pensó en el rostro de su hijo, que parecía flotar en la oscuridad de la habitación.

Un ligero ruido en la entrada trasera la hizo salir de su ensueño. Temerosa de que una comadreja estuviera causando estragos en su cocina, cogió la vela y fue a investigar.

El saco de verduras estaba al lado de la fregadera, y encima del saco había un objeto blanco. Al cogerlo notó que era pesado..., tan pesado como dos piezas de oro. En el envoltorio de papel blanco Matahachi había escrito: «Todavía no tengo el

valor de darte la cara. Por favor, perdóname si te abandono durante otros seis meses. Sólo dejaré esta nota, sin entrar».

Un samurai de expresión asesina se abrió paso a grandes zancadas entre la alta hierba, en dirección a dos hombres que estaban de pie en la orilla del río.

—¿Era él, Hamada? —gritó entre jadeos.

—No —replicó Hamada con voz quejumbrosa—. Era otro hombre.

A pesar del tono contrito, sus ojos centelleaban mientras seguía escudriñando el entorno.

—Estoy seguro de que era él.

—No era él, sino un barquero.

—¿Estás seguro?

—Cuando corrí tras él, subió a ese bote de ahí.

—Ésa no es razón para considerarle un barquero.

—Lo he comprobado.

—He de reconocer que tiene los pies ligeros.

Apartándose del río, emprendieron el regreso a través de los campos de Hamacho.

—¡Matahachi..., Matahachi!

Al principio el sonido apenas se elevaba por encima del murmullo del río, pero su repetición lo hizo inequívoco y los hombres se detuvieron e intercambiaron miradas de asombro.

—¿Alguien le está llamando! ¿Cómo es posible?

—Parece la voz de una anciana.

Con Hamada en cabeza, el grupo siguió rápidamente la dirección del sonido hasta su fuente, y cuando Osugi oyó sus pasos corrió hacia ellos.

—¿Matahachi? ¿Es una de tus...?

Los hombres la rodearon y le inmovilizaron los brazos a la espalda.

—¿Qué me estáis haciendo? —Con la cara congestionada, como un pez globo irritado, les gritó—: A ver, ¿quiénes sois vosotros?

—Somos alumnos de la escuela Ono.

—No conozco a nadie llamado Ono.

—¿Nunca has oído hablar de Ono Tadaaki, el tutor del shogun?

—Jamás.

—¿Cómo es posible, vieja...?

—Espera. Veamos qué sabe de Matahachi.

—Soy su madre.

—¿Eres tú la madre de Matahachi, el vendedor de sandías?

—¿Qué quieres decir, cerdo? ¡Vendedor de sandías! Matahachi es descendiente de la Casa de Hon'iden, y ésta es una familia importante de la provincia de Mimasaka. Os hago saber que los Hon'iden son ilustres servidores de Shimmen Munetsura, señor del castillo de Takeyama, en Yoshino.

—Bueno, ya está bien —dijo uno de los hombres.

—¿Qué hacemos?

—Cogerla y llevárnosla.

—¿Como rehén? ¿Crees que servirá de algo?

—Si es su madre, tendrá que venir a por ella.

Osugi tensó su flaco cuerpo y se debatió como una tigresa acosada, pero fue en vano.

Kojiro, que llevaba varias semanas aburrido e insatisfecho, había adquirido el hábito de dormir mucho, tanto de día como de noche. En aquellos momentos estaba tendido boca arriba, farfullando y acariciando la espada colocada sobre su pecho.

—Basta de hacer llorar a Palo de Secar. Una espada como ésta, un espadachín como yo mismo... ¡pudriéndose en la casa de otro hombre!

Se oyó un chasquido y algo emitió un destello metálico.

—¡Necio estúpido!

Trazando un gran arco por encima de él, el arma se deslizó en el interior de su vaina como una criatura viva.

—¡Espléndido! —exclamó un sirviente desde el borde de la terraza—. ¿Estás practicando la técnica para atacar desde una posición supina?

—No seas tonto —replicó desdeñosamente Kojiro. Se puso boca abajo, recogió dos fragmentos de algo y los lanzó hacia la terraza—. Se estaba poniendo pesado.

El sirviente miró con los ojos desmesuradamente abiertos. El insecto, parecido a una gran polilla, presentaba las tenues alas y el cuerpo cortados limpiamente en dos.

—¿Has venido a prepararme la cama? —le preguntó Kojiró.

—¡Oh, no! ¡Perdona! Te he traído una carta.

Kojiró desdobló la carta sin apresurarse y se puso a leerla. Mientras lo hacía, la excitación fue aflorando a su semblante. Según Yajibei, Osugi había desaparecido la noche anterior. Pedía a Kojiró que acudiera en seguida para hablar de lo que debían hacer.

La carta explicaba con algún detalle cómo se habían enterado de dónde estaba la anciana. Los hombres de Yajibei la habían buscado durante todo el día, pero el meollo del asunto era el mensaje que Kojiró dejara en el Donjiki, el cual había sido tachado y al lado alguien había escrito: «A Sasaki Kojiró: La persona que tiene en custodia a la madre de Matahachi es Hamada Toranosuke, de la Casa de Ono».

—Por fin —dijo Kojiró con voz profunda. Cuando rescató a Matahachi, sospechó que los dos samurais a los que había derribado tenían alguna relación con la escuela de Ono. Soltó una risita y añadió—: Precisamente lo que estaba esperando.

De pie en la terraza, alzó la vista hacia el cielo nocturno. Había nubes, pero no parecía que fuese a llover.

Muy poco tiempo después, se le vio cabalgando por la carretera de Takanawa en un caballo de carga alquilado. Era ya tarde cuando llegó a la casa de Hangawara. Tras interrogar con detalle a Yajibei, decidió pasar la noche allí y ponerse en acción a la mañana siguiente.

Ono Tadaaki recibió su nuevo nombre no mucho después de la batalla de Sekigahara. Se llamaba Mikogami Tenzen cuando fue llamado al campamento de Hidetada para que diera lecciones de esgrima, actividad en la que se distinguió. Junto con su nuevo nombre recibió el nombramiento de vasallo directo de los Tokugawa y la concesión de una residencia en la colina Kanda de Edo.

Puesto que desde la colina se tenía una vista excelente del monte Fuji, el shogunado la designó como distrito residencial para sus servidores procedentes de Suruga, la provincia donde estaba situada la emblemática montaña.

—Me han dicho que la casa está en la cuesta de Saikachi —dijo Kojiró.

Estaba con uno de los hombres de Hangawara en lo alto de la colina. En el profundo valle por debajo de ellos veían Ochanomizu, una parte del río de la que se decía que extraían el agua para el té del shogun.

—Espera aquí —dijo el guía de Kojiró—. Veré si está ahí.

Regresó poco después con la información de que ya habían dejado atrás la casa.

—No recuerdo haber visto ninguna casa que pareciera la mansión del tutor del shogun.

—Ni yo tampoco. Creía que tendría una gran mansión, como la de Yagyū Munenori, pero lo cierto es que su casa es esa antigua que hemos visto a la derecha. Dicen que antes lo ocupaba el guardián de los establos del shogun.

—Supongo que no es nada sorprendente. Ono sólo vale mil quinientas fanegas, mientras que la mayor parte de la fortuna de Munenori la amasaron sus antepasados.

—Aquí es —dijo el guía, señalando la casa.

Kojiró se detuvo y examinó la disposición general de los edificios. El viejo muro de tierra se extendía desde la mitad de la cuesta hasta un bosquecillo que cubría una pequeña elevación. El recinto parecía ser muy grande. Desde la entrada sin puerta se veía, más allá de la casa principal, un edificio que parecía el dōjō y un anexo, al parecer de construcción más reciente.

Kojiró dijo a su acompañante:

—Ahora regresa y dile a Yajibeï que si esta noche no estoy de vuelta con la anciana, deberá suponer que me han dado muerte.

—Sí, señor.

El hombre echó a correr por la cuesta de Saikachi abajo, deteniéndose varias veces para mirar atrás.

Kojiró no había perdido tiempo para tratar de acercarse a

Yagyū Munenori. No había manera de derrotarle y de ese modo tomar para sí la gloria del otro hombre, pues el estilo Yagyū era el único realmente empleado por los Tokugawa. Ésa era suficiente excusa para que Munenori se negara a enfrentarse con rōnin ambiciosos. Tadaaki, en cambio, se inclinaba a medirse con todos los que acudían a él.

Comparado con el estilo Yagyū, el de Ono era más práctico, pues su objetivo no consistía en hacer una gran exhibición de destreza sino en matar. Kojirō no había oído hablar de nadie que hubiera conseguido atacar a la Casa de Ono y avergonzarla. Mientras Munenori era, en general, el más respetado, Tadaaki era considerado el más fuerte.

Desde que llegó a Edo y se enteró de esa situación, Kojirō se había dicho a sí mismo que uno de aquellos días llamaría a la puerta de Ono.

Numata Kajuro echó un vistazo por la ventana del vestuario del ddjō. Reaccionó tardíamente y sus ojos recorrieron la sala, en busca de Toranosuke. Al verle en medio de la estancia, aleccionando a un joven alumno, corrió a su lado y farfulló en voz baja:

—¡Está aquí! ¡Ahí afuera, en el jardín delantero!

Toranosuke, con la espada de madera extendida ante él, gritó al alumno: «¡En guardia!», y entonces avanzó, sus pisadas resonando fuertemente en el suelo. Cuando los dos llegaron al ángulo norte, el estudiante dio una voltereta y su espada de madera salió volando.

Toranosuke se volvió a Kajūrō.

—¿De quién estabas hablando? ¿De Kojirō?

—Sí, está en el jardín. Le tendremos aquí de un momento a otro.

—Mucho más pronto de lo que esperaba. Tomar a la anciana como rehén ha sido una buena idea.

—¿Qué piensas hacer ahora? ¿Quién irá a recibirle? Debería ser alguien que esté preparado para cualquier cosa. Si tiene el valor de venir aquí solo, puede intentar alguna maniobra por sorpresa.

—Tráele al dojo. Le recibiré yo mismo. Los demás quedaos en segundo término y guardad silencio.

—Por lo menos somos muchos —dijo Kajüro.

Miró a su alrededor y le reconfortó ver las caras de tipos fornidos como Kamei Hyósuke, Negoro Hachikuró e Ito Magobei, entre una veintena más. No tenían la menor idea de lo que pensaba Kojiró, pero todos ellos sabían por qué Toranosuke le quería allí.

Uno de los dos hombres a los que Kojiro había matado cerca del Donjiki era el hermano mayor de Toranosuke. Aunque había sido un inútil y en la escuela le tenían en baja estima, de todos modos era preciso vengar su muerte debido al parentesco.

A pesar de su juventud y sus ingresos modestos, Toranosuke era un samurai de valor reconocido en Edo. Al igual que los Tokugawa, era originario de la provincia de Mikawa, y su familia una de las más antiguas entre los vasallos hereditarios del shogun. Era también uno de los «cuatro generales de la cuesta de Saikachi», siendo los tres restantes Kamei, Negoro e Itó.

La noche anterior, cuando Toranosuke llegó a casa con Osugi, todos convinieron en que había dado un golpe notable. Ahora le resultaría difícil a Kojiro no dar la cara. Los hombres juraron que si se presentaba le darían una paliza hasta dejarlo casi muerto, le cortarían la nariz y le colgarían de un árbol junto al río Kanda para que todos le vieran. Pero no estaban en modo alguno seguros de que se presentara. De hecho, habían hecho apuestas al respecto, y la mayoría apostó a que no acudiría.

Se reunieron en la sala principal del dójó, dejaron libre el espacio central y aguardaron ansiosamente.

Al cabo de un rato, uno de los hombres preguntó a Kajüro:

—¿Estás seguro de que el hombre que has visto era Kojiró?

—Completamente seguro.

Estaban sentados en un orden imponente. Sus rostros, al principio inexpresivos, mostraban ahora signos de la tensión. Algunos temían que si la espera se prolongaba mucho más, caerían víctimas de su propia ansiedad. Cuando el límite de su aguante parecía próximo, oyeron un rápido golpeteo de sandalias que se detuvieron ante el vestuario, y la cara de otro alumno, que se había puesto de puntillas, apareció en la ventana.

—¡Oíd! No tiene ningún sentido que esperemos aquí. Kojiro no viene.

—¿Qué quieres decir? Kajüro acaba de verle.

—Sí, pero fue directamente a la casa. No sé cómo le han franqueado el paso, pero está en la sala de invitados hablando con el maestro.

—¿El maestro? —repitieron al unísono los presentes.

—¿Estás diciendo la verdad? —preguntó Toranosuke, con semblante consternado.

Tenía fuertes sospechas de que, si se investigaban las circunstancias de la muerte de su hermano, quedaría al descubierto que no se había propuesto nada bueno, pero él había dorado la pildora al relatar el incidente a Tadaaki. Y si su maestro sabía que había secuestrado a Osugi, no era porque él mismo se lo hubiera dicho.

—Si no me crees, ve a verlo.

—¡Qué lío! —exclamó preocupado Toranosuke.

Lejos de simpatizar con él, los alumnos estaban irritados por su falta de decisión.

Tras aconsejar a los demás que estuvieran tranquilos mientras ellos iban a ver cuál era la situación, Kamei y Negoro se estaban calzando las zóri cuando una atractiva muchacha de blanco cutis salió corriendo de la casa. Al reconocer a Omitsu, los dos hombres se quedaron donde estaban y los demás corrieron a la puerta.

—¡Todos vosotros! —gritó la joven con voz aguda, excitada—. ¡Venid en seguida! Mi tío y el invitado han desenvainado las espadas. ¡Están luchando en el jardín!

Aunque Omitsu estaba considerada oficialmente como la sobrina de Tadaaki, corrían rumores de que era realmente la hija que había tenido Itó Ittósai con una querida, y como Ittósai era el maestro de Tadaaki, éste debía de haber accedido a criar a la niña.

La expresión de pavor de sus ojos era insólita en ella.

—He oído hablar a mi tío y el invitado..., sus voces iban subiendo de tono..., y de repente... No creo que mi tío corra peligro, pero...

Los cuatro generales gritaron al unísono y corrieron al jar-

din, que estaba separado del recinto exterior por una valla de arbustos. Los otros llegaron a su altura junto a la puerta de bambú trenzado.

—La puerta está cerrada.

—¿No es posible forzarla?

Eso fue innecesario, pues la puerta cedió bajo el peso de los samurais que la presionaban. Cuando cayó, apareció a la vista una zona espaciosa con un cerro al fondo. Tadaaki, con su fiel espada Yukihira al nivel de los ojos, estaba en el centro. Más allá, a buena distancia, se hallaba Kojiró, con la gran Palo de Secar por encima de su cabeza, la mirada ardiente.

La atmósfera cargada parecía crear una barrera invisible. Para los hombres formados en la tradición estricta de la clase samurai, la solemnidad imponente que rodeaba a los combatientes, la dignidad de las mortíferas espadas desenvainadas, eran inviolables. A pesar de su agitación, el espectáculo privó momentáneamente a los alumnos tanto de su movilidad como de sus emociones.

Pero entonces dos o tres de ellos empezaron a avanzar con la intención de situarse detrás de Kojiró.

—¡Volved atrás! —gritó airadamente Tadaaki.

Su voz, dura y escalofriante, en absoluto la voz paternal a la que estaban acostumbrados, inmovilizó por completo a sus alumnos.

La gente solía suponer que Tadaaki tenía hasta diez años menos de sus cincuenta y cuatro o cinco y que su estatura era media, aunque en realidad estaba un poco por debajo. Conservaba el cabello negro y su cuerpo era menudo pero macizo. No había el menor atisbo de rigidez o torpeza en los movimientos de sus largos miembros.

Kojiró aún no había asestado un solo golpe. Lo cierto era que no había podido hacerlo.

No obstante, Tadaaki había tenido que enfrentarse de inmediato a un hecho insoslayable: estaba luchando contra un espadachín extraordinario. «¡Es otro Zenkū», se dijo, con un estremecimiento imperceptible.

Zenki era el último luchador que había conocido de semejante envergadura y ambición. El encuentro tuvo lugar mucho

tiempo atrás, en su juventud, cuando viajaba con Ittosai, llevando la vida de un shugyósha. Zenki, hijo de un barquero de la provincia de Kuwana, había sido el discípulo veterano de Ittosai. Cuando éste envejeció, Zenki empezó a desdeñarle e incluso a proclamar que el estilo de Ittó era de su propia invención.

Zenki había causado mucha aflicción a Ittosai, pues cuanto mayor era su experiencia con la espada, tanto más daño causaba a otras personas. Ittosai se había lamentado así: «Zenki es el mayor error de mi vida. Cuando le miro, veo un monstruo que encarna todas las malas cualidades que he tenido. Observarle hace que me odie a mí mismo».

Irónicamente, Zenki, como mal ejemplo, fue muy útil para el joven Tadaaki, estimulándole a obtener logros mayores de los que habría sido posible de otra manera. Finalmente, Tadaaki se enfrentó con el maligno prodigio en Koganegahara, Shimósa, y le mató, tras lo cual Ittosai le concedió su certificado en el estilo Ittó y le dio el libro de instrucciones secretas.

El único defecto de Zenki fue que su capacidad técnica estaba desfigurada por la falta de buena crianza. No le ocurría lo mismo a Kojiró, cuya inteligencia y educación eran evidentes en su manejo de la espada.

«No puedo ganar esta pelea», pensó Tadaaki, quien no se sentía en modo alguno inferior a Munenori. De hecho, su valoración de la habilidad de Munenori no era demasiado elevada. Mientras observaba a su formidable adversario, otra verdad cruzó por su mente. «El tiempo parece haber pasado por mi lado», se dijo tristemente.

Permanecían inmóviles y no era evidente el más ligero cambio, pero tanto Tadaaki como Kojiró estaban gastando energía vital a una velocidad temible. El coste fisiológico adoptaba la forma de sudor que brotaba copiosamente de sus frentes, el aire que salía de sus fosas nasales ensanchadas, la piel que palideció primero y luego adquirió una leve tonalidad azulada. Aunque un movimiento parecía inminente, las espadas seguían extendidas y quietas.

—Abandono —dijo Tadaaki, retrocediendo bruscamente varios pasos.

Habían convenido que no sería una lucha hasta el final. Cada uno podría retirarse reconociendo la derrota.

Saltando como un animal de presa, Kojiró puso en acción el Palo de Secar con un golpe hacia abajo cuya fuerza y velocidad fueron como las de un torbellino. Aunque Tadaaki se agachó justo a tiempo, el pequeño moño superior de su cabeza salió volando, limpiamente cortado. Por su parte Tadaaki, mientras esquivaba, ejecutó una brillante represalia, desgarrando unas seis pulgadas de la manga de Kojiró.

—¡Cobarde! —gritaron los encolerizados alumnos.

Al tomar la capitulación de su contrario por la apertura para un ataque, Kojiró había violado el código ético del samurai.

Todos los alumnos se abalanzaron hacia Kojiró. Éste reaccionó corriendo con la velocidad de un cormorán a un gran azufaifo que se alzaba en un extremo del jardín. Sus ojos se movían con una rapidez intimidante.

—¿Lo has visto? —gritó—. ¿Has visto quién ha ganado?

—Ellos lo han visto —dijo Tadaaki—. ¡Manteneos a distancia! —dijo a sus hombres.

Entonces enfundó la espada y regresó a la terraza de su estudio.

Llamó a Omitsu y le pidió que le recogiera y atara el cabello. Mientras la muchacha lo estaba haciendo, él contenía la respiración. Riachuelos de sudor brillaban en su pecho.

Un antiguo proverbio cruzó por su mente: es fácil sobrepasar a un predecesor, pero difícil evitar que un sucesor le sobrepase a uno. Había gozado de los frutos del duro adiestramiento en su juventud, satisfecho con el conocimiento de que su estilo Ittó no era menos floreciente que el estilo Yagyü. Entretanto la sociedad estaba dando nacimiento a nuevos genios como Kojiró. Por muy desagradable que fuese esta realidad, él no la ignoraría altivamente.

Cuando Omitsu terminó de hacerle el moño, Tadaaki dijo a los demás:

—Dad a nuestro joven invitado agua para que se enjuague la boca y llevadle de nuevo a la habitación de invitados.

Los alumnos que le rodeaban palidecieron. Algunos contenían las lágrimas. Otros miraban enfurecidos a su maestro.

—Nos reuniremos en el dojo ahora mismo —les dijo, y él les precedió.

Tadaaki ocupó su lugar en el asiento elevado y contempló en silencio las tres hileras de sus seguidores sentados ante él.

Finalmente, bajó los ojos y dijo:

—Me temo que también yo me he hecho viejo. Al mirar atrás, me parece que mi mejor época de espadachín fue cuando derroté a aquel diablo de Zenki. Cuando esta escuela fue inaugurada y la gente empezó a hablar del grupo de Ono en la cuesta de Saikachi, considerando invencible el estilo de Itto, ya había quedado atrás mi apogeo como espadachín.

El significado de las palabras era tan extraño a su acostumbrada manera de pensar, que los estudiantes no podían dar crédito a sus oídos.

Su voz se hizo más firme, y les miró directamente a las caras. Todos tenían semblantes dubitativos y descontentos.

—En mi opinión, esto es algo que les ocurre a todos los hombres. La edad avanza sigilosamente en nuestro interior cuando no estamos mirando. Los tiempos cambian, los seguidores sobrepasan a sus líderes, una generación más joven abre un nuevo camino... Así es como debe ser, pues el mundo sólo avanza mediante el cambio. Sin embargo, esto es algo inadmisibles en el campo de la esgrima. El camino de la espada debe ser un camino que no permita a un hombre envejecer.

»Ittósai..., no sé si sigue con vida, no he tenido noticias de mi maestro desde hace años. Después de Koganegahara, se tonsuró y se retiró a las montañas. Dijo que su objetivo era el estudio de la espada, la práctica del Zen, la búsqueda del Camino de la Vida y la Muerte, escalar el gran pico de la perfecta iluminación. Ahora me toca el turno. A partir de hoy, ya no podría mantener la cabeza erguida ante mi maestro... Siento no haber vivido una vida mejor.

—¡Maestro! —le interrumpió Negoro Hachikuro—. Dices que has perdido, pero no creemos que perderías con un hombre como Kojiró en circunstancias normales, aunque sea joven. Hoy tiene que haber habido algún error.

—¿Algún error? —Tadaaki sacudió la cabeza y rió quedamente—. No ha habido error alguno. Kojiro es joven, pero no

he perdido por eso, sino porque los tiempos han cambiado.

—¿Qué quieres decir?

—Escuchad y ved. —Desvió la mirada de Hachikuro a los demás rostros silenciosos—. Procuraré ser breve, porque Kojiró me está esperando. Quiero que escuchéis atentamente mis pensamientos y esperanzas para el futuro.

Entonces les informó de que a partir de aquel día se retiraba del dójó. Su intención no era retirarse en el sentido ordinario de la palabra, sino seguir las huellas de Ittosai y partir en busca de una gran iluminación.

—Ésa es mi primera gran esperanza —les dijo.

A continuación pidió a Itó Magobei, su sobrino, que cuidara de su único hijo, Tadanari. Magobei también recibió el encargo de informar de los acontecimientos de la jornada al shogunado y explicar que Tadaaki había decidido convertirse en sacerdote budista.

—No lamento demasiado que me haya vencido un hombre más joven —añadió—. Lo que me turba y avergüenza es otra cosa, que nuevos luchadores como Sasaki están apareciendo en otros lugares, pero ni un solo espadachín de su calibre ha salido de la escuela de Ono. Creo saber el motivo: muchos de vosotros sois vasallos hereditarios del shogun y habéis permitido que vuestra categoría se os subiera a la cabeza. Tras un poco de entrenamiento, empezáis a felicitaros por ser maestros en el «estilo invencible de Ittó». Estáis demasiado satisfechos de vosotros mismos.

—Aguarda, señor —protestó Hyosuke con voz temblorosa—. Lo que dices no es justo. No todos nosotros somos perezosos y arrogantes. No todos descuidamos nuestros estudios.

—¡Calla! —exclamó Tadaaki, mirándole ferozmente—. La negligencia por parte de los discípulos es un reflejo de la negligencia por parte del maestro. Ahora estoy confesando mi propia vergüenza, juzgándome a mí mismo.

»La tarea que tenéis por delante es la de eliminar la negligencia, la de convertir la escuela de Ono en un centro donde el talento juvenil pueda desarrollarse correctamente. Debe llegar a ser un campo de adiestramiento para el futuro. Hasta que así sea, el hecho de que me marche y haga sitio para una reforma no servirá de nada.

Por fin la sinceridad de sus palabras empezó a surtir efecto. Los estudiantes inclinaron la cabeza y reflexionaron en las palabras del maestro, cada uno pensando en sus propias deficiencias.

—Ramada —dijo Tadaaki.

—Sí, señor —respondió Toranosuke, pero era evidente que le había cogido por sorpresa.

Bajo la fría mirada de Tadaaki, sus ojos contemplaron el suelo.

—Levántate.

—Sí, señor —dijo, pero no se movió.

—¡Levántate ahora mismo!

Toranosuke se puso en pie. Los demás siguieron mirando en silencio.

—Te expulsó de la escuela. —Hizo una pausa, para dejar que sus palabras surtieran efecto—. Pero lo hago con la esperanza de que llegue un día en que te hayas enmendado, hayas aprendido la disciplina y comprendido el significado del Arte de la Guerra. Tal vez en ese día podamos estar juntos de nuevo como maestro y discípulo.

—¿Pp... por qué, maestro? No recuerdo haber hecho nada para merecer esto.

—No lo recuerdas porque no comprendes el Arte de la Guerra. Si lo piensas larga y detenidamente, lo comprenderás.

—Dímelo, por favor —rogó Toranosuke, en cuya frente abultaban las venas—. No puedo marcharme hasta que me lo digas.

—De acuerdo. La cobardía es la debilidad más vergonzosa de la que se puede acusar a un samurai. El Arte de la Guerra previene estrictamente contra ella. En esta escuela tenemos la regla rigurosa de que todo hombre culpable de un acto de cobardía debe ser expulsado.

»Sin embargo, tú, Hamada Toranosuke, dejaste transcurrir varias semanas después de la muerte de tu hermano antes de desafiar a Sasaki Kojiro. ¿Qué hiciste entretanto? Correr por ahí tratando de vengarte en un insignificante vendedor de sandías. Y ayer raptaste a la anciana madre de ese hombre y la trajiste aquí. ¿Consideras que esa conducta es digna de un samurai?

—Pero, señor, no comprendes. Lo hice para atraer a Kojiro.

Estaba a punto de embarcarse en una vigorosa defensa, pero Tadaaki le cortó en seco.

—A eso precisamente me refiero al hablar de cobardía. Si querías pelear con Kojiro, ¿por qué no fuiste directamente a su casa? ¿Por qué no le enviaste un mensaje desafiándole? ¿Por qué no declaraste tu nombre y tu propósito?

—Bueno, pensé en todo eso, pero...

—¿Pensaste? No había nada que te impidiera hacerlo, pero usaste la treta cobarde de hacer que otros te ayudaran a atraer aquí a Kojiro de modo que pudierais atacarle en masa. En comparación, la actitud de Kojird ha sido admirable. —Tadaaki hizo una pausa—. Ha venido solo, para verme personalmente. Rechazando todo contacto con un cobarde, me ha desafiado a mí, basándose en que la mala conducta de un discípulo equivale a la mala conducta de su maestro. El resultado de la confrontación entre su espada y la mía ha revelado un delito vergonzoso. Ahora confieso humildemente ese delito.

En la sala reinaba un silencio absoluto.

—Ahora, Toranosuke, después de reflexionar, ¿todavía crees ser un samurai sin mancha?

—Perdóname.

—Vete.

Con la cabeza gacha, Toranosuke caminó diez pasos hacia atrás y se arrodilló en el suelo con los brazos extendidos antes de inclinarse en una profunda reverencia.

—Te deseo la mejor salud, señor —dijo en tono sombrío—. Y lo mismo a los demás.

Se levantó y salió cabizbajo del dojō.

Tadaaki se puso en pie.

—También yo debo despedirme del mundo. —En su voz eran audibles los sollozos contenidos. Sus últimas palabras fueron severas, pero llenas de afecto—. ¿Por qué afligiros? Vuestro día ha llegado. De vosotros depende que esta escuela entre con honor en una nueva era. Empezad ahora mismo, sed humildes, trabajad con ahínco y procurad con todas vuestras fuerzas cultivar el espíritu.

Cuando regresó a la sala de los invitados, tomó asiento y se dirigió a Kojiro, Tadaaki parecía impertérrito.

Tras disculparse por haberle hecho esperar, le dijo:

—Acabo de expulsar a Hamada. Le he aconsejado que

cambie su manera de ser y trate de comprender el verdadero significado de la disciplina del samurai. Por supuesto, me propongo liberar a la anciana. ¿Quieres llevártela contigo o dispongo las cosas para que se vaya más tarde?

—Estoy satisfecho con lo que has hecho. La mujer puede venir conmigo.

Kojiró se movió como si fuera a levantarse. El encuentro de esgrima le había despojado de toda su energía, y la espera posterior le había parecido interminablemente larga.

—No te vayas todavía —le dijo Tadaaki—. Ahora que todo ha terminado, tomemos un trago juntos. Lo pasado pasado está. —Batió palmas y gritó—: ¡Omitsu! Trae sake.

—Gracias, eres muy amable al invitarme. —Sonrió y dijo hipócritamente—: Ahora sé por qué Ono Tadaaki y el estilo Itto son tan famosos. —No sentía respeto alguno por Tadaaki.

«Si su talento natural se desarrolla de la manera apropiada, el mundo se inclinará a sus pies», pensó Tadaaki. «Pero si se desvía por el mal camino, va a ser otro Zenki.» Estuvo a punto de decirle: «Si fueras discípulo mío...», pero en vez de hacerlo se echó a reír y replicó con modestia al halago de Kojiró.

En el transcurso de su conversación salió a relucir el nombre de Musashi, y Kojiró se enteró de que era uno de los candidatos al grupo selecto de hombres que daban lecciones al shogun.

—¿Ah, sí? —se limitó a decir Kojiró, pero su expresión revelaba el desagrado que le producía la noticia.

Volvió los ojos rápidamente hacia el sol poniente e insistió en que era hora de irse.

Pocos días después de esa entrevista, Tadaaki desapareció de Edo. Tenía la reputación de ser un guerrero sencillo y franco, encarnación de la honradez y la abnegación, pero un hombre que carecía de las dotes políticas de Munenori. La gente, al no entender por qué un hombre que aparentemente podía lograr cualquier cosa que se propusiera huía del mundo, sentía una viva curiosidad y daba a su desaparición toda clase de interpretaciones.

Se decía que, como resultado de su fracaso, Tadaaki había perdido el juicio.

El aspecto conmovedor de las cosas

Musashi dijo que era la peor tormenta que había visto.

Iori miró fijamente las páginas de su texto, húmedas y desgarradas, esparcidas por la estancia, y pensó entristecido: «Se acabó el estudio».

Dos días de otoño, los días doscientos diez y doscientos veinte del año, eran los que más temían los campesinos, pues en esos dos días era más probable que los tifones destruyeran la cosecha de arroz. Iori, más avezado a los peligros de los elementos que su maestro, había tenido la precaución de atar el tejado y ponerle grandes piedras encima. Sin embargo, durante la noche el viento lo había arrancado, y cuando hubo luz suficiente para inspeccionar los daños, resultó evidente que sería imposible reparar la cabana.

Recordando su experiencia de Hótengahara, Musashi se puso en camino poco después del amanecer. Al verle alejarse, Iori pensó: «¿De qué le servirá mirar los arrozales de los vecinos? Claro que están inundados. ¿Es que su propia casa no significa nada para él?».

Encendió una fogata, usando trozos de madera de las paredes y el suelo, y asó unas castañas y varios pájaros abatidos por la tormenta para desayunar. Los ojos le escocían a causa del humo.

Musashi regresó poco después del mediodía. Aproximadamente al cabo de una hora, un grupo de granjeros enfundados en gruesas capas de paja contra la lluvia llegaron para darle las gracias... por haber ayudado a una persona enferma, por echar una mano para eliminar el agua de la inundación, por otros servicios diversos. Uno de los vecinos, un anciano, admitió: «En estas ocasiones siempre nos peleamos, pues todo el mundo tiene prisa por ocuparse primero de sus propios problemas. Pero hoy, siguiendo tu consejo, hemos trabajado juntos».

También trajeron alimentos, dulces, encurtidos y, para delicia de Iori, pastelillos de arroz. Iori reflexionó y llegó a la conclusión de que aquel día había recibido una lección: si uno se olvidaba de sí mismo y trabajaba para el grupo, el alimento le llegaría de una manera natural.

—Os construiremos una nueva casa —prometió un campesino—. Una que sea capaz de resistir los embates del viento.

De momento, les invitó a alojarse en su casa, la más antigua de la aldea. Cuando llegaron allí, la esposa del campesino tendió sus ropas para que se secaran, y cuando se dispusieron a acostarse les mostraron habitaciones independientes.

Antes de quedarse dormido, Iori percibió un sonido que despertó su interés. Volvió la cara hacia la habitación de Musashi y susurró a través de la shoji:

—¿Oyes eso, señor?

—¿Humm?

—Escucha. El sonido llega hasta aquí..., son los tambores de las danzas del templo. ¿No es extraño que celebren danzas religiosas la noche después de un tifón?

No tuvo más respuesta que el sonido de una respiración profunda.

A la mañana siguiente, Iori se levantó temprano y preguntó al campesino por los tambores. Luego fue a la habitación de Musashi y, con una expresión radiante, le dijo:

—El santuario de Mitsumine, en Chichibu, no está muy lejos de aquí, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Desearía que me llevaras allí, para presentar mis respetos. Perplejo, Musashi le preguntó a qué obedecía aquel súbito

interés, y el muchacho le dijo que los tambores habían sido músicos en un pueblo vecino, donde practicaban para la danza sagrada de Asagaya, en la que su casa se había especializado desde tiempos inmemoriales. Todos los meses iban a actuar en el festival del santuario de Mitsumine.

Iori sólo conocía la belleza de la música y la danza a través de aquellas danzas shintoístas. Era aficionado a ellas en extremo, y al enterarse de que las danzas de Mitsumine eran una de las tres grandes clases de esa tradición, ardía en deseos de verlas.

—¿Me llevarás? —le suplicó—. Pasarán cinco o seis días, como mínimo, antes de que la casa esté lista.

El ardor de Iori hizo que Musashi recordara a Jótaro, quien tan a menudo le daba la lata, gimiendo, haciendo pucheros, ronroneando para conseguir lo que quería. Iori, tan adulto e independiente para su edad, no solía recurrir a tales tácticas. Musashi no pensaba especialmente en ello, pero un observador podría haber notado los efectos de su influencia. Se había esforzado por enseñarle a Iori a efectuar una distinción estricta entre él y su maestro.

Al principio respondió con evasivas, pero tras pensarlo un poco le dijo:

—De acuerdo, te llevaré.

Iori se puso a brincar.

—¡Y además hace muy buen tiempo! —exclamó.

Al cabo de cinco minutos informó de su buena suerte a su anfitrión, le pidió cajas de comida y se procuró unas nuevas sandalias de paja. Entonces se reunió de nuevo con su maestro.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó.

El granjero les despidió con la promesa de que cuando regresaran su casa estaría terminada.

Pasaron por lugares donde el tifón había dejado estanques que eran casi lagunas, pero por lo demás resultaba difícil creer que los cielos hubieran descargado su furia sólo dos días antes. Los alcaudones volaban bajos en el cielo azul claro.

La primera noche eligieron una posada económica en la aldea de Tanashi y se acostaron temprano. Al día siguiente, la carretera les adentró más en la gran llanura de Musashino.

Al llegar al río Iruma su viaje quedó interrumpido durante varias horas. El río estaba muy crecido, con un caudal tres veces superior al normal. Sólo permanecía en pie una pequeña sección del puente de tierra, inútil, en medio de la corriente.

Mientras Musashi observaba a un grupo de campesinos que acarreaban nuevos pilotes por ambos lados, para construir una pasarela temporal, Iori reparó en unas viejas puntas de flecha que estaban en el suelo y llamó la atención de su maestro, añadiendo:

—También hay cimera de cascos. Aquí debió de librarse una batalla.

El muchacho se entretuvo a lo largo de la orilla, desenterrando puntas de flecha, oxidados fragmentos de espadas rotas y diversas piezas de un metal viejo e inidentificable.

De repente apartó bruscamente la mano de un objeto blanco que había estado a punto de recoger.

—¿Es un hueso humano! —exclamó.

—Tráelo aquí —le pidió Musashi.

Iori no se atrevía a tocarlo de nuevo.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Enterrarlo en un sitio donde no sea pisoteado.

—No se trata sólo de un par de huesos. Hay montones de ellos.

—Estupendo, así tendremos algo que hacer. Trae todos los que encuentres. —Volviéndose de espaldas al río, añadió—: Puedes enterrarlos todos ahí, donde florecen esas gencianas.

—No tengo una pala.

—Puedes usar una espada rota.

Cuando el hoyo fue lo bastante profundo, Iori echó los huesos y luego recogió la colección de puntas de flecha y fragmentos de metal y los enterró con los huesos.

—¿Está bien así? —preguntó.

—Pon unas piedras encima, que quede un monumento funerario adecuado.

—¿Cuándo se libró aquí una batalla?

—¿Lo has olvidado? Tienes que haberlo leído. El Taiheiki nos habla de dos feroces batallas, en 1333 y 1352, en un lugar llamado Kotesashigahara, más o menos donde nos encontra-

mos ahora. Uno de los bandos era la familia Nitta, que apoyaba a la corte meridional, y el otro un ejército enorme dirigido por Ashikaga Takauji.

—Ah, las batallas de Kotesashigahara, Ahora me acuerdo.

—A instancias de Musashi, Iori siguió diciendo—: El libro nos cuenta que el príncipe Munenaga vivió durante largo tiempo en la región oriental y estudió el Camino del Samurai, pero se quedó asombrado cuando el emperador le nombró shogun.

—¿Cómo decía el poema que compuso en esa ocasión?
—le preguntó Musashi.

Iori alzó la vista hacia un ave que se elevaba hacia el intenso azul del cielo y recitó:

¿Cómo podría haber sabido
que llegaría a ser el dueño del
arco de catalpa? ¿No habría
pasado por la vida sin tocarlo?

—¿Y el poema del capítulo en que nos cuenta cómo penetró en la provincia de Musashi y luchó en Kotesashigahara?

El muchacho titubeó, se mordió el labio e, inventando en buena parte sobre la marcha, respondió:

¿Por qué, entonces, debería aferrarme a
una vida que se realiza plenamente
cuando se entrega con nobleza por el
bien de nuestro gran señor, por el bien
del pueblo?

—¿Y cuál es su significado?

—Lo comprendo muy bien.

—¿Estás seguro?

—Todo aquel que no pueda comprenderlo sin necesidad de que se lo expliquen no es un auténtico japonés, aunque sea un samurai. ¿No es cierto?

—Sí, pero dime, Iori, si tal es el caso, ¿por qué te comportas como si tocar esos huesos te ensuciara las manos?

—¿Acaso te sentirías a gusto manipulando los huesos de unos muertos?

—Los hombres que murieron aquí eran soldados. Lucharon y perecieron por los sentimientos expresados en el poema del príncipe Munenaga. El número de samurais con ese espíritu es incontable, y sus huesos, enterrados en la tierra, son los cimientos sobre los que se ha construido este país. De no ser por ellos, todavía seguiríamos sin paz y sin perspectivas de prosperidad.

»Las guerras, como el tifón que acabamos de sufrir, pasan. La tierra, en su conjunto, no varía, pero nunca debemos olvidar la deuda que tenemos con los huesos blancos bajo el suelo.

Iori asentía a casi cada una de las palabras de su maestro.

—Ahora lo comprendo. ¿Hago una ofrenda de flores y me inclino ante los huesos enterrados?

Musashi se echó a reír.

—No es necesario que te inclines si mantienes vivo el recuerdo en tu corazón.

—Pero...

No del todo satisfecho, el muchacho recogió algunas flores y las depositó ante el montón de piedras. Estaba a punto de batir palmas y rezar una plegaria cuando cruzó por su mente otro pensamiento turbador.

—Señor, hemos hecho muy bien si estos huesos pertenecieron realmente a samurais que fueron leales al emperador. Pero ¿y si se trata de los restos del ejército de Ashikaga Takauji? No quisiera presentarles mis respetos.

Iori le miraba fijamente, aguardando una respuesta. Musashi fijó sus ojos en la delgada porción de luna diurna, pero no se le ocurrió ninguna respuesta satisfactoria.

Finalmente dijo:

—En el budismo hay salvación incluso para los que son culpables de los diez males y los cinco pecados mortales. Los sentimientos son en sí mismos iluminación. El Buda perdona a los malvados con sólo que ellos abran los ojos a su sabiduría.

—¿Significa eso que los guerreros leales y los rebeldes malignos son lo mismo después de muertos?

—¡No! —exclamó Musashi—. Un samurai considera su nombre sagrado. Si lo ensucia, no hay posibilidad de reparación a lo largo de todas las generaciones.

—Entonces, ¿por qué el Buda trata por igual a los servidores leales y a los malos?

—Porque todas las personas son iguales en lo fundamental. Algunas están tan cegadas por el egoísmo y el deseo que se convierten en rebeldes o bandoleros. El Buda está dispuesto a hacer la vista gorda. Insta a todos por igual a que acepten la iluminación, abran los ojos a la verdadera sabiduría. Ese es el mensaje de un millar de escrituras. Por supuesto, cuando uno muere, no hay más que el vacío.

—Ya veo —dijo Iori, sin ver nada realmente. Reflexionó en el asunto durante varios minutos y entonces preguntó—: Pero eso no le ocurre al verdadero samurai, ¿verdad? No hay un vacío total cuando un samurai muere.

—¿Por qué dices eso?

—Su nombre sigue viviendo, ¿no es cierto?

—Así es.

—Si es un mal nombre, sigue siendo malo. Si es un buen nombre, sigue siendo bueno, aun cuando el samurai haya quedado reducido a unos huesos. ¿No ocurre así?

—Sí, pero en realidad no es tan sencillo —dijo Musashi, preguntándose de qué manera podría orientar la curiosidad de su discípulo—. Mira, el samurai sabe apreciar el aspecto conmovedor de las cosas, la belleza profunda de lo existente unida al patetismo de su naturaleza efímera. Un guerrero que carezca de esa sensibilidad es como un arbusto en el desierto. Ser un luchador fuerte y nada más es como ser un tifón. Lo mismo les sucede a los espadachines que no tienen en la cabeza más que la espada, la espada, la espada. Un verdadero samurai, un espadachín auténtico, tiene sentimientos compasivos, comprende el patetismo de la vida.

Silenciosamente, Iori colocó bien las flores y unió las manos para orar.

4 Dos palillos de tambor

En la mitad de la ladera, las figuras humanas que ascendían como una procesión ininterrumpida de hormigas eran engullidas por un anillo de espesas nubes del que emergían cerca de la cima, donde estaba situado el santuario de Mitsumine, y allí les saludaba el cielo impoluto.

Los tres picos de la montaña, Kumotori, Shiraiwa y Myohógatake, se alzaban a horcajadas sobre cuatro provincias orientales. El recinto shintoísta contenía templos budistas, pagodas, varios otros edificios y portales. En el exterior había un pueblecito floreciente, con casas de té y tiendas de recuerdos, las oficinas de los altos sacerdotes y las casas de unos setenta agricultores cuyas verduras estaban reservadas para el consumo del santuario.

—¡Escucha! —dijo Iori excitado, mientras engullía el arroz y las judías rojas—. Han empezado a tocar los grandes tambores.

Musashi estaba sentado frente a él, disfrutando lentamente de su comida. Iori soltó los palillos.

—La música ha empezado. Vayamos a verlo.

—Anoche tuve suficiente. Ve tú solo.

—Pero anoche sólo hubo dos danzas. ¿No quieres ver las demás?

—No si para ello tengo que apresurarme.

Al ver que el cuenco de madera de su maestro todavía estaba mediado, Iori le dijo en un tono más sereno:

—Desde ayer han llegado miles de personas. Sería una lástima que se pusiera a llover.

—¿Ah, sí?

Cuando Musashi por fin estuvo dispuesto a partir, Iori corrió a la puerta principal como un perro sin correa, tomó prestadas unas sandalias de paja y las colocó en el umbral para su maestro.

Delante del Kannon'in, el templo secundario donde se alojaban, y a ambos lados del portal principal del santuario ardían grandes hogueras. Cada casa tenía una antorcha encendida en la fachada, y toda la zona, a varios miles de pies por encima del nivel del mar, estaba brillante como si fuese de día. En lo alto, en un firmamento con el color de un lago profundo, el Río del Cielo destellaba como humo mágico, mientras que en la calle una multitud de hombres y mujeres, sin pensar en el gélido aire de la montaña, avanzaba hacia el escenario donde tenían lugar las danzas sagradas. Las flautas y los grandes tambores resonaban con la brisa. El escenario estaba vacío, con excepción de los estandartes agitados suavemente por el viento que pronto servirían como telón de fondo.

Empujado por la multitud, Iori se vio separado de Musashi, pero rápidamente se abrió paso entre el gentío hasta que vio a su maestro cerca de un edificio, leyendo unas placas con una lista de donantes. Iori le llamó, corrió a su lado y le tiró de la manga, pero la atención de Musashi estaba concentrada en una de las placas, más grande que las demás, entre las que destacaba por el volumen de la contribución efectuada por «Daizó de Narai, pueblo de Shibaura, provincia de Musashi».

El sonido de los tambores llegó a un crescendo.

—Ha comenzado la danza —chilló Iori, deseoso de ir volando al pabellón de la danza sagrada—. ¿Qué estás mirando, sensei!

Musashi salió de su ensoñación y dijo:

—Oh, nada especial..., es que he recordado algo que debo hacer. Tú quédate a ver las danzas. Más tarde nos reuniremos.

Musashi buscó la oficina de los sacerdotes shintoístas, donde le recibió un anciano.

—Quisiera informarme acerca de un donante —le dijo Musashi.

—Lo siento, pero aquí no tenemos nada que ver con eso. Tendrás que ir a la residencia del prior budista. Te mostraré el camino.

Aunque el santuario de Mitsumine era shintoísta, la supervisión general de todo el establecimiento estaba en manos de un prelado budista. La placa sobre el portal decía: «Oficina del Alto Sacerdote Responsable» en unos caracteres convenientemente grandes.

En el vestíbulo, el anciano habló durante buen rato con el sacerdote de turno. Cuando terminaron, el sacerdote invitó a Musashi a pasar y le condujo muy cortésmente a una habitación interior. Le sirvió té junto con una bandeja de espléndidos pastelillos. Luego le presentó una segunda bandeja, seguida poco después por un joven y guapo acólito que traía sake. Finalmente apareció un personaje que era nada menos que un obispo provisional.

—Bienvenido a nuestra montaña —le dijo—. Me temo que sólo tenemos para ofrecerte nuestros sencillos productos campesinos. Espero que nos perdonen. Por favor, ponte cómodo.

Musashi no lograba comprender la razón de un tratamiento tan solícito. Sin tocar el sake, explicó:

—He venido para informarme sobre uno de vuestros donantes.

—¿Cómo? —El benigno semblante del sacerdote, un hombre regordete de unos cincuenta años, sufrió una sutil alteración—. ¿Informarte? —preguntó con suspicacia.

Musashi le preguntó en rápida sucesión cuándo Daizó había acudido al templo por última vez, si lo hacía con frecuencia, si alguna vez iba acompañado y, en ese caso, por qué clase de persona.

A cada interrogante el desagrado del sacerdote iba en aumento, hasta que finalmente le dijo:

—Entonces ¿no has venido aquí para efectuar una contribución sino simplemente para preguntar por alguien que lo ha

hecho? —Su semblante evidenciaba la exasperación que sentía.

—El anciano debe de haberme entendido mal. No he venido para hacer ninguna donación, sino tan sólo para preguntar por Daizo.

—Podrías haberlo aclarado perfectamente en la entrada —dijo con altivez el sacerdote—. Por lo que veo, eres un rónin. Debes comprender que no puedo dar información sobre nuestros donantes a cualquiera que la solicite.

—Te aseguro que no sucederá nada.

—Bien, para esta clase de asuntos tendrás que ver al sacerdote encargado.

El alto sacerdote, sintiéndose al parecer como si le hubieran robado, despidió a Musashi.

El registro de donantes no resultó más útil, pues en él sólo constaba que Daizo había estado allí en varias ocasiones. Musashi dio las gracias al sacerdote y se marchó.

Cerca del pabellón de danza, miró a su alrededor en busca de Iori, pero no le vio. De haber alzado la vista le habría localizado, pues el muchacho se encontraba casi directamente encima de su cabeza. Había trepado a un árbol para ver mejor.

Mientras contemplaba la danza que se desarrollaba en el escenario, Musashi se sintió transportado a la época de su infancia, a los festivales nocturnos en el santuario de Sanumo, en Miyamoto. Veía imágenes espectrales de las multitudes, del blanco rostro de Otsü entre la gente, de Matahachi, siempre mascando algo, del tío Gon, que iba de un lado a otro dándose aires. Percibió vagamente el rostro de su madre que, preocupada por lo tarde que era, había salido a buscarle.

Los músicos, vestidos con sus curiosos atuendos que pretendían simular la elegancia de los guardias imperiales de antaño, ocuparon sus lugares en el escenario. A la luz de las hogueras, sus galas chillonas, en las que destellaban fragmentos de brocado de oro, sugerían las túnicas míticas de la era de los dioses. El ritmo de los tambores, cuyos parches estaban ligeramente laxos, reverberaron en el bosque de cedros, y entonces las flautas y las tablas de madera bien curada, golpeadas rítmicamente con unos pequeños tacos, tocaron el preludio. El

maestro de la danza se adelantó, el rostro cubierto por la máscara de un anciano. Aquel rostro ultraterreno, de cuyas mejillas y barbilla se habían desprendido muchos trozos de laca, se movió lentamente mientras cantaba la letra de la Kamiasobi, la danza de los dioses.

En el sagrado monte Mimuro
con su valla divina,
ante la gran deidad,
las hojas del árbol de sakaki
crecen en profusa abundancia,
crecen en profusa abundancia.

El ritmo de los tambores se hizo más rápido e intervinieron los demás instrumentos. Pronto la canción y la danza se fusionaron en un ritmo vivo y sincopado.

¿De dónde ha salido esta lanza?
es la lanza de la sagrada morada
de la princesa Toyooka que está en el cielo...
la lanza de la sagrada morada.

Musashi conocía algunas de las canciones, pues de niño las había cantado y, provisto de una máscara, había participado en las danzas del santuario de Sanumo.

La espada que protege a la gente, la
gente de todas las tierras. Colguémosla
festivamente ante la deidad, colguémosla
festivamente ante la deidad.

La revelación le alcanzó como un rayo. Musashi había estado mirando las manos de uno de los tambores, que blandían dos palillos cortos, en forma de porra. Aspiró hondo y exclamó en voz alta, casi gritando: «¡Eso es! ¡Dos espadas!».

Sobresaltado por la voz, Iori desvió la vista del escenario el tiempo suficiente para mirar abajo y decir:

—Ah, estás ahí.

Musashi ni siquiera alzó los ojos. Miraba adelante, no sumido en una embelesada ensoñación como los demás, sino con una mirada tan penetrante que habría asustado a cualquiera que la viese.

—Dos espadas —repitió—. Es el mismo principio. Dos paillos de tambor, pero un solo sonido. —Se cruzó de brazos y escrutó cada movimiento del tambor.

Desde cierto punto de vista, aquello era la quintaesencia de la sencillez. El ser humano nace con dos manos; ¿por qué no usarlas ambas? Pero los espadachines luchaban con una sola espada y, a menudo, con una sola mano. Esto tenía sentido siempre que todo el mundo siguiera la misma práctica, pero si uno de los combatientes empleara dos espadas a la vez, ¿qué posibilidades de vencer tendría un adversario que usara una sola?

Cuando se enfrentó a la Escuela Yoshioka en Ichijōji, Musashi descubrió el juego que daban la espada larga en la mano derecha y la corta en la izquierda. Blandió ambas armas instintivamente, de una manera inconsciente, cada brazo aplicado al máximo a la función protectora. En una lucha a vida o muerte, había reaccionado de una manera heterodoxa. Ahora, de súbito, la base lógica le parecía natural, si no inevitable.

Si dos ejércitos se enfrentaran en una batalla* bajo las reglas del Arte de la Guerra sería impensable que cualquiera de ellos utilizara un solo flanco mientras permitía al otro permanecer ocioso. ¿No encerraba esto un principio cuya ignorancia no podía permitirse el espadachín individual? Desde el encuentro de Ichijōji, a Musashi le había parecido que el uso de ambas manos y de las dos espadas era el sistema normal y humano. Solamente la costumbre, seguida incondicionalmente durante siglos, era la causante de que pareciera anormal. Tenía la sensación de haber llegado a una verdad innegable: la costumbre había hecho que lo antinatural pareciera natural y viceversa.

Si bien la costumbre estaba alimentada por la experiencia cotidiana, hallarse en el límite entre la vida y la muerte era algo que sólo ocurría en contadas ocasiones a lo largo de la vida. Sin embargo, el objetivo final del Camino de la Espada era el de

ser capaz de permanecer al borde de la muerte en cualquier momento: enfrentarse a la muerte de frente, impávidamente, debería ser algo tan familiar como todas las demás experiencias cotidianas. Y el proceso tenía que ser consciente, aunque el movimiento debería ser tan libre como si fuese puramente reflejo.

El estilo de esgrima con dos espadas debía tener esa naturaleza: consciente pero, al mismo tiempo, tan automático como un reflejo, completamente libre de las restricciones inherentes a la acción consciente. Durante cierto tiempo, Musashi había tratado de unir en un principio válido lo que sabía instintivamente con lo que había aprendido por medios intelectuales. Ahora estaba cercano a su formulación verbal, y ello le haría famoso en todo el país y a través de las generaciones venideras.

Dos palillos de tambor, un solo sonido. El tambor era consciente de la izquierda y la derecha, la derecha y la izquierda, pero al mismo tiempo inconsciente de ellas. Allí, ante sus ojos, estaba la esfera budista de la interpretación libre. Musashi se sentía iluminado, realizado.

Las cinco danzas sagradas, que habían comenzado con la canción del maestro de danzas, continuaron con las representaciones de los danzarines, los cuales llevaron a cabo la danza de Iwato, de amplios movimientos, y luego la danza de Ara Mikoto no Hoko. El ritmo de las melodías que tocaban las flautas se hizo más rápido, las campanas sonaban animadamente.

Musashi alzó la vista y le dijo a Iori:

—¿Nos vamos ya?

—Todavía no —respondió distraídamente el muchacho.

El espíritu de Iori había pasado a formar parte de la danza. Él mismo se sentía como uno de los danzarines.

—No tardes demasiado en volver a casa. Mañana subiremos el pico hasta el santuario interior.

5 El ayudante del demonio

Los perros de Mitsumine eran una raza salvaje, resultado, según se decía, del cruce de perros traídos por los inmigrantes coreanos más de mil años atrás con los perros salvajes de las montañas de Chichibu. A sólo un paso del estado salvaje, merodeaban por las montañas y se alimentaban como lobos, siendo sus presas los demás animales silvestres de la región. Pero puesto que se les consideraba como mensajeros de la deidad y la gente se refería a ellos como sus «ayudantes», los fieles solían llevarse a casa imágenes impresas o esculpidas de los perros, a modo de amuletos de la buena suerte.

El perro negro del hombre que seguía a Musashi tenía el tamaño de una ternera.

Cuando Musashi entró en el Kannon'in, el hombre se volvió, dijo: «Por aquí», e indicó el camino al animal con la mano Ubre.

El perro gruñó, tiró de su trailla, una cuerda gruesa, y empezó a husmear.

—Chiss, Kuro, estáte quieto.

El hombre tenía unos cincuenta años, era de complexión recia pero flexible y, al igual que su perro, no parecía del todo domado. Sin embargo, iba bien vestido. Sobre el kimono, que parecía la túnica de un sacerdote o el atuendo formal de un samurai, llevaba un obi estrecho y aplanado y un hakama de cáña-

mo. Sus sandalias de paja, de la clase que los hombres se ponían para asistir a los festivales, estaban provistas de cordones nuevos.

—¿Eres tú, Baiken?

La mujer que había hablado retrocedió, para mantenerse a distancia del perro.

—Al suelo —ordenó Baiken, dando al animal un fuerte coscorrón.

—Me alegro de que le hayas descubierto, Ok5.

—Entonces ¿era él?

—Sin duda alguna.

Permanecieron un rato en silencio, mirando las estrellas a través de una brecha en las nubes y oyendo, pero sin escuchar de veras, la música de la danza sagrada.

—¿Qué haremos? —preguntó la mujer.

—Ya se me ocurrirá algo.

—No podemos desperdiciar esta oportunidad.

Oko miraba expectante a Baiken.

—¿Está Tóji en casa? —preguntó él.

—Sí, se emborrachó en el festival y se ha dormido.

—Despiértale.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Tengo trabajo. Después de hacer la ronda, iré a tu casa.

Una vez fuera de la entrada principal del santuario, Oko echó a correr. La mayor parte de las veinte o treinta casas eran tiendas de recuerdos o casas de té. Había también algunos pequeños establecimientos de comidas, de los que surgía el alegre vocerío de los juerguistas. Del alero de la choza en la que entró Ok5, colgaba un letrero que decía «Fonda». En la sala delantera, cuyo suelo era de tierra, una joven sirvienta estaba sentada en un taburete, dormitando.

—¿Todavía durmiendo? —preguntó Oko.

La muchacha, esperando una reprimenda, sacudió vigorosamente la cabeza.

—No me refiero a ti sino a mi marido.

—Ah, sí, todavía está durmiendo.

Chascando la lengua desaprobadoramente, Oko gruñó:

—En pleno festival y está durmiendo. Éste es el único establecimiento que no está lleno de clientes.

Cerca de la puerta, un hombre y una anciana cocinaban arroz y judías al vapor en un fogón de tierra. Las llamas ponían la única nota de color en el interior por lo demás sombrío.

Okó se acercó a un hombre que dormía en un banco a lo largo de la pared, le dio unos golpecitos en el hombro y le dijo:

—¡Tú, levántate! Abre los ojos para variar.

—¿En? —musitó él, incorporándose ligeramente.

—¡Cáspita! —exclamó la mujer al tiempo que retrocedía.

Entonces se echó a reír y dijo—: Perdona. He creído que eras mi marido.

Un trozo de estera se había deslizado al suelo. El hombre, un joven de cara redondeada con unos ojos grandes de mirada inquisitiva, lo recogió, se cubrió con él la cara y se tendió de nuevo. Su cabeza descansaba sobre una almohada de madera y sus sandalias estaban manchadas de barro. A su lado, sobre la mesa, había una bandeja y un cuenco de arroz vacío; junto a la pared, un saco de viaje, un sombrero de juncos y un bastón.

Okó se volvió a la muchacha y le dijo:

—Es un cliente, ¿no?

—Sí, ha dicho que se propone subir al santuario interior a primera hora de la mañana y ha preguntado si podría echar una siesta aquí.

—¿Dónde está T5ji?

—Estoy aquí, estúpida. —Su voz surgió por detrás de una shoji desgarrada. Estaba recostado en la habitación contigua, un pie colgándole en la sala destinada al público—. ¿Conque despotricas contra mí porque me he tumbado un rato? ¿Dónde has estado tú todo este tiempo, cuando deberías haber atendido el negocio?

En muchos aspectos, los años habían sido menos amables con Okó que con Tóji. No sólo había desaparecido por completo el encanto que tuvo en otro tiempo, sino que dirigir la casa de té Oinu le exigía el trabajo de un hombre para compensar la inactividad de su inútil cónyuge, puesto que Tóji ganaba un jornal de hambre cazando en invierno pero hacía poco más. Después de que Musashi incendiara su escondrijo con la habitación que era realmente una trampa en el paso de Wada, todos sus secuaces les habían abandonado.

Los ojos turbios y rojizos de T5ji enfocaron gradualmente un barril de agua. Se puso en pie, fue al barril y engulló el contenido de un cazo.

Oko se recostó en un banco y le miró por encima del hombro.

—No me importa que haya un festival. Ya es hora de que aprendas a saber cuándo debes parar. Has tenido suerte de que no te atravesara una espada ahí afuera.

—¿Cómo?

—Te digo que deberías tener más cuidado.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Sabías que Musashi está aquí, en el festival?

—¿Musashi? ¿Miyamoto... Musashi? —El sobresalto le despertó del todo—. ¿Lo dices en serio? Oye, será mejor que te escondas en la parte trasera.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Esconderte?

—No quiero que vuelva a ocurrir lo del paso de Wada.

—Cobarde. ¿No estás deseoso de desquitarte, no sólo por eso sino también por lo que hizo a la Escuela Yoshioka? Yo sí lo estoy, y no soy más que una mujer.

—Sí, pero no olvides que entonces teníamos muchos hombres a nuestro lado. Ahora sólo estamos tú y yo.

Toji no estuvo en Ichijóji, pero había oído contar cómo luchó Musashi y no se hacía ilusiones sobre cuál de los dos perdería la vida si volvían a encontrarse.

Oko se acercó cautelosamente a su marido y le dijo:

—En eso te equivocas. Aquí hay otro hombre, ¿no es cierto? Un hombre que odia a Musashi tanto como tú.

Toji sabía que se estaba refiriendo a Baiken, con quien habían trabado conocimiento cuando sus vagabundeos les llevaron a Mitsumine.

Puesto que ya no había más batallas, la actividad de saqueador ya no era provechosa, por lo que Baiken abrió una herrería en Iga, pero fue expulsado de allí cuando el señor Todo hizo más severo su dominio de la provincia. Deseoso de probar fortuna en Edo, desorganizó su banda, y entonces, gracias a la recomendación de un amigo, fue nombrado vigilante del edificio que contenía el tesoro del templo.

Por entonces todavía las montañas entre las provincias de

Musashi y Kai estaban infestadas de bandidos. Al contratar a Baiken para que custodiara la casa del tesoro, con sus objetos religiosos de gran valor y las donaciones en metálico, los ancianos dirigentes del templo combatían el fuego con fuego. Baiken tenía la ventaja de conocer a fondo los métodos de los bandidos, y también era un experto reconocido en el arma llamada hoz de cadena y bola. Como creador del estilo Yaegaki, quizás podría haber atraído la atención de un daimyo, de no mediar el hecho de que su hermano fue Tsujikaze Temma. Muchos años atrás los dos hermanos habían aterrorizado a la región que se extendía entre el monte Ibuki y el distrito de Yasugawa. El cambio de los tiempos no significaba nada para Baiken. A su modo de ver, la muerte de Temma a manos de Takezó había sido la causa fundamental de todas sus dificultades posteriores.

Largo tiempo atrás Oko había contado a Baiken sus motivos de queja contra Musashi, exagerando su rencor a fin de cimentar la amistad con él. Baiken le había respondido con el ceño fruncido: «Uno de estos días...».

Ok5 acababa de contarle a Tóji que había visto a Musashi desde la casa de té y que luego le había perdido entre la multitud. Más tarde, obedeciendo a una corazonada, había ido al Kannon'in, donde llegó justo cuando Musashi e Iori salían para ir al santuario exterior. La mujer se apresuró a comunicar esta información a Baiken.

—De modo que así están las cosas —dijo Toji, cobrando ánimo al saber que ya contaban con un aliado digno de confianza. Sabía que Baiken, utilizando su arma favorita, había derrotado a todos los espadachines en el reciente torneo del santuario. Si atacaba a Musashi, tenía una buena oportunidad de vencerle—. ¿Cómo ha reaccionado cuando se lo has dicho?

—Vendrá cuando termine su ronda de inspección.

—Musashi no es ningún necio. Si no tenemos cuidado...

—Tóji se estremeció y emitió un sonido ronco e ininteligible.

Oko siguió su mirada hasta que se posó en el hombre dormido en el banco.

—¿Quién es ése? —inquirió T5ji.

—No es más que un cliente —respondió Oko.

—Despiértale y échale de aquí.

Okó delegó la tarea en la sirvienta, la cual fue al extremo de la estancia y sacudió al durmiente hasta que éste se irguió.

—Vete —le dijo rudamente—. Vamos a cerrar.

El hombre se puso en pie, se estiró y dijo:

—He echado una siesta muy agradable.

Con una sonrisa en los labios y un parpadeo de sus grandes ojos, se movió con rapidez pero tranquilamente: se puso el trozo de estera sobre los hombros, se caló el sombrero de juncos, se echó el saco de viaje a la espalda y colocó el bastón bajo sus brazos.

—Os estoy muy agradecido —dijo al tiempo que hacía una reverencia, y se apresuró a cruzar la puerta.

A juzgar por su indumentaria y su acento, Okó se dijo que no era ninguno de los campesinos locales, pero parecía bastante inofensivo.

—Un hombre de aspecto curioso —comentó—. ¿Habrá pagado la cuenta?

Okó y Tóji todavía estaban cerrando los postigos y ordenando el local cuando entró Baiken con su perro Kuro.

—Me alegro de verte —le dijo Tóji—. Pasemos a la habitación del fondo.

Sin decir nada, Baiken se quitó las sandalias y les siguió, mientras el perro husmeaba a su alrededor en busca de restos de comida. La habitación del fondo era sólo un cobertizo con una primera mano de áspero yeso en las paredes. Quedaba fuera del alcance de los oídos de cuantos se hallaran en el local delantero. Encendieron un candil y Baiken tomó la palabra.

—Esta noche, delante del escenario de las danzas, he acertado a oír lo que Musashi le decía al muchacho, que mañana por la mañana subirán el santuario interior. Más tarde he ido al Kannon'in para comprobarlo.

Tanto Okó como Tóji tragarón saliva y miraron a través de la ventana. La cima en la que se alzaba el santuario interior destacaba levemente contra el cielo estrellado.

Puesto que conocía bien los recursos de su adversario, Baiken había trazado un plan de ataque y movilizado refuerzos. Dos sacerdotes, guardianes de la casa del tesoro, ya habían accedido a echar una mano y se habían adelantado con sus lan-

zas. Había también un hombre de la Escuela Yoshioka, el cual dirigía un pequeño dojo en el santuario. Baiken calculaba que podría movilizar a unos diez saqueadores, hombres a los que conoció en Iga y que ahora trabajaban en la vecindad. Toji llevaría un mosquete, mientras que Baiken iría armado con su hoz de cadena y bola.

—¿No es la primera vez que haces esto? —le preguntó Tóji, incrédulo.

Baiken sonrió pero no dijo nada más.

Una minúscula porción de luna se cernía sobre el valle, oculto por una espesa niebla. El gran pico todavía dormía, sin más sonidos en las inmediaciones que el gorgoteo y el fragor del río, los cuales acentuaban el silencio. Un grupo de oscuras figuras se agazapaba en el puente de Kosaruzawa.

—¿Toji? —susurró ásperamente Baiken.

—Estoy aquí.

—Asegúrate de que la mecha esté seca.

Entre la variopinta cuadrilla destacaban los dos sacerdotes lanceros, los cuales se habían alzado y sujetado los faldones de sus túnicas, a fin de estar preparados para entrar en acción. Los demás vestían una variedad de atavíos, pero todos de manera que pudieran moverse ágilmente.

—¿Estamos todos?

—Sí.

—¿Cuántos en total?

Contaron las cabezas: eran trece.

—Muy bien —dijo Baiken, y les repitió las instrucciones.

Ellos le escucharon en silencio, asintiendo de vez en cuando. Entonces, a una señal, se escabulleron en la niebla para tomar posiciones a lo largo de la carretera. En el extremo del puente pasaron ante una piedra miliar que decía: «Seis mil varas hasta el Santuario Interior».

Cuando el puente volvió a quedar desierto, un nutrido grupo de monos salieron de sus escondrijos, saltaron de las ramas, bajaron por las enredaderas y convergieron en la carretera. Corrieron al puente, se metieron debajo y arrojaron piedras al barran-

co. La niebla jugaba con ellos, como estimulando su jolgorio. Si un inmortal taoísta hubiera aparecido haciéndoles una seña, quizá se habrían transformado en nubes y volado con él al cielo.

Los ladridos de un perro resonaron en las montañas. Los monos desaparecieron como hojas de zumaque barridas por el viento otoñal.

Kuro avanzaba por la carretera y Okó se apresuraba tras él. El perro había logrado soltarse, y aunque Oko por fin había podido coger la trailla, no había manera de que el animal diese la vuelta. Sabía que Tóji no quería que el perro estuviera allí e hiciera ruido, y pensó que quizá podría apartarle de en medio dejándole subir al santuario interior.

Cuando la niebla, que se deslizaba sin cesar, empezó a posarse en los valles como si fuese nieve, los tres picos del Mitsumine y las montañas menos elevadas entre Musashino y Kai se recortaron contra el cielo en todo su esplendor. La cinta blanca y serpenteante de la carretera resaltaba en la oscuridad, y las aves empezaron a encrespar sus plumas y saludar al amanecer con sus cantos.

—¿Por qué ocurre eso? —inquirió Iori, como si hablara consigo mismo.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Musashi.

—Se está haciendo de día, pero no veo el sol.

—En primer lugar, estás mirando hacia el oeste.

—Ah. —Iori dirigió una breve mirada a la luna, que se sumía detrás de los picos lejanos.

—Mira, Iori, parece ser que muchos de tus amigos viven aquí, en las montañas.

—¿Dónde?

—Allí.

Musashi se echó a reír e indicó unos monos agrupados alrededor de su madre.

—Me gustaría ser uno de ellos.

—¿Por qué?

—Por lo menos tienen madre.

Recorrieron en silencio un trecho empinado del camino y

llegaron a una extensión relativamente llana. Musashi observó que la hierba había sido pisoteada por un gran número de pies.

Después de serpentear un poco más alrededor de la montaña, llegaron a una zona llana donde estaban de cara al este.

—¡Mira! —gritó Iori, mirando a Musashi por encima del hombro—. El sol está saliendo.

—Así es.

Del mar de nubes por debajo de ellos, las montañas de Kai y Kózuke sobresalían como islas. Iori se detuvo y permaneció inmóvil, con los pies juntos y los brazos a los costados, los labios fuertemente apretados. Contempló arrobado la gran esfera dorada, imaginándose que él era un hijo del sol. De repente exclamó en voz muy alta:

—¡Es Amaterasu Omikami! ¿No es cierto? —Miró a Musashi en busca de confirmación.

—En efecto.

El muchacho alzó los brazos por encima de su cabeza y filtró la brillante luz a través de los dedos.

—¡Mi sangre! —gritó—. Es del mismo color que la sangre del sol.

Batiendo palmas, como lo haría en un santuario para llamar a la deidad, inclinó la cabeza en silencioso homenaje y pensó: «Los monos tienen madre y yo no, pero tengo esta diosa y ellos no tienen ninguna».

La revelación le llenó de alegría, y al tiempo que las lágrimas corrían por su rostro le parecía oír desde más allá de las nubes la música de las danzas del santuario. Los tambores resonaban en sus oídos, mientras el contrapunto de las flautas esparcía a los cuatro vientos la melodía de la danza de Iwato. Los pies del muchacho siguieron el ritmo, balanceó garbosamente los brazos y de sus labios brotaron las palabras que había memorizado la noche anterior:

El arco de catalpa...
cada vez que llega la primavera,
confío en ver la danza
de la miríada de dioses,
oh, cómo confío en ver su danza...

De repente, al darse cuenta de que Musashi había seguido adelante, puso fin a la danza y corrió para darle alcance.

La luz matinal apenas llegaba al bosque en el que penetraron. Allí, en las proximidades del santuario interior, los troncos de los cedros tenían una circunferencia enorme y todos más o menos la misma altura. En las espesas extensiones de musgo que se aferraba a los árboles crecían florecillas blancas. Iori suponía que aquellos árboles eran antiguos, que tendrían quinientos, quizá mil años, y experimentaba el impulso de hacerles una reverencia. Aquí y allá veía las rojas enramadas de los arces. Las cañas de bambú bajas y desnudas invadían el camino reduciéndolo a un sendero.

De repente la tierra pareció temblar bajo sus pies. Poco después del atronador estampido, se oyó un grito desconcertante y una cascada de ecos estridentes. Iori se tapó los oídos con las manos y se puso a cubierto lanzándose entre los bambúes.

—¡Quédate agachado, Iori! —le ordenó Musashi desde la sombra de un gran árbol—. ¡No te muevas aunque te pisoteen!

La semipenumbra parecía infestada de lanzas y espadas. Debido al grito, los atacantes creyeron al principio que la bala había encontrado su blanco, pero no había nadie a la vista. Como no estaban seguros de lo que había ocurrido, permanecían inmóviles.

Iori se encontraba en el centro de un círculo de ojos y espadas desenvainadas. En el profundo silencio que siguió, la curiosidad pudo más que su prudencia y alzó lentamente la cabeza por encima de los bambúes. A pocos pies de distancia, una hoja de espada, extendida desde detrás de un árbol, destelló a la luz del sol.

Iori perdió el dominio de sí mismo y gritó a voz en cuello:

—Sensei! ¡Hay alguien ahí escondido!

Al tiempo que gritaba, se puso en pie de un salto y corrió para ponerse a salvo.

La espada saltó desde las sombras y se cernió como un demonio por encima de su cabeza. Pero sólo fue un instante, pues la daga de Musashi voló directamente hacia la cabeza del espadachín y se alojó en su sien.

—¡Yaaah!

Uno de los sacerdotes cargó contra Musashi con su lanza. Él cogió el asta con una mano y la sujetó firmemente.

Se oyó otro grito de muerte, como si el hombre tuviera la boca llena de piedras. Preguntándose si sus atacantes estarían luchando entre ellos mismos, Musashi aguzó la mirada. El otro sacerdote apuntó cuidadosamente y le arrojó la lanza. Musashi la aferró también y se la puso bajo el brazo.

—¡Atácale ahora! —gritó uno de los sacerdotes al ver que Musashi tenía ambas manos ocupadas.

Musashi gritó con voz estentórea:

—¿Quiénes sois? Identificaos o supondré que todos sois enemigos. Es vergonzoso derramar sangre en este lugar sagrado, pero puede que no tenga elección.

Hizo remolinear las lanzas y envió a los dos sacerdotes en distintas tangentes. Entonces desenvainó velozmente su espada y acabó con uno de ellos antes de que hubiera terminado de caer. Giró sobre sus talones y se vio frente a otras tres hojas, alineadas en el estrecho sendero. Sin detenerse, se movió hacia ellas en actitud amenazante y paso a paso. Salieron otros dos hombres y ocuparon sus lugares hombro con hombro junto a los tres primeros.

Mientras Musashi avanzaba y sus adversarios retrocedían, tuvo un atisbo del otro sacerdote lancero, que había recuperado su arma y perseguía a Iori. «¡Detente, asesino!», gritó. Pero en el momento en que Musashi se volvía para acudir en ayuda de Iori, los cinco hombres soltaron un aullido y le atacaron. Musashi se lanzó de cabeza contra ellos. Fue como el choque de dos olas furiosas, pero el rocío fue de sangre, no de agua salada. Musashi siguió girando de un adversario a otro con la velocidad de un tifón. Se oyeron dos gritos espeluznantes, luego un tercero. Cayeron como árboles muertos, cada uno con un tajo en el centro del torso. Musashi blandía en la mano derecha su espada larga, y en la izquierda la corta.

Lanzando gritos de terror, los últimos dos hombres dieron la vuelta y echaron a correr, perseguidos por Musashi.

—¿Adonde creéis que vais a ir? —les gritó, golpeando la cabeza de uno de ellos con la espada corta.

El negro chorro de sangre alcanzó a Musashi en un ojo. De un modo reflejo se llevó la mano izquierda a la cara, y en ese instante oyó un extraño sonido metálico a sus espaldas.

Dio un golpe lateral con la espada larga para desviar el objeto, pero el efecto de la acción fue muy diferente de la intención. Al ver la bola y la cadena enrolladas alrededor de la hoja cerca de la guarda, se sintió alarmado. El atacante le había cogido desprevenido.

—¡Musashi! —gritó Baiken, y tiró de la cadena hasta tensarla—. ¿Me habías olvidado?

Musashi le miró fijamente un momento antes de exclamar:

—¡Shishido Baiken, del monte Suzuka!

—El mismo. Mi hermano Temma te está llamando desde el valle del infierno. ¡Yo me encargaré de que llegues allí cuanto antes!

Musashi no podía liberar su espada. Poco a poco, Baiken iba recogiendo la cadena y acercándose, para hacer uso de la hoz afilada como una navaja de afeitar. Mientras Musashi buscaba una apertura para emplear su espada corta, comprendió sobresaltado que si hubiera luchado sólo con la espada larga, ahora estaría completamente indefenso.

El cuello de Baiken estaba tan hinchado que era casi tan grueso como la cabeza. Con un grito ahogado, tiró fuertemente de la cadena.

Musashi había cometido un error y lo sabía. La hoz de cadena y bola era un arma fuera de lo corriente, pero no le resultaba desconocida. Años atrás se admiró al ver por primera vez el diabólico artefacto en manos de la esposa de Baiken. Pero haberlo visto era una cosa y saber la manera de combatirlo otra.

Baiken exultaba malignamente, con una ancha y pérfida sonrisa en el rostro. Musashi sabía que sólo podía hacer una cosa: soltar la espada larga. Buscaba el momento adecuado para hacerlo.

Lanzando un aullido feroz, Baiken dio un salto y dirigió la hoz a la cabeza de Musashi..., no la alcanzó sólo por el espesor de un cabello. Musashi soltó la espada con un fuerte gruñido. Apenas la hoz había sido retirada cuando la bola llegó zumbando por el aire. Luego la hoz, la bola, la hoz...

Esquivar la hoz colocaba a Musashi directamente en el camino de la bola. Incapaz de acercarse lo suficiente para golpear, se preguntó frenéticamente durante cuánto tiempo podría mantener aquella situación. «¿Es éste su estilo?», se planteó, pero a medida que aumentaba la tensión le resultaba más difícil dominar su cuerpo y sus reacciones eran puramente fisiológicas. No sólo sus músculos sino su misma piel se debatían de un modo instintivo. La concentración llegó a ser tan intensa que cesó el flujo de sudor oleoso. Tenía erizado hasta el último pelo de su cuerpo.

Era demasiado tarde para esconderse detrás de un árbol. Si ahora corría a uno de ellos, probablemente tropezaría con otro enemigo.

Oyó un grito claro, quejumbroso, y pensó si sería Iori. Quería mirar, pero en su corazón daba al muchacho por perdido.

—¡Muere, hijo de perra!

El grito sonó a sus espaldas, pero entonces oyó otro:

—Musashi, ¿por qué tardas tanto? Me estoy ocupando de las sabandijas detrás de ti.

Musashi no reconoció la voz pero decidió que podía concentrar su atención sólo en Baiken.

El factor más importante para Baiken era la distancia entre él y su adversario. Su eficacia dependía del acierto en manipular la longitud de la cadena. Si Musashi podía avanzar un pie más allá del alcance de la cadena o acercarse un pie más, Baiken estaría en apuros. Tenía que asegurarse de que Musashi no hiciera ninguna de las dos cosas.

La técnica secreta de aquel hombre maravillaba a Musashi, y de repente comprendió que allí estaba el principio de las dos espadas. La cadena era un solo tramo, la bola funcionaba como la espada derecha y la hoz como la izquierda.

—¡Naturalmente! —gritó exultante—. Es esto..., el estilo Yaegaki.

Ya confiado en su victoria, saltó atrás, dejando una distancia de cinco pies entre los dos. Pasó la espada a la mano derecha y la arrojó recta como una flecha.

Baiken hurtó el cuerpo y la espada pasó rozándole y se clavó en las raíces de un árbol cercano. Pero al efectuar el movi-

miento de torsión, la cadena se envolvió alrededor de su torso. Antes de que pudiera emitir un grito, Musashi cargó todo su peso contra él. La mano de Baiken llegó hasta la empuñadura de su espada, pero Musashi le hizo soltarla con un fuerte golpe en la muñeca. En una continuación del mismo movimiento, extrajo el arma y descargó un tajo sobre Baiken. Fue como un rayo al partir el tronco de un árbol. Al bajar la hoja, torció el cuerpo muy ligeramente.

«Qué lástima», se dijo Musashi. Más tarde, quienes refirieron los hechos dijeron que incluso exhaló un suspiro de misericordia mientras el creador del estilo Yaegaki abandonaba este mundo.

—El golpe karatake —dijo una voz con admiración—. Directamente desde lo alto del tronco hacia abajo. No es diferente de partir una caña de bambú. Es la primera vez que lo veo.

Musashi se volvió hacia la persona que había hablado.

—¿Quién si no... Gonnosuke de Kiso? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? El dios de Mitsumine debe de haberlo dispuesto, tal vez con la ayuda de mi madre, quien me enseñó tanto antes de morir.

Siguieron charlando, pero Musashi se interrumpió de repente y exclamó:

—¡Iori!

—El muchacho está bien. Le rescaté de las garras de ese asqueroso sacerdote y le hice trepar a un árbol.

Iori, que les observaba desde una rama alta, empezó a hablar, pero se detuvo, se puso una mano sobre los ojos a modo de visera y miró hacia una pequeña zona llana más allá del límite del bosque. Kuro, que estaba atado a un árbol, había atrapado con los dientes el kimono de Oko, y ésta tiraba con desesperación de la manga. La prenda se rasgó en un abrir y cerrar de ojos, y la mujer huyó.

El único superviviente, que era el otro sacerdote, se alejaba cojeando, apoyado en su lanza, la sangre brotándole de la herida en la cabeza. El perro, quizá trastornado por el olor de la sangre, se puso a armar un terrible alboroto. El sonido resonó durante un rato, pero al final la cuerda cedió y el perro echó a

correr en pos de Oko. Cuando el sacerdote le vio, alzó su lanza y apuntó a la cabeza del perro. Herido en el cuello, el animal corrió al bosque.

—¡Esa mujer se escapa! —gritó Iori.

—No importa. Ya puedes bajar de ahí.

—Veo un sacerdote herido. ¿No deberías cogerle?

—Olvídalo. Ya no importa.

—Creo que la mujer era la de la casa de té Oinu —dijo Gonnosuke, y a continuación le explicó su presencia allí, la coincidencia dispuesta por el cielo que le había permitido acudir en ayuda de Musashi.

Profundamente agradecido, Musashi le dijo:

—¿Has matado al hombre que disparó un arma de fuego?

—No. —Gonnosuke sonrió—. No he sido yo sino mi bastón. Sabía que normalmente podrías ocuparte de hombres de esa clase, pero pensé que si iban a usar un arma de fuego sería mejor que hiciera algo. Por eso me adelanté y me deslicé por detrás del hombre cuando aún estaba oscuro.

Examinaron los cadáveres. Siete habían sido víctimas del bastón y sólo cinco de la espada.

—No he hecho nada salvo defenderme —dijo Musashi—, pero esta zona pertenece al santuario. Creo que debería explicar las cosas al funcionario del gobierno que esté al frente, de modo que pueda hacer los interrogatorios oportunos para aclarar el incidente.

Cuando bajaban por la ladera de la montaña, tropezaron con un contingente de guardias armados en el puente de Kosaruzawa y Musashi contó lo ocurrido. El capitán le escuchó, al parecer perplejo, pero de todos modos ordenó que detuvieran a Musashi y lo ataran.

Conmocionado, Musashi quiso saber por qué, ya que, en primer lugar, había tenido la intención de informar a las autoridades.

—En marcha —ordenó el capitán.

Musashi estaba encolerizado al verse tratado como un criminal, pero aún le esperaba otra sorpresa. Más abajo de la ladera había más guardias. Cuando llegaron al pueblo, el número de sus guardianes sobrepasaba el centenar.

6 Discípulos fraternos

—Vamos, vamos, no llores más. —Gonnosuke abrazó a Iori contra su pecho—. Eres un hombre, ¿no?

—Por eso precisamente lloro, porque soy un hombre. —Alzó la cabeza al cielo y gritó hasta desgañitarse.

—No han detenido a Musashi, sino que él mismo se ha entregado. —Las suaves palabras de Gonnosuke enmascaraban su honda preocupación—. Anda, vamos ya.

—¡No! No quiero irme hasta que lo traigan de regreso.

—No tardarán en soltarle, tendrán que hacerlo. ¿Quieres que te deje aquí solo? —Gonnosuke se alejó unos pasos.

Iori no se movió. En aquel momento el perro de Baiken salió corriendo del bosque, con el hocico teñido de sangre color rojo oscuro.

—¡Socorro! —gritó Iori, corriendo al lado de Gonnosuke.

—Estás muy cansado, ¿verdad? ¿Quieres que te lleve a cuestas?

Iori, complacido, le dio las gracias, trepó a la espalda ofrecida y rodeó con sus brazos los anchos hombros de Gonnosuke.

La noche anterior había finalizado el festival y los visitantes se habían ido. Una brisa suave acarreaba fragmentos de envoltorios de bambú y trozos de papel por las calles desiertas.

Al llegar a la casa de té Oinu, Gonnosuke echó un vistazo al

interior y siguió adelante, procurando pasar desapercibido. Pero Iori exclamó:

—¡Ahí está la mujer que huyó!

—Imagino que es aquí donde debería estar —replicó su compañero, el cual se detuvo entonces y se preguntó en voz alta—: Si los guardias se han llevado a Musashi, ¿por qué no la han detenido a ella también?

Cuando Okó vio a Gonnosuke, sus ojos ardieron de ira.

Al ver que estaba recogiendo apresuradamente sus pertenencias, Gonnosuke se echó a reír.

—¿Te vas de viaje? —le preguntó.

—No es asunto tuyo. No creas que no te conozco, bribón entrometido. ¡Has matado a mi marido!

—Vosotros mismos os lo habéis buscado.

—Uno de estos días me desquitaré.

—¡Mujer del diablo! —gritó Iori por encima de la cabeza de Gonnosuke.

Okó se retiró a la habitación del fondo, riendo desdeñosamente.

—Ya podéis ir diciendo cosas malas de mí cuando sois los ladrones que han desvalijado la casa del tesoro.

—¿Qué dices? —Gonnosuke e Iori se deslizaron al suelo y entraron en la casa de té—. ¿Por qué nos llamas ladrones?

—No podéis engañarme.

—Repite eso y...

—¡Ladrones!

Gonnosuke la cogió del brazo y en aquel momento ella se volvió e intentó atacarle con una daga. El joven no se molestó en usar su bastón, le arrebató la daga de la mano y dio a la mujer un empujón que la hizo salir por la puerta y quedar esparrada en el suelo.

Okó se puso en pie y gritó:

—¡Socorro! ¡Ladrones! Me están atacando.

Gonnosuke apuntó y lanzó la daga. El arma alcanzó a la mujer en la espalda y la punta le salió por el pecho. Okó cayó de bruces al suelo.

Como salido de la nada, Kuro saltó sobre el cuerpo, lamió ávidamente la sangre y luego alzó la cabeza y se puso a aullar.

—¡Mírale los ojos! —exclamó Iori horrorizado.

El grito de «¡ladrones!» proferido por Oko llegó a oídos de los excitados habitantes del pueblo. Poco antes del amanecer, alguien había penetrado en la casa del tesoro del templo. Era claramente obra de forasteros, pues los tesoros religiosos, espadas antiguas, espejos y objetos similares, no habían sido tocados, pero había desaparecido una fortuna en polvo y lingotes de oro, así como en metálico, acumulada durante muchos años. La noticia se había extendido lentamente y aún no había sido confirmada. El efecto del grito de Oko, la prueba más tangible hasta entonces, fue electrizante.

—¡Están ahí!

—¡Dentro de la Oinu!

Los gritos atrajeron a una muchedumbre todavía mayor, provista de lanzas de bambú, armas de fuego para cazar jabalíes, palos y piedras. Al cabo de un momento pareció como si el pueblo entero hubiera rodeado la casa de té, todos sedientos de sangre.

Gonnosuke e Iori se escabulleron por la parte trasera y durante varias horas tuvieron que ir de un escondite a otro. Pero ahora tenían una explicación: Musashi no había sido detenido por el «delito» que estaba a punto de confesar sino por ladrón. Sólo cuando los dos jóvenes llegaron al paso de Shomaru dejaron atrás a sus últimos perseguidores.

—Desde aquí se ve la llanura de Musashino —dijo Iori—. ¿Estará bien mi maestro?

—Humm. Supongo que ya le estarán interrogando en la prisión.

—¿No hay ninguna manera de salvarle?

—Tiene que haberla.

—Por favor, haz algo. Te lo ruego.

—No tienes que rogármelo, porque él también es como un maestro para mí. Pero no es mucho lo que puedes hacer aquí, Iori. ¿Podrás volver a casa solo?

—Si es necesario, supongo que sí.

—Muy bien.

—¿Y tú que vas a hacer?

—Regresaré a Chichibu. Si se niegan a soltar a Musashi, le

liberaré de alguna manera, aunque tenga que derribar la prisión. —Recalcó sus palabras golpeando el suelo una sola vez con su bastón. Ion, que había visto la potencia del arma, se apresuró a asentir—. Eres un chico como es debido. Regresa y cuida de todo hasta que yo traiga a Musashi sano y salvo.

Poniéndose el bastón debajo del brazo, se volvió y echó a andar hacia Chichibu.

Ion no se sentía solo ni atemorizado, y tampoco le preocupaba la posibilidad de extraviarse, pero tenía mucho sueño y mientras caminaba bajo el cálido sol apenas podía mantener los ojos abiertos. En Sakamoto vio una estatua de Buda al lado del camino y se tendió a su sombra.

La luz del crepúsculo se estaba desvaneciendo cuando despertó y oyó las voces de algunas personas que conversaban al otro lado de la estatua. Sintióse bastante culpable por escucharles furtivamente, fingió que seguía dormido.

Eran dos hombres, uno sentado en un tocón y el otro en una roca. Atados a un árbol, a corta distancia, había dos caballos con cajas lacadas suspendidas a ambos lados de las sillas. Una etiqueta de madera fijada a una de las cajas decía: «De la provincia de Shimotsuke. Para usarlo en la construcción del recinto occidental. Proveedor de artículos lacados para el shogun».

A Iori, que ahora miraba por el lado de la estatua, no le parecieron un par de funcionarios normales y bien alimentados del castillo. Sus ojos eran demasiado penetrantes, sus cuerpos demasiado musculosos. El mayor era un hombre de aspecto vigoroso que tendría más de cincuenta años. Los últimos rayos del sol se reflejaban en su gorro, que le cubría ambas orejas y se proyectaba por delante, ocultándole las facciones.

Su compañero era un joven delgado pero membrudo, con un flequillo apropiado a su rostro juvenil. Se cubría la cabeza con una toalla de manos teñida, al estilo de Suó, y atada bajo el mentón.

—¿Y qué me dices de las cajas de laca? —preguntó el joven—. Eso ha estado muy bien, ¿verdad?

—Sí, ha sido una jugada inteligente. Hacer creer a la gente que estamos relacionados con las obras del castillo... No se me habría ocurrido una cosa así.

—Tendré que enseñarte estas cosas poco a poco.

—Ten cuidado. No empieces a burlarte de tus mayores. Pero ¿quién sabe? Tal vez dentro de cuatro o cinco años el viejo Daizó obedecerá tus órdenes.

—Bueno, los jóvenes crecen y se hacen adultos mientras que los viejos se hacen más viejos, por mucho que procuren mantenerse jóvenes.

—¿Crees que eso es lo que estoy haciendo?

—Es evidente, ¿no? Siempre estás pensando en tu edad, y por eso tienes tanto empeño en ver tu misión cumplida.

—Supongo que me conoces bastante bien.

—¿No deberíamos ponernos en camino?

—Sí, la noche se nos está echando encima.

—Pues no me hace gracia la idea de que nadie se me eche encima.

—Ja, ja. Si te asustas fácilmente, no puedes tener mucha confianza en lo que haces.

—Todavía soy novato en este negocio. Incluso el sonido del viento a veces me pone nervioso.

—Eso es porque todavía te consideras un ladrón ordinario. Si pensaras siempre que lo estás haciendo por el bien del país, no te espantarías tanto.

—Siempre dices eso y te creo, pero no puedo evitar la sensación de que no estoy haciendo algo correcto.

—Has de tener el valor de tus convicciones —replicó Daizo, pero el consejo sonaba poco convincente, como si el hombre se tranquilizara a sí mismo.

El joven saltó ágilmente a la silla de montar y partió antes que el hombre mayor.

—No me pierdas de vista —dijo por encima del hombro—. Si veo algo, te haré una señal.

El camino se extendía por una larga pendiente hacia el sur. Iori observó desde detrás de la estatua de Buda durante un minuto, y entonces decidió seguirles. Tenía la impresión de que aquéllos eran los ladrones de la casa del tesoro.

En una o dos ocasiones los dos jinetes miraron atrás con cautela, pero, al no ver nada alarmante, al cabo de un rato dejaron de hacerlo. Poco después la luz del crepúsculo había

desaparecido por completo y estaba demasiado oscuro para ver a más de unos pocos metros por delante.

Los dos jinetes estaban casi en el borde de la llanura de Musashino cuando el joven señaló y dijo:

—Allí, jefe. Se ven las luces de Ogimachiya.

El camino empezaba a ser llano. A poca distancia por delante de ellos, el río Iruma, serpenteante como un obi desechado, tenía un brillo plateado bajo la luz de la luna.

Iori ponía ahora mucho cuidado en mantenerse oculto. Su idea de que aquellos hombres eran los ladrones se había convertido en una convicción, y por su experiencia en H5ten-gahara sabía cómo actuaban los bandidos, hombres malignos capaces de las mayores atrocidades por un solo huevo o un puñado de judías rojas. Asesinar sin la menor provocación no era nada para ellos.

Avanzaron lentamente hasta entrar en el pueblo de Ogimachiya. Daizó alzó el brazo y dijo:

—Jota, pararemos aquí y tomaremos un bocado. Hay que alimentar a los caballos, y me gustaría fumar un poco.

Ataron los caballos delante de un local tenuemente iluminado y entraron. J5ta se situó al lado de la puerta, vigilando las cajas mientras comía. Cuando terminó, salió y dio de comer a los caballos.

Iori entró en una fonda al otro lado de la calle, y cuando los dos hombres montaron de nuevo, cogió el último puñado de arroz y lo comió mientras caminaba.

Ahora cabalgaban en silencio. El camino estaba oscuro pero era llano.

—Jota, ¿enviaste un correo a Kiso?

—Sí, me ocupé de eso.

—¿A qué hora les dijiste?

—A medianoche. Llegaremos a tiempo.

En la noche silenciosa, Iori captó bastantes retazos de su conversación para saber que Daizó llamaba a su compañero por un nombre de muchacho y que Jota se dirigía al hombre mayor como «jefe». Esto quizá significaba simplemente que era el jefe de una banda, pero de alguna manera Iori tenía la impresión de que eran padre e hijo. En tal caso no eran simples

bandidos, sino bandidos hereditarios, hombres muy peligrosos a los que jamás sería capaz de capturar por sí mismo. Pero si lograba mantenerse cerca de ellos el tiempo suficiente, podría comunicar su paradero a los guardias.

Los habitantes de Kawagoe dormían profundamente y el pueblo estaba tan silencioso como un pantano en plena noche. Tras pasar ante hileras de casas oscuras, los dos jinetes se desviaron de la carretera y empezaron a subir una cuesta. Un hito de piedra al pie decía: «Bosque del Montículo de las Cabezas Enterradas. Arriba».

Iori trepó a través de los arbustos a lo largo del sendero y llegó primero a lo alto. Allí se alzaba un pino solitario de gran tamaño, a cuyo tronco estaba atado un caballo. En la base se acuclillaban tres hombres vestidos como rónin, con los brazos cruzados sobre las rodillas, que miraban expectantes hacia el sendero.

Apenas había encontrado Iori un lugar donde ocultarse cuando uno de los hombres se levantó y dijo:

—Es Daizo, en efecto.

Los tres hombres echaron a correr e intercambiaron joviales saludos. Daizo y sus cómplices no se habían reunido en casi cuatro años.

Poco después se pusieron a trabajar. Bajo la dirección de Daizo, hicieron rodar una gran piedra a un lado y empezaron a cavar. Amontonaron la tierra a un lado y una gran cantidad de oro y plata en el otro. Jota descargó las cajas de los caballos y volcó en el suelo su contenido, el cual, como Iori había sospechado, era el tesoro desaparecido del santuario de Mitsumine. Sumado a los objetos de valor ya existentes, el total del botín debía de ascender a muchos millares de ryó.

Metieron los metales preciosos en sacos de paja corrientes y los cargaron en los tres caballos. Luego echaron al hoyo las cajas lacadas junto con los demás objetos que habían utilizado. Tras alisar el suelo, colocaron de nuevo la roca en su posición original.

—Así está bien —dijo Daizó—. Es hora de fumar un poco.

Se sentó al lado del pino y sacó la pipa. Los demás sacudieron el polvo de sus ropas y se reunieron con él.

Durante los cuatro años de lo que llamaba su peregrinaje, Daizó había recorrido de cabo a rabo la planicie de Kantō, en la que había pocos templos o santuarios sin una placa que atestiguará su generosidad, la amplitud de la cual no era ningún secreto. Pero por extraño que pareciera, a nadie se le había ocurrido preguntar por el origen de su fortuna.

Daizó, Jotaro y los tres hombres de Kiso se sentaron en corro durante casi una hora para hablar de futuros planes. No había duda de que regresar ahora a Edo entrañaba un riesgo para Daizó, pero uno de ellos tenía que ir. En el almacén de Shibaura había oro pendiente de recogida y documentos que debían ser quemados. Y era preciso hacer algo con respecto a Akemi.

Poco antes de que se levantara el sol, Daizó y los tres hombres emprendieron el viaje por la carretera de Kōshū en dirección a Kiso. Jotaro partió a pie en la dirección contraria.

Las estrellas a las que miraba Iori no le dieron respuesta a su pregunta: «¿A quién sigo?»

Bajo el transparente cielo azul otoñal, el fuerte sol de la tarde parecía atravesar la piel de Jotaro. Pensando en el papel que él tendría en la nueva e inminente era, caminaba por la llanura de Musashino como si fuese su propietario.

Miró atrás con cierta aprensión y se dijo: «Todavía está ahí». Creyendo que quizá el muchacho quería hablar con él, ya se había detenido un par de veces, pero el chico no había intentado darle alcance.

Finalmente Jótaro decidió averiguar por qué le seguía y se ocultó en un macizo de espesa vegetación. Cuando Iori llegó al trecho del camino donde había visto a Jótaro por última vez, miró a su alrededor con expresión preocupada.

Jótaro se levantó bruscamente y gritó:

—¡Estás ahí, enano!

Iori ahogó un grito, pero se recuperó en seguida. Sabía que no tenía escapatoria, por lo que siguió andando y, al pasar por delante del otro, le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Has estado siguiéndome, ¿no es cierto?
—Qué va. —Iori sacudió la cabeza con semblante inocente—. Me dirijo a Jūnisó Nakano.
—¡Mientes! Me estabas siguiendo.
—No sé de qué me estás hablando. —Iori intentó echar a correr, pero el otro le cogió por la espalda del kimono.
—¡Vamos, desembucha!
—Pero... yo... no sé nada.
—¡Embustero! —le dijo Jotaro, aferrándole con más fuerza—. Alguien te ha enviado en pos de mí. ¡Eres un espía!
—Y tú... ¡eres un ladrón despreciable!
—¿Cómo? —gritó Jotaro, su cara casi tocando la de Iori.
Iori se agachó casi hasta el suelo, se zafó de la presa del otro y echó a correr.

Jótaró vaciló un instante, y entonces corrió tras él.

A un lado del camino había casas con tejado de paja, como nidos de avispas. Corrió a través de un campo de rojiza hierba otoñal, derribando a su paso varias toperas polvorientas.

—¡Socoro! ¡Socorro! ¡Un ladrón!

Entró en un pueblecito habitado por familias encargadas de combatir los incendios en la llanura. El ruido del martillo y el yunque de un herrero llegó a oídos de Iori. La gente salía corriendo de los oscuros establos y las casas donde colgaban caquis puestos a secar. Iori agitó los brazos y dijo jadeante:

—El hombre del pañuelo en la cabeza... me persigue..., es un ladrón. ¡Prendedle, por favor! ¡Ah, ah! Ahí viene.

Los aldeanos parecían aturdidos y algunos miraban temerosos a los dos jóvenes, mas, para consternación de Iori, ninguno hacía el menor intento de prender a Jótaró.

—¡Es un ladrón! ¡Ha robado en el templo!

Se detuvo en medio del pueblo, consciente de que lo único que turbaba la apacible atmósfera eran sus propios gritos. Entonces echó a correr de nuevo y encontró un lugar donde esconderse y recobrar el aliento.

Jotaro avanzó lenta y cautamente, con paso digno. Los aldeanos le miraban en silencio. Desde luego no parecía ni un ladrón ni un rónin con malas intenciones. Por el contrario, su

aspecto era el de un joven elegante incapaz de cometer delito alguno.

Disgustado porque los aldeanos, adultos al fin y al cabo, no se enfrentaban a un ladrón, Iori decidió regresar en seguida a Nakano, donde por lo menos podría explicar la situación a personas conocidas.

Abandonó la carretera y avanzó a través de la llanura. Cuando avistó el bosque de cedros detrás de la casa, sólo estaba a una milla de distancia. Lleno de alivio, echó a correr tan rápido como podía.

De repente vio un hombre con los brazos extendidos que le cortaba el paso.

No tenía tiempo de preguntarse cómo Jótaro había podido adelantarle, pero ahora se encontraba en terreno familiar. Dio un salto hacia atrás y desenvainó su espada.

—¡Bastardo! —gritó.

Jótaro avanzó prestamente con las manos vacías y cogió a Iori por el cuello, pero el muchacho se zafó y dio un salto lateral de diez pies.

—Hijo de perra —musitó Jótaro, notando que la sangre le corría por el brazo derecho, donde tenía un corte de dos pulgadas.

Iori adoptó una postura de combate y recordó la lección que Musashi le había inculcado. Los ojos..., los ojos..., los ojos... Concentró su fuerza en las pupilas brillantes y todo su ser pareció canalizado en un par de ojos de mirada ardiente.

Al ver la determinación del muchacho, que le miraba sin pestañear, Jótaro desenvainó su espada.

—Voy a tener que matarte —gruñó.

Iori, envalentonado por el corte que le había hecho a su contrario, atacó como lo hacía siempre que practicaba con Musashi.

Jótaro estaba cambiando de idea. No había creído que Iori fuese capaz de usar una espada, y ahora se entregó de lleno a la pelea. Por el bien de sus camaradas, tenía que quitar de en medio al chiquillo entrometido. Como si hiciera caso omiso del ataque de Iori, se abalanzó dando tajos tremendos pero inútiles.

Al cabo de dos o tres paradas, Iori dio media vuelta, corrió, se detuvo y atacó de nuevo. Cuando Jótaro contraatacó, volvió a retirarse, alentado al ver que su estrategia surtía efecto, pues estaba atrayendo al adversario hacia su propio territorio.

Jotaro se detuvo para cobrar aliento, miró a su alrededor en el oscuro bosque y gritó:

—¿Dónde estás, estúpido bastardo?

La respuesta fue una lluvia de fragmentos de corteza y hojas. Jótaro alzó la cabeza y gritó: «¡Ya te veo!», aunque todo lo que veía a través del follaje era un par de estrellas.

Jotaro empezó a trepar hacia el sonido susurrante que producía Iori al moverse sobre una rama. Por desgracia, desde allí no podía ir a ningún sitio.

—Ya te tengo. A menos que te salgan alas, será mejor que te rindas. De lo contrario date por muerto.

Iori retrocedió silenciosamente hasta la horquilla de dos ramas. Jotaro trepó lenta y cuidadosamente. Cuando Jótaro extendió una mano para agarrarle, Iori volvió a moverse sobre una de las ramas. Soltando un gruñido, Jótaro se cogió con ambas manos de una rama y empezó a izarse, dando así a Iori la oportunidad que estaba esperando. Con un golpe rápido y resonante, su espada rompió la rama sobre la que estaba Jótaro, y éste cayó al suelo.

—¿Qué te ha parecido eso, ladrón? —le dijo Iori, exultante.

Las ramas más bajas frenaron la caída de Jótaro y no resultó gravemente dañado, salvo en su orgullo. Lanzó una maldición y trepó de nuevo por el tronco, esta vez con la rapidez de un leopardo. Cuando volvió a estar bajo los pies de Iori, el chiquillo la emprendió a tajos con su espada, para impedir que se le acercara más.

Mientras estaban trabados en un punto muerto, llegaron a sus oídos las notas quejumbrosas de un shakuhachi. Ambos se detuvieron un instante y escucharon. Entonces Jótaro decidió que trataría de razonar con su adversario.

—De acuerdo —le dijo—. Has luchado mejor de lo que había esperado y te admiro por eso. Si me dices quién eres y quién te ha pedido que me sigas, te dejaré marchar.

—¡Admite que te he vencido!

—¿Estás loco?

—Puede que no sea muy grande, pero soy Misawa Iori, el único discípulo de Miyamoto Musashi. Rogar misericordia sería un insulto a la reputación de mi maestro. ¡Ríndete!

—¿Qq... qué has dicho? —replicó Jótaro, sin poder dar crédito a sus oídos—. Repítelo. —Su voz era aguda e insegura.

—Escucha atentamente —le dijo Iori con orgullo—. Soy Misawa Iori, el único discípulo de Miyamoto Musashi. ¿Te sorprende eso?

Jótaro estaba dispuesto a admitir su derrota. Con una mezcla de duda y curiosidad, le preguntó:

—¿Qué tal está mi maestro? ¿Dónde se encuentra?

Asombrado, pero manteniéndose a distancia segura de Jótaro, que se le estaba acercando, Iori respondió:

—¡Ja! Mi sensei nunca tendría a un ladrón por discípulo.

—No me llames así. ¿Nunca te ha mencionado Musashi a Jótaro?

—¿Jótaro?

—Si eres realmente el discípulo de Musashi, debes haberle oído mencionar mi nombre en una u otra ocasión. Yo tenía entonces más o menos tu edad.

—Eso es mentira.

—No, es la verdad.

Embargado de nostalgia, Jótaro tendió la mano a Iori e intentó explicarle que debían ser amigos porque eran discípulos del mismo maestro. Todavía receloso, Iori le asestó un golpe en las costillas.

Jótaro, metido precariamente entre dos ramas, estuvo a punto de coger la muñeca de Iori. Por alguna razón, el chiquillo se soltó de la rama de la que se sujetaba. Cuando cayeron, lo hicieron juntos, aterrizando uno sobre el otro, y ambos quedaron en el suelo sin sentido.

La luz en la nueva casa de Musashi era visible desde todas las direcciones, pues, aunque el tejado estaba ya en su sitio, las paredes aún no habían sido construidas.

Takuan, que había llegado el día anterior para visitarle después de la tormenta, había decidido esperar el regreso de Musashi. Aquel día, poco después de que oscureciera, su goce del solitario entorno había sido interrumpido por un sacerdote mendicante que le pidió agua caliente para su cena.

Después de la parca comida a base de bolas de arroz, el sacerdote entrado en años se dedicó a tocar el shakuhachi para Takuan, manejando el instrumento de una manera vacilante, de aficionado. Sin embargo, mientras escuchaba la música le pareció a Takuan que tenía verdadero sentimiento, aunque de la tosca clase expresada a menudo en los poemas escritos por quienes no son poetas. Creyó también reconocer la emoción que el músico trataba de extraer de su instrumento. Era remordimiento, de la primera nota desafinada a la última..., una quejumbrosa expresión de arrepentimiento.

La melodía parecía ser la historia de la vida de aquel hombre, pero en ese caso, reflexionó Takuan, no podía haber sido muy distinta de la suya propia. Tanto si uno era grande como si no, no había mucha variedad en la experiencia interior de la vida de cada cual. Las diferencias radicaban meramente en la manera de enfrentarse cada uno a las debilidades comunes del ser humano. Para Takuan, tanto él como el otro eran básicamente un manojo de ilusiones envueltas en piel humana.

—Tengo la impresión de que te he visto antes en alguna parte —musitó el pensativo Takuan.

El sacerdote parpadeó. Sus ojos apenas veían.

—Ahora que lo mencionas, creo que he reconocido tu voz. ¿No eres Takuan Soho de Tajima?

La memoria de Takuan se avivó. Acercó el candil al rostro del hombre y le dijo:

—¿No eres Aoki Tanzaemon?

—Entonces eres realmente Takuan. ¡Ah, ojalá pudiera arrastrarme a un agujero y ocultar esta mísera carne mía!

—Cuan extraño es que nos encontremos en un lugar como éste. Han pasado casi diez años desde aquella ocasión en el Shippóji, ¿no es cierto?

—Pensar en aquellos tiempos me produce escalofríos —respondió el sacerdote mendicante. Entonces añadió con la

voz quebrada—: Ahora que me veo reducido a vagabundear en la oscuridad, lo único que sostiene a este desdichado saco de huesos es pensar en mi hijo.

—¿Tienes un hijo?

—Me han dicho que está con aquel hombre al que ataron en el viejo roble. Takezō era su nombre, ¿no es cierto? He oído decir que ahora se llama Miyamoto Musashi. Parece ser que los dos han venido al este.

—¿Quieres decir que tu hijo es discípulo de Musashi?

—Eso es lo que dicen. Estaba tan avergonzado... No podía mirar a Musashi a la cara, así que resolví apartar al muchacho de mi mente. Pero ahora... Este año cumple diecisiete. Si pudiera encontrarle una sola vez y ver en qué clase de hombre se está convirtiendo, estaría preparado y dispuesto a morir.

—Así que Jotaro es tu hijo —dijo Takuan—. No lo sabía.

Tanzaemon asintió. No había en su cuerpo arrugado el menor rastro del orgulloso capitán rebosante de lujuria hacia Ot-sū. Takuan le miró compasivamente, dolorido al ver a Tanzaemon tan atormentado por el sentimiento de culpa.

Al ver que a pesar de su hábito sacerdotal carecía incluso de fe religiosa, Takuan decidió que lo primero que debía hacer era ponerle frente al Buda Amida, cuya infinita misericordia salva incluso a los culpables de los diez males y los cinco pecados mortales. Después de que hubiera superado su desesperación tendría tiempo suficiente para buscar a Jótaro.

Takuan le dio el nombre de un templo Zen en Edo.

—Si les dices que te envió yo, permitirán que te alojes ahí tanto tiempo como desees. En cuanto me sea posible, iré a verte y tendremos una larga charla. Creo que sé dónde podría estar tu hijo, y haré cuanto esté en mi mano para que le veas en un futuro no demasiado lejano. Entretanto, deja de cavilar amargamente. Incluso después de los cincuenta o los sesenta años, un hombre todavía puede conocer la felicidad, puede hacer un trabajo útil. Podrías vivir muchos años más. Habla de tu situación con los sacerdotes cuando estés en el templo.

Takuan despidió bruscamente a Tanzaemon, sin ceremonias y sin mostrarle la menor simpatía, pero Tanzaemon pareció apreciar una actitud tan poco sentimental. Tras numero-

sas reverencias de gratitud, recogió su sombrero de juncos y el shakuhachi y se marchó.

Por temor a resbalar, Tanzaemon decidió ir a través del bosque, donde la cuesta del camino era más suave. Al cabo de un rato su bastón tropezó con un obstáculo. Palpando a su alrededor, se sorprendió al descubrir dos cuerpos tendidos e inmóviles en el terreno húmedo. Regresó a toda prisa a la cabaña.

—¡Takuan! ¿Puedes ayudarme? He encontrado a dos muchachos inconscientes en el bosque. —Takuan se levantó y salió. Tanzaemon siguió diciendo—: No tengo ninguna medicina y no veo lo suficiente para darles agua.

Takuan se puso sus sandalias y gritó hacia el pie de la colina. Su voz reverberó en el silencio. Un campesino le respondió, preguntándole qué quería. Takuan le dijo que trajera una antorcha, algunos hombres y agua. Mientras aguardaba, sugirió a Tanzaemon que haría mejor en no desviarse del camino, se lo describió con detalle y le despidió. A mitad de la colina, Tanzaemon pasó junto a los hombres que subían.

Cuando Takuan llegó con los campesinos, Jótaro había recobrado el sentido y estaba sentado bajo el árbol, al parecer aturdido. Tenía una mano sobre el brazo de Iori, y se debatía entre la posibilidad de hacerle volver en sí y descubrir lo que quería saber o la de marcharse de allí. Reaccionó a la luz de la antorcha como un animal nocturno, tensando los músculos, dispuesto a correr.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Takuan.

Al acercarse más, su interés inquisitivo se transformó en sorpresa, una sorpresa similar a la de Jótaro. El joven era mucho más alto que el muchacho al que había conocido Takuan, y su rostro había cambiado notablemente.

—Eres Jótaro, ¿verdad?

El joven aplicó ambas manos al suelo e hizo una reverencia.

—Sí, lo soy —respondió con la voz entrecortada, casi temeroso. Había reconocido a Takuan de inmediato.

—Bueno, desde luego te has hecho un joven agraciado.

Dirigió su atención a Iori, le rodeó con un brazo y comprobó que estaba vivo.

Iori volvió en sí y, tras mirar con curiosidad a su alrededor durante unos segundos, rompió a llorar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Takuan en tono consolador—. ¿Te has hecho daño?

Iori sacudió la cabeza y balbució:

—No me he hecho daño, pero se han llevado a mi maestro. Está en la prisión de Chichibu.

Como hablaba entre sollozos, Takuan no le entendía con facilidad, pero los datos esenciales de lo ocurrido no tardaron en estar claros. Al darse cuenta de lo grave que era la situación, Takuan se sintió casi tan afligido como Iori.

También Jotaro estaba muy agitado.

—Tengo algo que decirte, Takuan —dijo bruscamente con voz temblorosa—. ¿Podríamos ir a algún sitio discreto para hablar?

—Es uno de los ladrones —dijo Iori—. No puedes confiar en él. Todo lo que diga será mentira. —Señalaba a Jotaro con una expresión acusadora, mirándole tan ferozmente como el joven le miraba a él.

—Callaos los dos y dejadme decidir quién tiene razón y quién está equivocado.

Takuan les llevó a la casa y les ordenó que encendieran una fogata en el exterior. Tras sentarse ante el fuego, les ordenó que hicieran lo mismo. Iori titubeó, y por su expresión era evidente que no estaba dispuesto a hacerse amigo de un ladrón. Pero al ver que Takuan y Jótaro hablaban amistosamente de los viejos tiempos, sintió una punzada de celos y, a regañadientes, se sentó junto a ellos.

Jotaro bajó la voz, y como una mujer que confiesa sus pecados a Buda, habló con la mayor seriedad.

—Desde hace cuatro años me adiestra un hombre llamado Daizó, natural de Narai, en Kiso. Sé cuáles son sus aspiraciones y lo que quiere hacer por el mundo, y estaría dispuesto a morir por él si fuese necesario. Por eso he intentado ayudarle en su trabajo... Desde luego, es doloroso que le llamen a uno ladrón, pero sigo siendo el discípulo de Musashi. Aun cuando esté se-

parado de él, nunca me he alejado en mi espíritu, ni un solo día.

Como no quería que le hicieran preguntas, siguió hablando apresuradamente.

—Daizo y yo hemos jurado por los dioses del cielo y de la tierra no revelar a nadie nuestro objetivo en la vida. Ni siquiera puedo decíroslo a vosotros. Sin embargo, no puedo soportar la idea de que Musashi esté encerrado en una prisión. Mañana iré a Chichibu y confesaré.

—Entonces habéis sido tú y Daizo los desvalijadores de la casa del tesoro —dijo Takuan.

■—Sí —replicó Jotaro sin la menor señal de arrepentimiento.

—Así pues, eres en efecto un ladrón.

Jotaro bajó la cabeza para evitar la mirada de Takuan.

—No, no —murmuró sin convicción—. No somos ladrones corrientes. \ —No sabía que existieran distintas categorías de ladrones.

—Bueno, lo que intento decir es que no hacemos esas cosas en nuestro propio beneficio, sino por el pueblo. Se trata de trasladar la propiedad pública por el bien de la gente.

—No entiendo ese razonamiento. ¿Me estás diciendo que vuestros robos son delitos justos? ¿Que sois como los héroes bandidos de las novelas chinas? En ese caso, lo vuestro es una mala imitación.

—No puedo responder a eso sin revelar mi acuerdo secreto con Daizó.

—Ja, ja. No vas a dejarte embaucar, ¿verdad?

—No me importa lo que digas. Confesaré tan sólo para salvar a Musashi. Confío en que luego intercederás por mí ante él.

—No se me ocurriría qué decirle en tu favor. Musashi es inocente. Tanto si confiesas como si no, acabarán por dejarle en libertad. Me parece mucho más importante que confieses tus pecados al Buda. Tómame como intermediario y cuéntaselo todo.

—¿Al Buda?

—Eso he dicho. Según he entendido, haces algo grandioso por el bien del prójimo. Pero en realidad te estás poniendo por delante de los demás. ¿No se te ha ocurrido pensar que causas la desdicha de muchas personas?

—Uno no puede pensar en sí mismo cuando trabaja por el bien de la sociedad.

—¡Estúpido! —exclamó Takuan, al tiempo que golpeaba la mejilla de Jotaro con el puño—. El yo es la base de todo. Cada acción es una manifestación del yo. Una persona que no se conoce a sí misma no puede hacer nada por los demás.

—Lo que quiero decir es que no actuaba para satisfacer mis propios deseos.

—¡Calla! ¿No te das cuenta de que apenas eres un adulto? No existe nada más aterrador que un bienhechor a medio hacer que no sabe nada del mundo pero se cree capacitado para decirle al mundo lo que a éste le conviene. No es preciso que digas nada más acerca de las actividades de Daizo, pues ya me he hecho una idea muy precisa... ¿Por qué lloras? Suénate la nariz.

Takuan ordenó al muchacho que se acostara, y Jotaro se tendió obedientemente, pero no pudo dormir pensando en Musashi. Juntó las manos sobre el pecho y, en silencio, rogó que le perdonara. Las lágrimas se deslizaban hasta sus orejas. Se volvió de lado y empezó a pensar en Otsü. Le dolía la mejilla golpeada por el monje, pero las lágrimas de Otsü le dolerían más. No obstante, revelar la promesa secreta que le había hecho a Daizō era inconcebible, aunque Takuan intentara sonsacársela por la mañana, pues estaba seguro de que así lo haría.

Se levantó sin hacer el menor ruido, salió de la cabana y contempló las estrellas. Tendría que apresurarse, pues la noche estaba a punto de terminar.

—¡Detente!

La voz inmovilizó a Jotaro. Takuan era una sombra enorme a sus espaldas.

El religioso se le acercó y le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Estás decidido a confesar?

Jotaro asintió.

—Eso no es muy inteligente —le dijo Takuan cariñosamente—. Si lo haces, morirás como un perro. Al parecer, crees que si te entregas, Musashi quedará libre, pero las cosas no son tan sencillas. Las autoridades mantendrán a Musashi encarcelado hasta que les digas todo lo que te has negado a decirme... Te torturarán hasta que hables, tanto si eso les lleva un año como dos, o más.

Jotaro inclinó la cabeza.

—¿Eso es lo que deseas, morir como un perro? Pero ahora no tienes elección: o bien lo confiesas todo bajo tortura o bien me lo cuentas todo. Como discípulo que soy de Būda, no haré ningún juicio y me limitaré a transmitir tu confesión a Amida.

Jotaro no dijo nada.

—Existe una sola alternativa. Por pura casualidad, anoche me encontré con tu padre, que ahora viste el hábito de un sacerdote mendicante. Por supuesto, no habría imaginado jamás que tú también estabas aquí. Le he enviado a un templo de Edo. Si has decidido morir, te iría bien verle primero. Y cuando le veas, puedes preguntarle si no tengo razón. Se abren tres caminos ante ti, Jotaro. Debes decidir cuál de ellos vas a seguir.

Takuan dio media vuelta y se encaminó a la casa.

Jotaro comprendió que el shakuhachi cuyas notas oyó por la noche debía de ser el de su padre. No tenía necesidad de que se lo dijeran para imaginar el aspecto que tendría su padre, dedicado ahora a errar de un lugar a otro.

—¡Espera, Takuan! Hablaré, se lo contaré todo al Buda, incluida mi promesa a Daizo.

Cogió la manga del sacerdote, y los dos entraron en el bosque.

La confesión de Jotaro fue un largo monólogo en el que no omitió nada. Mientras le escuchaba, Takuan no movió un solo músculo ni dijo palabra.

—Eso es todo —concluyó Jotaro.

—¿Seguro?

—No te he ocultado nada.

—Muy bien.

Takuan permaneció en silencio durante toda una hora. Amaneció y los cuervos empezaron a graznar. Las gotas de rocío brillaban por doquier. Takuan se sentó en las raíces de un cedro. Jotaro se apoyó en otro árbol, con la cabeza gacha, esperando la reprensión que le parecía inevitable.

Cuando Takuan por fin habló, parecía no tener ya ninguna duda.

—La verdad es que te has mezclado con una banda de cuidado. Que el cielo les ampare. No comprenden de qué manera

está cambiando el mundo. Menos mal que me lo has contado antes de que las cosas empeoren. —Entonces metió una mano en el interior de su kimono y, sorprendentemente, sacó dos monedas de oro y se las entregó a Jótaro—. Será mejor que te marches lo más rápido que puedas, pues el menor retraso podría ser desastroso no sólo para ti sino también para tu padre y tu maestro. Aléjate lo antes posible, pero no te acerques a la carretera de Koshū o el Nakasendō. Este mediodía van a efectuar un severo control de todos los viajeros.

—¿Qué le ocurrirá al sensei No puedo marcharme y dejarle donde está.

—Yo me encargaré de eso. Dentro de uno o dos años, cuando los ánimos se hayan calmado, podrás ir a verle y pedirle disculpas. Entonces sí que hablaré en tu favor.

—Adiós.

—Espera un momento.

—¿Sí?

—Ve primero a Edo. En Azabu hay un templo Zen llamado Shojuan. Tu padre ya debe de estar ahí. Toma este sello que recibí del Daitokuji. Ellos sabrán que es mío. Diles que os proporcionen a ti y a tu padre sombreros y túnicas de sacerdote, así como las credenciales necesarias. Así podréis viajar disfrazados.

—¿Por qué he de fingir que soy un sacerdote?

—¿Es que tu ingenuidad no tiene límites? Tú, mi estúpido y joven amigo, eres un agente de un grupo que planea asesinar al shogun, incendiar el castillo de Ieyasu en Suruga, crear confusión en todo el distrito de Kantō y hacerse con el poder. En una palabra, eres un traidor. Si te prenden, el castigo obligatorio será la muerte en la horca.

Jótaro se quedó boquiabierto.

—Ahora vete.

—¿Puedo hacerte una sola pregunta? ¿Por qué deben ser considerados como traidores unos hombres que quieren derrocar a los Tokugawa? ¿Por qué no son traidores los que derribaron a los Toyotomi y dominaron el país?

—A mí no me lo preguntes —respondió Takuan con una fría mirada.

7 La granada

Aquel mismo día, unas horas más tarde, Takuan e Iori llegaron a la mansión del señor Hojó Ujikatsu en Ushigome. Un joven servidor que montaba guardia en la puerta entró para anunciar a Takuan, y unos minutos después salió Shinzō.

—Mi padre está en el castillo de Edo —le dijo Shinzō—. ¿Quieres entrar y esperarle?

—¿En el castillo? —dijo Takuan—. Entonces seguiré mi camino, puesto que de todos modos iba hacia allá. ¿Te importaría que dejara a Iori aquí contigo?

—En absoluto —respondió Shinzō con una sonrisa, mirando de soslayo a Iori—. ¿Pido un palanquín para ti?

—Si eres tan amable...

El palanquín lacado apenas se había perdido de vista cuando Iori estaba ya en los establos, examinando los bien alimentados caballos, de colores castaño y gris moteado, uno tras otro. Admiraba en especial sus caras, que le parecían mucho más aristocráticas que las de los caballos de trabajo que él conocía. Sin embargo, aquello planteaba un enigma: ¿cómo era posible que la clase guerrera pudiera permitirse el mantenimiento de un gran número de caballos ociosos, en vez de ponerlos a trabajar en los campos?

Había empezado a imaginar a sus jinetes montándolos en la

batalla cuando oyó a Shinzo que hablaba a gritos. Miró hacia la casa, esperando una reprimenda, pero vio que el objeto de la ira de Shinzo era una anciana delgada y de expresión testaruda con un bastón.

—¡Fingir que está ausente! —gritó Shinzo—. ¿Por qué habría de fingir tal cosa mi padre ante una vieja bruja a la que ni siquiera conoce?

—Vaya, cómo te has enfadado —dijo sarcásticamente Osugi—. Supongo que eres el hijo de su señoría. ¿Sabes cuántas veces he venido aquí con la intención de ver a tu padre? Puedes estar seguro de que no han sido pocas, y en cada ocasión me han dicho que estaba ausente.

Un poco desconcertado, Shinzo replicó:

—No tiene nada que ver con las veces que hayas venido. A mi padre no le gusta recibir visitas. Si no quiere verte, ¿por qué insistes en venir una y otra vez?

Osugi, sin inmutarse, se echó a reír.

—¡No le gusta ver a la gente! Entonces ¿por qué vive entre personas? —Le miró enseñando los dientes.

La idea de insultarla y hacerle oír el sonido metálico de su espada al empezar a desenfundarla pasó por la mente de Shinzo, pero no quería hacer una indecorosa demostración de mal temple ni estaba seguro de que, si la hacía, surtiera efecto.

—Mi padre no está aquí —dijo en un tono de voz ordinario—. ¿Por qué no te sientas y me dices de qué se trata?

—Bueno, creo que aceptaré tu amable oferta. La caminata ha sido larga y mis piernas están cansadas. —Se sentó en el borde del escalón y empezó a restregarse las rodillas—. Cuando me hablas suavemente, joven, me siento avergonzada por haber alzado la voz. Bien, quiero que transmitas a tu padre lo que voy a decirte cuando vuelva a casa.

—Lo haré con mucho gusto.

—He venido para hablarle de Miyamoto Musashi.

Perplejo, Shinzo le preguntó:

—¿Le ha ocurrido algo a Musashi?

—No, nada, sólo quiero que tu padre sepa la clase de hombre que es. Cuando Musashi tenía diecisiete años, fue a Sekigahara y luchó contra los Tokugawa, sí, contra los Tokugawa,

como lo oyes. Y lo que es más, han sido tantas sus malignas hazañas en Mimasaka que nadie de allí te dirá nada bueno de él. Mató a mucha gente, y me ha rehuido durante años porque intento vengarme justamente de él. ¡Musashi es un vagabundo inútil, y es peligroso!

—A ver, espera...

—¡No, escucha! Musashi empezó a tontear con la mujer que estaba prometida a mi hijo. Llegó a robársela y huyó con ella.

—Espera un momento —dijo Shinzō, alzando la mano en un gesto de protesta—. ¿Por qué cuentas esas cosas de Musashi?

—Lo hago por el bien del país —dijo Osugi con afectación.

—¿Qué bien puede hacerle al país difamar a Musashi?

Osugi se irguió en su asiento y dijo:

—Tengo entendido que ese bribón embaucador va a ser nombrado pronto instructor en la casa del shogun.

—¿Dónde has oído eso?

—Lo dijo un hombre que estaba en el dōjō de Ono. Lo oí con mis propios oídos.

—¿Ah, sí?

—A un cerdo como Musashi no deberían permitirle estar en presencia del shogun, y no digamos nombrarle tutor. Un maestro de la Casa de Tokugawa es un maestro de la nación. Sólo pensar en ello me pone enferma. He venido aquí para advertir al señor Hojo, porque sé que recomendó a Musashi. ¿Lo entiendes ahora? —Aspiró la saliva en las comisuras de su boca y siguió diciendo—: Estoy segura de que advertir a tu padre redundará en beneficio del país. Y déjame que te advierta a ti también: no te dejes embaucar por las palabras persuasivas de Musashi.

Temiendo que la anciana siguiera hablándole de esta guisa durante horas, Shinzō hizo acopio de paciencia, tragó saliva y le dijo:

—Te doy las gracias. Entiendo tu postura y comunicaré a mi padre lo que acabas de decirme.

—¡Sí, te ruego que lo hagas!

Con el semblante de quien por fin ha logrado una meta so-

nada, Osugi se puso en pie y se encaminó al portal, sus sandalias golpeando ruidosamente el sendero.

—¡Bruja asquerosa! —le gritó una voz infantil.

—¿Cómo? —gruñó Osugi, sobresaltada—. ¿Quién...?

Miró a su alrededor hasta que descubrió a Iori entre los árboles, mostrándole los dientes como un caballo.

—¡Cómete esto! —le gritó el muchacho, lanzándole una granada.

La fruta golpeó a la anciana con tal fuerza que se rompió.

—¡Aaaay! —exclamó Osugi, aferrándose el pecho.

Se agachó para recoger algo del suelo y arrojárselo, pero el chiquillo echó a correr y desapareció de su vista. La mujer corrió al establo, y estaba inspeccionando el interior cuando un blando montón de estiércol de caballo la alcanzó de lleno en el rostro.

Farfullando y escupiendo, Osugi se limpió la cara con los dedos, y las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos. ¡Pensar que viajar por el país en beneficio de su hijo le había conducido a semejante situación indigna!

Iori la observaba a distancia segura, desde detrás de un árbol. Al verla llorar como una niña, de improviso se sintió muy avergonzado de sí mismo. En parte deseaba acercarse y pedirle disculpas antes de que ella cruzara la puerta, pero su furia al oírla denostar a Musashi persistía. Atrapado entre la conmiseración y el odio, permaneció inmóvil durante un rato, mordiéndose las uñas.

—Ven aquí, Iori, que verás el monte Fuji de color rojo.

La voz de Shinzō procedía de una habitación en lo alto de la casa.

Sintiendo un profundo alivio, Iori echó a correr.

—¿El monte Fuji?

La visión de la montaña teñida de color carmesí bajo la luz crepuscular vació su mente de todos los demás pensamientos.

También Shinzō parecía haber olvidado su conversación con Osugi.

8 La tierra de los sueños

En 1605 Ieyasu cedió el cargo de shogun a Hidetada, pero siguió gobernando desde su castillo de Suruga. Ahora que casi se había completado la tarea de poner los cimientos del nuevo régimen, Ieyasu empezaba a permitir que Hidetada se hiciera cargo de sus legítimos deberes.

Cuando le transmitió su autoridad, Ieyasu preguntó a su hijo qué se proponía hacer.

Se dice que la respuesta de Hidetada, «Voy a construir», complació inmensamente al shogun.

En contraste con Edo, en Osaka realizaban todavía los preparativos para la batalla final. Ilustres generales tramaban intrigas, los correos llevaban mensajes a ciertos feudos, a los dirigentes militares desplazados y los rónin se les procuraba solaz y compensación. Se almacenaban municiones, se pulfan las lanzas, se ahondaban los fosos.

Cada vez era mayor el número de ciudadanos que abandonaban las ciudades occidentales para trasladarse a la floreciente ciudad del este, cambiando a menudo de lealtad, pues seguía existiendo el temor de que una victoria de Toyotomi pudiera significar la vuelta a la lucha crónica.

Para el daimyo y los vasallos de alto rango que aún debían decidir si confiaban su destino y el de sus hijos y nietos a Edo

u Osaka, el impresionante programa de construcciones en Edo era un argumento a favor de los Tokugawa.

Aquel día, como tantos otros, Hidetada se dedicaba a uno de sus pasatiempos preferidos. Vestido como para salir al campo, abandonó el recinto principal y se dirigió a la colina de Fukiage para inspeccionar los trabajos de construcción.

Más o menos a la hora en que el shogun y su séquito de ministros, ayudantes personales y sacerdotes budistas se detuvieron a descansar, se produjo una conmoción en la colina Momiiji.

—¡Detened a ese hijo de perra!

—¡Prendedle!

Un cavador de pozos daba vueltas a todo correr, tratando de librarse de unos carpinteros que le perseguían. Corrió como una liebre entre dos rimeros de tablas y se escondió un momento tras la cabana de los yeseros. Entonces se lanzó hacia el andamio junto al muro exterior y empezó a trepar.

Un par de carpinteros treparon tras él, soltando sonoros juramentos, y le agarraron de los pies. El cavador de pozos agitó frenéticamente los brazos y cayó hacia atrás en un montón de virutas.

Los carpinteros se abalanzaron sobre él y la emprendieron a golpes y puntapiés desde todos los lados. Por alguna extraña razón, el hombre ni lloró ni intentó resistirse, sino que se aferró tan fuerte como pudo al suelo, como si ésa fuese su única esperanza.

El samurai encargado de los carpinteros y el inspector de los obreros llegaron corriendo.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el samurai.

—¡Este cerdo asqueroso ha pisado mi escuadra! —se quejó uno de los trabajadores—. ¡La escuadra es el alma del carpintero!

—Domínate.

—¿Qué harías si hubiera pisado tu espada? —le preguntó el carpintero.

—Bueno, basta ya. El shogun está descansando en la colina.

Al oír la mención del shogun, el primer carpintero se tranquilizó, pero otro hombre dijo:

—Tiene que ir a lavarse. ¡Y luego r^de inclinarse ante la escuadra y pedirle perdón!

—Nosotros nos encargaremos del castigo —dijo el inspector—. Volved al trabajo.

Agarró al hombre postrado por el cuello del kimono y le dijo:

—Levanta la cara.

—Sí, señor.

—Eres uno de los cavadores de pozos, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Qué hacías aquí? Éste no es tu lugar de trabajo.

—Ayer también andaba por aquí —dijo el carpintero.

—¿Ah, sí? —dijo el inspector, mirando fijamente el rostro pálido de Matahachi.

Observó que, para ser un cavador de pozos, era demasiado delicado, tenía un exceso de refinamiento.

El inspector habló con el samurai durante un minuto y luego se lo llevaron de allí.

Matahachi fue encerrado en un cobertizo para leña, detrás de la oficina del inspector de obreros, y durante varios días no hizo más que contemplar la leña, uno o dos sacos de carbón y los barriles para preparar encurtidos. Temía que descubrieran el complot y estaba aterrorizado.

Una vez en el castillo, lo había pensado a fondo y llegado a la conclusión de que, aunque tuviera que ser un cavador de pozos durante toda su vida, no iba a convertirse en un asesino. Había visto al shogun y su séquito en varias ocasiones, pero las había dejado pasar todas sin llevar a cabo el atentado.

Lo que le llevaba al pie de la colina Momiji cada vez que podía desplazarse durante los períodos de descanso era una complicación imprevista. Iban a construir una biblioteca, y cuando lo hicieran sería preciso trasladar el algarrobo. Sintiendo culpable, Matahachi suponía que entonces descubrirían el mosquete y que le relacionarían directamente con el complot. Pero no había podido encontrar un momento en que nadie estuviera presente para desenterrar el mosquete y hacerlo desaparecer.

Incluso mientras dormía sudaba profusamente. Una vez

soñó que estaba en la tierra de los muertos, y allí había algarrobos en todos los lugares en los que miraba. Unas noches antes de que le confinaran en el cobertizo soñó con su madre, y fue una visión clara como el día. En vez de apiadarse de él, Osugi le gritó airada y le arrojó un cesto de capullos de seda. Cuando los capullos llovieron sobre su cabeza intentó correr y su madre, con el cabello misteriosamente transformado en capullos blancos, le persiguió. Por mucho que corriera, ella siempre le pisaba los talones. Empapado en sudor, saltó desde lo alto de un risco y empezó a caer a través de la oscuridad del infierno, una caída interminable en la negrura.

—¡Perdóname, madre! —exclamó como un niño herido, y el mismo sonido de su voz le despertó.

Entonces se enfrentó a una realidad, la perspectiva de la muerte, más aterradora que el sueño.

Empujó la puerta, aunque ya sabía que estaba cerrada. Desesperado, subió a un barril de encurtidos, rompió un ventanuco cerca del tejado y salió poco a poco por la abertura. Fue poniéndose a cubierto tras los montones de leña y piedras, así como los montículos de tierra excavada, y avanzó sigilosamente hasta las proximidades del portal occidental trasero. Al ver que el algarrobo seguía en su sitio, suspiró aliviado.

Encontró una hoz y empezó a cavar como si esperase descubrir su propia vida. Inquieto por el ruido que estaba haciendo, se detuvo y miró a su alrededor. Al no ver a nadie, empezó de nuevo.

Movía la hoz con frenesí, temeroso de que alguien hubiera encontrado ya el mosquete. Su respiración se hizo rápida y desigual. El sudor y la suciedad que cubrían su cuerpo se mezclaban, y parecía como si acabara de salir de un baño de barro. Empezaba a sentirse mareado, pero no podía detenerse.

La hoja golpeó algo alargado. Matahachi arrojó la hoz a un lado y metió la mano en el hoyo para coger el objeto, diciéndose: «ya lo tengo».

Su alivio duró poco. El objeto no estaba envuelto en papel encerado, no había ninguna caja y no estaba frío como el metal. Lo cogió, lo alzó y lo dejó caer. Era un hueso blanco y delgado, un radio o un peroné.

Matahachi no se atrevió a empuñar de nuevo la hoz. Aquello parecía otra pesadilla, pero sabía que estaba despierto, incluso podía contar cada hoja del algarrobo.

Mientras rodeaba el árbol, dando puntapiés a la tierra, se preguntó qué podría ganar Daizó al mentirle.

Aún estaba rodeando el árbol cuando un hombre se le acercó silenciosamente por detrás y le dio unos ligeros golpes en la espalda. Entonces soltó una risotada y dijo al oído de Matahachi:

—No lo encontrarás.

Matahachi se quedó paralizado, casi estuvo a punto de caerse en el hoyo. Volvió la cabeza hacia la voz y permaneció mudo unos instantes antes de ahogar un grito de asombro.

—Ven conmigo —le dijo Takuan, cogiéndole de la mano.

Matahachi no podía moverse. Sus dedos se volvieron insensibles, aferrados a la mano del sacerdote. Un estremecimiento de horror abyecto se extendió por su cuerpo desde los talones.

—¿No me has oído? Ven conmigo —repitió con firmeza Takuan.

La lengua de Matahachi era casi tan inútil como la de un mudo.

—Te-tengo que..., la tierra...

—Déjala —le dijo Takuan en un tono implacable—. Es una pérdida de tiempo. Las cosas que la gente hace en esta tierra, buenas o malas, son como tinta en un papel poroso. No es posible borrarlas ni en mil años. Crees que echar un poco de tierra alrededor del árbol arreglará lo que has hecho. Por pensar así tu vida es tan desordenada. Ahora ven conmigo. Eres un delincuente, y tu delito es atroz. Voy a cortarte la cabeza con una sierra de bambú y te arrojaré al Charco de la Sangre infernal. —Agarró a Matahachi por el lóbulo de la oreja y tiró de él.

Takuan llamó a la puerta de la barraca donde dormían los ayudantes de la cocina.

—Eh, chicos, que salga uno de vosotros —les dijo.

Apareció un muchacho en el umbral, restregándose los ojos. Cuando reconoció al sacerdote a quien había visto hablando con el shogun, se espabiló del todo y dijo:

—Sí, señor. ¿Puedo servirte en algo?

—Quiero que abras ese cobertizo de leña.

—Hay un cavador de pozos encerrado ahí.

—No, no está ahí sino aquí. No tiene sentido hacerle entrar de nuevo a través de una ventana, así que abre la puerta.

El muchacho corrió en busca del inspector, el cual se apresuró a salir, pidió disculpas y rogó a Takuan que no informara del incidente.

Takuan empujó a Ivatahachi al interior del cobertizo, entró tras él y cerró la puerta. Al cabo de unos minutos, asomó la cabeza al exterior y dijo:

—Supongo que tienes una navaja de afeitar en alguna parte. Tráemela después de afilarla.

El inspector y el pinche de cocina intercambiaron miradas, y ninguno de los dos se atrevió a preguntar al sacerdote para qué quería la navaja de afeitar. La afilaron como les había pedido y se la entregaron.

—Gracias —dijo Takuan—. Ya podéis volver a la cama.

El interior del cobertizo estaba totalmente a oscuras y sólo un atisbo de luz estelar era visible a través de la ventana rota. Takuan se sentó en un montón de leña. Matahachi se dejó caer sobre una estera de juncos, la cabeza gacha, avergonzado. El silencio se prolongó durante largo rato. Como no podía ver la navaja, Matahachi se preguntó nervioso si Takuan la sostenía en la mano.

Por fin Takuan habló.

—¿Qué has excavado al pie del algarrobo, Matahachi? —le preguntó.

El joven no dijo nada.

—Yo podría enseñarte a excavar algo. Significaría extraer algo de la nada, recuperar el mundo real sacándolo de una tierra de sueños.

—Sí, señor.

—No tienes la menor idea de qué es la realidad de la que te estoy hablando. Sin duda estás aún en tu mundo de fantasía. Bueno, puesto que eres tan ingenuo como un niño, supongo que deberé masticar primero tu alimento intelectual... ¿Qué edad tienes?

—Veintiocho.

—La misma edad que Musashi.
Matahachi se cubrió el rostro con las manos y lloró.
Takuan dejó que se desahogara antes de continuar.
—¿No resulta espantoso pensar que el algarrobo ha estado a punto de convertirse en la lápida de un necio? Estabas cavando tu propia tumba, realmente en un tris de caer en ella.
Matahachi rodeó con sus brazos las piernas de Takuan y le suplicó:
—Sálvame, por favor, sálvame. Mis ojos..., ahora mis ojos se han abierto. Daizo de Narai me embaucó.
—No, tus ojos no se han abierto ni tampoco Daizo te ha engañado. Sencillamente ha intentado utilizar al idiota más grande de este mundo..., un mastuerzo codicioso, burdo y corto de miras que, sin embargo, ha tenido la temeridad de aceptar una tarea que cualquier hombre juicioso habría rechazado.
—Sí..., sí..., he sido un estúpido.
—¿Quién creías que era Daizo?
—No lo sé.
—Su verdadero nombre es Mizoguchi Shinano. Fue servidor de Otani Yoshitsugu, un amigo íntimo de Ishida Mitsunari. Sin duda recuerdas que Mitsunari fue uno de los derrotados en Sekigahara.
—No..., no —dijo Matahachi con voz entrecortada—. ¿Es uno de los guerreros que el shogunado está tratando de localizar?
—¿Qué otra cosa sería un hombre dispuesto a asesinar al shogun? Tu estupidez es pasmosa.
—No me ha dicho eso, sino sólo que odiaba a los Takugawa. Creía que sería mejor para el país que los Toyotomi detentaran el poder. Hablaba de trabajar por el bien de todo el mundo.
—No te molestaste en preguntarte quién era realmente, ¿verdad? Sin usar ni una sola vez la cabeza, te dedicaste audazmente a cavar tu propia tumba. Tu clase de valor da miedo, Matahachi.
—¿Qué debo hacer?
—¿Hacer?
—¡Por favor, Takuan, te lo ruego, ayúdame!
—Suéltame.

—Pero... no he llegado a usar el arma. ¡Ni siquiera la he encontrado!

—Claro que no la has encontrado, porque no llegó a tiempo. Si Jotaró, a quien Daizo engañó para que formara parte de este espantoso complot, hubiera llegado a Edo como planeaba, el mosquete muy bien podría haber estado enterrado al pie del árbol.

—¿Jótaró? ¿Te refieres al muchacho...?

—No importa. Eso no es asunto tuyo. Lo que te concierne es el delito de traición, que has cometido y que no puede ser perdonado. Tampoco pueden tolerarlo los dioses ni el Buda. Será mejor que abandones toda esperanza de salvación.

—¿No hay ninguna manera...?

—¡Por supuesto que no!

—Ten piedad —sollozó Matahachi, aferrándose a las rodillas de Takuan.

Takuan se levantó y le apartó de un puntapié.

—¡Idiota! —gritó con tal potencia que amenazaba con levantar el tejado del cobertizo.

La ferocidad de su mirada era indescriptible: un Buda que rechazaba a quien quería abrazarle, un Buda aterrador que ni siquiera estaba dispuesto a perdonar al arrepentido.

Por un momento Matahachi le miró con resentimiento. Entonces inclinó la cabeza, resignado, y los sollozos estremecieron su cuerpo.

Takuan cogió la navaja que descansaba sobre el montón de leña y tocó con ella ligeramente la cabeza de Matahachi.

—Puesto que vas a morir, será mejor que lo hagas con el aspecto de un discípulo del Buda. Voy a ayudarte a ello, por la amistad que tenemos. Cierra los ojos y permanece sentado muy quieto y con las piernas cruzadas. La línea entre la vida y la muerte no tiene más espesura que un párpado. No hay nada aterrador en la muerte, nada que justifique las lágrimas. No llores, criatura, no llores. Takuan te preparará para el final.

La sala donde se reunía el Consejo de Ancianos para hablar de los asuntos de estado estaba aislada de las demás estancias

del castillo de Edo. Aquella cámara secreta estaba completamente rodeada por otras habitaciones y pasillos. Cada vez que era necesario recibir una decisión del shogun, los ministros o bien iban a la cámara de audiencias o bien enviaban una petición en una caja lacada. Notas y respuestas se habían sucedido con una frecuencia desacostumbrada. Takuan y el señor Hójó habían sido admitidos a la sala en varias ocasiones, y a menudo habían permanecido allí para deliberar durante un día entero.

Aquel día, en otra habitación, menos aislada pero no menos bien guardada, los ministros habían oído el informe del mensajero enviado a Kiso.

El mensajero había dicho que, una vez dada la orden de detención en Narai, se había intentado cumplirla de inmediato, pero que Daizó había escapado tras cerrar su establecimiento de Narai, llevándose consigo a todos sus moradores. El registro había revelado una considerable cantidad de armas y municiones, junto con algunos documentos que no habían podido ser destruidos. Entre los papeles figuraban cartas dirigidas a y remitidas por los seguidores de Toyotomi en Osaka. El mensajero había dispuesto el envío de las pruebas a la capital del shogun, tras lo cual regresó a Edo utilizando un servicio de caballos rápidos. Los ministros se sentían como pescadores que hubieran echado al agua una gran red para sacar un solo alevín.

Al día siguiente, un servidor del señor Sakai, que era miembro del Consejo de Ancianos, presentó un informe de una clase distinta: «De acuerdo con las instrucciones de vuestra señoría, Miyamoto Musashi ha sido liberado de la prisión y entregado a un hombre llamado Muso Gonnosuke, a quien hemos explicado con detalle cómo se produjo el malentendido».

El señor Sakai se apresuró a informar a Takuan, el cual dijo alegremente:

—Has hecho muy bien.

—Por favor, dile a tu amigo Musashi que no piense demasiado mal de nosotros —le pidió el señor Sakai en tono de disculpa, pues estaba informado del incómodo error cometido en el territorio bajo su jurisdicción.

Uno de los problemas resueltos con más rapidez fue el de la base de operaciones de Daizó en Edo. Los guardias al mando

del comisario de Edo se dirigieron a la casa de empeños de Shibaura y en una rápida maniobra lo confiscaron todo, tanto sus propiedades como sus documentos secretos. También tomaron bajo custodia a la desdichada Akemi, aunque no tenía la menor idea de los planes traidores de su patrón.

Una noche, recibido en audiencia por el shogun, Takuan relató los acontecimientos tal como él los conocía y le contó el resultado de lo ocurrido. Terminó diciendo:

—Por favor, no olvides por un momento que hay en este mundo muchos más Daizos de Narai.

Hidetada aceptó la advertencia con un vigoroso gesto de asentimiento. Takuan siguió diciéndole:

—Si intentas perseguir a todos esos hombres y someterlos a la justicia, consumirás todo tu tiempo y esfuerzo en hacer frente a los insurgentes. No serás capaz de llevar a cabo la gran obra que se espera de ti como sucesor de tu padre.

El shogun percibió la verdad en las palabras de Takuan y las tomó muy en serio.

—Que el castigo sea ligero —le ordenó—. Puesto que tú has informado de la conspiración, te encargo a ti de decidir los castigos.

Takuan expresó su más profundo agradecimiento y dijo:

—No tenía intención de quedarme tanto tiempo, pero veo que he pasado más de un mes en el castillo y ya es hora de que me marche. Iré a Koyagyü, en Yamata, para visitar al señor Sekishüsai. Entonces regresaré al Daitokuji, viajando por el distrito de Shenshü.

La mención de Sekishüsai pareció evocar en Hidetada un agradable recuerdo.

—¿Cómo está de salud el viejo Yagyü? —inquirió.

—Por desgracia, me han dicho que el señor Munenori cree estar cerca del final.

Hidetada recordó la época en la que estuvo en el campamento de Shókokuji y Sekishüsai fue recibido por Ieyasu. Por entonces Hidetada había sido un niño, y el porte viril de Sekishüsai le había causado una profunda impresión.

Takuan rompió el silencio.

—Luego está el otro asunto —le dijo—. Tras consultar con

el Consejo de Ancianos y obtener su autorización, el señor Hojo de Awa y yo hemos recomendado a un samurai de nombre Miyamoto Musashi para que sea tutor en la residencia de vuestra excelencia. Confío en que consideréis de una manera favorable la recomendación.

—He sido informado de ello. Dicen que la Casa de Hosokawa se interesa por él, lo cual le favorece mucho. He decidido que sería conveniente nombrar un tutor más.

Uno o dos días después Takuan abandonó el castillo, y en ese tiempo adquirió un nuevo discípulo. Fue al cobertizo detrás de la oficina del inspector y pidió a uno de los pinches de cocina que mantuviera la puerta abierta, de modo que la luz incidiera en una cabeza recién afeitada.

Temporalmente cegado, el novicio, que se consideraba un hombre condenado, alzó lentamente los ojos.

—¡Ah! —exclamó.

—Ven conmigo —le dijo Takuan.

Vestido con la túnica sacerdotal que Takuan le había enviado, Matahachi se levantó, inseguro, con la sensación de que sus piernas ya habían empezado a corromperse. Takuan le sujetó amablemente con un brazo y le ayudó a salir del cobertizo.

Había llegado el día del castigo. Detrás de los párpados cerrados, el resignado Matahachi veía la estera de juncos sobre la que le obligarían a arrodillarse antes de que el verdugo alzara la espada. Al parecer se había olvidado de que los traidores se enfrentaban a una muerte ignominiosa en la horca. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas recién afeitadas.

—¿Puedes andar? —le preguntó Takuan.

Matahachi creyó que le contestaba, pero en realidad no sabía sonido alguno de sus labios. Casi inconsciente cruzó las puertas del castillo y los puentes tendidos sobre los muros interior y exterior. Avanzando lastimosamente al lado de Takuan, era la imagen perfecta de la proverbial oveja llevada al matadero. «Salve Buda Amida, salve Buda Amida...» Silenciosamente repetía la invocación al Buda de la Luz Eterna.

Matahachi entrecerró los ojos y miró más allá del foso ex-

terno, a las majestuosas mansiones de los daimyo. Más al este se encontraba el pueblo de Hibiya, y más allá eran visibles las calles del distrito central de la ciudad.

El mundo flotante le llamaba de nuevo, y las lágrimas que acudían a sus ojos subrayaban el anhelo que sentía por él. Cerró los ojos y repitió rápidamente: «Salve Buda Amida, Salve Buda Amida...». La súplica primero se hizo audible, luego cada vez más intensa y rápida.

—Date prisa —le dijo Takuan severamente.

Desde el foso giraron hacia Otemachi y cruzaron en diagonal hacia un gran solar vacío. Matahachi tenía la sensación de que ya había recorrido mil millas. ¿Seguiría el camino de aquella manera hasta el infierno, mientras la luz diurna iba cediendo el paso gradualmente a la oscuridad?

—Espera aquí —le ordenó Takuan.

Estaban en medio de un amplio terreno llano. A la izquierda, un agua turbia se deslizaba por el foso bajo el puente Tokiwa.

Directamente delante de la calle había un muro de tierra, sólo recientemente revestido de yeso blanco. Detrás se encontraba la empalizada de la nueva prisión y un grupo de edificios negros, que parecían casas del pueblo ordinarias, pero que en realidad eran la residencia oficial del comisario de Edo.

A Matahachi le temblaban las piernas y ya no podía sostenerse. Se dejó caer al suelo. En algún lugar entre la hierba, el grito de una codorniz sugería el camino hacia la tierra de los muertos.

Conmovido hasta el tuétano, lloró en silencio por su madre, que en aquellos momentos le parecía muy querida. Si hubiera permanecido a su lado ahora no se encontraría en semejante situación. Recordó también a otras mujeres: Okó, Akemi, Ot-sü, otras a las que había conocido o con las que había coqueteado. Pero su madre era la única mujer a la que deseaba ver realmente. Si tuviera la posibilidad de seguir viviendo, estaba seguro de que nunca volvería a oponerse a su voluntad, nunca volvería a ser un hijo ingrato.

Notó un escalofrío en la espina dorsal. Alzó la vista, vio tres gansos salvajes que batían sus alas en dirección a la bahía, y los envidió.

El impulso de echar a correr era como una comezón. ¿Y por qué no? No tenía nada que perder. Si le capturaban no estaría peor de lo que estaba ahora. Con una expresión desesperada, miró hacia el portal al otro lado de la calle. Takuan no estaba a la vista.

Se puso en pie de un salto y echó a correr.

—¡Detente!

Bastó el vozarrón para quebrantar su ánimo. Miró a su alrededor y vio a uno de los verdugos del comisario. El hombre dio un paso y descargó su largo bastón sobre el hombro de Matahachi, derribándole de un solo golpe e inmovilizándole con el bastón, como un niño podría paralizar una rana apretándola con un palo.

Cuando Takuan salió de la residencia del comisario, le acompañaban varios guardianes, al frente de un capitán. Conducían a otro prisionero, atado a una cuerda.

El capitán seleccionó el lugar donde tendría lugar el castigo, y tendieron en el suelo dos esteras de juncos recién tejidas.

—¿Damos comienzo? —preguntó el capitán a Takuan, el cual dio su asentimiento.

Mientras el capitán y el verdugo se sentaban en taburetes para mirar, el verdugo gritó: «¡En pie!», y alzó el bastón. Matahachi hizo un esfuerzo para levantarse, pero estaba demasiado fatigado para caminar. El verdugo le agarró bruscamente por la espalda de su túnica y, medio a rastras, le llevó a una de las esteras.

Se sentó allí con la cabeza gacha. Ya no oía a la codorniz. Aunque le llegaba un rumor de voces, le sonaban indistintas, como si un muro le separase de ellas.

Oyó que susurraban su nombre y se volvió asombrado.

—¡Akemi! —dijo ahogando un grito—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La muchacha estaba arrodillada en la otra estera.

—¡Prohibido hablar!

Dos de los guardianes hicieron uso de sus bastones para separarles.

El capitán se levantó y empezó a leer los juicios y las sen-

tencias oficiales en tono severo y digno. Akemi contenía las lágrimas, pero Matahachi lloraba sin el menor recato. El capitán terminó su parlamento, tomó asiento y gritó:

—¡Azotadles!

—Uno, dos, tres —contaron los hombres.

Matahachi gemía. Akemi, con la cabeza gacha y el rostro pálido como la cera, apretaba los dientes, esforzándose por soportar el dolor.

—Siete, ocho, nueve.

Las varas de bambú se resquebrajaban, y de sus puntas parecía salir humo.

Algunos transeúntes que pasaban cerca del grupo se detuvieron a mirar.

—¿Qué ocurre?

—Parecen dos prisioneros que están siendo castigados.

—Cien azotes, probablemente.

—Todavía no han llegado ni siquiera a cincuenta.

—Debe de ser doloroso.

Un guardián se aproximó y les asustó al golpear el suelo fuertemente con su bastón.

—Dispersaos. No está permitido que os quedéis aquí.

Los mirones se trasladaron a una distancia segura y, al mirar atrás, vieron que el castigo había terminado. Los guardias arrojaron las varas de bambú, que ahora sólo eran manojos de floja paja, y se limpiaron el sudor de los rostros sudorosos.

Takuan se levantó. El capitán ya lo había hecho. Intercambiaron unas palabras y el capitán llevó a sus hombres de regreso hacia el recinto del comisario. Takuan permaneció silencioso durante varios minutos, contemplando las figuras inclinadas sobre las esterillas. No dijo nada antes de marcharse.

El shogun le había otorgado una serie de regalos, que él había transmitido a diversos templos Zen de la ciudad. Sin embargo, los rumores no tardaron en reanudarse en Edo. Según los rumores que uno oía, era un sacerdote ambicioso que se metía en política, o bien uno de los Tokugawa le había persuadido para que espicara en favor de la facción de Osaka. Algunos le consideraban un conspirador con «túnica negra».

Los rumores no significaban nada para Takuan. Aunque le

preocupaba mucho el bienestar de la nación, le importaba muy poco que las vistosas flores de la época, los castillos de Edo y Osaka, florecieran o cayeran.

Finalmente, Akemi musitó:

—Matahachi, mira..., agua.

Ante ellos había dos cubos de agua, cada uno con un cazo, colocados allí como prueba de que la Oficina del Comisario no carecía por completo de buenos sentimientos.

Tras tomar varios tragos, Akemi le ofreció el cazo a Matahachi. Él no le hizo caso, y la muchacha le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Es que no quieres beber?

Él tendió la mano lentamente y cogió el cazo. Cuando se lo llevó a los labios, bebió ávidamente.

—Matahachi, ¿te has convertido en sacerdote?

—¿Cómo? ¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Ha terminado el castigo? Aún no nos han cortado la cabeza.

—No tenían que hacerlo. ¿Es que no has escuchado la lectura de las sentencias?

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que nos van a desterrar de Edo.

—¡Estoy vivo! —gritó Matahachi.

Casi enloquecido de alegría, se puso a brincar y se alejó sin volver una sola vez la cabeza atrás para mirar a Akemi.

Ella se llevó las manos a la cabeza y empezó a arreglarse el cabello. Luego se ajustó el kimono y se ató bien el obi. «No tiene vergüenza», musitó entre los labios ladeados. Matahachi era sólo una mota en el horizonte.

9 El desafío

Cuando llevaba varios días en la residencia de Hojo, Iori se sentía aburrido. Lo único que podía hacer era jugar.

—¿Cuándo regresará Takuan? —le preguntó a Shinzō una mañana, aunque en realidad quería saber qué le había ocurrido a Musashi.

—Mi padre sigue en el castillo, por lo que supongo que Takuan también está. ¿Por qué no te diviertes con los caballos?

Iori corrió al establo y ensilló su caballo preferido con una silla de laca y taracea de madreperla. Había montado el caballo los dos días anteriores sin conocimiento de Shinzō. Al recibir permiso para hacerlo se sintió orgulloso. Montó y salió por la puerta trasera a todo galope.

Las casas de los daimyo, los senderos entre los campos, los arrozales, los bosques..., todo se acercaba en rápida sucesión y quedaba atrás con la misma rapidez. Las grandes calabazas rojas y el color bermejo de la hierba proclamaban que el otoño estaba en su apogeo. La cadena montañosa de Chichibu se elevaba más allá de la llanura de Musashino. «Está en alguna parte de esas montañas», se dijo. Imaginó a su maestro en la cárcel, y las lágrimas que corrieron por sus mejillas le calmaron al enfriarse con el viento.

¿Por qué no iba en busca de Musashi? Sin pensarlo dos ve-

ees golpeó con la fusta al caballo, y jinete y montura avanzaron por el mar plateado de esponjosas plantas de eulalia.

Tras recorrer una milla a todo galope, tiró de las riendas y se dijo que quizá su maestro no había regresado a casa.

Encontró la nueva casa terminada pero deshabitada. En el arrozal más próximo, llamó a los campesinos que estaban recojiendo la cosecha de arroz.

—¿Alguno de vosotros ha visto a mi maestro?

Ellos sacudieron la cabeza, entristecidos.

Entonces tenía que estar en Chichibu. A lomo de caballo, podría efectuar el recorrido en un día.

Al cabo de un rato llegó al pueblo de Nobidome, cuya entrada estaba prácticamente bloqueada por monturas de samurais, caballos de carga, baúles de viaje, palanquines y hasta cuarenta y cincuenta samurais que en aquellos momentos estaban comiendo. Miró a su alrededor, buscando un camino alrededor del pueblo.

Tres o cuatro de los samurais que aguardaban se le acercaron corriendo.

—En, tú, bellaco, ¡aguarda!

—¡Baja del caballo! —Ahora estaban a cada lado de él.

—¿Por qué? Ni siquiera os conozco.

—Anda, cierra la boca y sigúenos.

—¡No! ¡No podéis llevarme a ninguna parte!

Antes de que el muchacho supiera lo que estaba sucediendo, uno de los hombres alzó la pierna derecha de Iori en el aire y le hizo caer por el otro lado del caballo.

—Alguien quiere verte, así que ven conmigo.

El hombre cogió el cuello del kimono de Iori y tiró de él hacia una casa de té al lado de la carretera.

Osugi estaba en el exterior, con un bastón en la mano. Agitó la otra mano, despidiendo a sus ayudantes. Vestía un atuendo de viaje y acompañaba a todos aquellos samurais. Iori no entendía su propósito, pero tampoco tuvo demasiado tiempo para reflexionar en ello.

—¡Malcriado! —gritó Osugi, y entonces le golpeó en el hombro con la caña. El muchacho adoptó una postura de combate, aunque sabía que el número de sus adversarios sería in-

vencible—. Musashi sólo tiene los mejores discípulos. ¡Ja! Tengo entendido que eres uno de ellos.

—Yo... Yo no diría esas cosas si estuviera en tu lugar.

—Ah, no las dirías, ¿en?

—Yo... no tengo nada que ver con vosotros.

—Oh, sí, claro que tienes algo que ver con nosotros. Vas a decirnos algunas cosas. ¿Quién te ha encargado que nos siguieras?

—¿Seguiréis a vosotros? —inquirió Iori con un bufido de desdén.

—¿Cómo te atreves a hablar así? —chilló la anciana—. ¿Acaso Musashi no te ha enseñado modales?

—No necesito que me des lecciones. Me marchó.

—¡No, no te marchas! —gritó Osugi, al tiempo que le cogía con su bastón por la espinilla.

—¡Ohh! —Iori cayó al suelo.

Los ayudantes cogieron al chico y lo llevaron al molino junto a la puerta principal del pueblo, donde estaba sentado un samurai de evidente alto rango. Había terminado de comer y estaba tomando agua caliente.

Cuando los ojos del muchacho se encontraron con los de Kojiro, Iori pensó que aquel hombre era peligroso.

Con una expresión de triunfo, Osugi alzó el mentón y dijo:

—¡Mira! Tal como pensaba, era Iori. ¿Qué se guarda ahora Musashi bajo la manga? ¿A quién más enviará a seguirnos?

—Humm —musitó Kojiro, asintiendo, al tiempo que despedía a sus ayudantes, uno de los cuales le preguntó si deseaba que atara al chico.

Kojiro sonrió y sacudió la cabeza. Retenido por la mirada de Kojiro, Iori era incapaz de mantenerse derecho, y no digamos de huir.

—Has oído lo que ha dicho la señora. ¿Es cierto? —le preguntó Kojiro.

—No, sólo he salido a pasear a caballo. No os seguía, ni a vosotros ni a nadie más.

—Humm, es posible. Si Musashi fuese de veras un samurai no recurriría a esta clase de trucos baratos. —Entonces reflexionó en voz alta—: Por otro lado, si se ha enterado de que

hemos partido repentinamente con un contingente de samurais de Hosokawa, podría entrar en sospechas y enviar a alguien para que investigue nuestros movimientos. Sería muy natural.

Kojiró presentaba unos cambios asombrosos. En vez del flequillo, llevaba la cabeza afeitada a la manera propia de los samurai, y en lugar de las pesadas prendas que solía vestir, llevaba un recio kimono negro que, unido a su hakama rústico daban una impresión de lo más conservadora. Ahora, la espada Palo de Secar pendía de su costado. Su esperanza de llegar a ser vasallo de la Casa de Hosokawa se había realizado..., no por las cinco mil fanegas que había pedido sino por la mitad aproximada de ese estipendio.

El séquito actual, al mando de Kakubei, era un grupo de avanzada en el camino de Buzen, a fin de preparar las cosas para el regreso de Hosokawa Tadatoshi. Pensando en la edad de su padre, tiempo atrás había presentado una solicitud al shogunado y finalmente le había sido concedida autorización, lo cual indicaba que el shogunado no tenía ninguna duda sobre la lealtad de los Hosokawa.

Osugi le había pedido que le dejara acompañarle porque consideraba imperativo el regreso a casa. No había renunciado a su posición como jefe de la familia, pero había estado ausente de la misma durante casi diez años. De estar todavía vivo, el tío Gon podría haberse hecho cargo de todo en su ausencia. Tal como estaban las cosas, sospechaba que había una serie de asuntos familiares esperando su atención.

Pasarían por Osaka, donde ella había dejado las cenizas del tío Gon, las recogería, se las llevaría a Mimasaka y allí celebrarían un funeral adecuado. También había transcurrido mucho tiempo desde el último servicio funerario que realizó en honor de sus antepasados, a los cuales había dejado de lado. Tras resolver estos asuntos domésticos, reanudaría su persecución.

Recientemente se había sentido satisfecha de sí misma, creyendo que había vuelto a descargar un fuerte golpe contra Musashi. Cuando se enteró por Kojiro de cómo había sido recomendado, la anciana cayó en un estado de profunda depresión. Si Musashi recibía el nombramiento, sería mucho más difícil llegar hasta él.

Había decidido encargarse ella misma de evitar tal desastre al shogunado y la nación. No había visto a Takuan, pero sí visitado la Casa de Yagyū así como la Casa de Hōjō, donde denunció a Musashi y afirmó que ahora sería una locura peligrosa elevarle a un cargo de alta categoría. No satisfecha con eso, reiteró sus calumnias en las casas de todos los ministros cuyos sirvientes le franquearon la entrada.

Por supuesto, Kojirō no hacía el menor esfuerzo por detenerla, pero tampoco le ofrecía un estímulo especial, pues sabía que la anciana no descansaría hasta que hubiera llevado a cabo un trabajo completo. Y era completo, desde luego: incluso escribió cartas infamantes sobre el pasado de Musashi y las arrojó a los recintos del comisario de Edo y los miembros del Consejo de Ancianos. Antes de que hubiera terminado, incluso Kojirō se preguntó si no habría ido demasiado lejos.

Kojirō alentó a Osugi para que emprendiera el viaje, creyendo que a él le convenía más que la mujer regresara al campo, donde haría un mínimo de daño. Si Osugi lamentaba algo, era sólo que Matahachi no la acompañaba, pues estaba convencida de que algún día su hijo vería la luz y regresaría a ella.

Iori no podía conocer las circunstancias. Incapaz de huir, renuente a llorar por temor a que eso pudiera desacreditar a Musashi, se sentía atrapado entre enemigos.

Kojirō miró expresamente los ojos del muchacho y se sorprendió al ver que éste le devolvía la mirada. No parpadeó ni una sola vez.

—¿Tienes pincel y tinta? —le preguntó Kojirō a Osugi.

—Sí, pero la tinta está completamente seca. ¿Por qué?

—Quiero escribir una carta. Los letreros fijados por los hombres de Yajibe no han atraído a Musashi, y no sé dónde se encuentra. Iori es el mejor mensajero que podríamos pedir. Creo que debo enviar a Musashi una nota informándole de mi partida de Edo.

—¿Qué vas a escribirle?

—Nada complicado. Le diré que practique la esgrima y me visite en Buzen uno de estos días. Le haré saber que estoy dispuesto a esperar el resto de mi vida. Puede venir a mi encuentro cuando tenga la confianza necesaria.

Osugi alzó las manos horrorizada.

—¿Cómo puedes hablar así? ¡El resto de tu vida, nada menos! No puedo esperar tanto tiempo. Debo ver a Musashi muerto dentro de los tres o cuatro próximos años como máximo.

—Déjalo de mi cuenta. Me ocuparé de tu problema al mismo tiempo que me encargo del mío.

—¿No comprendes que me estoy haciendo vieja? Es preciso hacerlo mientras viva para verlo.

—Si cuidas bien de ti misma, estarás presente cuando mi espada invencible haga un trabajo definitivo.

Kojiró tomó la barra de tinta de escritura y se dirigió a un arroyo cercano, donde metió un dedo en el agua para humedecerla. Todavía de pie, se sacó unas hojas de papel del kimono y escribió con rapidez, pero tanto su caligrafía como la composición eran las de un experto.

—Puedes usar esto como pasta —le dijo Osugi, cogiendo unos granos de arroz hervido y poniéndolos sobre una hoja.

Kojiró los aplastó entre los dedos, extendió la pasta a lo largo del borde de la carta y la selló. En el anverso escribió: «De Sasaki Ganryū, servidor de la Casa de Hosokawa».

—Eh, tú, ven aquí. No temas, no voy a hacerte daño. Quiero que entregues esta carta a Musashi. Asegúrate de que la recibe, porque es importante.

Iori se mostró un momento remiso, pero finalmente asintió con un gruñido y arrebató la carta de la mano de Kojiró.

—¿Qué has escrito en ella?

—Sólo lo que le he dicho a la abuela.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Para eso tendrías que romper el sello.

—Si has escrito algo insultante, no se la llevaré.

—No contiene ninguna grosería. Le pido que recuerde nuestra promesa para el futuro y le digo que espero ilusionado la ocasión en que volvamos a vernos, tal vez en Buzen, si él está por allí.

—¿Qué quiere decir eso de que «volvamos a vernos»?

—Me refiero a encontrarnos en el límite entre la vida y la muerte. —Las mejillas de Kojiró enrojecieron ligeramente.

Iori se guardó la carta en el interior del kimono y dijo:

—De acuerdo, la entregaré —y echó a correr. A unas treinta varas de distancia, se detuvo, se volvió y le sacó la lengua a Osugi—. ¡Bruja loca! —le gritó.

—¿Có..., cómo?

La anciana estaba dispuesta a correr tras él, pero Kojiró la cogió del brazo e hizo que volviera a sentarse.

—No hagas caso —le dijo con una sonrisa triste—. No es más que un chiquillo. —Entonces gritó a Iori—: ¿No tienes nada mejor que decir?

—No... —Lágrimas de cólera corrían por su pecho—. Pero lo lamentarás. Es imposible que un tipo como tú derrote a Musashi.

—Eres como él, ¿eh? Nunca te rindes. Pero me agrada tu fidelidad hacia él. Si tu maestro llegase a morir, vente conmigo. Te daré trabajo como jardinero o algo por el estilo.

Iori no se dio cuenta de que Kojiró sólo estaba bromeando, y se tomó aquellas palabras como un brutal insulto. Cogió una piedra del suelo. Cuando alzó el brazo para arrojarla, Kojiró le miró fijamente.

—No hagas eso —le ordenó en un tono sereno pero conminatorio.

Iori sintió aquellos ojos sobre él como dos balas, dejó caer la piedra al suelo y echó a correr. Corrió sin detenerse hasta que, completamente exhausto, se derrumbó en medio de la llanura de Musashino.

Permaneció allí sentado un par de horas, pensando en el hombre al que llamaba su maestro. Aunque sabía que Musashi tenía muchos enemigos, le consideraba un gran hombre y quería llegar a emularle. Creía que debía hacer algo para cumplir con las obligaciones hacia su maestro y asegurar su seguridad, y por ello resolvió estudiar y practicar su propia fuerza lo antes posible.

Entonces el recuerdo de la luz aterradora en los ojos de Kojiró acudió para acosarle. Se preguntó si Musashi sería capaz de derrotar a un hombre tan fuerte y cedió al pesimismo,

diciéndose que su maestro tendría que estudiar y practicar con ahínco. Se puso en pie.

La blanca niebla que descendía ondulante desde las montañas se extendía sobre la llanura. Tras decidir que debía proseguir su camino a Chichibu y entregar la carta de Kojiro, de repente se acordó del caballo. Temiendo que los bandidos pudieran haberse apoderado del animal, lo buscó minuciosamente, llamándole y silbando a cada dos pasos.

Le pareció oír un sonido de cascos procedente de la dirección de algo que parecía un estanque. Corrió hacia allí, pero no había caballo ni estanque. La niebla trémula retrocedía a lo lejos.

Vio un objeto negro en movimiento y se aproximó. Un jabalí salvaje dejó de buscar comida y se le acercó peligrosamente. El jabalí quedó oculto por los juncos y tras él la niebla formó una línea blanca, dando la impresión de que lo había formado la varita de un mago. Mientras miraba aquel fenómeno tuvo conciencia de un gorgoteo. Se acercó más y vio el reflejo de la luna en un arroyuelo entre rocas.

Siempre había sido sensible a los misterios de la llanura. Creía con firmeza en que la mariquita más minúscula poseía la fuerza espiritual de los dioses. A su modo de ver, nada carecía de alma, ni las hojas agitadas por la brisa ni el agua que llamaba con su rumor, ni el viento violento. Ahora, rodeado por la naturaleza, experimentaba la trémula soledad del otoño ya casi finalizado, la tristeza que debían sentir las hierbas, los insectos y el agua.

Sollozó con tanta fuerza que se le estremecían los hombros, pero eran las suyas lágrimas dulces, no amargas. Si algún otro ser no humano, una estrella quizás, o el espíritu de la planicie, le hubiera preguntado por qué lloraba, no habría podido decirlo. Y de haber insistido en que hablara, consolándole y halagándole, él finalmente podría haber dicho: «Lloro a menudo porque estoy al aire libre. Siempre tengo la sensación de que la casa de Hótengahara está cerca».

Llorar era un alivio para su alma. Tras haberse desahogado por completo, el cielo y la tierra le consolaban. Una vez secas las lágrimas, su espíritu regresaba de las nubes limpio y fresco.

—Ése es Iori, ¿verdad?

—Creo que sí.

Iori se volvió hacia las voces y las dos figuras humanas que se recortaban oscuras contra el cielo nocturno.

—Sensei! —exclamó Iori, corriendo a trompicones hacia el hombre a caballo—. ¡Eres tú!

Rebosante de alegría se aferró al estribo y alzó la vista para asegurarse de que no estaba soñando.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Musashi—. ¿Qué estás haciendo aquí a solas?

El rostro de Musashi parecía muy delgado, ¿sería a causa de la luz lunar?, pero su cálida voz era lo que Iori había anhelado oír durante semanas.

—Pensé que iría a Chichibu... —Iori reparó en la silla de montar—. ¡Pero, pero si éste es el caballo que yo montaba!

Gonnosuke se echó a reír.

—¿Es tuyo?

—Sí.

—No sabíamos a quién pertenecía. Erraba alrededor del río Iruma, así que lo consideré un regalo del cielo para Musashi.

—El dios de la llanura debe de haber enviado el caballo a tu encuentro —dijo Iori con absoluta sinceridad.

—¿Dices que es tu caballo? Esa silla no podría pertenecer más que a un samurai con unos ingresos de cinco mil fanegas por lo menos.

—Bueno, la verdad es que es un caballo de Shinzó.

Musashi desmontó.

—Entonces has estado en su casa —le dijo al muchacho.

—Sí, Takuan me llevó allí.

—¿Y qué me dices de nuestra nueva casa?

—Está terminada.

—Estupendo. Podremos regresar.

—Sensei...

—Sí.

—Estás muy delgado. ¿A qué se debe?

—He pasado mucho tiempo dedicado a la meditación.

—¿Cómo saliste de la cárcel?

—Más tarde te lo contará Gonnosuke. De momento, digamos que los dioses estuvieron de mi parte.

—No tienes que preocuparte más, Iori —dijo Gonnosuke—. Ni una sola duda ya de su inocencia.

Aliviado, Iori se volvió muy locuaz y les contó su encuentro con Jótaro y la marcha de éste a Edo. Cuando mencionó a la «vieja repulsiva» que se había presentado en la mansión de Hójo, recordó la carta de Kojiró.

—Ah, me olvidaba de algo importante —exclamó, y entregó la carta a Musashi.

—¿Una carta de Kojiró? —Sorprendido, la sostuvo un momento en la mano, como si fuese una misiva de un amigo perdido mucho tiempo atrás—. ¿Dónde le has visto? —le preguntó.

—En el pueblo de Nobidome. Esa vieja odiosa estaba con él. Dijo que se dirigía a Buzen.

—¿Ah, sí?

—Estaba con muchos samurais de Hosokawa... Sensei, será mejor que estés alerta y no corras ningún riesgo.

Musashi se metió la carta sin abrir en el interior del kimono y asintió.

Iori no estaba seguro de que su maestro hubiera entendido exactamente lo que quería decir.

—Ese Kojiró es muy fuerte, ¿verdad? ¿Acaso tiene algo contra ti?

El muchacho relató a Musashi todos los detalles de su encuentro con el enemigo.

Cuando llegaron a la cabana, Iori bajó al pie de la colina en busca de comida, y Gonnosuke recogió leña y fue a por agua.

Se sentaron alrededor del fuego que crepitaba en el hogar y saborearon el placer de estar de nuevo juntos, sanos y salvos. Fue entonces cuando Iori observó las cicatrices y moratones recientes en los brazos y el cuello de Musashi.

—¿Cómo te has hecho todas esas marcas? —le preguntó—. Estás lleno de ellas.

—No tiene importancia. ¿Has alimentado al caballo?

—Sí, señor.

—Mañana debes devolverlo.

A primera hora de la mañana, Iori montó el caballo y ga-

lopó un corto trecho antes de desayunar. Cuando el sol estaba por encima del horizonte, detuvo el caballo y se quedó inmóvil, boquiabierto.

Regresó corriendo a la cabana y gritó:

—¡Levántate, sensei! ¡Deprisa! Es como cuando lo vimos desde la montaña en Chichibu. El sol... es enorme y parece como si fuese a rodar por la llanura. Levántate, Gonnosuke.

—Buenos días —dijo Musashi desde el bosque, donde estaba dando un paseo.

Demasiado excitado para pensar en el desayuno, Iori le dijo:

—Me voy ahora mismo. —Y partió al galope.

Musashi contempló al muchacho y el caballo que adoptaban la figura de un cuervo en el mismo centro del sol. La mancha negra se fue empequeñeciendo, hasta que finalmente quedó absorbida por el gran disco llameante.

10 El pórtico de la gloria

Antes de sentarse a desayunar, el portero rastrilló el jardín, quemó las hojas y abrió la puerta. Shinzó también llevaba cierto tiempo levantado. Comenzó su jornada como de costumbre, leyendo una selección de los clásicos chinos, a lo que siguió la práctica con la espada.

Desde el pozo, adonde había ido a lavarse, se dirigió al establo para echar un vistazo a los caballos.

—Caballerizo —llamó.

—Sí, señor.

—¿No ha vuelto todavía el ruano castaño?

—No, pero el caballo no me preocupa tanto como el muchacho.

—No te preocupes por Iori, pues se ha criado en el campo y puede cuidar de sí mismo.

El anciano portero se acercó a Shinzó y le informó de que habían venido a verle unos hombres que le esperaban en el jardín.

Shinzó se encaminó a la casa y saludó a los recién llegados agitando la mano.

—Cuánto tiempo ha pasado —comentó uno de los hombres.

—Me alegro de veros a todos de nuevo —dijo Shinzó.

—¿Cómo estás de salud?
—Espléndidamente, como podéis ver.
—Hemos sabido que te hirieron.
—No fue gran cosa. ¿Qué os trae por aquí a una hora tan temprana?
—Hay un pequeño asunto que nos gustaría tratar contigo.
Los cinco antiguos estudiantes de Obata Kagenori, todos ellos apuestos hijos de portaestandartes o eruditos confucianos, intercambiaron miradas significativas.
—Vayamos allí —dijo Shinzó, indicando un montículo cubierto de arces en un rincón del jardín.
Al llegar a la fogata del portero, se detuvieron y permanecieron a su alrededor.
Shinzó se llevó una mano al cuello, y entonces, al ver que los demás le estaban mirando, dijo:
—Cuando hace frío me duele un poco.
Los demás se turnaron para examinar la cicatriz.
—Tenemos entendido que ha sido obra de Sasaki Kojiró.
Se hizo una pausa de silencio breve y tensa.
—Precisamente hemos venido hoy para hablar de Kojiró.
Ayer nos enteramos de que ha sido él quien mató a Yogoró.
—Lo sospechaba. ¿Tenéis alguna prueba?
—Circunstancial, pero convincente. Encontraron el cuerpo de Yogoró al pie de la colina de Isarago, detrás del templo. La casa de Kakubei está hacia la mitad de la colina, y Kojiró se alojaba ahí.
—Humm. No me extrañaría que Yogoró hubiera ido él solo a ver a Kojiró.
—Estamos bastante seguros de que eso es lo que ocurrió. Tres o cuatro noches antes de que encontraran el cuerpo, un florista vio a un hombre que respondía a la descripción de Kojiró trepando por la colina. Kojiró debió de matarle y luego bajó el cuerpo al pie de la colina.
Los seis hombres intercambiaron solemnes miradas. Guardaban silencio, pero la cólera que sentían se reflejaba en sus ojos.
Shinzó, su rostro enrojecido por el fuego, les preguntó:
—¿Es eso todo?

—No. Queríamos hablar sobre el futuro de la Casa de Obata y cómo vamos a ocuparnos de Kojiró.

Shinzó estaba sumido en sus pensamientos. El hombre que había hablado en primer lugar dijo:

—A lo mejor ya lo sabéis, pero Kojiro se ha convertido en vasallo del señor Hosokawa Tadatoshi. Ahora viaja camino de Buzen, y no ha pagado lo que debía... por la ruina de la reputación de nuestro maestro, la muerte de su único hijo y heredero y la matanza de nuestros camaradas.

—Shinzo —le instó un tercer hombre—, como discípulos de Obata Kagenori, tenemos que hacer algo.

Motas de blanca ceniza se alzaban del fuego. Uno de los hombres tragó humo y tosió.

Tras escucharles durante varios minutos, mientras ellos expresaban su enconada indignación, Shinzo dijo:

—Soy una de las víctimas, por supuesto, y tengo un plan propio. Pero decidme qué habéis pensado hacer vosotros.

—Presentar una protesta al señor Hosokawa, contarle todo lo ocurrido y pedirle que nos entregue a Kojiró.

—¿Y luego qué?

—Expondremos su cabeza en una pica ante las tumbas de nuestro maestro y su hijo.

—Podrías hacer tal cosa si os lo entregaran atado, pero los Hosokawa probablemente no harán tal cosa. Aunque le hayan reclutado hace muy poco, es su vasallo y lo que les interesa es su habilidad. Vuestra queja sólo sería una prueba más de esa habilidad. ¿Qué daimyo entregará uno de sus vasallos a otro sin motivos imperiosos?

—Entonces deberemos tomar medidas extremas.

—¿Por ejemplo?

—El grupo con el que viaja es bastante grande. Podríamos darles alcance con facilidad. Encabezados por ti, nosotros seis y otros discípulos leales...

—¿Estás sugiriendo que le atacemos?

—Sí. Ven con nosotros, Shinzo.

—No me gusta.

—¿No eres tú el elegido para llevar el nombre de Obata?

—Resulta difícil admitir que un enemigo es mejor que no-

sotros —dijo Shinzo con semblante pensativo—. Sin embargo, objetivamente, Kojiró es el mejor espadachín. Me temo que, incluso con docenas de hombres, no haremos más que aumentar nuestra vergüenza.

—¿Y vas a quedarte al margen sin hacer nada? —preguntó indignado uno de ellos.

—No. Detesto tanto como vosotros que Kojiró haya salido indemne de lo que hizo, pero estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario.

—Tienes una paciencia enorme —dijo uno de los hombres en tono sarcástico.

—¿No estás evadiendo tu responsabilidad? —le preguntó otro.

Como Shinzō no respondía, los cinco hombres concluyeron que era inútil seguir hablando y se alejaron a toda prisa.

Por el camino se cruzaron con Iori, el cual había desmontado en el portal y dirigía su montura al establo. Tras atar el caballo, vio a Shinzo junto al fuego y fue a reunirse con él.

—Vaya —dijo el muchacho—. ¿Os habéis peleado?

—¿Por qué lo preguntas?

—Al llegar me he cruzado con unos samurais y parecían enfadados. Decían cosas extrañas, como «le había evaluado en exceso» y «es un débil».

—Eso no significa nada —dijo Shinzo con una risita—. Acércate más y caliéntate.

—¿Quién necesita fuego? He venido cabalgando sin parar desde Musashino.

—Pareces muy animado. ¿Dónde estuviste anoche?

—En casa. ¡El sensei ha vuelto!

—Había oído decir que estaba de vuelta o que no tardaría en llegar.

—¿Lo sabías ya?

—Me lo dijo Takuan. ¿Has oído la noticia, Iori?

—¿Qué noticia?

—Tu maestro va a ser un gran hombre. Ha tenido una suerte extraordinaria, pues va a ser uno de los maestros del shogun. Será el fundador de su propia escuela de esgrima.

—¿Lo dices en serio?

—¿Te satisface?

—Naturalmente. Nada podría hacerme más feliz. ¿Me prestas el caballo?

—¿Ahora? Si acabas de llegar.

—Iré a decírselo.

—No es necesario que lo hagas. Antes de que finalice la jornada, el Consejo de Ancianos le convocará formalmente. En cuanto nos avisen, yo mismo iré a decírselo a Musashi.

—¿Vendrá él aquí?

—Sí —le aseguró Shinzō.

Mirando por última vez el fuego moribundo, echó a andar hacia la casa, un poco animado por Iori, pero preocupado por el destino de sus airados amigos.

La convocatoria tuvo lugar sin tardanza. Dos horas después llegó un mensajero con una carta para Takuan y una orden para que Musashi se presentara al día siguiente en el Pabellón de Recepciones, ante el portal de Wadakura. Tras haber confirmado su cita, se le informaba de que sería recibido en audiencia por elshogun,

Cuando Shinzō, con un ayudante, llegó a la casa en la llanura de Musashino, encontró a Musashi sentado al sol con un gatito en el regazo, charlando con Gonnosuke.

Las palabras fueron breves. Shinzō se limitó a decir: «He venido en tu busca».

—Gracias —dijo Musashi—. Estaba a punto de llamarte para agradecerte que hayas cuidado de Iori.

Sin decir nada más, montó el caballo que Shinzō le había traído y regresaron a Ushigome.

Aquella noche, cuando estaba sentado con Takuan y el señor Ujikatsu, se sintió inmensamente afortunado porque podía considerar a aquellos hombres, así como a Shinzō, como verdaderos amigos.

Al levantarse por la mañana, Musashi descubrió que ya habían dejado en su habitación ropas apropiadas, junto con un abanico y papel de seda.

—Hoy es un gran día —le dijo el señor Ujikatsu durante el desayuno—. Debes regocijarte.

El desayuno consistía en arroz con judías rojas, un pescado de agua dulce entero para cada uno y otros platos que sólo se servían en las ocasiones festivas. El menú era muy parecido al que se servía durante la ceremonia de la mayoría de edad en la familia Hójó.

Musashi deseaba rechazar la cita. En Chichibu había pensado a fondo en los dos años vividos en Hótengahara y su ambición de poner su habilidad con la espada al servicio del buen gobierno. Ahora la creencia de que Edo, por no hablar del resto del país, estaba preparado para la clase de gobierno ideal que imaginaba parecía menos sostenible. La santidad del Camino y la aplicación de los principios de la esgrima a la causa de la paz sólo parecían ideales elevados, por lo menos hasta que Edo u Osaka logaran consolidar su dominio sobre todo el país. Y aún no había tomado una decisión sobre otro aspecto crucial: si la batalla definitiva se librara mañana, ¿debería apoyar al ejército del este o al del oeste? ¿O quizá debería abandonar el mundo y sobrevivir en las montañas alimentándose de raíces hasta que se restaurase la paz?

Ni siquiera aquella mañana podía librarse de la sensación de que si se contentaba con un alto cargo su búsqueda del Camino quedaría interrumpida. Pero no podía negarse. Lo que finalmente le decidió fue la confianza en él que le demostraban sus seguidores. Era imposible darles una negativa; no engañaría a Takuan, su viejo amigo y severo mentor, ni al señor Ujikatsu, que ahora se revelaba como un conocido valioso.

Vestido con atuendo formal y montado en un espléndido caballo con una hermosa silla, se encaminó al castillo por la carretera soleada. Cada paso que daba le acercaba supuestamente al pórtico de la gloria.

Delante del Pabellón de Recepción había un patio de grava y, en un alto poste, un letrero que decía: «Desmontar». Cuando Musashi bajó del caballo, un oficial y un mozo de establo se aproximaron.

—Me llamo Miyamoto Musashi —anunció en un tono de voz formal—. Vengo de acuerdo con la convocatoria que efectuó ayer el Consejo de Ancianos. ¿Puedo pedirles que me llevéis al oficial encargado de la sala de espera?

Se había presentado solo, como se esperaba de él. Llegó otro oficial y le escoltó a la sala de espera, donde le dijeron que aguardase hasta que «llegara aviso del interior».

Era una sala grande, de más de veinte esteras, conocida como la «Habitación de las orquídeas» debido a las pinturas de aves y orquídeas primaverales en las paredes y los paneles de las puertas. Poco después entró un sirviente con té y pasteles, pero ése fue el único ser humano que Musashi vio durante casi media jornada. Los pajarillos de las pinturas no cantaban, las orquídeas no tenían fragancia. Musashi empezó a bostezar.

Supuso que el hombre de rostro rubicundo y cabello blanco que por fin se presentó era uno de los ministros. Tal vez en su juventud fue un guerrero distinguido.

—Eres Musashi, ¿verdad? —le dijo el señor Sakai Tadakatsu mientras tomaba asiento—. Disculpa por la larga espera.

Aunque era señor de Kawagoe y un daimyo muy conocido, en el castillo del shogun no era más que otro funcionario a quien servía un solo samurai. Al parecer, le importaba muy poco la pompa y el protocolo.

Musashi hizo una reverencia hasta tocar el suelo con la frente y permaneció en esa posición mientras anunciaba en un lenguaje rígidamente formal:

—Me llamo Miyamoto Musashi, rónin de Mimasaka e hijo de Munisai, descendiente de la familia Shimmen. He venido a las puertas del castillo cumpliendo con la voluntad del shogun, expresada en la citación que me envió.

Tadakatsu asintió varias veces, sacudiendo su papada.

—Muchas gracias por las molestias que te has tomado —le dijo, y entonces adoptó un tono de disculpa—: Con respecto a tu nombramiento para un cargo oficial, para el que fuiste recomendado por el sacerdote Takuan y el señor Hójó de Awa, anoche se produjo un súbito cambio en los planes del shogun y, como resultado, no serás contratado. Puesto que varios de nosotros no estábamos de acuerdo con esta decisión, el Consejo de Ancianos ha revisado hoy el asunto. De hecho, hemos estado discutiendo hasta ahora. Planteamos la cuestión nuevamente al shogun, pero lamento decirte que no hemos podido alterar la decisión que tomó.

El funcionario miraba a Musashi con simpatía y por un instante pareció buscar palabras de consuelo.

—En nuestro mundo huidizo —siguió diciendo—, esta clase de cosas suceden continuamente. No debes irritarte por lo que la gente diga de ti. En el terreno de los nombramientos oficiales, a menudo es difícil saber si uno ha sido afortunado o no.

Musashi, todavía inclinado, respondió:

—Sí, señor.

Las palabras de Tadakatsu eran como música en sus oídos. La gratitud brotaba del fondo de su corazón, llenando todo su cuerpo.

—Comprendo la decisión, señor, y te estoy agradecido.

Pronunció estas palabras con toda naturalidad. A Musashi le tenía sin cuidado el prestigio y no había la menor ironía en su actitud. Tenía la sensación de que un ser más grande que el shogun acababa de concederle un nombramiento mucho más importante que el tutor oficial. Le había sido dispensada la palabra de los dioses.

«Lo ha encajado bien», pensó Tadakatsu, mirando sutilmente a Musashi. Entonces dijo en voz alta:

—Quizá sea presuntuoso por mi parte, pero me han dicho que tienes unos intereses artísticos del todo insólitos en un samurai. Quisiera presentar una muestra de tu obra al shogun. Responder a los chismorreos maliciosos de la gente ordinaria no es importante. Creo que sería más adecuado para un noble samurai alzarse por encima de la chachara de la gente y dejar tras de sí un mudo testimonio de la pureza de su corazón. Una obra de arte sería apropiada, ¿no crees?

Mientras Musashi todavía reflexionaba en el significado de estas palabras, Tadakatsu añadió:

—Espero que nos volvamos a ver.

Dicho esto abandonó la estancia.

Musashi alzó la cabeza y se sentó erguido. Tardó un par de minutos en comprender el significado de las palabras de Tadakatsu, esto es, que no había necesidad de responder a los chismorreos maliciosos, pero tenía que dar una prueba de su carácter. Si así lo hacía, su honor quedaría limpio, y los hombres que le habían recomendado no sufrirían ninguna pérdida de prestigio.

Musashi pensó en lo curioso que era que la mayoría de los niños supieran dibujar, así como cantar, pero que olvidaran la manera de hacerlo a medida que crecían. Tal vez la poca sabiduría que aprendían con la edad era inhibitoria. Él mismo no era ninguna excepción. De niño a menudo se dedicaba a dibujar, y era ésta una de sus maneras favoritas de superar la soledad. Pero desde los trece o catorce hasta pasados los veinte, había abandonado el dibujo casi por completo. En el curso de sus viajes, a menudo se había detenido en templos o casas de personajes acaudalados, donde había tenido la oportunidad de ver buenas pinturas, murales o pergaminos colgados en los lugares de honor, lo cual le había producido un vivo interés por el arte.

La sencillez aristocrática y la sutil profundidad de la pintura de unos castaños de Liang-k'ai le había producido una impresión especialmente profunda. Tras ver esa obra en la casa de Kóetsu, había aprovechado todas las oportunidades a su alcance para ver las excepcionales pinturas chinas de la dinastía Sung, las obras de los maestros japoneses Zen del siglo xv y las pinturas de maestros contemporáneos de la escuela Kano, en especial Kanó Sanraku y Kaihó Yüshó. Naturalmente, tenía sus preferencias. El trazo audaz y viril de Liang-k'ai, desde el punto de vista de un espadachín, le revelaba la prodigiosa fuerza de un gigante. Kaiho Yüshó, posiblemente porque era de origen samurai, había alcanzado en su ancianidad semejante grado de pureza que Musashi lo consideraba un hombre digno de tomarlo como modelo. También le atraían los efectos de luz espontáneos en las obras del sacerdote ermitaño y esteta Shokadó Shójó, el cual le gustaba tanto más cuanto que tenía la reputación de ser amigo de Takuan.

La pintura, que parecía un arte muy alejado del camino que él había elegido, difícilmente era apropiada para una persona que no solía pasarse un mes entero en un solo lugar. Sin embargo, de vez en cuando Musashi se dedicaba a la pintura.

Como en el caso de otros adultos que se han olvidado de dibujar, su mente trabajaba, pero no su espíritu. Concentrado en dibujar con habilidad, era incapaz de expresarse naturalmente. Muchas eran las ocasiones en las que había abandona-

do, sintiéndose desalentado. Luego, más tarde o más temprano, invariablemente algún impulso le movía a empuñar el pincel de nuevo, en secreto. Como sus pinturas le avergonzaban, nunca las enseñaba a los demás, aunque dejaba que inspeccionaran sus esculturas.

Una actitud a la que puso fin en aquel momento. Para conmemorar aquel día decisivo, decidió pintar una obra que pudiera ser mostrada al shogun o a cualquier otra persona.

Trabajó rápidamente y sin interrupción hasta que terminó. Entonces introdujo el pincel en un jarro de agua y se marchó, sin volver una sola vez la cabeza atrás para ver su obra.

En el patio se volvió para echar un último vistazo al imponente portal, y un interrogante llenó su mente: ¿dónde estaba la gloria, dentro o fuera del pórtico?

Sakai Tadakatsu regresó a la sala de espera y se sentó durante algún tiempo, contemplando la pintura todavía húmeda. Era una representación de la planicie de Musashino. En el centro, muy grande, el sol naciente, el cual, simbolizando la confianza de Musashi en su propia integridad, era bermellón. El resto de la obra había sido ejecutado en tinta para captar la sensación otoñal de la planicie.

«Hemos perdido un tigre que ha vuelto a la naturaleza», se dijo Tadakatsu.

11

El sonido del cielo

—¿Ya estás de vuelta? —le preguntó Gonnosuke, parpadeando al ver el traje formal rígidamente almidonado de Musashi.

Musashi entró en la casa y tomó asiento. Gonnosuke se arrodilló en el borde de la esterilla de juncos e hizo una reverencia.

—Felicidades —le dijo efusivamente—. ¿Tendrás que empezar a trabajar en seguida?

—El nombramiento ha sido cancelado —dijo Musashi, riendo.

—¿Cancelado? ¿Estás de broma?

—No, y a decir verdad me satisface que haya sido así.

—No te comprendo. ¿Sabes qué ha salido mal?

—No encontré motivos para preguntarlo. Doy gracias a los cielos por el giro que han tomado las cosas.

—Pero parece una pena.

—¿Incluso tú opinas que sólo puedo hallar la gloria dentro de los muros del castillo de Edo?

Gonnosuke no le respondió.

—Durante cierto tiempo abrigué esa ambición. Soñaba en aplicar mi conocimiento de la esgrima al problema de aportar paz y felicidad al pueblo, en hacer del Camino de la Espada el

Camino del Gobierno. Pensé que ser funcionario del shogun me daría ocasión de poner a prueba mi idea.

—Alguien te ha difamado, ¿no es cierto?

—Es posible, pero no pienses más en ello. Y no me interpretes mal. He llegado a saber, sobre todo hoy, que mis ideas son poco más que sueños.

—Eso no es cierto. Yo he tenido la misma idea: el Camino de la Espada y el espíritu del buen gobierno deberían ser una y la misma cosa.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Pero lo cierto es que la verdad del sabio, a solas en su estudio, no siempre coincide con lo que el mundo en general considera cierto.

—Entonces crees que la verdad que tú y yo buscamos no tiene utilidad en el mundo real.

—No, no se trata de eso —dijo Musashi con impaciencia—. Mientras este país exista, por mucho que cambien las cosas, el Camino del Espíritu del hombre valiente nunca dejará de ser útil... Si piensas un poco en el asunto, te darás cuenta de que el Camino del Gobierno no depende sólo del Arte de la Guerra. Un sistema político impecable debe basarse en una mezcla perfecta de las artes militar y literaria. Hacer que el mundo viva en paz es el objetivo último del Camino de la Espada. Por eso he llegado a la conclusión de que mis pensamientos son sólo sueños, y sueños infantiles por cierto. Debo aprender a ser un humilde servidor de dos dioses, uno de la espada y otro de la pluma. Antes de que intente gobernar la nación, he de aprender lo que la nación tiene que enseñarme.

Concluyó con una risa, pero se interrumpió bruscamente y preguntó a Gonnosuke si tenía un tintero o un equipo de escritura.

Cuando terminó de escribir, dobló la carta y dijo a Gonnosuke:

—Lamento molestarte, pero quisiera pedirte que entregues este mensaje en mi nombre.

—¿En la residencia Hójó?

—Sí. He escrito acerca de mis sentimientos. Saluda efusivamente de mi parte a Takuan y al señor Ujikatsu... Ah, una cosa más. He guardado algo que pertenece a Iori. Te ruego que se lo devuelvas.

Sacó la bolsa que le diera el padre de Iori y la depositó al lado de la carta.

Gonnosuke, sin poder ocultar una expresión de inquietud en su semblante, se le acercó moviéndose sobre las rodillas y le preguntó:

—¿Por qué devuelves ahora esto a Iori?

—Me voy a las montañas.

—Ya sea las montañas o la ciudad, adondequiera que vayas, Iori y yo queremos acompañarte como tus discípulos.

—No me voy para siempre. Mientras esté ausente, quisiera que cuides de Iori, digamos durante los próximos dos o tres años.

—¿Cómo? ¿Vas a retirarte?

Musashi se rió, descruzó las piernas y se inclinó hacia atrás, apoyándose en los brazos.

—Soy demasiado joven para eso. No abandono mi gran esperanza. Todo sigue delante de mí: deseos, ilusiones, todo... Existe una canción..., no sé quién la escribió, pero dice así:

Mientras anhelo llegar
a la espesura de las montañas,
me veo arrastrado contra mi voluntad
a los lugares
donde la gente reside.

Gonnosuke inclinó la cabeza y escuchó. Entonces se puso en pie y se guardó la carta y la bolsa en el interior del kimono.

—Será mejor que me vaya —dijo en voz baja—. Está oscureciendo.

—De acuerdo. Por favor, devuelve el caballo y dile al señor Ujikatsu que, como las ropas se han ensuciado durante el viaje, me las quedará.

—Sí, desde luego.

—No creo que fuese discreto por mi parte regresar a la casa del señor Ujikatsu. La cancelación del nombramiento debe significar que el shogunado me considera como indigno de confianza o sospechoso. Si el señor Ujikatsu se relacionara más estrechamente conmigo, podría verse en dificultades. No le es-

cribo eso en la carta, por lo que quiero que se lo expliques tú. Dile que confío en que no se ofenda.

—Comprendo. Estaré de regreso antes de la mañana.

El sol se ponía rápidamente. Gonnosuke cogió el caballo por el bocado y condujo al animal a lo largo del sendero. Puesto que había sido prestado a Musashi, la idea de montarlo no le pasó por la cabeza.

Cerca de dos horas después llegó a Ushigome. Los hombres estaban sentados sin hacer nada, preguntándose qué le había ocurrido a Musashi. Gonnosuke se reunió con ellos y entregó la carta a Takuan.

Un oficial ya les había visitado para informarles sobre los aspectos desfavorables del carácter de Musashi y sus pasadas actividades. Entre todos los puntos en su contra, el peor era que tenía un enemigo que le había jurado venganza. Según los rumores, Musashi no tenía razón.

Tras la marcha del oficial, Shinzō habló con su padre y Takuan de la visita de Osugi.

—Incluso intentó vender aquí su mercancía —comentó el joven, refiriéndose a las difamaciones que la anciana extendía sobre Musashi.

Una cosa que no tenía explicación era por qué la gente aceptaba lo que les decían sin ponerlo en tela de juicio. No sólo las personas ordinarias —mujeres que chismorreaban alrededor del pozo o trabajadores que bebían en humildes casas de sake— sino hombres lo bastante inteligentes para separar los hechos de las invenciones. Los ministros del shogun habían discutido el asunto durante largas horas, pero incluso ellos habían terminado por dar crédito a las calumnias de Osugi.

Takuan y los demás habían esperado hasta cierto punto que la carta de Musashi expresara su descontento, pero lo cierto era que decía muy poco más allá de exponer sus motivos para marcharse. Empezaba diciendo que había pedido a Gonnosuke que les dijera cómo se sentía. Seguía la canción que le había cantado a Gonnosuke. La breve misiva terminaba diciendo: «Cediendo a mi crónica pasión de viajar, emprendo otro viaje sin rumbo. En esta ocasión os ofrezco el siguiente poema, que quizá os divierta:

Si el universo es realmente
mi jardín, cuando lo miro,
estoy en la salida de la
casa llamada el Mundo
Flotante».

Aunque Ujikatsu y Shinzō se sentían profundamente conmovidos por la consideración de Musashi, el primero dijo:

—Es demasiado modesto. Quisiera verle una sola vez más antes de que se vaya. Takuan, dudo de que venga si enviamos a buscarle, así que vayamos nosotros en su busca. —Se puso en pie, dispuesto a partir de inmediato.

—¿Puedes esperar un momento, señor? —inquirió Gonnosuke—. Me gustaría ir contigo, pero Musashi me pidió que le diera algo a Iori. ¿Te importaría pedir que le hagan venir?

Cuando entró Iori, preguntó:

—¿Me llamabas? —Su mirada se fijó de inmediato en la bolsa que sostenía Gonnosuke.

—Musashi me ha dicho que cuides bien de esto, ya que es la única reliquia que tienes de tu padre. —Entonces le explicó que los dos estarían juntos hasta el regreso de Musashi.

Iori no podía ocultar su decepción, pero no quería parecer débil y asintió sin entusiasmo.

Interrogado por Takuan, Iori contó todo lo que sabía de sus padres. Cuando finalizaron las preguntas, comentó:

—Una cosa que no sabré jamás es lo que ha sido de mi hermana. Mi padre no hablaba mucho de ella, y mi madre murió sin decirme nada que recuerde. Desconozco su paradero, así como si está viva o muerta.

Takuan se puso la bolsa sobre la rodilla y sacó un arrugado trozo de papel. Mientras leía el críptico mensaje que había escrito el padre de Iori, enarcó las cejas, sorprendido. Miró fijamente a Iori y dijo:

—Esto nos dice algo acerca de tu hermana. —Se saltó la primera parte y leyó en voz alta—: «Puesto que había decidido morir de hambre antes que servir a un segundo señor, mi esposa y yo viajamos errantes durante muchos años, viviendo en las

circunstancias más humildes. Un año tuvimos que abandonar a nuestra hija en un templo de las provincias centrales. Pusimos "un sonido del cielo" entre sus ropas infantiles y confiamos su futuro al umbral de la misericordia. Entonces proseguimos nuestro camino hacia otra provincia.

»Más adelante adquirí mi casa con tejado de paja en los campos de Shimósa. Pensé en aquella época anterior, pero el lugar estaba muy lejos y no habíamos tenido noticia alguna, por lo que temí que tal vez tratar de encontrarla no fuese lo mejor para la niña. Así pues, dejé las cosas como estaban.

»¡Qué crueles pueden ser los padres! Las palabras de Minamoto no Sanetomo son una reprobación de mis actos:

»"Incluso los animales, que no pueden expresar sus sentimientos no carecen del amor tierno y generoso de los padres hacia sus vastagos".

»Ojalá mis antepasados se apiaden de mí por negarme a ensuciar mi honor de samurai poniéndome al servicio de un segundo señor. Tú eres mi hijo. ¡Por mucho que anheles el éxito, no comas un mijo deshonroso!»

Takuan guardó de nuevo el papel en la bolsa.

—Podrás ver a tu hermana —le dijo al muchacho—. La conozco desde que era una jovencita, y Musashi también la conoce. Ven con nosotros, Iori.

No explicó por qué hablaba así ni tampoco mencionó a Otsü ni el «sonido del cielo», que evidentemente era su flauta.

Todos salieron juntos y regresaron apresuradamente a la cabana, donde llegaron poco después de que los primeros rayos del sol naciente la iluminaran. Estaba vacía. En el extremo de la llanura había una sola nube blanca.

12 El buey desbocado

La sombra de la rama de ciruelo sobre la pared de yeso blanco, proyectada por el pálido sol, era de una belleza comedida que evocaba una pintura monocroma a tinta. Reinaba la tranquilidad en la primavera temprana de Koyagyü, y las ramas de los ciruelos parecían señalar el sur a los ruiseñores que pronto volarían en bandadas hacia el valle.

Al contrario que los pájaros, los shugyósha que se presentaron a las puertas del castillo no tenían en cuenta las estaciones. Llegaban en un torrente continuo, con la intención ya de recibir instrucción de Sekishüsai, ya de probar su habilidad enfrentándose a él. La letanía tenía pocas variaciones: «Por favor, un solo encuentro»; «Te lo ruego, déjame verle»; «Soy el único discípulo verdadero de Fulano que enseña en tal y cual lugar». Durante los diez últimos años, los guardianes habían dado siempre la misma respuesta: debido a lo avanzado de su edad, su señor no podía recibir a nadie. Pocos espadachines, o aspirantes a serlo, se conformaban con eso. Algunos lanzaban diatribas sobre el significado del verdadero Camino y decían que no debería existir ninguna discriminación entre jóvenes y viejos, ricos y pobres, principiantes y expertos. Otros se limitaban a suplicar, mientras que algunos tenían la audacia de ofrecer sobornos. Muchos eran los que se marchaban mascullando agrias imprecaciones.

Si la verdad hubiera sido de dominio público, a saber, que Sekishūsai había fallecido el año anterior, las cosas podrían haberse simplificado mucho, pero se decidió que, como Munenori no podía marcharse de Edo hasta el cuarto mes, la muerte debería mantenerse en secreto hasta que se hubiera celebrado el servicio fúnebre. Una de las pocas personas de fuera del castillo que conocían las circunstancias estaba sentada ahora en una sala de invitados y pedía ver a Hydgo con bastante insistencia.

Era Inshun, el abad ya entrado en años del Hozóin, quien durante el período de senilidad de In'ei y tras la muerte de éste había mantenido la reputación del templo como un centro de artes marciales. Muchos creían incluso que la había mejorado. Había hecho todo lo posible para conservar los estrechos vínculos entre el templo y Koyagyü que habían existido desde los tiempos de In'ei y Sekishūsai. Decía que quería ver a Hyógo para hablar de las artes marciales, pero Sukekuro conocía su verdadero propósito: enfrentarse en combate al hombre a quien su abuelo había considerado en privado como un espadachín mejor que él mismo o Munenori. Por supuesto, Hyógo no estaba dispuesto a participar en semejante encuentro, pues no creía que beneficiara a nadie y, en consecuencia, era insensato.

Sukekuro aseguró a Inshun que había dado aviso.

—Estoy seguro de que Hyógo saldría a saludarte si se encontrara mejor.

—¿Quieres decir que todavía está resfriado?

—Así es, no puede quitárselo de encima.

—No sabía que su salud fuese tan frágil.

—Oh, no lo es, pero ha estado en Edo algún tiempo, ¿sabes?, y no puede acostumbrarse del todo a los fríos inviernos de estas montañas.

Mientras los dos hombres hablaban, un sirviente llamaba a Otsü en el jardín del recinto más interior. Se abrió una shoji y la muchacha salió de una de las casas, seguida por una espiral de humo de incienso. Seguía de luto más de doscientos días después del fallecimiento de Sekishūsai, y su rostro estaba tan blanco como una flor de peral.

—¿Dónde estabas? —le preguntó el muchacho—. Te he buscado por todas partes.

—Estaba en la capilla budista.

—HySgo pregunta por ti.

Cuando entró en la habitación de Hyógo, éste le dijo:

—Ah, Otsü, gracias por venir. Quisiera que saludaras a un visitante de mi parte.

—Sí, desde luego.

—Lleva aquí bastante rato. Sukekuro ha ido a hacerle compañía, pero el pobre ya debe de estar harto después de oír hablar tanto del Arte de la Guerra.

—¿El abad del Hózóin?

—El mismo.

Otsü sonrió levemente, inclinó la cabeza y salió de la estancia.

Entretanto, Inshun sonsacaba a Sukekuro sin demasiada sutileza detalles del pasado y el carácter de Hyógo.

—Me han dicho que cuando Kató Kiyomasa le ofreció una posición, Sekishüsai se negó a dar su consentimiento a menos que Kiyomasa aceptara una condición insólita.

—¿De veras? No recuerdo haber oído jamás semejante cosa.

—Según In'ei, Sekishüsai le dijo a Kiyomasa que, puesto que Hyógo tenía muy mal genio, su señoría debía prometerle por anticipado que si Hyógo cometía faltas graves, le perdonaría las tres primeras. Se sabe que Sekishüsai jamás toleraba la irreflexión. Debía de tener unos sentimientos muy especiales hacia Hyógo.

Esta revelación era tan sorprendente que Sukekuro aún no sabía qué decir cuando entró Otsü. La muchacha sonrió al abad y le dijo:

—Me alegro mucho de verte. Lamentablemente, Hyógo está muy ocupado preparando un informe que debe enviar a Edo de inmediato, pero me ha pedido que te presente sus excusas por no poder verte en esta ocasión.

Otsü se atareó sirviendo té y pastelillos a Inshun y los dos jóvenes sacerdotes que le acompañaban.

El abad pareció decepcionado, aunque ignoró cortésmente la discrepancia entre la excusa que le había dado Sukekuró y la de Otsü.

—Es una lástima, pues tenía una importante información que darle.

—Se la transmitiré con mucho gusto —dijo Sukekuró—, y puedes tener la seguridad de que sólo llegará a oídos de Hyógo.

—Estoy seguro de ello —dijo el viejo sacerdote—. Sólo quería advertir personalmente a Hyógo.

Entonces Inshun repitió un rumor que había oído sobre cierto samurai del castillo de Ueno en la provincia de Iga. La línea divisoria entre Koyagyü y el castillo se hallaba en una zona escasamente poblada, unas dos millas al este, y desde que Ieyasu la confiscó al daimyo cristiano Tsutsui Sadatsugu para entregarla a Todo Takatora se habían producido muchos cambios. Desde que fijó allí su residencia el año anterior, Takatora había reparado el castillo, revisado el sistema de impuestos, mejorado las instalaciones de riego y llevado a cabo otras medidas para consolidar su posesión del territorio. Todo esto era de dominio público. Pero Inshun se había enterado de algo más: Takatora se disponía a expandir sus tierras haciendo retroceder la línea limítrofe.

Según los informes, Takatora había enviado un cuerpo de samurais a Tsukígase, donde estaban construyendo casas, talando ciruelos, desviando a los viajeros e invadiendo abiertamente la propiedad del señor Yagyü.

—Pudiera ser que el señor Takatora se esté aprovechando de que estáis de luto —observó Inshun—. Podéis considerarme un alarmista, pero parece como si se propusiera retirar el límite én esta dirección y tender una nueva valla. De ser así, sería mucho más fácil aclarar las cosas ahora que cuando haya terminado. Me temo que si os quedáis sentados sin hacer nada, más tarde lo lamentaréis.

Sukekuró, hablando como uno de los servidores de alto rango de su señor, agradeció la información a Inshun.

—Haré que se investigue la situación y, si es necesario, expondré una queja.

Sukekuró expresó su agradecimiento en nombre de Hyogo e hizo una reverencia mientras el abad se marchaba.

Cuando Sukekuró informó de los rumores a Hyogo, éste se echó a reír.

—No hagas caso —dijo—. Cuando regrese mi tío se ocupará del asunto.

Sukekuró, que sabía lo importante que era proteger cada palmo de terreno, no quedó nada satisfecho con la actitud de Hyogo. Habló con los otros samurais de alto rango y convinieron en que, aunque era necesaria una gran discreción, debían hacer algo. Todo Takatora era uno de los daimyo más poderosos del país.

A la mañana siguiente, cuando Sukekuró salía del dojo situado encima del Shinkagedo tras la práctica de esgrima, tropezó con un chico de trece o catorce años.

El muchacho hizo una reverencia a Sukekuró, el cual le dijo jovialmente:

—Ah, hola, Ushinosuke. ¿Fisgando otra vez en el ddjdi ¿Me has traído un regalo? Veamos..., ¿patatas silvestres?

Sólo bromeaba a medias, puesto que las patatas de Ushinosuke eran siempre mejores que las de cualquier otro.

El muchacho vivía con su madre en la aislada aldea montañesa de Araki, y a menudo acudía al castillo para vender carbón, carne de jabalí y otros productos.

—Hoy no tengo patatas, pero le he traído esto a Otsü —dijo, al tiempo que mostraba un paquete envuelto en paja.

—A ver, ¿qué es esto..., ruibarbo?

—¡No, está vivo! A veces oigo cantar a los ruiseñores en Tsukigase. ¡He atrapado uno!

—Humm, siempre vienes aquí por el camino de Tsukigase, ¿no es cierto?

—Sí, es el único camino.

—Permíteme que te haga una pregunta. ¿Has visto muchos samurais en esa zona últimamente?

—Algunos.

—¿Qué están haciendo ahí?

—Construyen cabanas...

—¿Has visto si levantan vallas o algo parecido?

—No.

—¿Han estado talando ciruelos?

—Bueno, aparte de las cabanas han arreglado los puentes, y para eso han cortado toda clase de árboles. También necesitaban leña.

—¿Paran a la gente en el camino?

—No lo creo. No les he visto hacer eso.

Sukekuró ladeó la cabeza.

—Tengo entendido que esos samurais son del feudo del señor Todo, pero no sé qué están haciendo en Tsukigase. ¿Qué dice la gente de la aldea?

—Dicen que son rónin expulsados de Nara y Uji. No tienen donde vivir, así que han ido a las montañas.

A pesar de lo que Inshun le había dicho, Sukekuró se dijo que esa explicación era razonable. Ókubo Nagayasu, el magistrado de Nara, se esforzaba por mantener su jurisdicción libre de rónin indigentes.

—¿Dónde está Otsü? —preguntó Ushinosuke—. Quiero darle su regalo.

El chiquillo siempre deseaba verla, pero no sólo porque ella le daba dulces y era amable con él. Su belleza tenía algo misterioso, sobrenatural. A veces, Ushinosuke se preguntaba si era humana o una diosa.

—Supongo que está en el castillo —dijo Sukekuró. Entonces, mirando hacia el jardín, añadió—: Vaya, parece que tienes suerte. ¿No es ésa de ahí?

—¡Otsü! —gritó Ushinosuke.

Ella se volvió y le sonrió. El muchacho corrió a su lado y le ofreció el paquete.

—¡Mira! He cogido un ruiseñor. Es para ti.

—¿Un ruiseñor? —Otsü, con el ceño fruncido, mantenía los brazos a los costados.

Ushinosuke pareció decepcionado.

—Canta muy bien. ¿No te gustaría oírlo?

—Sí, pero sólo si es libre para volar adonde le plazca. Entonces nos cantará bonitas canciones.

—Supongo que tienes razón —dijo él, haciendo pucherros—. ¿Quieres que lo suelte?

—Te agradezco que quieras hacerme un regalo, pero sí, soltarlo me haría más feliz que quedármelo.

En silencio, Ushinosuke abrió el paquete de paja y, como una flecha, el pájaro voló por encima de la muralla del castillo.

—¿Ves qué contento está de verse libre? —dijo Otsü.

—Dicen que los ruiseñores son los mensajeros de la primavera. Tal vez alguien te traerá buenas noticias.

—¿Un mensajero con noticias tan buenas como la llegada de la primavera? Ciertamente, hay algo que estoy deseando oír.

Otsü echó a andar hacia el bosque detrás del castillo, y Ushinosuke se puso a su lado.

—¿Adonde vas? —le preguntó el chiquillo.

—Últimamente he salido muy poco. He pensado subir a la colina y contemplar las flores de ciruelo para variar.

—¿Flores de ciruelo? Las de ahí arriba no valen gran cosa. Tendrías que ir a Tsukigase.

—Me encantaría ir allá. ¿Está muy lejos?

—A un par de millas más o menos. ¿Por qué no vas? Hoy he traído leña, así que tengo conmigo el buey.

Otsü se decidió en seguida, pues apenas había salido del castillo durante todo el invierno. La joven no dijo a nadie adonde iba, y los dos salieron por el portal trasero, el utilizado por los mercaderes y otras personas que tenían gestiones que hacer en el castillo. La puerta estaba custodiada por un samurai armado con una lanza, el cual hizo un gesto de asentimiento y sonrió a Otsü. También Ushinosuke era una figura familiar, y el centinela les dejó pasar sin pedir al chiquillo el permiso por escrito para estar en los terrenos del castillo.

La gente con la que se cruzaban en los campos y el camino saludaban amigablemente a Otsü, tanto si la conocían como si no.

Cuando las viviendas empezaron a escasear, la joven miró atrás, hacia el blanco castillo anidado en la falda de la montaña.

—¿Podré volver a casa todavía con luz? —preguntó al muchacho.

—Claro, pero de todos modos te acompañaré.

—La aldea de Araki está más allá de Tsukigase, ¿no es cierto?

—No importa.

Charlando animadamente, pasaron ante una tienda de sal, donde un hombre estaba trocando carne de jabalí por un saco de sal. Terminó la transacción, salió de la tienda y avanzó por el camino tras ellos. La nieve se estaba fundiendo y el camino era cada vez peor. Transitaban pocos viajeros.

—Dime, Ushinosuke —preguntó Otsü—, siempre vienes a Koyagyü, ¿verdad?

—Sí.

—¿No está el castillo de Ueno más cerca de la aldea de Araki?

—Así es, pero en el castillo de Ueno no hay ningún gran espadachín como el señor Yagyü.

—¿Te gustan las espadas?

—Mucho.

El muchacho detuvo al buey, soltó la cuerda y corrió a la orilla del arroyo. Allí lo cruzaba un puente del que se había desprendido un tronco. Ushinosuke lo colocó de nuevo en su lugar y esperó a que el hombre que iba detrás de ellos lo cruzara primero.

El hombre parecía un ronin. Al pasar por el lado de Otsü, la miró descaradamente, y entonces miró atrás varias veces desde el puente y desde el otro lado, antes de desaparecer en un pliegue de la montaña.

—¿Quién crees que es ése? —preguntó Otsü con nerviosismo.

—¿Te ha asustado?

—No, pero...

—Hay muchos rónin en estas montañas.

—¿De veras? —dijo ella con inquietud.

Ushinosuke le habló por encima del hombro:

—Otsü, ¿querrías ayudarme? ¿Crees que podrías pedir al maestro Kimura que me contrate? Ya sabes, para barrer el jardín, sacar agua del pozo..., esa clase de cosas.

Sólo en fecha reciente el muchacho había recibido un per-

miso especial de Sukekuro para entrar en el dojo y observar cómo practicaban los hombres, pero ya tenía una sola ambición. Sus antepasados se apellidaron Kikumura, y el jefe de la familia durante varias generaciones había recibido el nombre de Mataemon. Ushinosuke había decidido que cuando llegara a ser samurai adoptaría el nombre Mataemon, pero ninguno de los Kikumura había hecho nada de especial relieve. El chico cambiaría su apellido por el nombre de su aldea, y si su sueño se hacía realidad, sería famoso en el país como Araki Mataemon.

Mientras Otsü le escuchaba, pensó en Jotaró y se apoderó de ella una sensación de soledad. Tenía veintinueve años, y Jotaró andaría por los diecinueve o veinte. Al mirar las flores de ciruelo que la rodeaban, aún no florecidas del todo, no podía evitar la sensación de que la primavera ya había pasado para ella.

—Regresemos, Ushinosuke —dijo de súbito.

El muchacho le dirigió una mirada inquisitiva, pero obedeció y dio la vuelta al buey.

—¡Alto! —gritó una fuerte voz masculina.

Otros dos rónin se habían juntado con el de la tienda de sal. Los tres se acercaron y rodearon al buey con los brazos cruzados.

—¿Qué queréis? —preguntó Ushinosuke.

Los hombres tenían los ojos fijos en Otsü.

—Ya veo lo que quieres decir —dijo uno.

—Es una belleza, ¿verdad?

—La he visto antes en alguna parte —dijo el tercer hombre—. Creo que en Kyoto.

—Debe ser de Kyoto. Desde luego, no es de ninguno de los pueblos de estos alrededores.

—No sé si fue en la escuela Yoshioka o en alguna otra parte, pero sé que la he visto.

—¿Estuviste en la escuela Yoshioka?

—Durante tres años, después de Sekigahara.

—¡Si queréis algo de nosotros, decidnos qué es! —dijo Ushinosuke encolerizado—. Queremos regresar antes de que oscurezca.

Uno de los ronin le lanzó una mirada feroz, como si le viera por primera vez.

—Eres de Araki, ¿verdad? ¿Uno de los carboneros?

—Sí, ¿y qué?

—No te necesitamos. Puedes largarte a casa corriendo.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer.

Tiró de la cuerda que sujetaba al buey, y uno de los hombres le dirigió una mirada que habría metido el miedo en el cuerpo a la mayoría de los chicos de su edad.

—Salid de en medio —les dijo Ushinosuke.

—Esta dama se viene con nosotros.

—¿Adonde?

—¿A ti qué te importa? Dame esa cuerda.

—¡No!

—Vaya, al parecer no cree que hablo en serio.

Los otros dos hombres, enderezando los hombros y echando chispas por los ojos, se acercaron a Ushinosuke. Uno de ellos puso ante su barbilla un puño tan grande como un nudo de pino.

Otsü se aferró al lomo del buey. La inclinación de las cejas de Ushinosuke indicaba muy claramente que algo iba a suceder.

—¡No, no, basta! —exclamó ella, tratando de evitar que el chiquillo hiciera alguna temeridad.

Pero la nota quejumbrosa de su voz no hizo más que espolearle para entrar en acción. Lanzó una rápida y violenta patada que alcanzó al hombre delante de él, haciendo que se tambalease hacia atrás. Apenas el pie de Ushinosuke había vuelto a establecer contacto con el suelo, cuando dio un cabezazo contra el vientre del hombre situado a su izquierda. Simultáneamente agarró la empuñadura de la espada del mismo hombre y desvainó el arma. Entonces empezó a repartir tajos.

El muchacho se movía con la rapidez del rayo. Giraba sobre sus talones y parecía atacar desde todas las direcciones a la vez y contra todos sus adversarios, con igual fuerza. Tanto si actuaba brillantemente por puro instinto o por temeridad infantil, lo cierto era que su táctica heterodoxa cogió a los rónin por sorpresa.

El golpe hacia atrás de la espada alcanzó de lleno el pecho de uno de los hombres. Otsü gritó, pero su voz quedó ahogada por el alarido del herido. Éste cayó hacia el buey y un chorro de sangre tiñó la cara del animal. Aterrado, el buey soltó un mugido indescriptible. En aquel mismo momento, la espada de Ushinosuke le hizo un profundo corte en la grupa. Lanzando otro terrible mugido, el buey partió casi al galope.

Los otros dos rónin corrieron en pos de Ushinosuke, el cual saltaba ágilmente de una roca a otra en el lecho del arroyo.

—¡No he hecho nada malo! —gritó—. ¡Habéis sido vosotros!

Al darse cuenta de que estaba fuera de su alcance, los dos rónin corrieron tras el buey.

Ushinosuke saltó de nuevo al camino y les persiguió, gritando:

—¿Os queréis escapar, eh? ¡Seréis gallinas!

Uno de los hombres se detuvo y se volvió a medias.

—¡Pequeño bastardo!

—¡Déjale para luego! —le gritó el otro hombre.

El buey, ciego de temor, abandonó el camino del valle y subió por una pequeña elevación, recorrió una breve distancia a lo largo de la cima y bajó por el otro lado. En muy poco tiempo cubrió una distancia considerable, llegando a un punto bastante cercano al feudo de Yagyü.

Otsü, con los ojos cerrados, resignada, lograba mantenerse montada sujetándose a las alforjas. Oía las voces de la gente ante la que pasaba, pero estaba demasiado aturdida para pedir socorro a gritos. Claro que eso no le habría servido de nada, pues ninguna de las personas que comentaban el espectáculo tenía el valor necesario para detener a la bestia enloquecida.

Cuando ya casi estaban en la planicie de Hannya, un hombre salió de un camino lateral y llegó al centro de la carretera principal, la cual, aunque muy estrecha, era la carretera de Kasagi. Del hombro le colgaba un estuche de cartas, y parecía ser alguna clase de criado.

—¡Cuidado! —gritaba la gente—. ¡Apártate del camino!

Pero él siguió caminando en la dirección por la que venía el buey.

Entonces se oyó un tremendo sonido crujiente.

—¡Lo ha destrozado!

—¡El muy idiota!

Pero no era lo que los espectadores habían creído al principio. El sonido que acababan de oír no era el del buey al chocar con el hombre, sino el del fuerte golpe que éste había propinado a un lado de la cabeza del animal. El buey alzó su pesado cuello de costado, dio media vuelta y avanzó en la dirección contraria. Apenas había recorrido diez pies cuando se detuvo en seco, la saliva cayéndole de la boca, todo su cuerpo tembloroso.

—Desmonta en seguida —le dijo el hombre a Otsü.

Los espectadores se agruparon a su alrededor excitados, mirando el pie del hombre, que pisaba con firmeza la cuerda.

Una vez desmontada y a salvo, Otsü hizo una reverencia a su salvador, aunque aún estaba demasiado aturdida para saber dónde estaba o qué estaba haciendo allí.

—¿Por qué un animal tan tranquilo como éste se ha enfurecido tanto? —preguntó el hombre, mientras conducía el buey al lado de la carretera y lo ataba a un árbol. Al ver la sangre en las patas del buey, dijo—: Vaya, ¿qué es esto? Pero si le han hecho un corte... ¡con una espada!

Mientras examinaba la herida y farfullaba, Kimura Sukekuro se abrió paso entre el corro de gente y les pidió que se dispersaran.

—¿No eres tú el ayudante del abad Inshun? —le preguntó, incluso antes de que hubiera podido recobrar el aliento.

—Qué suerte la mía al encontrarte aquí, señor. Precisamente te traigo una carta del abad. Si no te importa, quisiera pedirte que la leas de inmediato.

Sacó la carta del estuche y se la tendió a Sukekuro.

—¿Para mí? —dijo el otro, sorprendido. Tras cerciorarse de que no se trataba de ningún error, la abrió y leyó—: «Con respecto a los samurais de Tsukigase, desde nuestra conversación de ayer he comprobado que no son hombres del señor Todo, sino gentuza, rónin expulsados de las ciudades, que se han instalado ahí para pasar el invierno. Me apresuro a informarte de este desdichado error por mi parte».

—Gracias —dijo Sukekuro—. Esto coincide con lo que he sabido por otro conducto. Dile al abad que me siento muy aliviado y confío en que él lo esté también.

—Perdóname por entregar la carta en medio del camino. Transmitiré tu mensaje al abad. Adiós.

—Espera un momento. ¿Cuánto tiempo llevas en el Hózoin?

—No mucho.

—¿Cómo te llamas?

—Torazó.

—Me pregunto... —musitó Sukekuro, escrutando el rostro del hombre—. ¿No eres por casualidad Hamada Toranosuke?

—No.

—No conozco a Hamada, pero hay un hombre en el castillo el cual insiste en que Hamada sirve ahora como ayudante de Inshun.

—Sí, señor.

—¿Es un caso de identidad errónea?

Torazó, ruborizado, bajó la voz.

—En realidad, señor, soy Hamada. He acudido al Hózoin por razones personales. A fin de evitar más deshonra a mi maestro y mayor vergüenza a mí mismo, quisiera mantener mi identidad secreta, si no te importa...

—No te preocupes. No tenía intención de fisgar en tus asuntos.

—Estoy seguro de que conoces lo ocurrido a Tadaaki. El hecho de que abandonara su escuela y se retirase a las montañas se debió a un error mío. He renunciado a mi categoría. Hacer trabajos secundarios en el templo será una buena disciplina. No he dicho a los sacerdotes mi verdadero nombre. Todo es muy embarazoso.

—El resultado de la pelea de Tadaaki con Kojiró no es ningún secreto. Kojiró se lo contó a toda la gente con que se encontró entre Edo y Buzen. Entiendo que has resuelto limpiar el nombre de tu maestro.

—Uno de estos días... Volveré a verte, señor.

Torazó se apresuró a marcharse, como si no pudiera soportar un instante más de conversación.

13 La semilla de cáñamo

Hyogo estaba cada vez más preocupado. Primero había ido a la habitación de Otsü con una carta de Takuan en la mano, y al no encontrarla allí la había buscado a fondo por los terrenos del castillo, con una inquietud creciente a medida que transcurrían las horas.

La carta, fechada el décimo mes del año anterior pero recibida con un retraso inexplicable, mencionaba el inminente nombramiento de Musashi como instructor del shogun. Takuan pedía a Otsü que acudiera a la capital lo antes posible, puesto que Musashi pronto necesitaría una casa así como «alguien que cuide de ella». Hyogo estaba ansioso por ver la expresión del rostro de Otsü cuando lo leyera.

Al no dar con ella, finalmente fue al portal para interrogar al centinela, el cual le dijo que habían salido unos hombres a buscarla. Hyogo aspiró hondo, alarmado, pues Otsü no era una persona que causara preocupaciones y era muy improbable que se ausentara sin avisar. No solía actuar por impulso, ni siquiera en las cuestiones más nimias.

No obstante, antes de que empezara a imaginar lo peor, recibió la noticia de que estaban de regreso, Otsü con Sukekuró y Ushinosuke con los hombres enviados a Tsukigase. El muchacho pidió disculpas a todo el mundo, aunque na-

die sabía de qué se disculpaba, y se apresuró a marcharse,
—Oye, ¿adonde crees que vas? —le preguntó uno de los servidores.

—Tengo que regresar a Araki. Mi madre se inquietará si no vuelvo.

Sukekuro intervino entonces:

—Si intentas regresar ahora, esos rónin te apresarán y no es probable que te dejen con vida. Quédate aquí esta noche y regresa a casa por la mañana.

Ushinosuke musitó una vaga aceptación y le dijeron que fuese a un almacén de leña en el recinto exterior, donde dormían los aprendices de samurai.

Hyógo hizo una seña a Otsü, la llevó aparte y le mostró lo que Takuan había escrito. No se sorprendió cuando ella dijo: «Me marcharé por la mañana». Un profundo rubor revelaba sus sentimientos.

Entonces Hyógo le recordó la próxima visita de Munenori y le sugirió que regresara a Edo con él, aunque sabía muy bien qué respondería la joven. Otsü no estaba dispuesta a esperar dos días más, y mucho menos otros dos meses. Hyógo lo intentó de nuevo, diciéndole que si aguardaba hasta después del servicio fúnebre podría viajar con él hasta Nagoya, puesto que le habían invitado a convertirse en vasallo del señor Tokugawa de Owari. Cuando Otsü volvió a declinar la oferta, él le dijo cuánto le inquietaba la idea de que hiciera sola el largo viaje, pues en todas las poblaciones y posadas a lo largo del camino se encontraría con inconvenientes, si no con auténticos peligros.

Ella le sonrió.

—Pareces olvidar que estoy acostumbrada a viajar. No tienes por qué preocuparte.

Aquella noche, durante una modesta fiesta de despedida, todos expresaron el afecto que sentían por Otsü, y a la mañana siguiente, que era clara y brillante, la familia y los servidores se congregaron en el portal principal para decirle adiós.

Sukekuro envió a un hombre en busca de Ushinosuke, pensando que Otsü podría montar en su buey hasta Uji. Cuando el hombre regresó diciéndole que, al fin y al cabo, el muchacho

había regresado a su aldea por la noche, Sukekuró ordenó que trajeran un caballo.

Otsü se consideraba de categoría demasiado baja para recibir tales favores y rechazó la oferta, pero Hyógo insistió. El caballo era gris moteado, y lo trajo un aprendiz de samurai por la suave pendiente hasta el portal exterior.

Hyógo recorrió un trecho y se detuvo. No podía negarlo: a veces envidiaba a Musashi, como habría envidiado a cualquier hombre al que Otsü amara. Que el corazón de la joven perteneciera a otro no disminuía el afecto que sentía por ella. Había sido una encantadora compañera durante el viaje desde Edo, y en las semanas y meses posteriores le maravilló la entrega con que cuidaba de su abuelo. Aunque más profundo que nunca, su amor por ella era abnegado. Sekishüsai le había encargado que la entregara sana y salva a Musashi, y Hyógo se proponía hacerlo así. No estaba en su naturaleza codiciar la buena suerte de otro hombre ni pensar en privarle de ella. No pasaba por su mente ningún acto que estuviera al margen del Camino del Samurai. Cumplir con el deseo de su abuelo habría sido una expresión de su amor.

Estaba sumido en su ensoñación cuando Otsü se volvió e, inclinando la cabeza, repitió su agradecimiento a aquellas personas afectuosas. Al proseguir su camino, rozó con unas flores de ciruelo. Mientras Hyógo veía caer los pétalos, de una manera inconsciente, casi podía percibir su fragancia. Tenía la sensación de que estaba viendo a Otsü por última vez y hallaba consuelo en una plegaria silenciosa por la vida futura de la joven. Permaneció allí mirándola hasta que ella desapareció de su vista.

—Señor.

Hyogo se volvió y una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Ah, estás aquí, Ushinosuke. Bien, bien. Tengo entendido que anoche volviste a casa aunque te dijimos que no lo hicieras.

—Sí, señor. Mi madre... —Estaba todavía en una edad en que pensar en separarse de su madre le ponía al borde de las lágrimas.

—Está bien. Es bueno que un chico cuide de su madre. Pero, dime, ¿cómo lograste pasar entre esos rónin en Tsukigase?

—Fue muy fácil.

—¿Ah, sí?

El muchacho sonrió.

—No estaban allí. Se enteraron de que Otsü pertenecía al castillo y temieron que les atacaran. Supongo que se han ido al otro lado de la montaña.

—Ja, ja. No tenemos que preocuparnos más por ellos, ¿verdad? ¿Has desayunado?

—No —dijo Ushinosuke, un poco azorado—. Me he levantado temprano para coger patatas silvestres y traérselas al maestro Kimura. Si te gustan, te traeré también algunas.

—Gracias.

—¿Sabes dónde está Otsü?

—Acaba de marcharse hacia Edo.

—¿Edo? —repitió el muchacho, y añadió vacilante—: No sé si te habrá dicho, o al maestro Kimura, lo que le pedí.

—¿Y qué era ello?

—Esperaba que me permitieras ser ayudante de samurai.

—Todavía eres demasiado joven para eso. Quizá cuando crezcas un poco más.

—Pero quiero aprender esgrima. Enséñame, por favor. Tengo que aprender mientras mi madre vive todavía.

—¿Has estudiado con alguien?

—No, pero he practicado con mi espada de madera utilizando árboles y animales.

—Ésa es una buena manera de empezar. Cuando seas un poco mayor, puedes ir a Nagoya y reunirte conmigo. Pronto iré a vivir allí.

—Eso está lejos, en Owari, ¿verdad? No puedo ir tan lejos mientras mi madre viva.

Hyogo, sintiéndose conmovido, le dijo:

—Ven conmigo. —Ushinosuke le siguió en silencio—. Iremos al ddjd y comprobaré si tienes la habilidad natural para convertirte en un espadachín.

—¿El dójol

Ushinosuke se preguntó si estaba soñando. Desde su primera infancia consideraba el dōjō del anciano Yagyū como un símbolo de todas sus aspiraciones en el mundo. Aunque Sukekuro le había dicho que podría entrar en aquella sala, aún no lo había hecho. ¡Pero ahora le invitaba un miembro de la familia!

—Lávate los pies.

—Sí, señor.

Ushinosuke fue a un pequeño estanque cerca de la entrada y se lavó los pies con sumo cuidado, sin olvidar quitarse la suciedad debajo de las uñas.

Una vez en el interior de la sala, se sintió pequeño e insignificante. Las vigas y el techo eran antiguos y macizos, el suelo estaba pulimentado hasta darle un brillo en el que uno podía ver su reflejo como en un espejo. Incluso la voz de Hyōgo cuando le dijo: «Coge una espada», sonaba de un modo distinto.

Ushinosuke seleccionó una espada de roble negro de entre las armas colgadas en una pared. Hyōgo tomó otra y, con la punta dirigida hacia el suelo, se situó en el centro de la sala.

—¿Estás preparado? —preguntó fríamente.

—Sí —dijo Ushinosuke, alzando el arma al nivel del pecho.

Hyōgo modificó ligeramente su posición en diagonal. Ushinosuke estaba erizado como un puerco espín. Tenía las cejas levantadas, con un fiero surco entre ambas, y el pulso le latía con fuerza. Cuando Hyōgo indicó con un movimiento de los ojos que estaba a punto de atacar, Ushinosuke soltó un gruñido. Dando fuertes pisadas en el suelo, Hyōgo avanzó con rapidez y golpeó lateralmente la cintura de Ushinosuke.

—¡Todavía no! —gritó el muchacho.

Como si alejara el suelo de una patada, saltó en el aire y su pie rebasó el hombro de Hyōgo. Éste extendió la mano izquierda y con un ligero movimiento impulsó el pie del chiquillo hacia arriba. Ushinosuke dio una voltereta y aterrizó detrás de Hyōgo. Se levantó en un instante y corrió a recoger su espada.

—Es suficiente —dijo Hyōgo.

—¡No, una vez más!

Ushinosuke tomó su espada, la sostuvo alta por encima de la cabeza con ambas manos y voló como un águila hacia Hyōgo. El arma de éste, apuntada directamente al atacante, le detuvo

en seco. Vio la expresión en los ojos de Hyogo y los suyos se llenaron de lágrimas.

«Este chico tiene espíritu», pensó Hyógo, pero fingió que estaba enfadado.

—Estás jugando sucio —le gritó—. Has saltado por encima de mi hombro.

Ushinosuke no supo qué responderle.

—No comprendes cuál es tu categoría..., ¡tomarte libertades con tus superiores! Siéntate ahí.

El chico se arrodilló y extendió las manos delante de él, en un gesto de disculpa. Cuando se le aproximó, Hyogo soltó el arma de madera y desenvainó su propia espada.

—Ahora te mataré. No te molestes en gritar.

—¿Ma... matarme?

—Estira el cuello. Para un samurai, nada es más importante que regirse por las reglas de la conducta apropiada. Aunque sólo seas un campesino, lo que has hecho es imperdonable.

—¿Vas a matarme sólo por haber cometido una falta?

—Así es.

Tras mirar al samurai un momento, Ushinosuke adoptó una expresión resignada, alzó las manos en dirección a su aldea y dijo:

—Madre, voy a formar parte del suelo, aquí, en el castillo. Sé que te sientes muy triste. Perdóname por no haber sido un buen hijo.

Entonces, obedientemente, extendió el cuello.

Hyógo se echó a reír y envainó de nuevo la espada.

—No creerás que realmente mataría a un chico como tú, ¿verdad? —le dijo, al tiempo que le daba unas palmadas en el hombro.

—¿No lo decías en serio?

—No.

—Has dicho que la conducta apropiada es importante. ¿Es correcto que un samurai haga esa clase de bromas?

—No era ninguna broma. Si vas a adiestrarte para ser un samurai, he de saber de qué madera estás hecho.

—Creí que hablabas en serio —dijo Ushinosuke, cuya respiración había vuelto a la normalidad.

—Me has dicho que no has recibido lecciones —dijo Hyó-

go—. Pero cuando te obligué a ir al extremo de la sala, saltaste sobre mi hombro. No muchos alumnos, ni siquiera con tres o cuatro años de adiestramiento, podrían ejecutar esa clase de treta.

—Pero nunca he estudiado con nadie.

—No tienes por qué ocultarlo. Debes de haber tenido un maestro, y bueno por cierto. ¿Quién era?

El muchacho se quedó un momento pensativo y entonces dijo:

—Ah, ya recuerdo cómo aprendí eso.

—¿Quién te lo enseñó?

—No fue un ser humano.

—¿Un duende tal vez?

—No, una semilla de cañamo.

—¿Qué?

—Una semilla de cañamo.

—¿Cómo podrías aprender de una semilla de cañamo?

—Bueno, allá arriba, en las montañas, hay algunos luchadores de esos..., ya sabes, los que parecen esfumarse delante de tus mismos ojos. He visto cómo se adiestraban en un par de ocasiones.

—Te refieres a los ninja, ¿verdad? Los que has visto deben de pertenecer al grupo de Iga. Pero ¿qué tiene eso que ver con una semilla de cañamo?

—Verás, después de plantar el cañamo, en primavera, no pasa mucho tiempo antes de que salga el brote.

—¿Y qué?

—Saltas por encima. Cada día practicas saltando adelante y atrás. Cuando aumenta el calor, el brote crece más rápido, no hay ninguna otra planta que crezca con tanta rapidez, así que cada día tienes que saltar más alto. Si no practicas a diario, pronto el cañamo es tan alto que no puedes saltar por encima.

—Comprendo.

—Lo he hecho en los dos últimos años, desde la primavera hasta el otoño.

En aquel momento Sukekuró entró en el dōjō y dijo:

—Hyōgo, ha llegado otra carta de Edo.

Tras leer la misiva, Hyōgo inquirió:

—Otsū no puede haber ido muy lejos, ¿verdad?

—Probablemente no más de cinco millas. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Takuan dice que el nombramiento de Musashi ha sido cancelado. Al parecer, tienen dudas sobre su carácter. No creo que debamos permitir que Otsü prosiga el viaje a Edo sin advertirla.

—Iré yo.

—No. Iré yo mismo.

Haciendo una inclinación de cabeza a Ushinosuke, Hyogo salió del dójo y fue directamente al establo.

Estaba a medio camino de Uji cuando empezó a cambiar de idea. El hecho de que Musashi no hubiera recibido el nombramiento no le importaría a Otsü, pues ella pensaba sólo en el hombre y no en su categoría. Aun cuando Hyógo lograra persuadirla para que se quedase un poco más en Koyagyü, sin duda ella querría proseguir su camino a Edo. ¿Por qué amargarle el viaje dándole la mala noticia?

Dio media vuelta hacia Koyagyü y avanzó más despacio, al trote. Aunque parecía estar en paz con el mundo, en realidad una feroz batalla se libraba en su corazón. ¡Ojalá pudiera ver a Otsü una vez más! Tenía que admitir que ésa era la única razón para ir en pos de ella, pero era una admisión secreta que no revelaría a nadie.

Hyógo procuraba refrenar sus emociones. Los guerreros tenían momentos de debilidad, momentos absurdos, como todo el mundo. No obstante, su deber, como el de todo samurai, estaba claro: perseverar hasta que llegase a un estado de equilibrio estoico. Una vez hubiera cruzado la barrera de la ilusión, su alma sería ligera y libre, abriría los ojos a los verdes sauces que le rodeaban, a cada brizna de hierba. El amor no era la única emoción capaz de encender el corazón de un samurai. El suyo era otro mundo. En una época ávida de jóvenes con talento, uno no tenía tiempo para distraerse contemplando una flor al lado del camino. Lo importante, tal como Hyogo lo veía, era hallarse en el lugar apropiado para montar en la ola de los tiempos.

—Toda una muchedumbre, ¿eh? —observó Hyogo jovialmente.

—Sí, en Nara no hay muchos días tan buenos como éste —replicó Sukekuró.

—Es como una excursión al aire libre.

A pocos pasos detrás de ellos estaba Ushinosuke, a quien Hyogo había cobrado gran afecto. Ahora el muchacho acudía al castillo más a menudo e iba camino de convertirse en un ayudante permanente. Llevaba las cajas de comida a la espalda y, atadas al obi, unas sandalias de repuesto para Hyogo.

Se hallaban en un campo abierto en medio de la ciudad. A un lado, la pagoda de cinco pisos del Kofukuji se alzaba por encima de los árboles circundantes. Al otro lado del campo se veían las casas de los sacerdotes budistas y shintoístas. Aunque el día era brillante y la atmósfera primaveral, una leve bruma se cernía sobre las zonas más bajas, donde vivían los habitantes de la ciudad. La multitud, entre cuatrocientos y quinientas personas, no parecía tan grande debido a la vastedad del campo. Algunos de los ciervos, por los que Nara era famosa, se abrían paso empujando con el morro entre los espectadores, husmeando sabrosos trozos de comida aquí y allá.

—Aún no han terminado, ¿verdad? —preguntó Hyogo.

—No —dijo Sukekuró—. Parece que se han tomado tiempo libre para comer.

—¡Así que hasta los sacerdotes tienen que comer!

Sukekuró se echó a reír.

Iba a celebrarse alguna clase de espectáculo. Las ciudades más grandes tenían teatros, pero en Nara y las ciudades más pequeñas los espectáculos tenían lugar al aire libre. Magos, danzarines, titiriteros, así como arqueros y espadachines, todos actuaban bajo el cielo. Pero la atracción de aquel día era algo más que un simple entretenimiento. Cada año los sacerdotes lanceros del Hózóin celebraban un torneo, en el cual decidían el orden para sentarse en el templo. Como actuaban en público, los competidores luchaban con desnudo, y los encuentros solían ser violentos y espectaculares. Delante del Kofukuji había un letrero según el cual el torneo estaba abierto a todos los seguidores de las artes marciales, pero eran

muy pocos los que se atrevían a medirse con los sacerdotes lanceros.

—¿Por qué no nos sentamos en algún sitio a comer? —dijo Hyógo—. Parece ser que hay mucho tiempo por delante.

—¿Dónde habrá un buen lugar? —preguntó Sukekuró, mirando a su alrededor.

—Allí —dijo Ushinosuke—. Siéntate encima de esto.

Señaló un trozo de estera de juncos que había cogido en alguna parte y lo extendió en un montículo de suave contorno. Hyógo admiraba la inventiva del muchacho y, en general, le satisfacía que cuidara de sus necesidades, aunque no consideraba la solicitud como una cualidad ideal para un futuro samurai.

Después de acomodarse, Ushinosuke repartió su sencillo condumio: bolas de arroz sin refinar, ácidos encurtidos de ciruela y pasta de judías dulzona, todo ello envuelto en hojas de bambú secas para facilitar su transporte.

—Ushinosuke —dijo Sukekuró—, corre a esos sacerdotes de ahí y pídeles té, pero no les digas para quién es.

—Sería un fastidio que vinieran a presentar sus respetos —añadió Hyógo, que se había bajado sobre el rostro el sombrero de juncos.

Los rasgos de Sukekuró estaban bastante ocultos por un pañuelo grande del tipo que usaban los sacerdotes.

Cuando Ushinosuke se levantó, otro muchacho, a unos cincuenta pies de distancia, decía:

—No lo entiendo. La esterilla estaba aquí.

—Olvídalo, Iori —dijo Gonnosuke—. No es una gran pérdida.

—Alguien debe de haberla robado. ¿Por qué crees que haría semejante cosa?

—No te preocupes por eso.

Gonnosuke se sentó en la hierba, sacó su pincel y tinta y empezó a anotar sus gastos en un cuadernillo, un hábito que había adquirido recientemente de Iori.

En determinados aspectos, Iori era demasiado serio para su edad. Prestaba mucha atención a sus finanzas personales, nunca desperdiciaba nada, era meticulosamente pulcro y se sentía agra-

decido por cada cuenco de arroz y cada día soleado. En una palabra, era exigente, y miraba con desdén a quienes no lo eran.

Hacia cualquiera que birlara la propiedad de otra persona, aunque no fuese más que un barato trozo de estera, no sentía más que desprecio.

—Ah, ya lo veo —gritó—. Esos hombres de ahí lo han cogido. ¡Eh, vosotros!

Corrió hacia ellos, pero se detuvo a unos diez pasos para pensar qué iba a decirles, y entonces se encontró frente a Ushinosuke.

—¿Qué quieres? —le preguntó éste en tono desabrido.

—¿Cómo que qué quiero? —replicó Iori en el mismo tono.

Mirándole con la frialdad que los campesinos reservan para los forasteros, Ushinosuke le dijo:

—¡Eres tú el que nos ha llamado!

—¡Quien coge una cosa de otro y se larga es un ladrón!

—¿Ladrón? ¡Qué dices, hijo de perra!

—Esa esterilla es nuestra.

—¿Esterilla? He encontrado ese andrajo tirado en el suelo. ¿Te has molestado sólo por eso?

—Una estera es importante para un viajero —replicó Iori en un tono bastante pomposo—. Le protege de la lluvia, le sirve para dormir, es muy útil. ¡Devuélvemela!

—¡Puedes quedártela, pero primero retira eso de que soy un ladrón!

—No tengo que pedir disculpas por recuperar lo que nos pertenece. ¡Si no me la devuelves, la cogeré yo mismo!

—Inténtalo. Soy Ushinosuke de Araki y no estoy dispuesto a dejarme avasallar por un enano como tú. Soy el discípulo de un samurai.

—Apuesto a que sí —dijo Iori, irguiéndose un poco más—. Hablas mucho con toda esta gente alrededor, pero no te atreverías a luchar conmigo si estuviéramos solos.

—¡No olvidaré eso!

—Ve allí más tarde.

—¿Dónde?

—Al lado de la pagoda. Ve solo.

Los dos muchachos se separaron. Ushinosuke fue en busca

del té, y cuando regresó con un recipiente de barro los encuentros se habían reanudado. Ushinosuke, de pie en el gran círculo de espectadores, miraba mordazmente a Iori, desafiándole con los ojos. La mirada de Iori le respondía. Ambos creían que ganar era lo único que importaba.

La ruidosa multitud se movía a uno y otro lado, alzando nubes de polvo amarillo. En el centro del círculo había un sacerdote con una lanza tan larga como una pértiga para cazar aves. Uno tras otro, los rivales se adelantaron y le desafiaron. El sacerdote lancero los venció a todos, derribando a unos, haciendo volar a otros.

—¡Vamos, adelante! —gritó, pero finalmente no salió ningún otro contrincante—. Si no hay nadie más, voy a marcharme. ¿Hay alguna objeción a que yo, Nankobo, sea declarado el ganador?

Tras estudiar con In'ei, había creado un estilo propio y ahora era el principal rival de Inshun, quien aquel día estaba ausente, pretextando una enfermedad. Nadie sabía si temía a Nankobo o prefería evitar un conflicto.

Como nadie se adelantaba, el fornido sacerdote bajó la lanza, sosteniéndola horizontalmente, y anunció:

—No hay ningún retador.

—Espera —dijo un sacerdote, corriendo hasta llegar frente a Nankobo—. Soy Daun, un discípulo de Inshun. Te desafío.

—Prepárate.

Tras hacer mutuas reverencias, los dos hombres se separaron de un salto. Sus dos lanzas se miraron como seres vivos durante tanto rato que la multitud, aburrida, empezó a gritar para que entraran en acción. El griterío cesó de repente. La lanza de Nankobo golpeó la cabeza de Daun con un ruido sordo y, como un espantapájaros derribado por el viento, el hombre se inclinó lentamente a un lado y luego cayó bruscamente al suelo. Tres o cuatro lanceros echaron a correr, pero no para vengarse sino tan sólo para retirar el cuerpo a rastras.

Con gesto arrogante, Nankobo echó atrás los hombros y examinó a la muchedumbre.

—Parece ser que quedan unos pocos hombres valientes. Si en verdad los hay, que salgan.

Un sacerdote de la montaña salió por detrás de una tienda de campaña, descargó el arca de viaje que llevaba a la espalda y preguntó:

—¿El torneo está sólo abierto a los lanceros del Hózoin?

—No —corearon los sacerdotes del templo.

El sacerdote hizo una reverencia.

—En ese caso, me gustaría intentarlo. ¿Alguien puede prestarme una espada de madera?

Hyógo miró de soslayo a Sukekuró y comentó:

—Esto se está poniendo interesante.

—Así es.

—El resultado es evidente.

—No creo que exista la menor posibilidad de que Nankóbó pierda.

—No me refiero a eso. No creo que Nankóbó acceda a luchar. Si lo hace, perderá.

Sukekuró pareció perplejo, pero no pidió una explicación.

Alguien dio una espada de madera al sacerdote vagabundo. Éste se acercó a Nankóbó, hizo una reverencia y formuló su desafío. Era un hombre de unos cuarenta años, pero su cuerpo, como un muelle de acero, no parecía haberse adiestrado a la manera ascética de los sacerdotes de montaña, sino en el campo de batalla. Debía de haberse enfrentado a la muerte muchas veces y estaría dispuesto a aceptarla filosóficamente. Hablaba con suavidad y la expresión de sus ojos era serena.

A pesar de su arrogancia, Nankóbó no era un necio.

—¿Eres forastero? —le preguntó sin motivo aparente.

—Sí —respondió el retador, haciendo otra reverencia.

—Espera un momento. —Nankóbó veía dos cosas con claridad: su técnica quizá era mejor que la del sacerdote, pero a la larga no podría ganarle. No eran pocos los guerreros célebres, derrotados en Sekigahara, que aún vivían disfrazados de sacerdotes errantes. Y él no podía saber quién era aquel hombre—. No puedo luchar con un forastero —dijo por fin, sacudiendo la cabeza.

—Acabo de preguntar por las reglas y me han dicho que no hay inconveniente alguno.

—Puede que sea así con los demás, pero yo no lucho con

forasteros. Cuando peleo no lo hago con el objetivo de derrotar a mi contrario. Es una actividad religiosa, en la que disciplino mi alma por medio de la lanza.

—Comprendo —dijo el sacerdote con una risita.

Parecía a punto de decir algo más, pero titubeó. Tras reflexionar un momento, se retiró del círculo, devolvió la espada de madera y desapareció.

Nankobó eligió aquel momento para marcharse, haciendo caso omiso de los comentarios que susurraba la gente, pues consideraban su retirada como una cobardía. Seguido de dos o tres discípulos, se alejó con paso majestuoso, como un general conquistador.

—¿Qué te he dicho? —dijo Hyógo.

—Estabas totalmente en lo cierto.

—Sin duda ese hombre es uno de los que se ocultan en el monte Kudo. Cambia su túnica blanca y su pañuelo por un casco y una armadura y te encontrarás ante uno de los grandes espadachines de hace pocos años.

Cuando la multitud se dispersó, Sukekuró empezó a mirar a su alrededor, en busca de Ushinosuke, pero no le encontró. A una señal de Iori, el muchacho había ido a la pagoda, donde ahora los dos se miraban fieramente.

—No me culpes si te mato —le dijo Iori.

—Eres un bocazas —replicó Ushinosuke, cogiendo un palo para usarlo como arma.

Sosteniendo la espada en alto, Iori se lanzó al ataque. Ushinosuke retrocedió de un salto. Creyendo que le tenía miedo, Iori corrió directamente hacia él. Ushinosuke dio un gran salto, alcanzándole con el pie en un lado de la cabeza. Iori se llevó la mano a la cabeza y cayó al suelo. Se recuperó en seguida y en un instante volvió a estar en pie. Los dos muchachos se enfrentaron con sus armas alzadas.

Olvidando lo que Musashi y Gonnosuke le habían enseñado, Iori atacó con los ojos cerrados. Ushinosuke se movió ligeramente a un lado y le golpeó con el palo.

Iori quedó tendido boca abajo, gimiendo, aferrando todavía la espada.

—¡Ja! He ganado —gritó Ushinosuke. Entonces, al ver que

Iori no se movía en absoluto, sintió miedo y echó a correr.

—¡No, no huyas! —rugió Gonnosuke.

Su bastón de cuatro pies de longitud alcanzó al muchacho en la cadera.

Ushinosuke cayó lanzando un grito de dolor, pero tras mirar un instante a Gonnosuke, se levantó y corrió como un conejo, hasta que tropezó con Sukekuro.

—¡Ushinosuke! ¿Qué ocurre aquí?

Ushinosuke se apresuró a esconderse detrás de Sukekuro, dejando al samurai cara a cara con Gonnosuke. Por un momento pareció que el conflicto sería inevitable. Sukekuró cerró la mano en la empuñadura de su espada; Gonnosuke apretó su bastón.

—¿Te importaría decirme por qué persigues a un chiquillo como si quisieras matarle? —le preguntó Sukekuró.

—Antes de responder, permíteme que te haga una pregunta. ¿Le has visto derribar a ese muchacho?

—¿Está contigo?

—Sí. ¿Es éste uno de tus ayudantes?

—No lo es oficialmente. —Mirando con severidad a Ushinosuke, le preguntó—: ¿Por qué has golpeado a ese chico y luego has huido? Di la verdad ahora mismo.

Antes de que Ushinosuke pudiera abrir la boca, Iori alzó la cabeza y gritó:

—Ha sido un combate. —Irguiéndose dolorosamente hasta quedar sentado, añadió—: Libramos un combate y he perdido.

—¿Os habéis desafiado mutuamente de la manera apropiada y habéis convenido en luchar? —preguntó Gonnosuke. La expresión de sus ojos, que miraban alternativamente a los dos adolescentes, era un tanto risueña.

Ushinosuke, profundamente azorado, respondió:

—No sabía que la esterilla era suya cuando la cogí.

Los dos hombres se sonrieron, ambos conscientes de que si no hubieran actuado con prudencia, un asunto trivial, infantil, podría haber terminado en derramamiento de sangre.

—Lo lamento mucho —dijo Sukekuró.

—Yo también. Espero que me perdones.

—Asunto zanjado. Mi maestro nos está esperando, será mejor que nos marchemos.

Salieron del portal riendo. Gonnosuke e Iori fueron por la izquierda, Sukekuró y Ushinosuke por la derecha.

Entonces Gonnosuke se volvió y dijo:

—¿Podría preguntarte algo? Si seguimos este camino todo derecho, ¿nos llevará al castillo de Koyagyü?

Sukekuró se acercó a Gonnosuke y poco después, cuando Hyogo se reunió con ellos, le dijo quiénes eran los viajeros y por qué estaban allí.

Hyogo suspiró, apenado.

—Es una lástima. Ojalá hubieras venido hace tres semanas, antes de que Otsü partiera para reunirse con Musashi en Edo.

—Él no está en Edo —dijo Gonnosuke—. Nadie sabe dónde se encuentra, ni siquiera sus amigos.

—¿Qué hará Otsü ahora? —inquirió Hyogo, lamentando no haber traído a la joven de regreso a Koyagyü.

Aunque retenía las lágrimas, Iori deseaba irse a alguna parte donde pudiera estar a solas y llorar hasta hartarse. Antes, durante el trayecto desde el castillo, el chico había hablado sin cesar de un encuentro con Otsü, o así le había parecido a Gonnosuke. Cuando la conversación de los hombres se centró en los acontecimientos que tenían lugar en Edo, el muchacho empezó a quedarse rezagado. Hyogo pidió a Gonnosuke más información sobre Musashi, nuevas acerca de su tío, detalles de la desaparición de Ono Tadaaki. Ni sus preguntas ni el caudal de noticias de Gonnosuke parecían tener final.

—¿Adonde vas? —le preguntó Ushinosuke a Iori. Se le había acercado por detrás y le puso una mano, amigablemente, en el hombro—. ¿Estás llorando?

—Claro que no —dijo Iori, pero las lágrimas se deslizaban por su rostro mientras sacudía la cabeza.

—Hummm... ¿Sabes desenterrar patatas silvestres?

—Naturalmente.

—Mira, allí hay unas cuantas patatas. ¿Vamos a ver quién las saca más rápido?

Iori aceptó el desafío, y se pusieron a cavar.

Empezaba a oscurecer, y como todavía quedaba mucho de que hablar, Hyógo instó a Gonnosuke para que pasara unos días en el castillo. Sin embargo, Gonnosuke prefirió continuar su viaje.

Cuando se estaban despidiendo, observaron que los chicos faltaban de nuevo. Al cabo de un momento, Sukekuro les señaló y dijo:

—Mira, allí están. Parece que están cavando.

Iori y Ushinosuke estaban absortos en la tarea, la cual, debido al carácter quebradizo de las raíces, requería cavar cuidadosamente a gran profundidad. Los hombres, divertidos ante tanta concentración, se acercaron silenciosamente por detrás de ellos y les observaron durante varios minutos antes de que Ushinosuke alzara la cabeza y les viera. Ahogó un grito de sorpresa, e Iori se volvió y sonrió. Entonces redoblaron sus esfuerzos.

—Ya la tengo —dijo Ushinosuke.

Extrajo una larga patata y la depositó en el suelo.

Al ver el brazo de Iori metido en el agujero hasta el hombro, Gonnosuke le dijo con impaciencia:

—Si no terminas pronto, me marcharé solo.

Iori se llevó la mano a la cadera, como un anciano campesino, y se enderezó con dificultad.

—No puedo hacerlo —dijo—. Me llevaría el resto del día.

Con una expresión resignada en su semblante, se sacudió la tierra del kimono.

—¿No puedes sacar la patata después de haber cavado tanto? —le preguntó Ushinosuke—. Bueno, la sacaré por ti.

—No —dijo Iori, retirando la mano de Ushinosuke—. Se romperá. —Entonces volvió a llenar el agujero de tierra y golpeó la superficie hasta alisarla.

—Adiós —dijo Ushinosuke.

Con ademán orgulloso, se echó al hombro aquella patata grande y larga, revelando inadvertidamente que la punta estaba rota.

Al ver esto, Hyógo comentó:

—Has perdido. Puede que hayas ganado la pelea, pero estás descalificado en el concurso de recogedores de patatas silvestres.

14 Barrenderos y vendedores

Las flores de cerezo, pasada ya su época de esplendor, estaban pálidas y las flores de cardo se marchitaban, una decadencia que hacía pensar en la época, siglos atrás, cuando Nara era la capital del país. El calor era un poco fuerte para andar, pero ni Gonnosuke ni Iori se cansaban del camino.

Iori tiró de la manga de Gonnosuke y le dijo preocupado:

—Ese hombre todavía nos sigue.

Gonnosuke mantuvo la vista adelante y replicó:

—Haz como si no le vieras.

—Lo tenemos detrás desde que salimos del Kófukuji.

—Humm.

—Y estaba en la posada donde nos alojábamos, ¿no es cierto?

—No te preocupes por eso. No tenemos nada que merezca la pena robar.

—¡Tenemos nuestras vidas! No puedes decir que eso no es nada.

—Ja, ja. Yo guardo mi vida cerrada bajo llave. ¿Y tú?

—Puedo cuidar de mí mismo —dijo Iori, cerrando la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada envainada.

Gonnosuke sabía que el hombre era el sacerdote de montaña que había desafiado a Nankobo el día anterior, pero no podía imaginar por qué les estaba siguiendo.

Iori miró de nuevo atrás.

—Ya no está ahí.

Gonnosuke miró también.

—Probablemente se ha cansado. —Aspiró hondo y añadió—: Pero así me siento mejor.

Aquella noche pernoctaron en una casa de campo, y a la mañana siguiente, temprano, llegaron a Amano, en Kawachi. Era un pueblecito de casas de aleros bajos, detrás de las cuales corría un arroyo de agua cristalina de montaña. Gonnosuke había ido allí para pedir que colocaran la tablilla funeraria de su madre en el Kongoji, el llamado monte Koya de las mujeres, pero antes quería buscar a una mujer llamada Oan, a quien conocía desde su infancia, para pedirle que se encargara de quemar incienso ante la tabula de vez en cuando. Si no la encontraba, se proponía ir al monte Koya, el lugar de enterramiento de los ricos y poderosos. Confiaba en no tener que hacerlo, pues allí se sentiría como un pordiosero.

Preguntó a la esposa de un tendero y se enteró de que Oan era la esposa de un fabricante de sake llamado Toroku, y su casa la cuarta a la derecha pasado el portal del templo.

Al cruzar el portal, Gonnosuke dudó de que la mujer supiera de qué hablaba, pues había un letrado según el cual no se podía entrar con sake y puerros en el sagrado recinto. ¿Cómo podía haber allí una manufactura de sake?

El mismo Toroku aclaró este pequeño misterio aquella noche. El hombre les había dado una cálida acogida y en seguida convino en que hablaría con el abad acerca de la tablilla funeraria. Toroku dijo que en cierta ocasión Toyotomi Hideyoshi había saboreado el sake fabricado para uso del templo y expresó su admiración por el brebaje. Entonces los sacerdotes establecieron la pequeña fábrica de sake con destino a Hideyoshi y los demás daimyo que contribuían al mantenimiento del templo. La producción bajó un poco después de la muerte de Hideyoshi, pero el templo seguía suministrando su sake a varios benefactores especiales.

A la mañana siguiente, cuando Gonnosuke e Iori se despertaron, Toroku ya se había ido. Regresó poco después del mediodía y dijo que todo estaba arreglado.

El Kongoji se hallaba en el valle del río Amano, entre picos color de jade. Gonnosuke, Iori y Tóroku se detuvieron un momento en el puente que conducía a la entrada principal. En el agua, debajo del puente, flotaban flores de cerezo. Gonnosuke enderezó los hombros y pareció adoptar una actitud de reverencia. Iori se alisó el cuello del kimono.

Al aproximarse al pabellón principal, salió a recibirles el abad, un hombre alto y bastante robusto vestido con una túnica de sacerdote ordinario. No habría parecido sorprendente que completara su atuendo un sombrero de juncos desgarrado y un largo bastón.

—¿Es éste el hombre que quiere que se celebre un servicio por su madre? —preguntó en tono amistoso.

—Sí, señor —replicó Toroku, postrándose en el suelo.

Gonnosuke había esperado encontrarse con un religioso de semblante severo vestido con brocado de oro, y saludó al abad un tanto confuso. Hizo una reverencia y vio que el sacerdote bajaba del porche, se calzaba los grandes pies con unas sucias sandalias de paja y se acercaba hasta detenerse ante él. Con el rosario en la mano, el abad les indicó que le siguieran, y un joven sacerdote se colocó detrás de ellos.

Pasaron por delante del pabellón de Yakushi, el refectorio, la pagoda del tesoro, de un solo piso, y los aposentos de los sacerdotes. Cuando llegaron al pabellón de Dainichi, el joven sacerdote se adelantó y habló con el abad. Éste asintió y el sacerdote abrió la puerta con una llave enorme.

Gonnosuke e Iori entraron juntos en la gran sala y se arrojaron ante el estrado de los sacerdotes. A diez pies por encima del estrado se alzaba una enorme estatua dorada de Dainichi, el Buda universal de las sectas esotéricas. Poco después el abad salió por detrás del altar, vestido con el hábito ceremonial, y se acomodó en el estrado. Comenzó el cántico de los sutras, y pareció transformarse sutilmente en un digno sumo sacerdote. Su postura erguida, la cuadratura de los hombros, evidenciaban su autoridad.

Gonnosuke juntó las manos. Una nubécula pareció pasar ante sus ojos y de ella emergió una imagen del puerto de montaña de Shiojiri, donde él y Musashi se enfrentaron. Su madre

estaba sentada a un lado, recta como una tabla y con semblante preocupado, exactamente tal como estaba cuando pronunció la palabra que salvó a Gonnosuke en aquella pelea.

«Madre —pensó—, no tienes que preocuparte por mi futuro. Musashi ha consentido en ser mi maestro. No está lejos el día en que podré establecer mi propia escuela. Por muy revuelto que esté el mundo, no me desviaré del Camino ni tampoco descuidaré mis deberes filiales...»

Cuando Gonnosuke salió de su ensoñación, el cántico había cesado y el abad se había ido. A su lado, Iori estaba sentado, inmóvil, la mirada fija en la cara de Dainichi, un milagro de sensibilidad escultórica tallado por el gran Unkei en el siglo XIII.

—¿Por qué miras así, Iori?

Sin mover los ojos, el muchacho respondió:

—Es mi hermana. Ese Buda se parece a mi hermana.

Gonnosuke se echó a reír.

—¿De qué estás hablando? Nunca la has visto. Además, ningún ser humano podría tener nunca la piedad y la serenidad de Dainichi.

Iori sacudió la cabeza vigorosamente.

—La he visto, cerca de la residencia del señor Yagyū en Edo, y he hablado con ella. Entonces no sabía que era mi hermana, pero ahora, mientras el abad cantaba, la cara del Buda se ha transformado en la suya. Parecía decirme algo.

Salieron y se sentaron en el porche, reacios a romper el hechizo de las visiones que habían experimentado.

—El servicio fúnebre era por mi madre —dijo Gonnosuke pensativamente—. Pero también ha sido un buen día para los vivos. Aquí sentados, en medio de esta paz, resulta difícil creer que existan luchas y derramamiento de sangre.

La aguja metálica de la pagoda del tesoro brillaba como una espada enjoyada bajo los rayos del sol poniente. Todos los demás edificios estaban sumidos en sombras profundas. A lo largo del oscuro sendero que, por una cuesta empinada, conducía a una casa de té de estilo Muromachi y un pequeño mausoleo, se alineaban faroles de piedra.

Cerca de la casa de té, una monja anciana con la cabeza

cubierta por un pañuelo blanco de seda y un hombre rollizo de unos cincuenta años estaban barriendo las hojas caídas con escobas de paja.

—Supongo que está mejor que antes —dijo la monja, suspirando.

Pocas personas iban a aquella parte del templo, ni siquiera para limpiar la acumulación de hojas y esqueletos de aves durante el invierno.

—Debes de estar fatigada, madre —dijo el hombre—. ¿Por qué no te sientas y descansas? Yo terminaré la limpieza.

Vestía un sencillo kimono de algodón, manto sin mangas, sandalias de paja y calcetines de cuero con un dibujo de flores de cerezo. Llevaba al cinto una espada corta con la empuñadura sin adornar, hecha de piel de tiburón.

—No estoy fatigada —replicó ella con una risita—. Pero ¿y tú? No estás acostumbrado a esto. ¿Se te han agrietado las manos?

—No, no están agrietadas, sólo llenas de ampollas.

La mujer volvió a reírse y dijo:

—Es un buen recordatorio para llevártelo a casa, ¿no te parece?

—No me importa. Siento que mi corazón está purificado. Espero que eso signifique que nuestra pequeña ofrenda de trabajo ha satisfecho a los dioses.

—Bueno, ya está muy oscuro. Dejemos el resto para mañana por la mañana.

Por entonces Gonnosuke e Iori estaban en pie al lado del porche. Koetsu y Myóshū bajaron lentamente por el sendero, cogidos de la mano. Cuando se aproximaban al pabellón de Dainichi, ambos se sobresaltaron y exclamaron al unísono: «¿Quién está ahí?».

Entonces Myoshū se dirigió a los desconocidos.

—Ha hecho un día encantador, ¿verdad? ¿Habéis venido de excursión?

Gonnosuke hizo una reverencia y dijo:

—No, he venido a escuchar la lectura de unos sutras por mi madre.

—Es agradable encontrarte con jóvenes que se muestran agradecidos hacia sus padres. —Dio a Iori una palmada ma-

ternal en la cabeza—. Koetsu, ¿te queda alguno de esos pastillos de trigo?

Koetsu sacó un pequeño paquete de su amplia manga y lo ofreció a Iori.

—Perdóname por ofrecerte sobras —le dijo.

—¿Puedo aceptarlo, Gonnosuke? —preguntó Iori.

—Sí —dijo Gonnosuke, y dio las gracias a Koetsu en nombre de Iori.

—Por vuestra manera de hablar, parece que procedéis del este —dijo Myóshū—. ¿Puedo preguntaros adonde vais?

—Es como si hiciéramos un viaje interminable por un camino sin final. Este muchacho y yo somos discípulos del Camino de la Espada.

—Habéis elegido un arduo camino. ¿Quién es vuestro maestro?

—Se llama Miyamoto Musashi.

—¿Musashi? ¡No me digas!

Myoshū miró a lo lejos, como si evocase un grato recuerdo.

—¿Dónde está Musashi ahora? —preguntó Koetsu—. Ha pasado largo tiempo desde la última vez que le vimos.

Gonnosuke les contó las andanzas de Musashi durante los dos últimos años. Mientras le escuchaba, Koetsu asentía sonriente, como si dijera: «Eso es lo que habría esperado de él»;

Cuando terminó su relato, Gonnosuke les preguntó amablemente quiénes eran ellos.

—Oh, perdóname por no habértelo dicho antes. —Koetsu hizo las presentaciones—. Hace unos años Musashi se alojó algún tiempo en nuestra casa. Le cobramos mucho afecto, e incluso ahora a menudo hablamos de él.

Entonces contó a Gonnosuke los dos o tres incidentes que ocurrieron cuando Musashi estuvo en Kyoto.

Gonnosuke conocía desde hacía mucho tiempo la reputación de Koetsu como pulimentador de espadas, y más recientemente se había enterado de la relación de Musashi con él. Pero nunca habría esperado tropezarse con aquel rico ciudadano limpiando los descuidados terrenos de un templo.

—¿Tenéis aquí la tumba de algún familiar? —inquirió—. ¿O quizá habéis venido de excursión?

—No, nada tan frívolo como una excursión —replicó Kdetsu—. No a un lugar sagrado como éste... ¿Te han contado los sacerdotes la historia del Kongóji?

—No.

—En ese caso permíteme que, en nombre de los sacerdotes, te hable un poco de ella. —Koetsu hizo una pausa y miró lentamente a su alrededor. Entonces dijo—: Hoy tenemos la luna apropiada.

Fue señalando uno tras otro los lugares destacados. Por encima de ellos estaba el mausoleo, el Mieidó y el Kangetsutei; por debajo el Taishidó, el santuario shintoísta, la pagoda del tesoro, el refectorio y el portal de dos pisos.

—Mira cuidadosamente —le dijo, al parecer bajo el hechizo del entorno solitario—. Aquel pino, esas rocas, cada árbol, cada brizna de hierba participan de la constancia invisible, de la elegante tradición de nuestro país.

Siguió hablando de esta guisa, y contó en tono solemne que en el siglo xrv, durante un conflicto entre las cortes del norte y del sur, la montaña fue un reducto de la corte meridional. El príncipe Morinaga, conocido también como Daito no Miya, celebró conferencias secretas para planear el derrocamiento de los regentes H6j5. Kusunoki Masashige y otros leales lucharon contra los ejércitos de la corte septentrional. Más adelante los Ashikaga llegaron al poder, y el emperador Go-Murakami, expulsado del monte Qtoko, se vio obligado a huir de un sitio a otro. Finalmente se refugió en el templo y durante muchos años llevó la misma clase de vida que los sacerdotes de montaña y sufrió las mismas privaciones. Utilizó el refectorio como sede del gobierno y trabajó incansablemente por recuperar las prerrogativas imperiales arrebatadas por los militares.

En una época anterior, cuando samurais y cortesanos se reunieron alrededor de los ex emperadores Kógon, Kómyó y Sukó, el monje Zen'e escribió patéticamente: «Los aposentos de los sacerdotes y los templos de la montaña fueron arrasados. La pérdida es indescriptible».

Gonnosuke le escuchaba humilde y respetuosamente. Iori, impresionado por la gravedad de la voz de Koetsu, no podía apartar los ojos del rostro de aquel hombre.

Koetsu aspiró hondo y siguió diciendo:

—Todo lo que hay aquí es una reliquia de aquella era. El mausoleo es el último lugar de descanso del emperador Kogon. Desde el declive de los Ashikaga, nadie ha cuidado como es debido del recinto y las dependencias. Por eso mi madre y yo hemos decidido limpiar un poco, como un gesto de reverencia.

Satisfecho por la atención que le prestaban, Koetsu se esforzaba por expresar con la mayor fidelidad las emociones que le embargaban.

—Mientras barríamos, hemos encontrado una piedra con un poema tallado en ella, tal vez obra de un sacerdote guerrero de aquel tiempo. Decía así:

Aunque la guerra se prolongue
incluso durante cien años,
regresará la primavera.
Vivid con una canción en vuestros corazones,
vosotros, el pueblo del emperador.

»Pensad en la valentía y la generosidad que debía tener un simple soldado, tras luchar durante años, tal vez décadas, protegiendo al emperador, para regocijarse y cantar. Estoy seguro de que pudo hacerlo porque el espíritu de Masashige se comunicó con él. Aunque han transcurrido cien años de lucha, este lugar sigue siendo un monumento a la dignidad imperial. ¿No es algo por lo cual debemos estar muy agradecidos?

—No sabía que aquí se libró una batalla sagrada —dijo Gonnosuke—. Espero que perdones mi ignorancia.

—Me alegro de haber tenido la oportunidad de compartir con vosotros algunos de mis pensamientos sobre la historia de nuestro país.

Los cuatro bajaron juntos por la vertiente de la colina. A la luz de la luna, sus sombras parecían etéreas.

Al pasar ante el refectorio, Koetsu dijo:

—Hemos pasado aquí siete días. Mañana partiremos. Si ves a Musashi, te ruego que le digas que vuelva a visitarnos.

Gonnosuke le aseguró que así lo haría.

El arroyo de corriente somera y rápida que corría a lo largo del muro exterior del templo era como un foso natural, cruzado por un puente con suelo de tierra.

Apenas Gonnosuke e Iori habían puesto pie en el puente cuando una corpulenta figura blanca armada con un bastón salió de las sombras y se abalanzó contra la espalda de Gonnosuke. Éste esquivó al atacante deslizándose a un lado, pero Iori cayó del puente al arroyo.

El hombre cruzó corriendo ante Gonnosuke hasta el camino, al otro lado del puente, se volvió y adoptó una postura firme. Sus piernas parecían pequeños troncos de árbol. Gonnosuke vio que era el sacerdote que les había estado siguiendo el día anterior.

—¿Quién eres? —le gritó Gonnosuke.

El sacerdote no dijo nada.

Gonnosuke colocó su bastón en posición de ataque y repitió:

—¿Quién eres? ¿Qué motivos tienes para atacar a Muso Gonnosuke?

El sacerdote actuó como si no le hubiera oído. Sus ojos despedían fuego mientras los dedos de sus pies, que sobresalían de unas pesadas sandalias de paja, avanzaban lentamente con el movimiento de un ciempiés.

Gonnosuke gruñó y soltó una maldición entre dientes. La voluntad de luchar hinchaba sus miembros cortos y fuertes, y también él avanzaba poco a poco.

El bastón del sacerdote se partió por la mitad con un chasquido resonante. Una parte salió volando; el sacerdote arrojó la otra parte con todas sus fuerzas a la cara de Gonnosuke. Falló, pero mientras éste recuperaba el equilibrio, su adversario desenvainó la espada y volvió corriendo al puente.

—¡Bastardo! —gritó Iori.

El sacerdote ahogó un grito y se llevó una mano a la cara. Las piedrecillas arrojadas por el muchacho habían dado en el blanco, y una de ellas le alcanzó en un ojo. Giró sobre sus talones y echó a correr camino abajo.

—¡Detente! —le gritó Iori, mientras salía del arroyo con un puñado de piedras.

—Déjale •—le ordenó Gonnosuke, tocándole el brazo.

—Supongo que esto le enseñará —dijo el muchacho, exultante, y arrojó las piedras hacia la luna.

Poco después de que hubieran regresado a la casa de T6-roku, cuando ya estaban acostados, estalló una tormenta. El viento rugía entre los árboles, amenazando con arrancar el tejado de la casa, pero no fue eso lo único que les impidió dormir en seguida.

Gonnosuke permaneció despierto, pensando en el pasado y el presente, preguntándose si el mundo era realmente mejor ahora que en épocas pretéritas. Nobunaga, Hideyoshi e Ieyasu se habían ganado los corazones del pueblo, así como autoridad para gobernar, pero ¿no había sido prácticamente olvidado el verdadero soberano y se había incitado al pueblo para que adorase a falsos dioses? La era de los Hojo y los Ashikaga fue detestable y contradujo flagrantemente el mismo principio en el que se basaba el país. No obstante, incluso entonces, grandes guerreros, como Masashige y su hijo, así como leales de numerosas provincias, habían seguido el verdadero código del guerrero. Gonnosuke se preguntó en qué se había convertido el Camino del Samurai. Como el Camino del Ciudadano y el Camino del Campesino, ahora sólo parecían existir en beneficio del dirigente militar.

Los pensamientos de Gonnosuke caldearon todo su cuerpo. Las cumbres de Kawachi, los bosques alrededor del Kongoji, la furiosa tormenta, parecían convertirse en seres vivos que le llamaban en un sueño.

Iori no podía apartar de su mente al sacerdote desconocido. Mucho más tarde, cuando la tormenta se intensificó, todavía pensaba en la espectral figura blanca. Se cubrió con la manta hasta los ojos y se durmió profundamente, sin sueños.

Al día siguiente, cuando se pusieron en marcha, las nubes por encima de las montañas tenían los colores del arco iris. En las afueras del pueblo se encontraron con un mercader viajero, que salió repentinamente de la bruma matinal y les saludó con jovialidad.

Gonnosuke respondió al saludo de una manera maquinal. Iori, absorto en los pensamientos que le habían mantenido despierto la noche anterior, no se mostró más comunicativo. El hombre intentó trabar conversación.

—Anoche habéis dormido en casa de Tóroku, ¿no es cierto? Le conozco desde hace años. Son buena gente, tanto él como su mujer.

Este comentario no obtuvo más que un leve gruñido por parte de Gonnosuke.

—También yo visito el castillo de Koyagyü de vez en cuando —dijo el mercader—. Kimura Sukekuró me ha hecho muchos favores.

La respuesta a esta revelación no fue más que otro gruñido.

—Veo que habéis estado en el «monte Kóya de las mujeres». Supongo que ahora os dirigís al auténtico monte Koya. Es la época del año más adecuada. La nieve ha desaparecido y todos los caminos han sido reparados. Podéis cruzar tranquilamente los puertos de Amami y Kiimi, pasar la noche en Hashimoto o Kamuro...

El sondeo del hombre acerca de su itinerario despertó las sospechas de Gonnosuke.

—¿Cuál es el ramo de tu negocio? —le preguntó.

—Vendo cuerda trenzada —respondió el hombre, señalando el pequeño bulto que llevaba a la espalda—. Es una cuerda hecha de algodón estirado y trenzado. Se ha inventado hace poco, pero se está haciendo rápidamente popular.

—Comprendo —dijo Gonnosuke.

—Toroku me ha ayudado mucho, hablando de mi cuerda a los fieles del Kongoji. La verdad es que pensaba quedarme anoche en su casa, pero me dijo que ya tenía dos invitados. No puedo ocultar que me decepcionó un poco. Cuando me alojo en su casa siempre me llena de buen sake —concluyó riendo.

Algo tranquilizado, Gonnosuke empezó a hacerle preguntas sobre lugares a lo largo del camino, pues el vendedor estaba muy familiarizado con aquel entorno rural. Cuando llegaron a la altiplanicie de Amami, la conversación se había vuelto bastante amistosa.

—¡Eh, Sugizó!

Un hombre corrió por el camino hasta darles alcance.

—¿Por qué te has ido sin mí? Estaba esperando en el pueblo de Amano. Dijiste que pasarías a buscarme.

—Lo siento, Gensuke —dijo Sugizo—. Me encontré con estas dos personas y nos pusimos a hablar. Me olvidé por completo de ti. —Se echó a reír al tiempo que se rascaba la cabeza.

Gensuke, que vestía igual que Sugizo, resultó ser también un vendedor de cuerda. Mientras caminaban, los dos vendedores se pusieron a hablar de su negocio.

Al llegar a un barranco de unos veinte pies de profundidad, Sugizo se calló de repente y señaló.

—Vaya, eso es peligroso—dijo.

Gonnosuke se detuvo y miró el barranco, que podía ser una brecha abierta por un terremoto, tal vez ocurrido mucho tiempo atrás.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—Esos troncos para cruzar no están seguros. Mira allí... algunas de las piedras en que se apoyaban han sido arrastradas por el agua de lluvia. Lo arreglaremos para que los troncos estén firmes. —Entonces añadió—: Debemos hacerlo por la seguridad de otros viajeros.

Gonnosuke les observó mientras ellos, agachados en el borde del barranco, amontonaban piedras y tierra bajo los troncos. Pensó que aquellos dos mercaderes viajaban mucho y por ello conocían como el que más las dificultades del viaje, pero estaba un poco sorprendido, pues resultaba insólito que unos hombres como ellos se preocuparan por el prójimo hasta el extremo de que se tomaban la molestia de reparar un puente.

Iori no pensó en ello lo más mínimo. Impresionado por aquella demostración de buenas intenciones, colaboró recogiendo piedras para ellos.

—Así estará bien —dijo Gensuke. Dio un paso en el puente, decidió que era seguro y se dirigió a Gonnosuke—: Yo iré primero.

Extendiendo los brazos para mantener el equilibrio, cruzó rápidamente al otro lado e hizo una seña a los demás para que le siguieran.

Animado por Sugizo, Gonnosuke cruzó a continuación, seguido por Iori. Todavía no estaban en el centro cuando lanzaron un grito de sorpresa. Delante de ellos, Gensuke les apuntaba con una lanza. Gonnosuke miró atrás y vio que Sugizo también sujetaba una lanza.

Gonnosuke se preguntó de dónde habían salido las armas. Soltó un juramento, se mordió el labio airadamente y consideró la precariedad de su posición.

—Gonnosuke, Gonnosuke...

Cogido por sorpresa, Iori se aferraba a la cintura de Gonnosuke, mientras éste, rodeando al muchacho con el brazo, cerró los ojos un instante y confió su vida a la voluntad del cielo.

—¡Bastardos!

—¡Calla! —gritó el sacerdote, que se encontraba arriba, en el camino, detrás de Gensuke, con el ojo izquierdo hinchado y negro.

—No pierdas la calma —le dijo Gonnosuke a Iori en un tono tranquilizador. Entonces gritó—: ¡De modo que estás detrás de esto! ¡Bien, tened cuidado, bastardos ladrones! ¡Esta vez os habéis equivocado de hombre!

El sacerdote miró fríamente a Gonnosuke.

—Ya sabemos que no vale la pena robarte. Si ahí se acaba tu ingenio, ¿para qué intentas ser un espía?

—¿Me estás llamando espía?

—¡Perro de Tokugawa! Tira ese bastón, pon las manos a la espalda y no intentes ninguna jugarreta.

—¡Ah! —suspiró Gonnosuke, como si le abandonara la voluntad de luchar—. Mirad, estáis cometiendo un error. Vengo de Edo, en efecto, pero no soy un espía. Me llamo Muso Gonnosuke y soy un shūgyosha.

—Basta de mentiras.

—¿Por qué creéis que soy un espía?

—Los amigos que tenemos en el este nos dijeron hace tiempo que estuviéramos a la expectativa de un hombre que viaja con un muchacho. Te ha enviado aquí el señor Hójó de Awa, ¿no es cierto?

—No.

—Tira el palo y ven con nosotros pacíficamente.

—No voy a ninguna parte con vosotros.

—Entonces morirás aquí mismo.

Gensuke y Sugizo empezaron a aproximarse por delante y detrás, las lanzas preparadas para entrar en acción.

A fin de proteger a Iori, Gonnosuke le dio una palmada en la espalda. Lanzando un fuerte chillido, el muchacho se arrojó a los arbustos que cubrían el fondo del barranco.

—¡Yaaah! —gritó Gonnosuke, mientras acometía a Sugizo.

La lanza requiere cierto espacio y su manejo en el momento oportuno para que sea eficaz. Sugizo extendió el brazo para embestir con su arma, pero no lo hizo en el momento exacto. Un áspero gruñido salió de su garganta cuando la hoja cortó el aire. Gonnosuke se abalanzó contra él y los dos cayeron. Cuando Sugizo intentó levantarse, Gonnosuke le golpeó con el puño derecho en la cara. Sugizo mostró los dientes, pero el efecto fue ridículo, pues su cara ya estaba cubierta de sangre. Gonnosuke se puso en pie, usó la cabeza de Sugizo como trampolín y cubrió la distancia hasta el extremo del puente.

Blandiendo el bastón, gritó:

—¡Aquí os espero, cobardes!

Aún no había terminado de gritar cuando tres cuerdas sobrevolaron la hierba, una de ellas con el sobrepeso de una guarda de espada y otra con una espada corta enfundada. Una cuerda se enrolló en el brazo de Gonnosuke, otra alrededor de sus piernas y la tercera alrededor del cuello. Al cabo de un momento, otra cuerda se enrolló a su bastón.

Gonnosuke se debatió como un insecto atrapado por una telaraña, pero no por mucho tiempo. Media docena de hombres salieron del bosque detrás de él. Cuando terminaron, quedó impotente en el suelo, atado más fuertemente que una bala de paja. Con la excepción del malhumorado sacerdote, todos sus captores vestían como vendedores de cuerda.

—¿No tenéis caballos? —preguntó el sacerdote—. No quiero llevarle a pie hasta el monte Kudo.

—Probablemente podremos alquilar un caballo en el pueblo de Amami.

15 Una flor de peral

En el oscuro y solemne bosque de cedros, los cantos de los humildes alcaudones, mezclados con los del celestial bulbul, sonaban como los tonos enjorjados de la mítica ave Kalavinka.

Dos hombres, que bajaban desde la cima del monte Kóya, donde habían visitado los pabellones y pagodas del Kongobuji y presentado sus respetos en el santuario interior, se detuvieron en un pequeño puente con arcos entre los recintos interior y exterior del templo.

—Nuinosuke —dijo pensativamente el hombre de más edad—, el mundo es en verdad frágil e impermanente, ¿no crees?

Por su pesado manto de confección casera y su hakama utilitario, podría haber pasado por un samurai rural, a no ser por sus espadas, que eran de calidad sobresaliente, y el hecho de que su compañero era demasiado fino y atildado para ser el ayudante de un samurai provinciano.

—Las has visto, ¿eh? —siguió diciendo—. Las tumbas de Oda Nobunaga, Akechi Mitsuhide, Ishida Mitsunari, Kobayakawa Kingo..., todos ellos generales brillantes y famosos hace tan sólo unos pocos años. Y esas piedras recubiertas de musgo que ves allá señalan los lugares donde están enterrados miembros famosos de los clanes Minamoto y Taira.

—Amigos y enemigos..., todos juntos aquí, ¿no es cierto?
—Y todos ellos reducidos a meras piedras solitarias. ¿Fueron los nombres como Uesugi y Takeda realmente grandes o tan sólo los soñamos?

—Eso me produce una sensación extraña. De alguna manera me parece como si el mundo en que vivimos fuese irreal.

—¿Es así? ¿O acaso lo irreal es este lugar?

—Humm. ¿Quién sabe?

—¿A quién se le ocurriría llamar a éste el Puente de las Ilusiones?

—Es un nombre bien elegido, ¿verdad?

—Creo que la ilusión es verdad, de la misma manera que la iluminación es realidad. Si la ilusión fuese irreal, el mundo no podría existir. Un samurai que dedica su vida a su maestro no puede, ni por un instante, permitirse el nihilismo. Por ello el Zen que practico es un Zen vivo, es el Zen del mundo defectuoso, el Zen del infierno. Un samurai que tiembla ante la idea de la impermanencia o desprecia el mundo no puede cumplir con sus deberes... Pero basta de este lugar. Regresemos al otro mundo.

El hombre caminó con paso rápido, notablemente brioso para su edad.

Al ver a los sacerdotes del Seiganji, frunció el ceño y farfulló: «¿Por qué tienen que hacer eso?». La noche anterior se había quedado en el templo. Ahora una veintena de jóvenes sacerdotes se alineaban a lo largo del camino, esperando para decirle adiós, aunque se había despedido de ellos por la mañana con la intención de evitar una exhibición como aquella.

Pasó entre ellos diciéndoles corteses adioses, y se apresuró por el camino a cuyo lado se abría el centón de valles conocido como Kujükutani. Sólo cuando llegó al mundo ordinario se tranquilizó. Por consciente que fuese de su propio corazón humano falible, el olor de este mundo era un alivio.

—Hola, ¿quién eres?

La pregunta le sorprendió como un disparo cuando doblaron una curva de la carretera.

—¿Quién eres tú? —preguntó Nuinosuke.

El samurai fornido y de tez clara que estaba en medio del camino dijo cortésmente:

—Perdona si me equivoco, pero ¿no eres Nagaoka Sado, uno de los principales servidores del señor Hosokawa Tadatoshi?

—Soy Nagaoka, en efecto. ¿Quién eres tú y cómo has sabido que me hallaba en la vecindad?

—Me llamo Daisuke y soy el único hijo de Gessó, que vive retirado en el monte Kudo. —Al ver que su nombre no decía nada al otro, Daisuke añadió—: Mi padre prescindió hace mucho tiempo de su nombre anterior, pero hasta la batalla de Sekigahara fue conocido como Sanada Saemonnosuke.

—¿Te refieres a Sanada Yukimura?

—Sí, señor. —Con una timidez que parecía reñida con su aspecto, Daisuke le dijo—: Esta mañana un sacerdote del Seiganji ha ido a la casa de mi padre para informarle de que estabas haciendo una breve visita al monte Koya. Aunque nos han dicho que viajas de incógnito, mi padre ha pensado que sería una pena no invitarte a tomar una taza de té con él.

—Muy amable por su parte —replicó Sado. Entrecerró un momento los ojos y entonces dijo a Nuinosuke—: Creo que deberíamos aceptar, ¿no te parece?

—Sí, señor —respondió Nuinosuke sin entusiasmo.

—Aunque falta bastante para que termine el día, mi padre se sentiría muy honrado si pasaras la noche con nosotros —dijo Daisuke.

Sado titubeó un momento, preguntándose si era juicioso aceptar la hospitalidad de un hombre considerado como un enemigo de los Tokugawa, pero hizo un gesto de asentimiento.

—Ya decidiremos eso más tarde, pero será un placer tomar una taza de té con tu padre. ¿Estás de acuerdo, Nuinosuke?

—Sí, señor.

Nuinosuke parecía un poco impaciente, pero cuando echaron a andar por el camino detrás de Daisuke, maestro y ayudante intercambiaron miradas de complicidad.

Desde la aldea del monte Kudo subieron un poco más por la ladera de la montaña hasta una residencia separada de las demás casas. El recinto, rodeado por un muro de piedra bajo, estaba coronado por una valla de hierba entretrejida y parecía la casa fortificada a medias de un señor de la guerra provincia-

no de segunda categoría, pero, en conjunto, daba más una impresión de refinamiento que de eficacia militar.

—Mi padre está allí, junto a ese edificio con tejado de paja —dijo Daisuke cuando cruzaron el portal.

Había un pequeño huerto, suficiente para aportar las cebollas y otras verduras de las sopas consumidas en el desayuno y la cena. La casa principal se alzaba frente a un peñasco. Cerca de la terraza había un bosquecillo de bambúes, más allá del cual se veían otras dos casas.

Nainosuke se arrodilló en la terraza ante la habitación en la que hizo entrar a Sado.

—Qué quietud hay aquí —observó Sado al tomar asiento.

Poco después, una mujer joven que parecía ser la esposa de Daisuke, sirvió silenciosamente el té y se marchó.

Mientras Sado aguardaba a su anfitrión, contempló el paisaje del jardín y el valle. Debajo estaba la aldea, y a lo lejos la población de Kamuro, con sus numerosas posadas. Sobre el musgo aferrado al tejado de paja voladizo crecían unas flores diminutas, y se percibía en el aire la agradable fragancia de un incienso peculiar. Aunque no lo veía, llegaba a sus oídos el rumor del arroyo que atravesaba el bosquecillo de bambúes.

La misma estancia producía una sensación de serena elegancia, comedido recordatorio de que el dueño de aquella vivienda sin pretensiones era el segundo hijo de Sanada Masayuki, señor del castillo de Ueda y receptor de unos ingresos de ciento noventa mil fanegas.

Los postes y las vigas eran delgados, el techo bajo. La pared detrás del pequeño y rústico tokonoma era de arcilla roja y tenía un acabado rudo. El arreglo floral en el lugar de honor consistía en una sola ramita con flores de peral en un esbelto florero de cerámica amarillo y verde claro. Sado pensó en la solitaria flor de peral de Po Chü-i, regada por la lluvia primaveral, y en el amor que unía al emperador chino y Yang Kuei-fei, descrito en el Chang He Ke. Le parecía oír quedos sollozos.

Contempló el pergamino colgado de la pared, por encima del arreglo floral. Los caracteres escritos en él, de gran tamaño y trazado ingenuo, decían «Hokoku Daimyojin», el nombre dado a Hideyoshi cuando fue elevado a la categoría de un dios

después de su muerte. A un lado, una nota en caracteres más pequeños informaba de que la caligrafía era obra de Hideyori, el hijo de Hideyoshi, cuando contaba ocho años de edad. Sado pensó que era una descortesía a la memoria de Hideyoshi dar la espalda al rollo de papel, por lo que se movió ligeramente a un lado. Al hacerlo, comprendió de improviso que el agradable aroma no provenía de un incienso que ardiera en aquel momento, sino de las paredes y las shoji, las cuales debían de haber absorbido la fragancia cuando el incienso era quemado allí por la mañana y la noche para purificar la habitación en honor de Hideyoshi. Era de suponer que también habría a diario una ofrenda de sake, como era preceptivo para las deidades shintoístas establecidas.

Sado pensó que Yukimura era en verdad tan devoto de Hideyoshi como decían. Lo que no podía entender era por qué Yukimura no ocultaba aquel pergamino. Tenía la reputación de ser un hombre impredecible, un hombre de las sombras, que acechaba en espera de un momento propicio para volver al centro de la política nacional. No hacía falta ser muy sagaz para imaginar que ciertos visitantes informarían más tarde al gobierno Tokugawa sobre los sentimientos del dueño de la casa.

Oyó ruido de pisadas que se aproximaban por el pasillo exterior. El hombre menudo y delgado que entró en la estancia llevaba un manto sin mangas y sólo una espada corta en la parte delantera del obi. Si algo distinguía su porte era la modestia.

Yukimura se arrodilló e hizo una reverencia hasta tocar el suelo con la frente.

—Perdóname por enviar a mi hijo a buscarte e interrumpir tu viaje.

Esta muestra de humildad hizo que Sado se sintiera incómodo. Desde el punto de vista legal, Yukimura había renunciado a su rango, y ahora no era más que un rónin que había adoptado el nombre budista Denshin Gessó. No obstante, era hijo de Sanada Masayuki, y su hermano mayor, Nobuyuki, era un daimyo muy relacionado con los Tokugawa. Sado, tan sólo miembro del servicio de su señor, tenía un rango muy inferior al de su anfitrión.

—No deberías inclinarte ante mí de esa manera —le dijo,

devolviéndole el saludo—. Verte de nuevo es un honor inesperado y un placer. Me alegra que goces de buena salud.

—También tú pareces saludable —replicó Yukimura, y relajó su postura mientras Sado todavía estaba inclinado—. Me satisface saber que el señor Todatoshi ha regresado a Buzen sin ningún percance.

—Gracias. Éste es el tercer año desde el fallecimiento del señor Yūsai, por lo que mi señor pensó que ya era el momento de hacerlo.

—¿Tanto tiempo ha pasado?

—Sí. También yo he estado en Buzen, aunque no sé de qué podría servir una reliquia como yo al señor Tadatoshi. Como sabes, también he servido a su padre y su abuelo.

Finalizadas las formalidades, cuando se pusieron a hablar de asuntos diversos, Yukimura le preguntó:

—¿Has visto recientemente a nuestro maestro de Zen?

—No, hace tiempo que no veo a Gudó ni sé nada de él. Esto me recuerda que te vi por primera vez en su sala de meditación. Entonces sólo eras un muchacho y estabas con tu padre.

Sado sonrió feliz al recordar la época en que le encargaron de la construcción del Shumpoin, un edificio que los Hosokawa habían donado al Myóshinji.

—Muchos bribones acudían a Gudo para que les limara las asperezas ■—dijo Yukimura—. Él los aceptaba a todos, sin que le importara que fuesen viejos o jóvenes, daimyo o rónin.

—A decir verdad, creo que le gustaban en especial los rónin jóvenes —dijo Sado en tono meditativo—. Solía decir que un auténtico rónin no buscaba fama ni beneficio, ni se congratilaba con los poderosos, ni trataba de usar el poder político para sus propios fines, ni se sustraía a los juicios morales. Su magnanimidad era tan extensa como unas nubes flotantes, actuaba con la rapidez de la lluvia y se contentaba con vivir en medio de la pobreza. Nunca se marcaba objetivos y jamás guardaba rencores.

—¿Te acuerdas de todo eso al cabo de tantos años? —le preguntó Yukimura.

Sado hizo un ligero gesto de asentimiento.

—También sostenía que un verdadero samurai era tan difi-

cil de encontrar como una perla en el vasto mar azul. Comparaba los huesos enterrados de los innumerables ronin que sacrificaron sus vidas por el bien del país con unas columnas en las que se apoyaba la nación.

Sado miraba directamente a los ojos de Yukimura mientras hablaba así, pero el otro no pareció reparar en la alusión a hombres de la categoría que él mismo había adoptado.

—Ahora que lo recuerdo —añadió—. Uno de los ronin que se sentaba a los pies de Gudó en aquel tiempo era un joven de Mimasaka llamado Miyamoto...

—¿Miyamoto Musashi?

—Eso es, Musashi. Me impresionó como un hombre de gran sagacidad, aunque por entonces sólo tendría unos veinte años y su kimono siempre estaba sucio.

—Debe de ser el mismo hombre.

—¿Le recuerdas entonces?

—No. He oído hablar de él hace poco, cuando estaba en Edo.

—Es un hombre merecedor de atención. Gudó me dijo que su enfoque del Zen era prometedor, así que no le quité el ojo de encima, hasta que desapareció de repente. Al cabo de uno o dos años me enteré de que había obtenido una brillante victoria contra la Casa de Yoshioka. Recuerdo haber pensado entonces que Gudó debía de tener muy buen ojo para seleccionar a la gente.

«Tropecé con él por pura casualidad. Estaba en Shimósa y dio a unos aldeanos una lección sobre la manera de protegerse de los bandidos. Más tarde les ayudó a convertir un terreno yermo en un arrozal.

—Creo que quizá sea cierto lo que pensaba Gudó..., la perla en el vasto mar azul.

—¿Lo crees así de veras? Le recomendé al señor Tadatoshi, pero me temo que encontrarle es tan difícil como descubrir una perla. De una cosa puedes estar seguro. Si un samurai como él aceptara una posición oficial, no sería por los ingresos, sino que le interesaría si el trabajo se elevaba a la altura de sus ideales. Es posible que Musashi prefiriese el monte Kudo a la Casa de Hosokawa.

—¿Qué?

Sado restó importancia a su observación con una breve risa, como si hubiera sido un lapsus.

—Sin duda estás de broma —dijo Yukimura—. En mis circunstancias actuales no puedo permitirme contratar un servidor, y no digamos un rónin bien conocido. Dudo incluso de que Musashi viniera aunque le invitara.

—No hay necesidad de negarlo —dijo Sado—. No es ningún secreto que los Hosokawa están a favor de los Tokugawa, y todo el mundo sabe que tú eres la persona en la que más se apoya Hideyori. Al ver esa obra caligráfica en el tokonoma, me he sentido impresionado por tu lealtad.-

—Ese pergamino me lo dio cierta persona en el castillo de Osaka, en vez de un retrato conmemorativo de Hideyoshi —replicó Yukimura, como si se hubiera ofendido—. Procuro cuidarlo bien. Pero Hideyoshi está muerto. —Hizo una pausa, tragó saliva y siguió diciendo—: Los tiempos cambian, desde luego. No hace falta ser un experto para ver que Osaka pasa por una mala época, mientras que el poder de los Tokugawa va en aumento. Sin embargo, mi naturaleza me impide cambiar de lealtad y servir a un segundo señor.

—Me pregunto si la gente creará que es tan sencillo. Si puedo hablarte con franqueza, todo el mundo comenta que Hideyori y su madre te facilitan grandes sumas de dinero y que con un simple gesto de la mano podrías reunir a cinco o seis mil rónin.

A esto, Yukimura respondió con una risa desaprobadora.

—No hay ni una palabra de verdad en ello. Créeme, Sado, no existe cosa peor que ser considerado mucho más de lo que eres.

—No puedes culparles por pensar así. Te pusiste al servicio de Hideyoshi cuando eras joven y él te tomó más aprecio que a cualquier otro. Tengo entendido que tu padre ha dicho de ti que eres el Kusunoki Masashige o el K'ung-ming de nuestra época.

—No me avergüences, te lo ruego.

—Pero es así, ¿no es cierto? - —Quiero pasar el resto de mis días aquí, apaciblemente, en

la sombra de la montaña donde se preserva la ley de Buda. Eso es todo. No soy un hombre refinado. Me basta con la posibilidad de ampliar un poco mis campos, vivir para ver al hijo de mi hijo, disponer de fideos de alforjón recién hecho en otoño y comer verduras frescas en primavera. Aparte de eso, quisiera vivir una larga vida, muy alejado de las guerras o los rumores de guerra.

—¿Eso es realmente todo lo que deseas? —inquirió suavemente Sado.

—Ríete si quieres, pero he dedicado mi tiempo libre a leer a Lao-tsu y Chuang-tsu, y he llegado a la conclusión de que la vida es goce. Si falta el goce, ¿qué sentido tiene vivir?

—Bien, bien —replicó Sado, fingiendo sorpresa.

Hablaron durante otra hora más o menos, mientras tomaban nuevas tazas de té servidas por la esposa de Daisuke.

—Creo que he prolongado demasiado mi visita, haciéndote perder el tiempo con mi charla —dijo finalmente Sado—. ¿Nos vamos, Nuinosuke?

—No te apures —dijo Yukimura—. Mi hijo y su esposa han preparado unos fideos. Es una humilde comida rural, pero deseo que la compartas con nosotros. Si tienes intención de hacer un alto en Kamuro, dispones de mucho tiempo.

Daisuke apareció en aquel momento para preguntar a su padre si podían servir la comida. Yukimura se levantó y precedió a su invitado por un corredor hasta la parte trasera de la casa.

Una vez sentados, Daisuke ofreció a Sado unos palillos, al tiempo que decía:

—Me temo que la comida no es demasiado buena, pero pruébala de todos modos.

Su esposa, que no estaba acostumbrada a tener desconocidos en casa, alzó con gesto tímido una taza de sake, que Sado rechazó cortésmente. Daisuke y su esposa se quedaron un momento más-antes de excusarse.

—¿Qué es ese ruido que oigo? —preguntó Sado.

Parecía el sonido de un telar, aunque más fuerte y de una calidad ligeramente distinta.

—Ah, ¿eso? Es una rueda de madera para hacer cuerda.

Lamento decirlo, pero he puesto a la familia y los criados a trabajar trenzando cuerda, la cual vendemos para ayudarnos en las finanzas. —Entonces añadió—: Todos estamos acostumbrados, pero supongo que puede ser irritante para quien no lo esté. Ordenaré que la paren.

—No te preocupes, pues no me molesta. Sentiría muchísimo impedirlos vuestro trabajo.

Cuando empezaron a comer, Sado pensó en el alimento, que a veces ofrece atisbos de la condición de un hombre, pero no descubrió nada revelador. Yukimura no se parecía en absoluto al joven samurai a quien conociera años antes, pero parecía haber envuelto en ambigüedad sus circunstancias actuales.

Sado pensó entonces en los sonidos que había oído: ruidos de cocina, gente que iba y venía y, en un par de ocasiones, el tintineo de monedas al ser contadas. Los daimyo desposeídos no estaban acostumbrados al trabajo físico, y más tarde o más temprano se les terminaban los tesoros que podían vender. Era concebible que el castillo de Osaka hubiera dejado de aportar fondos. Con todo, la idea de que Yukimura se hallaba en apuros económicos era extrañamente inquietante.

Sabía que su anfitrión podría haber tratado de ensamblar fragmentos de la conversación para hacerse una idea de cómo estaban las cosas en la Casa de Hosokawa, pero no había ninguna indicación de que así fuese. En sus recuerdos del encuentro destacaría que Yukimura no le había preguntado por su visita al monte Koya. De haberlo hecho, Sado le habría respondido sin vacilar, pues no había nada misterioso en ello. Muchos años atrás, Hideyoshi envió a Hosokawa Yūsai al Seiganji, donde permaneció bastante tiempo. Al marcharse dejó allí libros, algunos escritos y efectos personales que se habían convertido en recuerdos importantes. Sado los había examinado, seleccionado y ordenado para que el templo los devolviera a Tadatoshi.

Nuinosuke, que no se había movido de la terraza, echó una mirada inquieta hacia el fondo de la casa. Lo menos que se podía decir de las relaciones entre Osaka y Edo es que eran tensas, mínimo. ¿Por qué corría Sado semejante riesgo? No

imaginaba que existiera ningún peligro inmediato, pero había oído decir que el señor de la provincia de Kii, Asano Nagaakira, tenía instrucciones de vigilar estrictamente el monte Kudo. Si uno de los hombres de Asano informaba de que Sado había efectuado una visita secreta a Yukimura, el shogunado sospecharía de la casa de Hosokawa.

«Ahora es mi oportunidad», se dijo, mientras el viento soplabla de súbito entre las flores de forsitia y kerria del jardín. Se estaban formando con rapidez negros nubarrones y empezaba a lloviznar. Recorrió a toda prisa el pasillo y anunció:

—Empieza a llover, señor. Si hemos de irnos, creo que ahora es el momento.

Agradecido por la ocasión de escaparse, Sado se puso en pie de inmediato.

—Gracias, Nuinosuke. No nos demoremos ni un instante más.

Yukimura se abstuvo de instar a Sado para que se quedara a pasar la noche. Llamó a Daisuke y su esposa y les dijo:

—Dad a nuestros invitados unas capas de paja, y tú, Daisuke, acompañales a Kamuro.

En el portal, tras agradecer la hospitalidad de Yukimura, Sado le dijo:

—Estoy seguro de que volveremos a vernos uno de estos días. Quizá sea otro día de lluvia, o tal vez sople un fuerte viento. Hasta entonces, te deseo que sigas bien.

Yukimura asintió sonriente. Sí, uno de aquellos días... Por un instante, cada hombre vio al otro en su mente, montado a caballo y empuñando una lanza. Pero de momento el anfitrión hacía reverencias entre pétalos de flor de albaricoquero caídos, y el invitado se alejaba con la capa de paja ya mojada por la lluvia.

—No lloverá mucho —dijo Daisuke, mientras andaban despacio por el camino—. En esta época del año, tenemos uno de estos aguaceros a diario.

No obstante, las nubes sobre el valle de Senjo y las cumbres de Kóya parecían amenazantes, y los caminantes apretaron el paso de una manera inconsciente.

Al entrar en Kamuro, vieron a un hombre que compartía el lomo de un caballo con unos haces de leña, y atado de tal ma-

ñera que no podía moverse. Conducía el caballo un sacerdote de túnica blanca, el cual llamó a Daisuke por su nombre y corrió hacia él. Daisuke fingió no haberse enterado.

—Alguien te llama —dijo Sado, intercambiando miradas con Nuinosuke.

Daisuke, obligado a reparar en el sacerdote, le dijo:

—Ah, Rinshóbó. Perdona, no te había visto.

—Vengo directamente del paso de Kiimi —dijo el sacerdote en voz alta y excitada—. El hombre de Edo, el que nos pidieron que localizáramos... Le vi en Nara. Tuvimos que pelear de lo lindo, pero le hemos capturado vivo. Ahora, si le llevamos a Gessó y le obligamos a hablar, descubriremos...

—¿De qué me estás hablando? —le interrumpió Daisuke.

—El hombre en el caballo. Es un espía de Edo.

—¿No puedes callarte, estúpido? —dijo Daisuke entre dientes—. ¿Sabes quién es el hombre que me acompaña? Nagaoka Sado, de la Casa de Hosokawa. Pocas veces tenemos el privilegio de verle, y no permitiré que nos molestes con tu broma idiota.

Los ojos de Rinshóbó, al volverse hacia los dos viajeros, reflejaron su sorpresa, y apenas pudo contenerse antes de soltar abruptamente: «¿La Casa de Hosokawa?».

Sado y Nuinosuke intentaban parecer serenos e indiferentes, pero el viento sacudía sus capas pluviales, haciéndolas aletear como las alas de una grulla y dando al traste con sus esfuerzos.

—¿Por qué? —preguntó Rinshóbó en voz baja.

Daisuke le apartó un poco a un lado y le habló en susurros. Cuando regresó, Sado le dijo:

—¿Por qué no te vuelves ya? No quisiera crearte más inconvenientes.

Tras observar a los viajeros hasta que se perdieron de vista, Daisuke se dirigió al sacerdote.

—¿Cómo has podido ser tan estúpido? ¿No sabes abrir bastante los ojos antes de abrir la boca? Mi padre no estará complacido cuando se entere de esto.

—Sí, señor. Lo siento, no lo sabía.

A pesar de su túnica, el hombre no era un sacerdote, sino Toriumi Benzó, uno de los principales servidores de Yukimura.

16 El puerto

—¡Gonnosuke!... ¡Gonnosuke!... ¡Gonnosuke!

Iori parecía incapaz de detenerse. Llamó a su compañero una y otra vez, desesperado. Al encontrar algunas pertenencias de Gonnosuke en el suelo, se había convencido de que el otro estaba muerto.

Un día y una noche se habían deslizado ya, y durante ese tiempo el muchacho había caminado en un estado de aturdimiento, sin darse cuenta de su cansancio. Tenía manchadas de sangre las piernas, las manos y la cabeza, y su kimono estaba hecho jirones.

De vez en cuando le agarrotaba un espasmo, y entonces alzaba la vista al cielo y gritaba: «Estoy dispuesto», o miraba el suelo y maldecía.

De súbito sintió frío y se preguntó si se estaba volviendo loco. Se contempló en un charco y, al reconocer su propia imagen reflejada en el agua, se sintió aliviado. Pero estaba solo, sin nadie a quien dirigirse, sólo convencido a medias de que aún estaba vivo. Cuando recobró el sentido, en el fondo del barranco, no recordaba dónde había estado en los últimos días, ni se le ocurrió tratar de regresar al Kongóji o a Koyagyü.

Un objeto que brillaba con los colores del arco iris le llamó la atención. Era un faisán. Notó la fragancia de las glicinas sil-

vestres en el aire y se sentó. Mientras trataba de recordar su situación, pensó en el sol, imaginó que el astro estaba en todas partes, más allá de las nubes, entre las cumbres, en los valles. Se puso de rodillas, juntó las manos, cerró los ojos y empezó a orar. Cuando abrió los ojos, unos minutos después, lo primero que vio fue un atisbo del océano, azul y nebuloso, entre dos montañas.

—Pequeño —le dijo una voz maternal—. ¿Estás bien?

—¿En? —Sobresaltado, Iori dirigió sus ojos hundidos hacia las dos mujeres, que le miraban con curiosidad.

—¿Qué crees que le ocurre, madre? —preguntó la más joven, mirando a Iori con repugnancia.

La mujer, con la perplejidad reflejada en su semblante, se acercó a Iori y, al ver sus ropas ensangrentadas, frunció el ceño.

—¿No te duelen esos cortes? —le preguntó. Iori sacudió la cabeza. La mujer se volvió hacia su hija y le dijo—: Parece entender lo que le digo.

Le preguntaron su nombre, su procedencia, de dónde era natural, qué estaba haciendo allí y a quién había estado rezando. Poco a poco, mientras el chiquillo miraba a su alrededor en busca de alguna respuesta, fue recuperando la memoria.

La repugnancia inicial de la hija, que se llamaba Otsuru, había cedido el paso a la compasión.

—Llévemole a Sakai con nosotras —dijo a su madre—. Puede que nos sea útil en el almacén. Tiene la edad apropiada.

—Ésa podría ser una buena idea —replicó Osei, la madre—. Pero ¿querrá venir?

—Vendrá..., ¿no es cierto que vendrás con nosotras?

—Sí, sí —asintió Iori.

—Entonces en marcha, pero tendrás que llevar nuestro equipaje.

—Ah.

Iori respondió a las observaciones de las mujeres con meros gruñidos, pero por lo demás no dijo nada durante el trayecto montaña abajo, por un camino rural que les llevó a Kishiwada. Una vez se vio de nuevo entre la gente, se volvió comunicativo.

—¿Dónde vivís? —les preguntó.

—En Sakai.

—¿Está cerca de aquí?

—No, cerca de Osaka.

—¿Dónde está Osaka?

—Aquí subiremos a un barco que nos llevará a Sakai. Entonces lo sabrás.

—¿De veras? ¿Un barco?

Excitado por la perspectiva de navegar, habló por los codos durante varios minutos. Les contó que había embarcado en muchos transbordadores en el camino de Edo a Yamato, pero aunque el océano no estaba lejos de su pueblo natal en Shimosha, nunca había navegado por el mar en un barco.

—Entonces estás contento, ¿eh? —le dijo Otsuru—. Pero no debes llamar a mi madre «tía». Cuando te dirijas a ella dile «señora».

—Ah.

—Y nunca debes responder «ah». Di «sí, señora».

—Sí, señora.

—Así está mejor. Bueno, si te quedas con nosotras y trabajas con ahínco, me encargaré de que te nombren dependiente del almacén.

—¿A qué se dedica tu familia?

—Mi padre es un agente naviero.

—¿Y eso qué es?

—Es un mercader. Tiene muchos barcos y todos navegan por la parte occidental de Japón.

—Ah, sólo es un mercader —dijo Iori desdeñosamente.

—¡«Sólo un mercader»! —exclamó la muchacha—. Pero ¿qué dices?

La madre se inclinaba a pasar por alto la rudeza de Iori, pero la hija estaba indignada. Entonces, tras algún titubeo, añadió:

—Supongo que los únicos mercaderes que ha visto son los vendedores de dulces o de ropa.

Impulsada por el profundo orgullo de los comerciantes de la región de Kansai, informó a Iori que su padre poseía tres almacenes, todos ellos grandes, en Sakai, y varias decenas de navios. Le hizo saber que tenían sucursales en Shimonoseki, Marukame y Shikama, y que los servicios efectuados para la

Casa de Hosokawa en Kokura eran de tal envergadura que los barcos de su padre tenían la categoría de naves oficiales.

—Y está autorizado a tener apellido y usar dos espadas, como un samurai —siguió diciendo—. Todo el mundo al oeste de Honshu y en Kyushu conoce el nombre de Kobayashi Tarózaemon de Shimonoseki. En tiempos de guerra, daimyos como Shimazu y Hosokawa nunca tienen suficientes barcos, así que mi padre es tan importante como un general.

—No tenía intención de hacerte enfadar —le dijo Iori.

Las dos mujeres se rieron.

—No estamos enfadadas —replicó Otsuru—. Pero ¿qué sabe del mundo un chiquillo como tú?

—Lo siento.

Al doblar una esquina les llegó el olor salobre del mar. Otsuru señaló un barco amarrado al embarcadero de Kishiwada. Tenía una capacidad de carga de quinientas fanegas y estaba cargado con productos hortícolas locales.

—En ese barco iremos a casa —dijo la muchacha orgullosamente.

El capitán del barco y un par de agentes de Kobayashi salieron de una casa de té en un muelle para recibirlas.

—¿Ha sido agradable la caminata? —les preguntó el capitán—. Lamento deciros que vamos muy cargados, por lo que no he podido reservaros mucho espacio. ¿Subimos a bordo?

Las precedió hasta la popa del barco, donde había un espacio resguardado con cortinas. Habían extendido una alfombra roja, y elegantes recipientes lacados de estilo Momoyama contenían alimentos y sake en abundancia. Iori tuvo la sensación de que entraba en una pequeña sala muy bien dispuesta en la mansión de un daimyo.

El barco llegó a Sakai por la noche, tras una travesía sin incidentes por la bahía de Osaka. Los viajeros se encaminaron directamente al establecimiento de Kobayashi, frente al muelle, donde fueron recibidos por el administrador, un hombre llamado Sahei, y un nutrido grupo de dependientes que se habían reunido en la espaciosa entrada.

Antes de internarse en la casa, Osei se volvió y dijo:

—Sahei, ¿quieres ocuparte del chico, por favor?

—¿Te refieres al sucio pillete que ha desembarcado?

—Sí. No parece faltarle el ingenio, así que podrás ponerle a trabajar... Y encárgate de vestirle. Es posible que tenga piojos. Vigila que se lave bien y dale un kimono nuevo. Luego puede acostarse.

Durante los días siguientes, Iori no vio a la señora de la casa ni a su hija. Una de esas cortinas cortas llamadas noren separaba la oficina de la vivienda, al fondo, y hacía las veces de tabique. Sin un permiso especial, nadie, ni siquiera Sahei, podía cruzarla.

El encargado destinó un rincón de la «tienda», como llamaba a la oficina, para que Iori durmiera allí. Aunque agradecía que le hubieran rescatado, el muchacho no tardó en sentirse insatisfecho por su nueva manera de vivir.

La atmósfera cosmopolita a la que había ido a parar ejercía sobre él cierta fascinación. Contempló boquiabierto las innovaciones extranjeras que veía en las calles, los barcos en el puerto y los signos de prosperidad que eran evidentes por el estilo de vida de la gente. Pero continuamente le decían: «¡Eh, chico! ¡Haz esto...! ¡Haz aquello!». Desde el último mono del almacén hasta el administrador, le obligaban a ir de un lado a otro como un perro, y su actitud hacia él era totalmente distinta a la que adoptaban cuando hablaban con un miembro de la familia o con un cliente. Entonces se convertían en serviles pelotilleros. Y, desde la mañana a la noche, no hacían más que hablar de dinero y más dinero, y cuando no hablaban de eso lo hacían de trabajo y más trabajo.

«¡Y se consideran seres humanos!», pensaba Iori. Anhelaba el cielo azul y el olor de la hierba cálida bajo el sol, y no eran pocas las veces que había decidido huir de allí. La nostalgia era más intensa cuando recordaba a Musashi, en aquellos momentos en que le hablaba de las maneras de nutrir al espíritu. Veía con nitidez la imagen de Musashi y el rostro del desaparecido Gonnosuke..., y a Otsü.

Un día la situación llegó a un punto insostenible.

—¡lo! —le llamó Sahei—. ¿Dónde estás, lo?

Al no obtener respuesta, el hombre se levantó y fue hasta el travesano lacado de negro, el llamado keyaki, que formaba el umbral de la oficina.

—Vaya, chico nuevo, así que estás aquí —le gritó—. ¿Por qué no acudes cuando te llaman?

Iori estaba barriendo el pasillo entre la oficina y el almacén. Alzó la vista y preguntó:

—¿Me llamabas a mí?

—¡Me llamabas a mí, señor!

—Entiendo.

—¡Entiendo, señor!

—Sí, señor.

—¿Es que no tienes oídos? ¿Por qué no me has respondido?

—Te he oído decir «lo», y no podía tratarse de mí. Me llamo Iori..., señor.

—lo es suficiente. Y una cosa más. El otro día te dije que dejaras de llevar esa espada.

—Sí, señor.

—Dámela.

Iori titubeó un momento y entonces replicó:

—Es un recuerdo de mi padre. No puedo desprenderme de ella.

—¡Mocosos descarados! Te he dicho que me la des.

—De todas maneras no quiero ser mercader.

—Si no fuese por los mercaderes, la gente no podría vivir —dijo Sahei enérgicamente—. ¿Quién traería mercancías de países extranjeros? Nobunaga y Hideyoshi son grandes hombres, pero no podrían haber levantado todos esos castillos... Azuchi, Jurakudai, Fushimi, sin la ayuda de los mercaderes. Sólo tienes que ver a los hombres que trabajan aquí, en Sakai, Namban, Ruzon, Fukien, Amoi. Todos ellos comercian a gran escala.

—Eso ya lo sé.

—¿Cómo podrías saberlo?

—Cualquiera puede ver sus grandes casas en Ayamachi, Kinumachi y Nishikimachi, y allá arriba, en lo alto de la colina, el establecimiento de Ruzon ya parece un castillo. Hay hileras y más hileras de mansiones que pertenecen a ricos mercaderes. Este lugar..., bueno, sé que la señora y Otsuru están orgullosas de él, pero no puede compararse con ninguna de esas casase

—¡Qué dices, pequeño hijo de perra!

Sahei apenas había cruzado la puerta antes de que Iori dejara caer la escoba y echara a correr. Sahei llamó a unos obreros portuarios y les ordenó que le atraparan.

Cuando trajeron a Iori a rastras, Sahei estaba fuera de sí.

—¿Qué se puede hacer con un chico como éste? Es respondón y se burla de todos nosotros. Hoy le vamos a dar un buen castigo. —Al entrar de nuevo en la oficina, añadió—: Quitadle esa espada.

Le despojaron del arma ofensiva y le ataron las manos a la espalda. Cuando anudaron la cuerda a una gran caja de carga, Iori parecía un mono sujeto por una trailla.

—Que se quede ahí un buen rato —dijo uno de los hombres, sonriente—. Dejemos que la gente se burle de él.

Los demás regresaron al trabajo entre risotadas.

No había nada que Iori odiara más que aquello. ¡Cuan a menudo Musashi y Gonnosuke le habían advertido que no hiciera cosas de las que pudiera avergonzarse!

Primero intentó suplicar, luego prometió que se corregiría. Como todo esto fue en vano, recurrió a las invectivas.

—¡El administrador es un idiota, un viejo chocho que está loco! ¡Desatadme y devolvedme mi espada! ¡No voy a quedarme en una casa como ésta!

Sahei se acercó y le ordenó que se callara. Entonces intentó amordazar a Iori, pero el muchacho le mordió un dedo, por lo que el hombre desistió y pidió a los obreros portuarios que lo hicieran.

Iori tiró de sus ataduras a uno y otro lado. El hecho de estar expuesto a las miradas de los transeúntes le producía ya una enorme tensión, y se echó a llorar cuando un caballo orinó y el líquido espumoso corrió hacia sus pies.

Cuando se estaba tranquilizando, vio algo que casi le hizo desmayarse. Al otro lado de un caballo había una mujer joven, su cabeza protegida del sol ardiente por un sombrero lacado de ala ancha. Llevaba atado, para mayor comodidad al viajar, su kimono de cáñamo, y sujetaba una delgada caña de bambú.

Iori trató en vano de llamarla. Estiró el cuello hasta que casi se asfixió a causa del esfuerzo. Tenía los ojos secos, pero

los sollozos estremecían sus hombros. El hecho de que Otsu estuviera tan cerca le enloquecía. ¿Adonde iba? ¿Por qué se había marchado de Edo?

Más tarde, cuando un barco atracó en el embarcadero, hubo mucho más movimiento en la zona.

—Sahei, ¿qué está haciendo aquí este chico, atado como un oso adiestrado para su exhibición? Es una crueldad dejarle así, y también es negativo para el negocio.

El hombre que así había hablado en el umbral de la oficina era un primo de Tarozaemon, a quien generalmente llamaban Namban'ya, el nombre del establecimiento donde trabajaba. Unas negruzcas marcas de viruela añadían cierto matiz siniestro a su semblante airado. A pesar de su aspecto, era un hombre amable que con frecuencia daba dulces a Iori.

—No me importa que le estés castigando —siguió diciendo—. No es correcto hacerlo en medio de la calle. Eso es malo para el nombre de Kobayashi. Desátale.

—Sí, señor.

Sahei obedeció de inmediato, mientras divertía a Namban'ya con una detallada explicación de lo inútil que era Iori.

—Si no sabes qué hacer con él —dijo Namban'ya—, le llevaré a casa conmigo. Hoy hablaré de ello con Osei.

El administrador, temiendo las consecuencias cuando la dueña de la casa se enterase de lo sucedido, sintió de improviso la necesidad de suavizar los sentimientos de Iori. Éste, por su parte, no dirigió la palabra a aquel hombre durante el resto del día.

Aquella noche, cuando se disponía a marcharse, Namban'ya se detuvo en el rincón de la tienda ocupado por Iori. Estaba algo bebido, pero de buen humor, y le dijo:

—Bueno, al final no vas a venirte conmigo. Las mujeres no han estado dispuestas a consentirlo. ¡Ja!

Sin embargo, su conversación con Osei y Otsuru había tenido un efecto saludable. Al día siguiente Iori ingresó en la escuela de un templo vecino. Se le permitió llevar su espada a la escuela, y ni Sahei ni los demás volvieron a molestarle.

Pero aun así, el muchacho seguía sin poder adaptarse. Cuando estaba dentro de la casa, su mirada se dirigía con fre-

cuencia al exterior. Cada vez que una mujer joven parecida, incluso remotamente, a Otsü pasaba por la calle, el color de su rostro cambiaba. En ocasiones salía para verla mejor.

Una mañana, hacia comienzos del noveno mes, empezó a llegar por barco fluvial una prodigiosa cantidad de equipaje procedente de Kyoto. Mediado el día, baúles y cestos se amontonaban ante la oficina. Las etiquetas identificaban aquella propiedad como perteneciente a samurais de la Casa de Hosokawa, los cuales habían realizado en Kyoto unas actividades similares a las que llevaron a Sado al monte Kóya, para ocuparse de los asuntos postumos de Hosokawa Yüisai. Ahora estaban sentados, tomando té de cebada y abanicándose, algunos en la oficina y otros en el exterior, bajo los aleros.

Al regresar de la escuela, Iori se detuvo en la calle y palideció.

Kojiro, sentado sobre un gran cesto, estaba hablando con Sahei.

—Aquí hace demasiado calor —le decía—. ¿Aún no ha atracado nuestro barco?

Sahei alzó la vista del conocimiento de embarque que tenía en las manos y señaló hacia el embarcadero.

—Tu barco es el Tatsumimaru. El que está allí. Como puedes ver, todavía no han terminado de cargarlo y vuestras plazas a bordo aún no están preparadas. Lo siento mucho.

—Pues preferiría esperar a bordo. Allí debe de hacer algo de fresco.

—Sí, señor. Iré ahora mismo a ver cómo van las cosas.

Demasiado apresurado para enjugarse el sudor de la frente, se encaminó calle abajo, y entonces vio a Iori.

—¿Qué haces aquí parado, como si te hubieras tragado una baqueta? Ve y atiende a los pasajeros. Té de cebada, agua fresca, agua caliente... Dales lo que quieran.

Iori se dirigió a un cobertizo en la entrada del callejón, al lado del almacén, donde mantenían una gran tetera de agua hirviendo. Pero en vez de hacer lo que le habían ordenado, se quedó mirando furibundo a Kojiro.

Ahora era conocido en general como Ganryü, el nombre de cultas resonancias que parecía más apropiado a su edad y ca-

tegoría actuales. Había ganado peso y era más robusto. La cara se le había llenado. Sus ojos, que en el pasado parecían atravesar a quien miraban, eran serenos y tranquilos. Ya no usaba a menudo su lengua como si fuese un estilete, cosa que en el pasado hiciera tanto daño. De alguna manera, la dignidad de su espada había pasado a formar parte de su personalidad.

Una de las consecuencias era que había sido gradualmente aceptado por sus camaradas samurais, los cuales no sólo hablaban de él en términos elogiosos sino que le respetaban de veras.

Empapado en sudor, Sahei regresó del barco, volvió a pedir disculpas por la larga espera y anunció:

—Los asientos en medio del barco aún no están preparados, pero los de la proa sí que lo están.

Eso significaba que los soldados de infantería y los samurais más jóvenes podían subir a bordo. Recogieron sus pertenencias y partieron en grupo.

Sólo permanecieron donde estaban Kojiró y seis o siete hombres mayores, todos ellos funcionarios de cierta importancia en el feudo.

—Sado aún no ha llegado, ¿verdad? —preguntó Kojiro.

—No, pero no creo que tarde mucho.

—Pronto tendremos el sol en el oeste —le dijo Sahei a Kojiro—. Si entras, hará más fresco.

—Las moscas son terribles —se quejó Kojiró—. Y estoy sediento. ¿No podría tomar otra taza de té?

—En seguida, señor. —Sin levantarse, Sahei gritó en dirección al cobertizo donde hervía el agua—: lo, ¿qué estás haciendo? Trae el té a nuestros invitados.

El administrador volvió a enfrascarse en el conocimiento de embarque, pero al darse cuenta de que lori no le había respondido, empezó a repetir su orden. Entonces vio que el muchacho se aproximaba lentamente con una bandeja sobre la que reposaban varias tazas de té.

lori ofreció té a cada uno de los samurais, haciendo en cada ocasión una cortés reverencia. Al llegar ante Kojiro con las dos últimas tazas, le dijo:

—Por favor, toma un té.

Kojiro extendió la mano distraídamente, pero la retiró con brusquedad cuando sus ojos se encontraron con los de Iori. Sorprendido, exclamó:

—¡Pero si eres...!

Iori sonrió y le dijo:

—La última vez que tuve la mala suerte de tropezar contigo fue en Musashino.

—¿Qué significa esto? —dijo Kojiro con la voz ronca, en un tono muy poco adecuado a su categoría actual.

Estaba a punto de decir algo más cuando Iori gritó:

—Ah, ¿de modo que me recuerdas? —Y le arrojó la bandeja a la cara.

—¡Oh! —gritó Kojiro, cogiendo a Iori por la muñeca.

Aunque la bandeja no le había alcanzado, un poco de té caliente le había caído en el ojo izquierdo. El resto del té se derramó sobre su pecho y regazo. La bandeja se estrelló contra un poste en un ángulo del edificio.

—¡Pequeño bastardo! —gritó Kojiro. Arrojó a Iori al suelo y le puso un pie encima. ¡Administrador! —exclamó airado—. Este mocoso es uno de tus empleados, ¿no? Ven aquí y sujétale. Aunque sólo sea un niño, no voy a tolerar semejante ofensa.

Enloquecido de pavor, Sahei se apresuró a hacer lo que le habían ordenado, pero de alguna manera Iori logró desenvainar su espada y dirigir una estocada al brazo de Kojiro. Éste le lanzó de un puntapié al centro de la estancia y retrocedió un paso.

Sahei se volvió y echó a correr hacia Iori, gritando como un poseso. Llegó al lado del muchacho cuando éste acababa de ponerse en pie.

—¡No te metas en esto! —le gritó Iori, y entonces, mirando a Kojiro directamente a la cara, le espetó—: ¡Te lo tenías merecido!

Tras decir estas palabras, salió corriendo al exterior.

Kojiro cogió una vara, de las utilizadas para transportar recipientes, que estaba a mano y la arrojó al muchacho. Dio perfectamente en el blanco, alcanzándole en una pierna, detrás de la rodilla. Iori cayó de bruces al suelo.

Obedeciendo una orden de Sahei, varios hombres se abalanzaron sobre Iori y le llevaron a rastras hasta el cobertizo donde hervía el agua. Allí un sirviente estaba limpiando el kimono y el hakama de Kojiró.

—Por favor, perdona esta ofensa —le suplicó Sahei.

—No sabemos cómo disculparnos —dijo uno de los dependientes.

Sin dignarse mirarles, Kojiró cogió una toalla húmeda del sirviente y se limpió la cara.

Iori había sido inmovilizado en el suelo, con los brazos fuertemente doblados a sus espaldas.

—Soltadme —suplicaba, contorsionándose de dolor—. No huiré. Soy hijo de un samurai. Lo que he hecho ha sido a propósito y aceptaré mi castigo como un hombre.

Kojiró terminó de arreglar sus ropas y se alisó el cabello.

—Dejadle —dijo en tono sereno.

Incapaz de interpretar la plácida expresión del samurai, Sahei tartamudeó:

—¿Estás..., estás seguro de que es conveniente?

—Sí, pero... —la palabra sonó como un clavo al ser clavado en una tabla—, aunque no tengo la menor intención de pelearme con un simple chiquillo, si crees que debe ser castigado, puedo sugerirte un método. Échale un cazo de agua hirviendo sobre la cabeza. Eso no le matará.

—¿Agua hirviendo? —Sahei se estremeció ante la sugerencia.

—Sí, pero si quieres dejar que se marche, también puedes hacerlo perfectamente.

Sahei y sus hombres intercambiaron miradas de incertidumbre.

—No podemos permitir que semejante comportamiento quede impune.

—Siempre ha hecho trastadas.

—Ha tenido suerte de haber salido con vida.

—Traed una soga.

Cuando empezaron a atarle, Iori zafó las manos.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó. Sentándose en el suelo, añadió—: Os he dicho que no huiría. Aceptaré mi castigo. Te-

nía una razón para hacer lo que he hecho. Un mercader puede pedir disculpas, yo no. El hijo de un samurai no va a llorar porque le echen encima un poco de agua hirviendo.

—De acuerdo —dijo Sahei—. Tú mismo lo has pedido.

El administrador se arremangó, llenó un cazo de agua hirviendo y se dirigió lentamente hacia Iori.

—Cierra los ojos, Iori. Si no lo haces, te quedarás ciego.

La voz que había dicho estas últimas palabras, procedía de la calle.

Iori, sin atreverse a mirar quién le había aconsejado así, cerró los ojos con fuerza. Recordó una anécdota que Musashi le contó una vez en la llanura de Musashino. Era sobre Kaisen, un sacerdote Zen muy reverenciado por los guerreros de la provincia de Kai. Cuando Nobunaga e Ieyasu atacaron el templo de Kaisen y lo incendiaron, el sacerdote se sentó calmamente en el piso superior del portal y, mientras las llamas le consumían, pronunció las palabras: «Si tus sentimientos han sido borrados por la iluminación, el fuego es frío».

«No es más que un cazo de agua hirviendo —se dijo Iori—. No debo pensar así.» Intentó desesperadamente convertirse en un vacío sin yo, libre de engaños, sin penas. Tal vez si hubiera sido más joven, o mucho mayor..., pero a su edad formaba parte del mundo en que vivía en un grado superlativo.

¿Cuándo ocurriría? Por un instante, presa de vértigo, pensó que el sudor que se deslizaba por su frente era agua hirviendo. Un minuto le parecía un siglo.

—Vaya, si es Sado —dijo Kojiro.

Sahei y todos los demás se volvieron y miraron al viejo samurai.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Sado, mientras cruzaba la calle con Nuinosuke a su lado.

Kojiro se echó a reír y dijo en tono ligero:

—Nos has sorprendido en un momento singular. Están castigando a este muchacho.

Sado miró fijamente a Iori.

—¿Le están castigando? Bien, si ha hecho algo malo debe ser castigado. Adelante. Seré testigo del castigo.

Sahei miró por el rabillo del ojo a Kojiro, el cual compren-

dio la situación de inmediato y supo que él era el único responsable de la severidad del castigo.

—Es suficiente —dijo.

Iori abrió los ojos. Al principio le costó un poco centrar la mirada, pero al reconocer a Sado, sintió un acceso de alegría.

—Te conozco —le dijo—. Eres el samurai que visitó el Tokuganji en Hotengahara.

—¿Me recuerdas?

—Sí, señor.

—¿Qué ha sido de tu maestro, Musashi?

Iori sorbió aire por la nariz y se cubrió los ojos con las manos.

El hecho de que Sado conociera al muchacho fue un golpe para Kojiro. Reflexionó un momento y decidió que era preciso hacer algo con respecto a la búsqueda de Musashi por parte de Sado. Pero, desde luego, no quería que el nombre de Musashi saliera a relucir en una conversación entre él y un servidor de alto rango de su señor. Sabía que uno de aquellos días tendría que enfrentarse a Musashi, pero eso ya no era un asunto estrictamente privado.

En realidad, se había abierto una brecha entre la línea principal y las ramas de la Casa de Hosokawa, una facción de la cual tenía a Musashi en gran estima, mientras que la otra se decantaba por el ex rónin que ahora era el instructor de esgrima del jefe del clan. Algunos decían que la verdadera razón de que el enfrentamiento fuese inevitable era la rivalidad entre bastidores de Sado y Kakubei.

Para alivio de Kojiro, el contramaestre del Tatsumimaru llegó en aquel preciso momento y les dijo que la nave estaba preparada.

Sado no se movió de donde estaba e inquirió:

—El barco no zarpará hasta la puesta del sol, ¿no es cierto?

—Así es —respondió Sahei, que recorría la oficina de un lado a otro, preocupado por las consecuencias que tendría lo sucedido.

—Entonces ¿dispongo de algún tiempo para descansar?

—Mucho tiempo. Por favor, toma un poco de té.

Otsuru apareció en la puerta interior e hizo señas al ad-

ministrador. Éste, tras escucharla durante un par de minutos, volvió al lado de Sado y le dijo:

—La oficina no es el lugar más apropiado para recibirte. Sólo hay un paso a través del jardín a la casa. ¿Serías tan amable de ir ahí?

—Eso es muy amable —replicó Sado—. ¿Con quién estoy en deuda? ¿Con la señora de la casa?

—Sí. Ha dicho que quisiera expresarte su agradecimiento. —¿Por qué?

Sahei se rascó la cabeza.

—Pues... imagino que por evitar con tu intervención que Iori saliera lastimado. Como el dueño de la casa no está...

—Ya que has mencionado a Iori, quisiera hablar con él. ¿Te importaría llamarle?

El jardín era exactamente como Sado habría esperado que lo fuese en la casa de un rico mercader de Sakai. Aunque unido por un lado a un almacén, era un mundo diferente al de la oficina calurosa y ruidosa. Piedras y plantas acababan de ser regadas, y corría un arroyuelo.

Osei y Otsuru estaban arrodilladas en una pequeña y elegante habitación ante el jardín. Sobre el tatami había una estera de lana, con bandejas de dulces y tabaco. Sado reparó en la intensa fragancia de una mezcla de incienso.

El anciano se sentó ante la puerta de la estancia.

—No voy a entrar —dijo—. Tengo los pies sucios.

Mientras le servía té, Osei le pidió disculpas por el comportamiento de sus empleados y le dio las gracias por haber salvado a Iori.

—Hace algún tiempo tuve ocasión de conocer a ese chico —dijo Sado—. Me alegro de haberle encontrado de nuevo. ¿Cómo es que está en vuestra casa?

Tras escuchar la explicación de la mujer, Sado le habló de su larga búsqueda de Musashi. Charlaron amigablemente un rato, y finalmente Sado le dijo:

—He observado a Iori desde el otro lado de la calle durante varios minutos, y he admirado su capacidad de conservar la calma. Se ha comportado muy bien. De hecho, considero un error criar a un muchacho tan valeroso en un establecimiento

de mercaderes. ¿Qué te parecería si yo me hiciera cargo de él? En Kokura podría ser educado como un samurai.

Osei aceptó sin titubear.

—Eso sería sin duda alguna lo mejor que podría ocurrirle a ese muchacho —respondió.

Otsuru se levantó para ir en busca de Iori, pero en aquel mismo momento el chico salió de detrás de un árbol, desde donde había oído toda la conversación.

—¿Tienes algo que objetar a venirte conmigo? —le preguntó Sado.

Rebosante de felicidad, Iori rogó al anciano que le llevara a Kokura.

Mientras Sado tomaba su té, Otsuru preparó a Iori para el viaje: kimono, hakama, polainas, sombrero de juncos..., todas las prendas nuevas. Era la primera vez en su vida que el chico se ponía un hakama.

Aquella noche, cuando el Tatsumimaru extendió sus negras velas y zarpó bajo las nubes doradas por el sol poniente, Iori volvió la vista hacia el mar de rostros: los de Otsuru, su madre, Sahei y un nutrido grupo de personas que le despedían, el rostro colectivo de la ciudad de Sakai.

Con una ancha sonrisa en el rostro, Iori se quitó el sombrero de juncos y lo agitó, devolviéndoles el saludo.

17 El maestro de escritura

El letrado en la entrada de un estrecho callejón en el distrito de los pescateros de Okazaki decía: «Iluminación para los jóvenes. Lecciones de lectura y escritura», y ostentaba el nombre Muka, el cual, según todas las apariencias, era uno de los muchos ronin empobrecidos pero honestos que se ganaban la vida compartiendo su educación de la clase guerrera con los hijos del pueblo llano.

La caligrafía era curiosa, como de aficionado, y hacía que aflorase una sonrisa a los labios de los transeúntes, pero Muka aseguraba que eso no le avergonzaba. Cada vez que se lo mencionaban, siempre contestaba lo mismo:

—En el fondo todavía soy un niño, así que estoy practicando con los niños.

El callejón desembocaba en un bosquecillo de bambúes, más allá del cual se hallaba el terreno de equitación de la Casa de Honda. Cuando hacía buen tiempo, aquel paraje siempre estaba cubierto por una nube de polvo, pues los caballeros a menudo practicaban desde el alba hasta que oscurecía. El linaje militar del que estaban tan orgullosos era el de los famosos guerreros Mikawa, la tradición de la que habían salido los Tokugawa.

Muka se desperezó tras la siesta del mediodía, fue al pozo y sacó agua. Su kimono gris sin forro y su capucha del mismo

color muy bien podrían haber sido el atuendo de un hombre de cuarenta años, aunque en realidad aún no había cumplido los treinta. Tras lavarse la cara, entró en el bosquecillo y, de un solo tajo de espada, cortó una gruesa caña de bambú.

Después de lavar el bambú en el pozo, entró en la casa. Las persianas que colgaban a un lado mantenían a raya el polvo del terreno de equitación, pero como aquélla era la dirección por la que llegaba la luz, la única pieza parecía más pequeña y oscura de lo que realmente era. En un rincón había una tabla, sobre la cual colgaba un retrato anónimo de un sacerdote Zen. Muka colocó el trozo de bambú sobre la tabla y puso en el interior hueco una flor de correhuela.

«No está mal», se dijo, mientras retrocedía para examinar su obra.

Tomó asiento ante su mesa, empuñó el pincel y empezó a practicar, utilizando como modelo un manual de formales caracteres de tipo cuadrado, del que era autor Ch'u Sui-liang y un calco de la caligrafía del sacerdote Kobo Daishi. Era evidente que había progresado sin cesar durante el año que llevaba viviendo allí, pues los caracteres que escribía ahora eran muy superiores a los que figuraban en el letrero de la entrada.

—Perdona que te moleste —le dijo la mujer que vivía al lado, esposa de un vendedor de pinceles para escritura.

—Entra, por favor —respondió Muka.

—Es sólo un momento. Me estaba preguntando... Hace un rato he oído un fuerte ruido, como si algo se rompiera. ¿No lo has oído?

Muka se echó a reír.

—No te preocupes. He sido yo al cortar un trozo de bambú.

—Ah, estaba inquieta. Pensé que quizá te había ocurrido algo. Mi marido dice que los samurais que merodean por aquí tienen intención de matarte.

—Si lo hacen, poco importará. De todos modos, mi vida no vale tres monedas de cobre.

—No deberías ser tan despreocupado. A mucha gente la matan por cosas que ni siquiera recordaban haber hecho. Piensa en lo tristes que estarían todas las muchachas si sufrieras algún daño.

La mujer se marchó, sin preguntarle esta vez, como solía hacer: «¿Por qué no te casas? ¿Acaso no te gustan las mujeres?». Muka nunca le daba una respuesta clara, aunque él mismo había sido el causante de aquel interés al revelar lo suficiente para sugerir que sería un buen partido. Sus vecinos sabían que era un rónin de Mimasaka, aficionado al estudio, y que había vivido durante algún tiempo en Kyoto y en los alrededores de Edo. Aseguraba que quería establecerse en Okazaki y dirigir una buena escuela. Como su juventud, diligencia y honestidad estaban fuera de toda duda, no era sorprendente que varias muchachas se mostraran interesadas por él como pretendiente, así como varios padres con hijas casaderas.

Aquel pequeño sector de la sociedad sentía una cierta fascinación por Muka. El vendedor de pinceles y su esposa le trataban amablemente, la mujer le había enseñado a cocinar y, en ocasiones, le lavaba la ropa y cosía sus prendas. En conjunto, el joven disfrutaba viviendo en aquella vecindad, donde todo el mundo se conocía y todos buscaban nuevas maneras de aportar interés a sus vidas. Siempre había algo en marcha, si no un festival o danzas callejeras o una celebración religiosa, un funeral o un enfermo del que cuidar.

Aquella noche pasó ante la casa del vendedor de pinceles y su esposa cuando éstos estaban cenando. La mujer chasqueó la lengua y comentó:

—¿Adonde irá? Por la mañana enseña a los niños, después de comer echa la siesta o estudia y por la noche sale. Es como un murciélago.

Su marido se rió entre dientes.

—¿Y eso qué tiene de malo? No deberías envidiarle sus excursiones nocturnas.

En las calles de Okazaki, los sonidos de una flauta de bambú se mezclaban con los zumbidos de los insectos cautivos en jaulitas de madera, el lamento rítmico de los cantantes callejeros ciegos, los gritos de vendedores de melones y sushi. No había nada allí que recordara el frenético ajetreo que caracterizaba a Edo. Las llamas de los faroles oscilaban, la gente paseaba enfundada en sus kimonos veraniegos. En el calor persistente de la jornada de verano, todo parecía relajado y en su sitio.

Cuando Muka pasó, las muchachas susurraron.

—Ahí va de nuevo.

—Humm..., no presta atención a nadie, como de costumbre.

Algunas jóvenes le saludaban con una inclinación de cabeza y luego se volvían hacia sus amigas y especulaban sobre el destino de Muka.

Éste caminó en línea recta, pasó de largo ante las callejas donde podría haber comprado los favores de las prostitutas de Okazaki, consideradas por muchos como una de las principales atracciones locales a lo largo de la carretera Tokaido. En el límite occidental de la ciudad, se detuvo y se estiró, dejando que el calor abandonara sus holgadas mangas. Delante de él corrían las rápidas aguas del río Yahagi y estaba el puente del mismo nombre, con sus 208 tramos, el más largo de la ruta Tókaidó. Caminó hacia el delgado personaje que le aguardaba junto al primer poste.

—¿Musashi?

Musashi sonrió a Matahachi, el cual vestía su túnica de sacerdote.

—¿Ha regresado el maestro? —le preguntó.

—No.

Cruzaron el puente hombro contra hombro. En una colina cubierta de pinos que se alzaba en la orilla opuesta había un antiguo templo Zen. Como la colina se llamaba Hachijó, el templo había recibido el nombre de Hachijoji. Subieron por la oscura cuesta ante el portal.

—¿Cómo te van las cosas? —le preguntó Musashi—. Practicar el Zen debe de ser difícil.

—Lo es —replicó Matahachi, inclinando con desaliento su cabeza rapada que, desprovista de cabello, tenía un tono azulado—. A menudo he pensado en huir. Si he de pasar por la tortura mental para convertirme en un ser humano decente, preferiría echarme un lazo corredizo alrededor del cuello y olvidarme de ello.

—No permitas que te venza el desánimo. Todavía sólo estás en los comienzos. Tu verdadero adiestramiento no comenzará hasta que hayas suplicado al maestro y persuadido de que te tome como discípulo.

■—Eso no siempre es posible. He aprendido a disciplinarme un poco. Y cada vez que me siento en baja forma, pienso en ti. Si tú eres capaz de superar tus dificultades, yo también debería poder superar las mías.

—Así es como debería ser. No hay ninguna razón para que no puedas hacer nada de lo que yo hago.

—Recordar a Takuan es una ayuda. De no haber sido por él, me habrían ejecutado.

—Si puedes resistir las penalidades, experimentarás un placer mayor que el dolor —le dijo Musashi seriamente—. Día y noche, hora tras hora, la gente es asaltada por oleadas de dolor y placer, una y otra vez. Si sólo intentan experimentar el placer, dejan de estar realmente vivos. Entonces el placer se evapora.

—Empiezo a comprender.

—Piensa en un simple bostezo. El bostezo de una persona que está trabajando con ahínco es diferente del bostezo de un hombre perezoso. Mucha gente se muere sin conocer el placer que puede aportar un bostezo.

—Humm. En el templo me hablan de un modo parecido.

—Confío en que pronto llegue el día en que pueda presentarte al maestro. También yo deseo pedirle orientación. Necesito saber más sobre el Camino.

—¿Cuándo crees que regresará?

—No es fácil saberlo, pues los maestros Zen a veces deambulan por el país como una nube durante dos o tres años a la vez. Ahora que estás aquí, deberías decidirte a esperarle hasta cuatro o cinco años, si es necesario.

—¿Tú también?

—Sí. Vivir en ese callejón, entre gentes pobres y honestas, es un buen entrenamiento, forma parte de mi educación. No es un tiempo perdido.

Tras abandonar Edo, Musashi había pasado por Atsugi. Entonces, inducido por las dudas sobre su futuro, se internó en las montañas de Tanzawa, de las que salió al cabo de dos meses más preocupado y ojeroso que nunca. Resolver un problema

sólo le conducía a otro. A veces se sentía tan torturado que su espada parecía un arma dirigida contra sí mismo.

Entre las posibilidades que había considerado estaba la de elegir la vía fácil. Si accedía a vivir de una manera cómoda y ordinaria con Otsü, la vida sería sencilla. Casi cualquier feudo estaría dispuesto a pagarle lo suficiente para mantenerse, quizá entre quinientas y mil fanegas. Pero cuando se lo planteaba, la respuesta era siempre negativa. Una existencia cómoda imponía restricciones y él no podía someterse a ellas.

En otras ocasiones, se sentía como perdido en unas ilusiones bajas y pusilánimes, como los demonios hambrientos en el infierno. Entonces, durante algún tiempo, su mente se aclaraba y podía entregarse al placer de su orgulloso aislamiento. En su corazón tenía lugar una lucha continua entre la luz y la oscuridad. Noche y día, oscilaba entre la exuberancia y la melancolía. Pensaba en su dominio de la espada y se sentía insatisfecho. Al reflexionar en lo largo que era el Camino, en lo lejos que estaba él todavía de la madurez, la angustia atenazaba su corazón. En otras ocasiones, la vida en la montaña le animaba y sus pensamientos se centraban en Otsü.

Al bajar de las montañas, fue a pasar unos días en el Yugyóji, - en Fujisawa, y luego se dirigió a Kamakura. Fue allí donde se encontró con Matahachi. Éste había tomado la firme resolución de no recaer en la indolencia, y se hallaba en Kamakura debido a que allí había muchos templos Zen, pero le atenazaba una desazón todavía más intensa que la de Musashi.

Su amigo de la infancia le tranquilizó.

—No es demasiado tarde. Si logras autodisciplinarte, podrás comenzar de nuevo. Lo peor que puedes hacer es decirte que todo ha terminado, que no sirves para nada. —Entonces se sintió obligado a añadir—■: A decir verdad, yo mismo he tropezado contra un muro. Hay ocasiones en las que me pregunto si tengo futuro, pues me siento completamente vacío. Es como estar confinado dentro de una cascara. Me odio a mí mismo, me digo que no sirvo para nada. Pero al recriminarme y obligarme a seguir adelante, logro romper esa cascara a patadas, y entonces un nuevo camino se abre ante mí.

»Créeme, esta vez se trata de una auténtica lucha. Forcejeo

dentro de la cascara, incapaz de hacer nada. He bajado de las montañas porque he recordado a una persona de la que estoy seguro que podría ayudarme.

La persona en cuestión era el sacerdote Gudó.

—Él es quien te ayudó al principio de tu búsqueda del Camino, ¿no es cierto? ¿No podrías presentármelo y pedirle que me acepte como discípulo?

Al principio, Musashi dudó de la sinceridad de Matahachi, pero tras enterarse de los infortunios que había sufrido en Edo, llegó a la conclusión de que hablaba en serio. Los dos preguntaron por Gudo en varios templos Zen, pero no lograron enterarse de su paradero. Musashi sabía que el sacerdote ya no estaba en el Myóshinji de Kyoto. Se había marchado varios años antes y había viajado durante algún tiempo por el este y el nordeste. También sabía que era un hombre muy errante, el cual podría estar en Kyoto, dando lecciones de Zen al emperador un día y al día siguiente deambulando por el campo. Se sabía que Gudo se había detenido varias veces en el Hachijóji de Okazaki, y un sacerdote sugirió que aquél podría ser el mejor lugar para esperarle.

Musashi y Matahachi estaban sentados en la pequeña cabaña donde dormía el segundo. Musashi le visitaba allí con frecuencia y conversaban hasta muy entrada la noche. Matahachi no estaba autorizado a utilizar el dormitorio del templo, el cual, como los demás edificios del Hachijóji, era una dependencia rústica, con tejado de paja, puesto que no había sido aceptado oficialmente como sacerdote.

—¡Ah, estos mosquitos! —exclamó Matahachi, aventando el humo del repelente de insectos y restregándose a continuación los ojos irritados—. Salgamos de aquí.

Se dirigieron al pabellón principal y se sentaron en el porche. El entorno estaba desierto y soplaba una fresca brisa.

—Esto me recuerda el Shippóji —dijo Matahachi, en un tono apenas audible.

—Tienes razón —convino Musashi.

Guardaron silencio, como siempre hacían en ocasiones

como aquélla, pues los pensamientos de su hogar les traían invariablemente recuerdos de Otsü u Osugi o acontecimientos de los que ninguno de ellos deseaba hablar por temor a perturbar su relación actual.

Pero al cabo de unos momentos, Matahachi dijo:

—La colina en la que se alza el Shippdji es más alta, ¿verdad? Pero aquí no hay ningún cedro antiguo. —Hizo una pausa, miró un instante el perfil de Musashi y añadió tímidamente—: Hay algo que quisiera pedirte, pero...

—¿Qué es ello?

—Se trata de Otsü... —empezó a decir Matahachi, pero se interrumpió en seguida. Cuando le pareció que la emoción no le impediría continuar, siguió diciendo—: Me pregunto qué estará haciendo ahora Otsü, qué habrá sido de ella. Últimamente pienso en ella a menudo, y le pido disculpas en mi corazón por lo que le hice. Me avergüenza admitirlo, pero en Edo la obligué a vivir conmigo. Sin embargo, no sucedió nada, pues ella se negó a permitir que la tocara. Supongo que después de que partiera a Sekigahara, Otsü debió de ser como una flor caída. Ahora es una flor que florece en un árbol distinto, en otro suelo.

La seriedad con que hablaba se reflejaba en su semblante y su voz era profunda.

—Takezo... no, Musashi: cástate con Otsü, te lo ruego. Eres la única persona que puede salvarla. Nunca había sido capaz de decir tal cosa, pero ahora que he decidido convertirme en un discípulo de Gudó, estoy resignado al hecho de que Otsü no es mía. Aun así, estoy preocupado por ella. ¿No la buscarás y le darás la felicidad que ella anhela?

Eran casi las tres de la madrugada cuando Musashi echó a andar por el oscuro sendero de montaña. Tenía los brazos cruzados y la cabeza gacha. Las palabras de Matahachi resonaban en sus oídos. La angustia parecía tirar de sus piernas. Se preguntó cuántas noches de tormento Matahachi habría soportado haciendo acopio del valor necesario para hablarle así. No obstante, a Musashi le parecía que su propio dilema era más complicado y doloroso.

Pensó que Matahachi confiaba en huir de las llamas del pasado para entrar en la frescura salvadora de la iluminación, tratando de encontrar, como un niño que nace, en el doble y misterioso dolor de tristeza y éxtasis una vida digna de ser vivida.

Musashi no había sido capaz de decirle: «No puedo hacer eso», y mucho menos «No quiero casarme con Otsü. Es tu prometida. Arrepíentete, purifica tu corazón y haz que te acepte de nuevo». Al final se había callado, pues cualquier cosa que hubiera dicho habría sido una mentira.

Matahachi le había suplicado fervientemente: «A menos que tenga la seguridad de que Otsü estará bien cuidada, no me servirá de nada convertirme en un discípulo. Tú eres quien me instó a adiestrarme y disciplinarme. Si eres amigo mío, salva a Otsü. Ésa es la única manera de salvarme a mí también».

Musashi se sorprendió cuando Matahachi perdió el dominio de sus emociones y se echó a llorar. No le había creído capaz de semejante hondura de sentimiento. Y cuando se levantó para marcharse, Matahachi le cogió de la manga y le imploró una respuesta. «Déjame pensar en ello», fue todo lo que Musashi pudo decirle. Ahora se maldecía a sí mismo por haber sido un cobarde y lamentaba la incapacidad de superar su inercia.

Musashi pensó entristecido que quienes no han sufrido esa dolencia del espíritu no pueden conocer la angustia que ocasiona. No se trataba simplemente de permanecer ocioso, que a menudo es un estado agradable, sino de querer con desesperación hacer algo y ser incapaz de hacerlo. Su mente y sus ojos parecían nublados y vacíos. Había ido tan lejos como podía en una dirección, y ahora se sentía impotente tanto para retroceder como para emprender un nuevo camino. Era como estar prisionero en un lugar inexistente. Su frustración engendraba dudas sobre sí mismo, recriminaciones y lágrimas.

Sentirse airado consigo mismo y recordar todo cuanto había hecho mal no le ayudaba lo más mínimo. Los primeros síntomas de su dolencia fueron lo que le hizo separarse de lori y Gonnosuke y cortar sus lazos con sus amigos de Edo. Pero su intención de romper la cascara antes de que estuviera bien for-

mada había fracasado. La cascara seguía allí, encerrando su yo vacío como la piel abandonada de una cigarra.

Siguió caminando, indeciso. El ancho cauce del río Yahagi apareció ante su vista, y notó en el rostro el fresco viento procedente del río.

De repente, advertido por un silbido penetrante, saltó a un lado. El proyectil pasó a cinco pies de él, y la detonación de un mosquete reverberó en el río. Musashi, contando dos segundos entre el paso de la bala y el sonido, calculó que el arma había sido disparada desde bastante distancia. Saltó bajo el puente y se aferró a un poste como un murciélago.

Transcurrieron varios minutos antes de que tres hombres bajaran corriendo por la colina Hachijó, como pinas que rodaran impulsadas por el viento. Cerca del extremo del puente, se detuvieron y empezaron a buscar el cuerpo. Convencido de que había dado en el blanco, el mosquetero arrojó la mecha. Vestía ropas más oscuras que los otros dos e iba enmascarado, de modo que sólo sus ojos eran visibles.

El cielo se había aclarado un poco y los adornos de latón en la culata del arma brillaban tenuemente.

Musashi no podía imaginar quiénes, entre las gentes de Okazaki, querrían su muerte. Cierto era que no faltaban los candidatos, pues en el transcurso de sus combates había derrotado a muchos hombres en quien aún podía arder el deseo de venganza. Había matado a muchos otros cuyas familias o amigos tal vez querían desquitarse.

Toda persona que siguiera el Camino de la Espada corría constantemente el peligro de que le mataran. Si escapaba por un pelo, lo más probable era que, por eso mismo, aumentarían sus enemigos o se creara un nuevo peligro. El peligro era la piedra de amolar con la que el espadachín afilaba su espíritu. Los enemigos eran maestros en el arte de la simulación y el disfraz.

La enseñanza del peligro a permanecer alerta incluso durmiendo, aprender de los enemigos en todo momento, usar la espada como un medio para dejar vivir a la gente, gobernar el reino, alcanzar la iluminación, compartir los propios goces en la vida con los demás..., todo ello era inherente al Camino de la Espada.

Mientras Musashi permanecía agazapado bajo el puente, la fría realidad de la situación le estimuló, y su languidez se evaporó. Respirando muy someramente, sin hacer el menor ruido, dejó que sus atacantes se aproximaran. Al no encontrar el cadáver, registraron el camino desierto y el espacio bajo el extremo del puente.

Musashi abrió mucho los ojos. Aunque vestían de negro, los hombres estaban provistos de espadas de samurai y calzaban bien. Los únicos samurais en el distrito eran los servidores de la casa de Honda en Okazaki y la Casa Owari de Tokugawa en Nagoya. Que él supiera, no tenía enemigos en ninguno de los dos feudos.

Uno de los hombres se agachó en las sombras y recuperó la mecha, la encendió y la agitó. Tales acciones hicieron pensar a Musashi que había más hombres al otro lado del puente. No podía moverse, por lo menos de momento. Si se mostraba, sería una invitación a recibir más disparos de mosquete. Aun cuando ganara la orilla opuesta, el peligro, tal vez un peligro mayor, le aguardaba allí. Pero tampoco podía permanecer donde estaba durante mucho más tiempo. Sabedores de que no había cruzado el puente, se le irían aproximando y lo más probable era que descubrieran su escondite.

El plan que debía poner en práctica cruzó por su mente como un relámpago. Su razonamiento no dependía de las teorías del Arte de la Guerra, que constituían la fibra de la intuición del guerrero adiestrado. Razonar una forma de ataque era un proceso dilatorio, que a menudo tenía como resultado la derrota en situaciones en las que la velocidad era esencial. El instinto del guerrero no debía confundirse con el instinto animal. Como una reacción visceral, procedía de una combinación de sabiduría y disciplina. Era un razonamiento fundamental que iba más allá de la razón, la capacidad de efectuar el movimiento correcto en una fracción de segundo sin necesidad de pasar por el proceso del pensamiento.

—¡Es inútil que intentéis esconderos! —gritó—. ¡Si me estáis buscando, aquí estoy!

El viento era ahora bastante fuerte, y no estaba seguro de si sus atacantes oirían su voz o no.

La respuesta fue otro disparo. Por supuesto, Musashi ya no estaba allí. Mientras la bala todavía volaba, él saltó nueve pies más cerca del extremo del puente.

Se precipitó en medio de ellos. Los hombres se separaron ligeramente, enfrentándose a él desde tres direcciones, pero totalmente faltos de coordinación. Musashi golpeó hacia abajo al hombre del centro con su espada larga, al tiempo que daba un tajo lateral con la espada corta al hombre situado a su izquierda. El tercer hombre huyó a través del puente, corrió, tropezó y saltó por encima del pretil.

Musashi siguió caminando, manteniéndose a un lado y deteniéndose de vez en cuando para escuchar. Al ver que no sucedía nada más, regresó a casa y se acostó.

A la mañana siguiente dos samurais se presentaron en su casa. La entrada estaba llena de sandalias infantiles, por lo que dieron la vuelta hasta la puerta trasera.

—¿Eres el sensei Muka? —le preguntó uno de ellos—. Pertenecemos a la Casa de Honda.

Musashi alzó la vista de lo que estaba escribiendo y respondió:

—Sí, soy Muka.

—¿Es tu verdadero nombre Miyamoto Musashi? En caso afirmativo, no intentes ocultarlo.

—Soy Musashi.

—Creo que conoces a Watari Shima.

—Me temo que no.

—Dice que ha asistido a dos o tres certámenes de poemas haiku en los que estabas presente.

—Ahora que lo mencionas, sí, en efecto, le recuerdo. Nos conocimos en casa de un amigo mutuo.

—Shima quisiera saber si te placería ir a pasar una velada con él.

—Si busca a alguien con quien componer haikus, no soy la persona adecuada. Si bien es cierto que he sido invitado a tales certámenes, soy un hombre sencillo con muy poca experiencia en ese arte.

—Creo que está interesado en hablar contigo de artes marciales.

Los discípulos de Musashi miraban preocupados a los dos samurais. Durante unos instantes, Musashi también los miró fijamente, y finalmente respondió:

—En ese caso, será un placer visitarle. ¿Cuándo he de ir?

—¿Podría ser esta noche?

—De acuerdo.

—Enviaré un palanquín para que te lleve a su casa.

—Es muy amable por su parte. Estaré esperando.

Una vez los samurais se hubieron marchado, el maestro se volvió hacia sus alumnos.

—Bueno, muchachos, no debéis ceder a la tentación de distraeros. Volved al trabajo. Miradme. También yo estoy practicando. Tenéis que concentraros tan completamente que ni siquiera oigáis hablar a la gente o el chirrido de las cigarras. Si sois perezosos de jóvenes, os volveréis como yo y tendréis que practicar cuando seáis adultos.

Se echó a reír y miró a su alrededor las caras y manos manchadas de tinta de los chiquillos.

Cuando llegó el crepúsculo, se puso un hakama y se preparó para partir. En el momento en que estaba tranquilizando a la esposa del vendedor de pinceles, asegurándole que no le ocurriría nada, llegó el palanquín, no el sencillo, un simple cesto, que abundaba en la ciudad, sino una silla de manos lacada, a la que acompañaban dos samurais y tres servidores.

Los vecinos, asombrados ante aquella escena, se apiñaron alrededor y susurraron entre ellos. Los niños llamaron a sus amigos y charlaron excitados.

—Sólo los grandes personajes viajan en palanquines como ése.

—Nuestro maestro debe de ser alguien.

—¿Adonde va?

—¿Crees que volverá?

Los samurais cerraron la portezuela del palanquín, apartaron a la gente del camino y se pusieron en marcha.

Aunque no sabía qué le esperaba, Musashi sospechaba que existía una relación entre la invitación y el incidente en el

puente de Yahagi. Tal vez Shima iba a reconvenirle por haber matado a dos samurais de Honda. También era posible que Shima fuese la persona que estuvo detrás del espionaje y el ataque por sorpresa y que ahora estuviera dispuesto a enfrentarse abiertamente a Musashi. Como no creía que nada bueno pudiera salir de la reunión de aquella noche, Musashi se resignó a encararse a una situación difícil. Las especulaciones no le llevarían muy lejos. El Arte de la Guerra exigía que descubriera cuál era su posición y actuara en consonancia.

El palanquín oscilaba suavemente, como un barco en el mar. Musashi oyó el sonido del viento entre los pinos y pensó que debían de encontrarse en el bosque, cerca del muro norte del castillo. No parecía un hombre preparado para un ataque impredecible. Con los ojos semicerrados, aparentaba dormir.

Cuando se abrió la puerta enrejada del castillo, los porteadores avanzaron más despacio y los samurais hablaron en tonos más bajos. Pasaron junto a faroles de llamas oscilantes y llegaron a las dependencias del castillo. Cuando Musashi bajó del palanquín, los sirvientes le acompañaron en silencio pero cortésmente a un pabellón abierto. Dado que las persianas estaban enrolladas en los cuatro costados, la brisa penetraba en agradables oleadas. Las llamas de los faroles se empequeñecían y agrandaban al capricho del viento. La noche veraniega era muy calurosa, pero allí no se tenía la menor sensación de bochorno.

—Soy Watari Shima —le dijo su anfitrión, un típico samurai Mikawa, robusto, viril, alerta pero no de un modo ostensible, sin revelar el menor signo de debilidad.

—Yo soy Miyamoto Musashi. —Una inclinación de cabeza acompañó a la respuesta igualmente sencilla.

Shima devolvió la reverencia y dijo:

—Acomódate, por favor. —Entonces, sin la menor formalidad, fue directamente al grano—: Me han dicho que anoche mataste a dos de nuestros samurais. ¿Es eso cierto?

—Sí, lo es. —Musashi miró directamente a los ojos de Shima.

—Te debo una disculpa —dijo Shima seriamente—. Hoy me he enterado del incidente, cuando me han informado de las

muertes. Ha habido una investigación, por supuesto. Aunque conocía tu nombre desde hace largo tiempo, ignoraba que vieras en Okazaki.

»En cuanto al ataque, me han dicho que te disparó un grupo de hombres, uno de los cuales es discípulo de Miyake Gumbei, experto en artes marciales del estilo Tógun.

Musashi no percibió subterfugio alguno, aceptó las palabras de Shima en su sentido literal y el relato fue desgranándose gradualmente. El discípulo de Gumbei era uno de varios samurais de Honda que habían estudiado en la escuela Yoshioka. Los agitadores que había entre ellos se reunieron y decidieron matar al hombre que había puesto fin a la gloria de la escuela Yoshioka.

Musashi sabía que el nombre de Yoshioka Kempo era todavía reverenciado en todo el país. En el oeste de Japón, sobre todo, habría sido difícil encontrar un feudo donde no hubiera algún samurai que no hubiera estudiado en su escuela. Musashi le dijo a Shima que comprendía su odio hacia él, pero que lo consideraba como una animosidad personal más que una razón legítima para vengarse, de acuerdo con el Arte de la Guerra.

Shima pareció estar de acuerdo.

—He convocado a los supervivientes y les he amonestado. Confío en que nos perdones y olvides el incidente. También Gumbei está muy disgustado. Si no te importa, me gustaría presentártelo. Está deseoso de disculparse ante ti.

—Eso no es necesario. Lo sucedido ha sido un incidente normal para cualquier hombre entregado a las artes marciales.

—Aun así..

—Bien, dejemos de lado las excusas. Pero si desea que hablemos del Camino, será un placer para mí conocerle. Su nombre me resulta familiar.

Enviaron a un hombre en busca de Gumbei, y, una vez efectuadas las presentaciones, la conversación giró sobre las espadas y el arte de la esgrima.

—Me gustaría que me hablaras del estilo Togun —le dijo Musashi—. ¿Es una creación tuya?

—No —replicó Gumbei—. Lo aprendí de mi maestro, Kawasaki Kaginosuke, de la provincia de Echizen. Según el ma-

nual que me dio, lo desarrolló cuando vivía como un ermitaño en el monte Hakuun, en Kozuke. Parece haber aprendido muchas de sus técnicas de un monje de la secta Tendai llamado Togumbo... Pero hábame de ti. He oído mencionar tu nombre infinidad de veces, y tenía la impresión de que eras mayor. Ya que estás aquí, me pregunto si me favorecerías con una lección. —El tono era amistoso. Sin embargo, aquello era una invitación a combatir.

—En alguna otra ocasión —replicó Musashi en tono ligero—. Ahora ya debo marcharme. La verdad es que no conozco el camino de regreso a casa.

—Cuando te marches, enviaré a alguien contigo —dijo Shima.

—Al enterarme de que habían derribado a dos hombres, fui allí a echar un vistazo —dijo Gumbei—. Observé que no podía relacionar las posiciones de los cuerpos con sus heridas, por lo que interrogué al hombre que escapó. La impresión de éste fue que habías usado dos espadas al mismo tiempo. ¿Es posible que eso sea cierto?

Musashi sonrió y dijo que nunca había hecho tal cosa de una manera consciente. Consideraba lo que hacía como luchar con un cuerpo y una espada.

—No deberías ser tan modesto —dijo Gumbei—. Habíanos de ello. ¿Cómo practicas? ¿Cuáles deben ser los pesos para que uses dos espadas libremente?

Musashi comprendió que no podría marcharse antes de que diera alguna clase de explicación, y miró a su alrededor. Sus ojos se posaron en dos mosquetes situados en el receso de la pared, y pidió que se los prestaran. Shima le dio permiso y Musashi se colocó en el centro de la sala sujetando las dos armas por los cañones, una en cada mano. Alzó una rodilla y dijo:

—Dos espadas son como una espada. Una espada es como dos espadas. Nuestros brazos están separados, pero ambos pertenecen al mismo cuerpo. En todas las cosas, el razonamiento fundamental no es dual sino singular. Todos los estilos y todas las facciones son iguales en este aspecto. Os lo mostraré.

Pronunció estas palabras espontáneamente, y cuando terminó alzó un brazo y dijo: «Con vuestro permiso». Entonces

empezó a hacer girar los mosquetes. Las armas giraron como devanaderas, produciendo un pequeño torbellino. Los dos hombres que lo contemplaban palidecieron. Musashi se detuvo y se llevó los codos a los costados. Fue al receso de la pared y dejó allí los mosquetes. Se rió quedamente y dijo:

—Tal vez eso os ayudará a comprender.

Sin ofrecer más explicaciones, hizo una reverencia a su anfitrión y se despidió. Shima estaba tan pasmado que se olvidó de pedir a alguien que acompañara a Musashi a su casa.

Una vez fuera del portal, Musashi se volvió para echar un último vistazo, aliviado por haberse librado de Watari Shima. Aún desconocía las verdaderas intenciones de aquel hombre, pero una cosa estaba clara. No sólo conocía su identidad, sino que se había visto envuelto en un incidente. Lo más sensato sería abandonar Okazaki aquella misma noche.

Estaba pensando en la promesa que le había hecho a Matahachi de esperar el regreso de Gudó, cuando avistó las luces de Okazaki y una voz le llamó desde un pequeño santuario a un lado del camino.

—Musashi, soy yo, Matahachi. Estábamos preocupados por ti, así que hemos venido aquí a esperarte.

—¿Preocupados? —inquirió Musashi.

—Hemos ido a tu casa. Tu vecina nos ha dicho que ciertos hombres te han estado espiando recientemente.

—¿Por qué hablas en plural?

—El maestro ha regresado hoy.

Gudó estaba sentado en la terraza del santuario. Era un hombre de semblante fuera de lo corriente, su piel tan negra como la de una cigarra gigante, sus ojos hundidos brillantes bajo las altas cejas. Parecía tener entre cuarenta y cincuenta años, pero sería imposible adivinar con cierta precisión la edad de semejante hombre. Delgado pero membrudo, tenía una voz resonante.

Musashi fue a su encuentro, se arrodilló y aplicó la cabeza al suelo. Gudó le contempló en silencio durante uno o dos minutos.

—Ha pasado mucho tiempo —le dijo.

Musashi alzó la cabeza y dijo quedamente:

—Muchísimo tiempo.

Gudó o Takuan... Desde hacía mucho, Musashi estaba convencido de que sólo uno u otro de aquellos dos hombres podría sacarle del callejón sin salida en que se encontraba actualmente. Por fin, tras esperar todo un año, allí estaba Gudó. Contempló el rostro del sacerdote como podría contemplar la luna en una noche oscura.

—¡Sensei! —gritó de súbito vigorosamente.

—¿Qué es ello?

Gudó no tenía necesidad de preguntarlo. Sabía lo que Musashi deseaba, previéndolo como una madre adivina las necesidades de su hijo.

Musashi volvió a aplicar la cabeza en el suelo y dijo:

—Han pasado casi diez años desde que estudié contigo.

—¿Tanto tiempo ha pasado?

—Sí, pero incluso después de todos esos años, dudo de que mi avance por el Camino sea mensurable.

—Todavía hablas como un chiquillo, ¿eh? No podrías haber llegado muy lejos.

—Estoy lleno de remordimientos.

—¿De veras?

—Mi adiestramiento y mi autodisciplina han logrado muy poco.

—Siempre hablas de esas cosas. Mientras lo hagas, será fútil.

—¿Qué ocurriría si abandonara?

—Volverías a estar enmarañado. Serías una basura humana, peor incluso que antes, cuando no eras más que un necio ignorante.

—Si abandono el Camino, caeré en un abismo. Sin embargo, cuando intento avanzar hacia la cumbre, descubro que no estoy a la altura de la tarea. A medio camino oscilo con el viento, y no soy ni el espadachín ni el ser humano que quiero ser.

—Eso parece resumirlo todo.

—No puedes saber hasta qué punto me he sentido desesperado. ¿Qué debo hacer? ¡Dímelo! ¿Cómo puedo liberarme de la inacción y la confusión?

—¿Por qué me lo preguntas? Sólo puedes confiar en ti mismo.

—Permíteme que me siente de nuevo a tus pies y reciba tu reconvención. Yo y Matahachi. O dame un golpe con tu bastón para despertarme de este oscuro vacío. Te lo ruego, sensei, ayúdame. —Musashi no había alzado la cabeza. No vertía lágrimas, pero tenía la voz ahogada.

Gudó, sin conmoverse lo más mínimo, dijo:

—Ven, Matahachi.

Y juntos se alejaron del santuario.

Musashi corrió en pos del sacerdote, le agarró de la manga, le suplicó y rogó.

El sacerdote sacudió la cabeza en silencio. Al ver que Musashi insistía, le dijo:

—¡De ninguna manera! —Y entonces añadió, airado—: ¿Qué puedo decirte? ¿Qué más puedo darte? Solamente un puñetazo en la cabeza.

Agitó el puño en el aire, pero no lo descargó.

Musashi le soltó la manga y se dispuso a decir algo más, pero el sacerdote se alejó rápidamente, sin detenerse para mirar atrás.

Matahachi, al lado de Musashi, le dijo:

—Cuando le vi en el templo y le expliqué nuestros sentimientos y por qué queríamos convertirnos en sus discípulos, apenas me escuchó. Cuando terminé, respondió: «¿Ah, sí?», y me dijo que yo podía seguir y servirle. Tal vez si nos sigues, cuando parezca estar de buen humor, podrás pedirle lo que quieres.

Gudo se volvió y llamó a Matahachi.

—Ya voy —dijo éste—. Haz lo que te digo —aconsejó a Musashi, antes de correr para alcanzar al sacerdote.

Musashi, pensando que perder nuevamente de vista a Gudo sería fatal, decidió seguir el consejo de Matahachi. En el flujo del tiempo universal, una vida humana de sesenta o setenta años tenía sólo la duración de un relámpago. En ese breve periodo de tiempo él había tenido el privilegio de conocer a un hombre como Gudó, y sería una necedad dejar pasar la ocasión.

«Es una oportunidad sagrada», se dijo. Cálidas lágrimas se agolparon en las comisuras de sus ojos. Tenía que seguir a Gu-

do hasta el fin del mundo si fuese necesario, perseguirle hasta que escuchara de sus labios la palabra que anhelaba.

Gudo se alejó de la colina Hachijó, aparentemente como si ya no le interesara el templo que se alzaba allí. Su corazón ya había empezado a fluir con el agua y las nubes. Cuando llegó al Tókaidó, giró al oeste, en dirección a Kyoto.

18 El círculo

El maestro Zen enfocaba el viaje de una manera caprichosamente excéntrica. Un día lluvioso permaneció la jornada entera en la posada, y Matahachi le aplicó un tratamiento de moxa. En la provincia de Mino se detuvieron siete días en el Daisenji, y luego pasaron unos días más en un templo Zen de Hikone. Así pues, se acercaron con mucha lentitud a Kyoto.

Musashi dormía allí donde encontraba un lugar para hacerlo. Cuando Gudó pernoctaba en una posada, él pasaba la noche al aire libre o en otra posada. Si el sacerdote y Matahachi hacían un alto en un templo, Musashi se refugiaba bajo un árbol. Las privaciones no eran nada comparadas con su necesidad de escuchar una palabra de Gudó.

Una noche, en el exterior de un templo junto al lago Biwa, de repente se dio cuenta de que había llegado el otoño, se miró a sí mismo y vio que parecía un mendigo. Su cabello, por supuesto, semejava un nido de ratas, puesto que había resuelto no peinarse hasta que el sacerdote se ablandara. Hacía semanas que no se lavaba ni afeitaba. Sus ropas se habían convertido rápidamente en jirones y parecían corteza de pino que resregara su piel.

Tenía la sensación de que las estrellas estaban a punto de caer del cielo. Miró su estera de juncos y se dijo: «¡Qué necio

soy!»). De repente, su actitud le pareció demencial, y se echó a reír amargamente. Se había dedicado a su objetivo tercamente y en silencio, pero ¿qué buscaba en el maestro Zen? ¿Era imposible ir por la vida sin torturarse de aquella manera? Incluso empezó a apiadarse de los piojos que habitaban su cuerpo.

Gudó había declarado de manera inequívoca que no tenía nada que ofrecerle. No era razonable que le presionara para obtener algo que el hombre no poseía, era erróneo guardarle rencor, aun cuando le mostrara menos consideración de la que podría haber mostrado por un perro extraviado en el camino.

Musashi miró el cielo a través de las greñas que le colgaban sobre los ojos. No había duda alguna: era una luna otoñal. Pero los mosquitos... Su piel, ya salpicada de ronchas rojizas, había perdido la sensibilidad a las picaduras de los insectos.

Estaba totalmente dispuesto a admitir que algo escapaba a su comprensión, pero tenía la seguridad de que se trataba de una sola cosa. Si pudiera averiguar qué era, su espada quedaría liberada de sus ataduras. Todo lo demás se resolvería en un instante. Pero siempre, cuando estaba a punto de comprender qué era, finalmente se le escapaba.

Si su búsqueda del Camino tenía que terminar allí, prefería morir, pues no veía nada más por lo que mereciera la pena vivir. Se estiró bajo el tejado del portal. No pudo conciliar el sueño y se preguntó de nuevo qué podría ser lo que necesitaba. ¿Una técnica de esgrima? No, no sólo eso. ¿Un secreto para progresar en el mundo? No, algo más que eso. ¿Una solución al problema de Otsü? No, pues ningún hombre podría sentirse tan desdichado por el amor de una mujer. Tenía que ser una sola respuesta que lo abarcara todo y que, no obstante, a pesar de su magnitud, no fuese mayor que una semilla de amapola.

Envuelto en su estera, parecía una oruga. Se preguntó si Matahachi dormiría bien. Al compararse con su amigo, sentía envidia de él. Los problemas de Matahachi no parecían incapacitarle, mientras que Musashi siempre parecía buscarse nuevos problemas con los que torturarse.

Su mirada se posó en una placa que colgaba de un poste de portal. Se levantó y se acercó para verla mejor. A la luz de la luna, leyó:

*Intenta, te lo ruego, hallar la fuente fundamental. A
Pai-yün le conmovieron los méritos de Pai-ch'ang;
Hu-ch'iu suspiró por las enseñanzas que dejó Pai-yün.
Como nuestros grandes predecesores, no nos limitemos
a separar las hojas ni nos preocupemos sólo por las
ramas.*

El texto parecía ser una cita del Testamento de Daito Kokushi, el fundador del Daitokuji.

Musashi releyó los dos últimos versos. Hojas y ramas... ¿Cuánta gente se desviaba de su rumbo por cosas irrelevantes? ¿No era él mismo un ejemplo? Aunque ese pensamiento parecía aligerar su carga, sus dudas no desaparecían. ¿Por qué no le obedecía su espada? ¿Por qué sus ojos se apartaban del objetivo fijado? ¿Qué le impedía alcanzar la serenidad?

De alguna manera, todo parecía absolutamente innecesario. Sabía que cuando uno había seguido el Camino hasta tan lejos como le era posible, la vacilación se apoderaba de él y era atacado por la inquietud..., hojas y ramas. ¿Cómo sería posible salir de ese ciclo? ¿Cómo llegaba uno a su núcleo y lo destruía?

Me río de mis diez años de peregrinaje-la túnica
andrajosa, el sombrero roto, llamando a las puertas
de los templos Zen.

En realidad, la Ley de Buda es sencilla:
Come tu arroz, bebe tu té, viste tus ropas.

Musashi recordó estos versos escritos por Gudó en cierta ocasión en que se burlaba de sí mismo. Gudo tenía más o menos la misma edad que Musashi tenía ahora cuando los compuso.

Cuando Musashi visitó el Myóshinji por primera vez, el sacerdote casi le echó por la puerta a patadas. «¿Qué extraña manera de pensar te ha traído a mi casa?», le preguntó a gritos. Pero Musashi insistió y más adelante, cuando logró su admisión, Gudó le obsequió con sus irónicos versos. Y se rió de él, diciéndole lo mismo que le había dicho unas semanas atrás: «Siempre estás hablando... Es fútil».

Absolutamente desalentado, Musashi abandonó la idea de dormir y caminó alrededor del portal. En aquel momento vio que dos hombres salían del templo.

Gudó y Matahachi caminaban con una rapidez inusitada. Tal vez les habían llamado con urgencia desde el Myóshinji, el templo central de la secta de Gudo. En cualquier caso, pasó ante los monjes reunidos para despedirle y se encaminó directamente al puente Kara, en Seta.

Musashi le siguió, a través de la población de Sakamoto, que estaba dormida. Los talleres de impresión de grabados en madera, las verdulerías, incluso las bulliciosas posadas, todo estaba herméticamente cerrado. La única presencia era la de la luna espectral.

Al salir de la ciudad, subieron al monte Hiei, pasaron ante el Miidera y el Sekiji, envueltos en velos de niebla. Casi no se encontraron con nadie a lo largo del camino. Cuando llegaron al puerto de montaña, Gudo se detuvo y le dijo algo a Matahachi. Por debajo de ellos se extendía Kyoto, y en la otra dirección la tranquila extensión del lago Biwa. Aparte de la luna, todo tenía una calidad de mica, era un mar de suave bruma plateada.

Cuando Musashi llegó al puerto, pocos minutos después, se sorprendió al encontrarse a sólo unos pocos pies del maestro. Sus miradas se cruzaron por primera vez en varias semanas.

Gudó no dijo nada. Musashi tampoco.

«Ahora..., tiene que ser ahora», pensó Musashi. Si el sacerdote iba a un lugar tan lejano como el Myoshinji, debería esperar muchas semanas para tener la oportunidad de volver a verle.

—Por favor, señor —le dijo.

Con el pecho agitado, torciendo el cuello, su voz sonaba como la de un niño asustado que intenta decirle a su madre algo que en realidad no quiere decir. Avanzó tímidamente.

El sacerdote no se dignó preguntarle qué quería. Su rostro podría haber sido el de una estatua de laca. Sólo resaltaba el blanco de los ojos, que miraban airadamente a Musashi.

—Por favor, señor... —Musashi, ajeno a todo salvo al ardiente impulso que le hacía avanzar, se arrodilló e inclinó la cabeza—. Una palabra de sabiduría. Sólo una palabra...

Esperó durante tan largo rato que le parecieron horas. Cuando no pudo retenerse más, empezó a renovar su súplica.

—He oído todo eso —le interrumpió Gudo—. Matahachi habla de ti cada noche. Sé todo cuanto hay que saber, incluso acerca de la mujer.

Sus palabras eran como esquirlas de hielo. Musashi no habría podido levantar la cabeza aunque lo hubiese querido.

—¡Matahachi, dame un palo!

Musashi cerró los ojos con fuerza, preparándose para recibir el golpe, pero en vez de golpearle, Gudo trazó un círculo a su alrededor. Sin decir otra palabra, arrojó el palo y dijo: «Vamonos, Matahachi». Los dos se alejaron rápidamente.

Musashi estaba enfurecido. Tras las semanas de cruel mortificación que había soportado, en un sincero esfuerzo por recibir una enseñanza, la negativa de Gudo era mucho más que una falta de compasión. Era un hombre brutal, sin corazón. Estaba jugando con la vida de un hombre.

■—¡Puerco sacerdote!

Contempló ferozmente a la pareja que se alejaba, apretando con fuerza los labios, el ceño fruncido.

«Ni una sola cosa.» Reflexionó en estas palabras de Gudo y llegó a la conclusión de que eran engañosas. Sugerían que el hombre tenía algo que ofrecer cuando, en realidad, no había «una sola cosa» en su estúpida cabeza.

«Espera y verás —pensó Musashi—. ¡No te necesito!» No confiaría en nadie. En última instancia, no había nadie en quien pudiera confiar salvo en sí mismo. Era un hombre, de la misma manera que Gudo era un hombre y como lo habían sido todos los maestros anteriores.

Se levantó, impulsado a medias por su cólera. Contempló la luna durante varios minutos, pero cuando la cólera remitió, su mirada se posó en el círculo. Todavía dentro de él, recorrió su perímetro. Mientras lo hacía, recordó el palo que no le había golpeado.

«¿Un círculo? ¿Qué podría significar?» Dejó que sus pensamientos fluyeran.

Una línea perfectamente redonda, sin principio ni fin, sin ninguna desviación. Si se expandiera infinitamente, se conver-

tiría en el universo. Si se contraía, sería igual al punto infinitesimal en el que residía su alma. Su alma era redonda. El universo era redondo. No eran dos, sino uno. Una entidad..., él mismo y el universo.

Desenvainó su espada, con un ruido metálico, y la sostuvo en diagonal. Su sombra parecía el símbolo del sonido «o» en el silabario katakana [t]. El círculo universal seguía siendo el mismo. Y por idéntica razón, él mismo no había cambiado. Lo único que había cambiado era la sombra.

«Sólo una sombra —pensó—. La sombra no es mi yo real.» El muro contra el que había estado golpeándose la cabeza era una mera sombra, la sombra de su mente confusa.

Alzó la cabeza y un grito tremendo salió de sus labios.

Desenvainó la espada corta con la mano izquierda. La sombra cambió de nuevo, pero la imagen del universo no varió ni una pizca. Las dos espadas eran una sola, y formaban parte del círculo.

Exhaló un hondo suspiro. Sus ojos se habían abierto. Miró de nuevo la luna y vio que podía considerar su gran círculo idéntico a la espada o el alma de alguien que pisa la tierra.

—Sensei! —exclamó, echando a correr en pos de Gudó.

No quería nada más del sacerdote, pero le debía una disculpa por haberle detestado con tanta vehemencia.

Tras una docena de pasos, se detuvo. «Son sólo hojas y ramas», pensó.

19 El azul de Shikama

—¿Está Otsu aquí?

—Sí, aquí estoy.

Un rostro apareció por encima del seto.

—Eres el comerciante de cáñamo Mambei, ¿no es cierto?
—le preguntó Otsü.

—Así es. Siento molestarte cuando estás tan ocupada, pero he oído ciertas noticias que podrían interesarte.

—Entra —le dijo ella, haciendo un gesto hacia la puerta de madera en la valla.

Como era evidente por los paños colgados de ramas y palos, la casa pertenecía a uno de los tintoreros que fabricaban el recio tejido conocido en todo el país como «azul de Shikama». El procedimiento consistía en sumergir el paño en tinte añil varias veces y golpearlo en un gran mortero después de cada inmersión. El hilo se saturaba de tinte hasta tal punto que la tela se desgastaba antes de que el color se hubiera desvaído.

Otsü aún no estaba acostumbrada a manejar el mazo, pero trabajaba con ahínco y tenía los dedos manchados de azul. En Edo, tras enterarse de que Musashi se había ido, visitó las residencias de Hójó y Yagyü, y luego partió de inmediato nuevamente en su busca. El verano anterior, en Sakai, había subido a bordo de uno de los barcos de Kobayashi Tarozaemon y llegó

hasta Shikama, un pueblo de pescadores situado en el estuario triangular donde el río Shikama desemboca en el Mar Interior.

Otsü recordó que su nodriza se había casado con un tintorero de Shikama, la buscó y ahora vivía con ella. Como la familia era pobre, Otsü se sintió obligada a echarles una mano en los trabajos de tinte, que eran el cometido de las jóvenes solteras. Éstas solían cantar mientras trabajaban, y los aldeanos decían que, por el sonido de la voz de una chica, podían saber si estaba enamorada de uno de los jóvenes pescadores.

Tras lavarse las manos y enjugarse el sudor de la frente, Otsü invitó a Mambei a sentarse y descansar en la terraza.

Él declinó el ofrecimiento con un gesto de la mano y le preguntó:

—Eres del pueblo de Miyamoto, ¿verdad?

—Sí.

—Suelo ir por allá por negocios, para comprar cáñamo, y el otro día oí un rumor...

—¿Sí?

—Acerca de ti.

—¿De mí?

—También oí sobre un hombre llamado Musashi.

—¿Musashi? —Otsü sintió que el corazón le daba un vuelco y se sonrojó.

Mambei soltó una risita. Aunque ya era otoño, el calor del sol seguía siendo intenso. El hombre dobló una toalla de mano, se la puso sobre la cabeza y se acuclilló.

—¿Conoces a una mujer llamada Ogin? —le preguntó.

—¿Te refieres a la hermana de Musashi?

Mambei asintió vigorosamente.

—Tropecé con ella en el pueblo de Mikazuki, en Sayo, y mencioné tu nombre. Pareció muy sorprendida.

—¿Le dijiste dónde estoy?

—Sí, no vi ningún daño en ello.

—¿Dónde vive ahora?

—Vive con un samurai llamado Hirata, creo que es pariente suyo. Dijo que le gustaría mucho verte, y repitió varias veces cuánto te echaba de menos y lo mucho que tiene que contarte.

Añadió que parte de ello es secreto. Creí que iba a echarse a llorar.

Los ojos de Otsü se enrojecieron.

—En medio del camino no hay ningún sitio para escribir una carta, claro, así que me pidió que viniera a decirte que vayas a Mikazuki. A ella le gustaría venir aquí, pero ahora no puede viajar. —Mambei hizo una pausa antes de proseguir—. No entró en detalles, pero dijo que había recibido noticias de Musashi.

El hombre añadió que viajaría a Mikazuki al día siguiente y le sugirió que fuese con él.

Aunque Otsü tomó una decisión de inmediato, pensó que debía consultar con la esposa del tintorero.

—Te lo haré saber esta noche —le dijo.

—Muy bien. Si decides ir, deberemos partir temprano.

Con el murmullo del mar al fondo, la voz del hombre sonaba especialmente fuerte, e incluso la suave respuesta de Otsü pareció más bien chillona.

Cuando Mambei cruzó el portal, un joven samurai que había estado sentado en la playa, restregando un puñado de arena, se levantó y observó al hombre que se alejaba con mirada penetrante, como para verificar lo que pensaba de él. Bien vestido y tocado con un sombrero de paja que tenía la forma de una hoja de ginkgo, parecía tener unos dieciocho o diecinueve años. Cuando perdió de vista al comerciante de cáñamo, se volvió y contempló la casa del tintorero.

A pesar de la excitación causada por la noticia de Mambei, Otsü cogió el mazo y reanudó su faena. Los sonidos de otros mazos, acompañados por canciones, flotaban en el aire. Ningún sonido salía de los labios de Otsü mientras trabajaba, pero en su corazón había una canción de amor para Musashi. Entonces recitó en silencio un poema de una antología antigua:

Desde nuestro primer encuentro, mi
amor ha sido más profundo que el
de los demás, aunque no iguales las
tonalidades del paño de Shikama.

Estaba segura de que si visitaba a Ogin, sabría dónde se encontraba Musashi. Y Ogin también era una mujer. Le sería fácil expresarle sus sentimientos.

Los golpes de su mazo se hicieron lentos hasta reducirse a un ritmo casi lánguido. Otsü se sentía más feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Comprendía los sentimientos del poeta. A menudo el mar parecía melancólico y extraño, pero aquel día era deslumbrante, y las olas, aunque suaves, parecían rebosantes de esperanza.

Colgó el paño en un alto palo de secar y, con el corazón todavía risueño, cruzó el portal abierto. Por el rabillo del ojo vio al joven samurai que paseaba despacio por la orilla del mar. Otsü no sabía quién era, pero por algún motivo llamó su atención, y no reparó en nada más, ni siquiera en un pájaro que aprovechaba para su vuelo la brisa salobre.

Su destino no estaba muy lejano. Incluso una mujer podía recorrer la distancia sin demasiada dificultad, haciendo un solo alto en el camino. Era casi mediodía.

—Me sabe mal haberte causado tantas molestias —dijo Otsü.

—No te preocupes —replicó Mambei—. Parece que tienes una buena andadura.

—Estoy acostumbrada a viajar.

—Tengo entendido que has estado en Edo. Eso está muy lejos para una mujer que viaja sola.

—¿Te lo ha dicho la mujer del tintorero?

—Sí. Me he enterado de todo. La gente de Miyamoto también habla de ello.

—Vaya —dijo Otsü, frunciendo levemente el ceño—. Es embarazoso.

—No tienes por qué azorarte. Si amas tanto a una persona, nadie puede decir si eres digna de felicitación o de lástima. Pero me parece que ese Musashi es un tanto frío de corazón.

—Qué va, no lo es en absoluto.

—¿No le guardas rencor por su manera de comportarse?

—Soy yo la culpable. Su adiestramiento y disciplina son sus únicos intereses en la vida, y no puedo resignarme a eso.

—No veo nada malo en tus sentimientos.
—Pero me parece que le he causado demasiados problemas.
—Humm. Mi mujer debería oírte decir eso. Así es como deberían ser las mujeres.

—¿Está casada Ogin? —inquirió Otsü.

—¿Ogin? Pues no estoy del todo seguro —dijo Mambei, y cambió de tema—. Allí hay una casa de té. Descansemos un poco.

Entraron en el establecimiento y pidieron té para acompañar sus cajas de comida. Cuando estaban terminando, unos mozos de caballos y porteadores que pasaban por allí se dirigieron a Mambei con familiaridad.

—Eh, tú, ¿por qué no te dejas caer hoy en la timba de Handa? Todo el mundo se queja..., el otro día te largaste con todo nuestro dinero.

Un tanto confuso, el hombre les respondió a gritos, como si no les hubiera entendido:

—Hoy no necesito para nada vuestros caballos. —Entonces se dirigió a Otsü y le dijo rápidamente—: ¿Nos vamos ya?

Cuando salían precipitadamente del local, uno de los mozos de caballos dijo:

—No es de extrañar que se nos quite de encima. ¡Echad un vistazo a la chica!

—Voy a decírselo a tu vieja, Mambei.

Oyeron más comentarios de esta clase mientras proseguían apresuradamente su camino. El negocio de Asaya Mambei en Shikama no figuraba, ciertamente, entre los negocios más importantes de la localidad. Compraba cáñamo en los pueblos de las inmediaciones y lo distribuía entre las esposas e hijas de los pescadores para que hicieran velas, redes y otros trebejos. Pero era el propietario de su propia empresa, y a Otsü le pareció extraño que tuviera una relación tan íntima con porteadores vulgares y corrientes.

Como si quisiera disipar sus dudas inexpresadas, Mambei le dijo:

—¿Qué se puede hacer con esa clase de gentuza? ¡Sólo por-

que les hago el favor de pedirles que me traigan material de las montañas, eso no es razón para que se tomen conmigo esas familiaridades!

Pasaron la noche en Tatsuno y, a la mañana siguiente, cuando reanudaron su camino, Mambei se mostró tan amable y solícito como de costumbre. Al llegar a Mikazuki, las laderas de las colinas estaban a oscuras.

—Mambei —le dijo Otsü inquieta—. ¿No es esto Mikazuki? Si cruzamos la montaña estaremos en Miyamoto.

Había llegado a sus oídos la noticia de que Osugi volvía a encontrarse en Miyamoto.

Mambei se detuvo.

—Pues sí, es cierto, está justo al otro lado. ¿Acaso sientes añoranza de tu pueblo?

Otsü alzó los ojos hacia las negras y ondulantes cimas de las montañas y el cielo nocturno. La zona parecía muy desolada, como si, de alguna manera, faltaran las personas que deberían estar allí.

—Ya falta poco —dijo Mambei, que caminaba por delante de ella—. ¿Estás cansada?

—No, no, ¿y tú?

—No, estoy acostumbrado a este camino. Vengo por aquí continuamente.

—Dime, ¿dónde está la casa de Ogin?

—Por allí —respondió el hombre, señalando—. Sin duda nos está esperando.

Apretaron un poco el paso. Cuando llegaron al lugar donde la cuesta era más empinada, se encontraron con varias casas desperdigadas. Era una parada en la carretera de Tatsuno. No tenía la suficiente extensión para considerarla un pueblo, pero disponía de un local de comidas económicas, donde hacían un alto los mozos de caballos, y algunas posadas baratas a ambos lados de la calzada.

Cuando el caserío quedó atrás, Mambei informó a su acompañante:

—Ahora tenemos que trepar un poco.

Se desvió de la carretera y emprendió la subida de unas empinadas escaleras que conducían al santuario local.

Como un pajarillo que gorjeara debido a un descenso repentino de la temperatura, Otsü percibió algo fuera de lo ordinario.

—¿Estás seguro de que no nos hemos equivocado de camino? —preguntó a su acompañante—. En estos alrededores no hay casas.

—No te preocupes. Es un lugar solitario, pero puedes sentarte en el porche del santuario mientras yo voy en busca de Ogin.

—¿Por qué has de hacer tal cosa?

—¿Lo has olvidado? Estoy seguro de que te lo dije. Ogin dijo que tal vez tendría invitados en casa y sería inconveniente que tropezaras con ellos. Su casa está en el otro lado de este bosquecillo. Volveré en seguida.

Echó a correr por un estrecho sendero a través del oscuro bosque de cedros.

A medida que el cielo crepuscular se oscurecía más, Otsü empezó a sentirse claramente inquieta. Hojas muertas arrastradas por el viento se depositaban en su regazo. Cogió ociosamente una de ellas y le dio vueltas entre los dedos. Algo, la imprudencia o la pureza, hacían de ella el arquetipo de la virginidad.

De improviso oyó una risa entrecortada procedente de la parte trasera del santuario. Otsü se puso en pie de un salto.

—¡No te muevas, Otsü! —le ordenó una voz ronca y amedrentadora.

La joven ahogó un grito y se llevó las manos a los oídos.

Varias formas oscuras salieron de detrás del santuario y rodearon su cuerpo tembloroso. Aunque tenía los ojos cerrados, pudo ver claramente una de ellas, más aterradora y, al parecer, mayor que las otras, la bruja de blanca cabellera a la que tantas veces había visto en sus pesadillas.

—Gracias, Mambei —dijo Osugi—. Ahora amordazadla antes de que empiece a gritar y llevadla a Shimonoshó. ¡Daos prisa!

La anciana habló con la autoridad temible del Rey del Infierno que condena a un pecador a las llamas.

Los cuatro o cinco hombres parecían ser matones de pue-

blo que tenían alguna relación con el clan de Osugi. Asintieron a gritos y se abalanzaron sobre Otsü como lobos que lucharan por una presa. La ataron de manera que sólo le quedaron libres las piernas.

—Coged el atajo.

—¡Muévete!

Osugi se rezagó para arreglar las cuentas con Mambei. Cuando la anciana sacaba el dinero del interior de su obi, dijo al comerciante:

—Te felicito por haberla traído. Temía que no fueses capaz de conseguirlo. —Entonces añadió—: No se te ocurra decir una palabra de esto a nadie.

Mambei, con expresión satisfecha, se guardó el dinero en un bolsillo de la manga.

—La verdad es que no ha sido tan difícil —comentó—. Tu plan ha funcionado a la perfección.

—¡Ah! Ha sido algo digno de verse. Está asustada, ¿eh?

—Ni siquiera ha podido correr. Se ha quedado ahí pasmada. ¡Ja, ja! Pero quizá... lo que hemos hecho está bastante mal.

—¿Por qué está mal? ¡Si supieras cuánto he tenido que sufrir!

—Sí, sí, ya me lo contaste.

—Bueno, no puedo perder el tiempo aquí. Volveré a verte uno de estos días. Ven a visitarnos en Shimonoshó.

—Ten cuidado con el camino, es bastante escabroso —le gritó por encima del hombro mientras empezaba a bajar la larga y oscura escalera.

Al cabo de un instante, Osugi oyó un grito ahogado. Giró sobre sus talones y gritó:

—¿Has sido tú, Mambei? ¿Qué ocurre?

No obtuvo respuesta.

Osugi corrió a lo alto de las escaleras. Emitió un leve grito y entonces retuvo el aliento mientras miraba, forzando la vista, la sombra erguida junto al cuerpo caído y la espada, goteante de sangre, inclinada hacia abajo desde la mano de la sombra.

—¿Qui..., quién está ahí?

No le respondieron.

—¿Quién eres? —preguntó con la voz seca y tensa, pero los años no habían disminuido su jactancia.

La risa sacudió ligeramente los hombros del desconocido.

—Soy yo, vieja bruja.

—¿Quién eres tú?

—¿No me reconoces?

—Jamás había oído antes tu voz. Supongo que eres un ladrón.

—Ningún ladrón se molestaría en robar a una vieja tan pobre como tú.

—Pero me has estado vigilando, ¿no es cierto?

—En efecto.

—¿A mí?

—¿Por qué lo preguntas dos veces? No habría recorrido todo el camino hasta Mikazuki para matar a Mambei. He venido para darte una lección.

—¡Aaag! —El sonido fue como si a Osugi le hubiera reventado la tráquea—. Te has equivocado de persona. ¿Quién eres, a fin de cuentas? Me llamo Osugi y soy la viuda de la familia Hon'iden.

—¡Ah, cuánto me alegro de oírte decir eso! Así recobro todo mi odio. ¡Bruja! ¿Te has olvidado de Jótará?

—¿Jó... jó... taró?

—En tres años, un recién nacido deja de ser un bebé y se convierte en un niño de tres años. Tú eres un árbol viejo, yo soy un arbolillo. Siento decírtelo, pero ya no puedes seguir tratándome como a un mocoso.

—Pero eso no puede ser cierto. ¿Eres de veras Jótará?

—Deberías pagar por toda la aflicción que has causado a mi maestro a lo largo de los años. Él te evitó sólo porque eres vieja y no quería hacerte daño. Te aprovechaste de eso, viajando por todas partes, yendo incluso a Edo, donde esparciste rumores malignos sobre su persona y actuaste como si tuvieras una razón legítima para vengarte de él. Incluso llegaste a impedir su nombramiento para un buen puesto.

Osugi le escuchaba en silencio.

—Pero tu despecho no terminó ahí. Acosaste a Otsü e intentaste lastimarla. Creía que por fin habías cejado en tus ma-

lignos empeños, retirándote a Miyamoto. Pero sigues en ello, utilizando a ese Mambei para llevar a cabo alguna estratagema contra Otsü.

Osugi seguía sin decir nada.

—¿Es que no te cansas nunca de odiar? Me sería muy fácil partirme de un tajo en dos mitades, pero por suerte para ti ya no soy el hijo de un samurai errante. Mi padre, Aoki Tanzaemon, ha regresado a Himeji y, desde la pasada primavera, está sirviendo en la Casa de Ikeda. Para evitar que el deshonor caiga sobre él, me abstendré de matarte.

Jótaró dio un par de pasos hacia ella. Osugi, incapaz de decidir si debía creerle o no, retrocedió y miró a su alrededor en busca de una escapatoria. Creyendo ver una, corrió hacia el sendero que los hombres habían tomado. Jótaró dio un salto y la agarró por el cuello.

Ella abrió mucho la boca y gritó:

—¿Qué crees que estás haciendo?

Giró sobre sus talones y, desenvainando su espada en el mismo movimiento, intentó asestarle un golpe y falló.

Mientras esquivaba el golpe, Jótaró la empujó con violencia hacia adelante. La cabeza de la mujer golpeó contra el suelo.

—Así que has aprendido una o dos cosas, ¿eh? —le dijo gimiendo, con el rostro semioculto en la hierba.

Parecía incapaz de apartar de su mente la idea de que Jótaró ya no era un niño.

Jótaró soltó un gruñido y aplicó un pie a la espina dorsal de la anciana, que parecía muy frágil, al tiempo que le retorció sin piedad un brazo alrededor de la espalda.

La arrastró hasta la parte delantera del santuario y la inmovilizó con un pie, pero no pudo decidir qué iba a hacer con ella.

Tenía que pensar en Otsü. ¿Dónde estaba? Se había enterado de su presencia en Shikama casi por accidente, aunque bien pudiera ser que sus karmas respectivos estuvieran entrelazados. Junto con la rehabilitación de su padre, Jótaró había recibido un nombramiento. Cuando estaba realizando una de las gestiones de su cargo, tuvo un atisbo, a través de una brecha

en una valla, de una mujer que se parecía a Otsu. Dos días después regresó a la playa y comprobó que su impresión había sido correcta.

Si bien agradecía a los dioses que le hubieran conducido a Otsü, su odio hacia Osugi, latente desde hacía mucho tiempo, por su manera de tratar a Otsü, había despertado. Si no eliminaba a la anciana, sería imposible que Otsü viviera en paz. La tentación era fuerte, pero matarla habría mezclado a su padre en una disputa con una familia de samurais rurales. Eran gentes fastidiosas incluso cuando no tenían ningún contendioso; si les ofendía un vasallo directo de un daimyo, no había duda de que causarían perturbaciones.

Finalmente, decidió que lo mejor sería castigar a Osugi rápidamente y luego dirigir sus esfuerzos a rescatar a Otsü.

—Conozco el lugar apropiado para ti —le dijo—. Ven conmigo.

Osugi se aferró con todas sus fuerzas al suelo, a pesar de los intentos de Jótaro de arrastrarla. Cogiéndola por la cintura, la llevó bajo el brazo a la parte trasera del templo. La ladera de la colina había sido deforestada cuando se construyó el santuario, y había allí una pequeña cueva, cuya entrada era lo bastante grande para que una persona pudiera entrar arrastrándose.

Otsu veía una luz solitaria a lo lejos. Por lo demás, todo estaba sumido en una negrura intensa, montañas, campos, arroyos, el puerto de Mikakuzi, que acababan de cruzar por un sendero rocoso. Los dos hombres que iban en cabeza tiraban de la cuerda con la que habían atado a la joven, como si fuese una criminal.

Cuando se aproximaban al río Sayo, el hombre que iba detrás de ella dijo:

—Esperad un momento. ¿Qué le habrá ocurrido a la vieja? Dijo que vendría con nosotros.

—Sí, ya debería habernos dado alcance.

—Podríamos hacer un alto aquí durante unos minutos, o seguir hasta Sayo y esperar en la casa de té. Probablemente todos estarán durmiendo, pero podemos despertarles.

—Vayamos allí y esperemos. Tomaremos una o dos tazas de sake.

Buscaron a lo largo del río un lugar somero para vadearlo. Apenas habían empezado a cruzarlo cuando oyeron una voz que les llamaba a lo lejos. La llamada se repitió uno o dos minutos después, desde mucho más cerca.

—¿La anciana?

—No, parece una voz masculina.

—Entonces no puede tener nada que ver con nosotros.

El agua estaba tan fría como una hoja de espada, sobre todo para Otsü. Cuando oyeron el sonido de apresuradas pisadas, su perseguidor estaba casi encima de ellos. Chapoteando bruscamente, les empujó a la otra orilla y allí les hizo frente.

—¿Otsü? —llamó Jótaro.

Temblando por la rociada de agua fría que había caído sobre ellos, los tres hombres rodearon a Otsü y se mantuvieron donde estaban.

—No os mováis —gritó Jótaro, con los brazos extendidos.

—¿Quién eres?

—No importa. ¡Soltad a Otsü!

—¿Estás loco? ¿No sabes que meterte donde no te llaman puede costarte la vida?

—Osugi acaba de decirme que me entreguéis a Otsü.

—¡Mientes como un bellaco!

Los tres hombres se rieron al unísono.

—Os equivocáis. Mirad esto.

Les tendió un papel de seda con unos caracteres de puño y letra de Osugi. El mensaje era breve: «Las cosas han salido mal. No podéis hacer nada. Entregad Otsü a Jótaro y luego venid a buscarme».

Los hombres, cejijuntos, miraron a Jotaro y avanzaron por la orilla.

—¿Es que no sabéis leer? —les preguntó Jótaro en tono burlón.

—Calla. Supongo que eres Jótaro.

—En efecto, ése es mi nombre, Aoki Jótaro.

Otsü le había estado mirando fijamente, temblando ligeramente a causa del temor y la duda. Entonces, sin saber apenas lo

que hacía, se echó a gritar, se atragantó y cayó hacia adelante.

El hombre que estaba más próximo a Jotaro gritó:

—¡Se le ha aflojado la mordaza! ¡Atádsela bien! —Entonces se dirigió a Jotaro en tono amenazante—: Ésta es la caligrafía de la anciana, no hay duda de ello, pero ¿qué le ha sucedido? ¿Qué significa eso de que vayamos en su busca?

—Es mi rehén —replicó Jotaro altivamente—. Entregadme a Otsü y os diré dónde está.

Los tres hombres intercambiaron miradas.

—¿Acaso intentas tomarnos el pelo? —le preguntó uno de ellos—. ¿Sabes quiénes somos? Cualquiera samurai de Himeji, si es de ahí de donde procedes, conoce la casa Hon'iden de Shimonosho.

—Sí o no... ¡Responded! Si no me entregáis a Otsü, dejaré a la anciana donde está hasta que se muera de hambre.

—¡Bastardo asqueroso!

Uno de los hombres cogió a Jotaro y otro desenvainó su espada y se colocó en posición de combate. El primero gruñó:

—Sigue diciendo esa clase de idioteces y te rompo el cuello. ¿Dónde está Osugi?

—¿Me entregaréis a Otsü?

—No.

—Entonces no la encontraréis. Entregadme a Otsü y podremos zanjar este asunto sin que nadie reciba daño alguno.

El hombre que había cogido a Jotaro le empujó adelante e intentó hacerle la zancadilla.

Utilizando la fuerza de su adversario, Jotaro le lanzó por encima de su hombro. Pero un instante después, estaba sentado en el suelo, agarrándose el muslo derecho. El hombre había desenvainado su espada y golpeado con un movimiento como de siega. Por suerte, la herida no era profunda. Jotaro se puso en pie al mismo tiempo que su atacante. Los otros dos hombres avanzaron hacia él.

—No le matéis. Lo necesitamos vivo para poder rescatar a Osugi.

Jótaró perdió con rapidez su renuencia a verse implicado en un derramamiento de sangre. En un momento determinado de la refriega que siguió, los tres hombres lograron derribarle

al suelo. Jótaró lanzó un rugido y recurrió a la misma táctica que momentos antes sus adversarios habían usado contra él. Sacando velozmente su espada corta, atravesó el vientre del hombre que estaba a punto de caer sobre él. La mano y el brazo de Jótaró, casi hasta el hombro, se volvieron tan rojos como si lo hubiera sumergido en un barril de vinagre de ciruelas, pero su mente estaba libre de todo pensamiento y ocupada tan sólo por el instinto de conservación.

De nuevo en pie, gritó y golpeó hacia abajo al hombre que tenía delante. La hoja le alcanzó en la clavícula y, desviándose al lado, cortó un trozo de carne del tamaño de un filete de pescado. El hombre lanzó un grito y agarró la empuñadura de su espada, pero era demasiado tarde.

—¡Hijos de perra! ¡Hijos de perra!

Gritando con cada tajo y estocada, Jótaró mantuvo a raya a los otros dos, y entonces logró herir gravemente a uno de ellos.

Los hombres habían dado por sentada su superioridad, pero ahora perdieron el dominio de sí mismos y empezaron a agitar los brazos sin coordinación.

Otsü, fuera de sí, corría en círculos, retorciendo frenéticamente las ligaduras de sus manos.

—¡Que venga alguien! ¡Salvadle!

Pero sus palabras pronto se perdían, ahogadas por el sonido del río y la voz del viento.

De repente comprendió que, en vez de pedir ayuda, debía confiar en sus propias fuerzas. Lanzando un débil grito de desesperación, se dejó caer al suelo y restregó la soga contra el afilado ángulo de una roca. La cuerda sólo era de paja trenzada recogida al lado del camino, y se rompió fácilmente.

Otsü, libre por fin, cogió unas piedras y corrió al lugar de la pelea.

—¡Jótaró! —gritó, mientras arrojaba una piedra a la cara de un hombre—. También estoy aquí. ¡Toda irá bien! —Lanzó otra piedra—. ¡Aguanta, por favor! —Lanzó una piedra más, pero, al igual que las anteriores, no dio en el blanco. Corrió en busca de más proyectiles.

—¡Esa zorra!

Uno de los hombres se zafó de Jótaró y, en dos saltos, lle-

gó detrás de Otsu. Estaba a punto de descargar el romo borde de su espada en la espalda de la mujer, cuando Jótaro le dio alcance y hundió tanto su espada en la parte inferior de la espalda del atacante que la punta de la hoja le salió por el ombligo.

El otro hombre, herido y aturdido, empezó a escabullirse, y luego echó a correr, tambaleándose.

Jótaro apoyó con firmeza un pie a cada lado del cadáver, extrajo la espada y gritó:

—¡Detente!

Cuando empezaba a perseguirle, Otsü se abalanzó sobre él y, cogiéndole con fuerza, le dijo:

—¡No lo hagas! No debes atacar a un hombre malherido cuando huye.

El ardor de su súplica sorprendió a Jótaro, el cual no podía imaginar qué capricho psicológico le hacía simpatizar con un hombre que hacía tan poco tiempo la había atormentado.

—Quiero saber qué has hecho durante todos estos años —le dijo Otsü—. También yo tengo cosas que contarte, y tenemos que marcharnos de aquí tan rápido como podamos.

Jótaro accedió en seguida, pues sabía que si la noticia del incidente llegaba a Shimonoshó, los miembros de la familia Hon'iden rodearían el pueblo para buscarles.

—¿Puedes correr, Otsü?

—Sí, no te preocupes por mí.

Y corrieron, en efecto, corrieron sin parar en la oscuridad, hasta que se quedaron sin aliento. Ambos tenían la sensación de revivir los viejos tiempos, cuando eran tan sólo una niña y un niño que recorrían juntos su camino.

Las únicas luces visibles en Mikazuki eran las de la posada. Una brillaba en el edificio principal, donde sólo un poco antes un grupo de viajeros —un mercader de metales cuyo negocio le llevaba a las minas locales, un vendedor de hilo procedente de Tajima, un sacerdote itinerante— habían estado sentados, hablando y riendo. Todos se habían acostado ya.

Jótaro y Otsü se sentaron a conversar junto a la otra luz, en una pequeña habitación independiente donde vivía la madre

del posadero, entre su rueca y los recipientes donde hervía los gusanos de seda. El posadero sospechaba que la pareja a la que acababa de conceder alojamiento eran amantes fugados, pero de todos modos aderezó la estancia para ellos.

—Así que no volviste a ver a Musashi en Edo —decía Otsü, la cual le había relatado sus andanzas en los últimos años.

Entristecido al saber que ella no había visto a Musashi desde aquel día en la carretera de Kiso, a Jótaro le resultaba difícil hablar. No obstante, pensó que podía ofrecerle un rayo de esperanza.

—No es mucho para seguir adelante —le dijo—, pero en Himeji oí el rumor de que Musashi iría pronto allí.

—¿A Himeji? ¿Es posible que sea cierto? —dijo ella, ansiosa de aferrarse incluso a un clavo ardiendo.

—No es más que lo que dice la gente, pero los hombres de nuestro feudo hablan como si ya estuviera decidido. Dicen que pasará por allí camino de Kokura, donde ha prometido aceptar un desafío de Sasaki Kojiró. Es uno de los servidores del señor Hosokawa.

—También yo he oído algo parecido, pero no encontraba a nadie que tuviera noticias de Musashi o que supiera por lo menos dónde estaba.

—Bueno, el rumor que corre en los alrededores del castillo de Himeji probablemente es cierto. Parece ser que Hanazono Myóshinji, de Kyoto, que tiene estrechas relaciones con la Casa de Hosokawa, informó al señor Hosokawa sobre el paradero de Musashi, y Nagaoka Sado, un servidor de alto rango, entregó a Musashi la carta de desafío.

—¿Crees que sucederá pronto?

—No lo sé. La verdad es que nadie parece saberlo con exactitud. Pero si ha de ser en Kokura y si Musashi está en Kyoto, pasará por Himeji durante su viaje.

—Podría ir en barco.

Jótaro sacudió la cabeza.

—No lo creo. Los daimyo de Himeji, Okayama y otros feudos a lo largo del Mar Interior le pedirán que pase en sus castillos una noche o más tiempo. Quieren ver qué clase de hombre es realmente y sondearle para ver si está interesado en una po-

sición. El señor Ikeda escribió a Takuan. Luego hizo gestiones en el Myoshinji y dio instrucciones a los mayoristas de su zona para que le informen si ven a alguien que responda a la descripción de Musashi.

»Todo ello hace pensar aún más en que no viajará en barco. No hay nada que Musashi deteste más que un exceso de alharacas. Si se entera, hará cuanto pueda por evitarlo.

Otsü parecía deprimida, como si de improviso hubiera perdido toda esperanza.

—¿Qué te parece, Jotaro? —le preguntó en tono suplicante—. Si yo fuese al Myoshinji, ¿crees que podría averiguar algo?

—Bueno, es posible, pero no debes olvidar que se trata sólo de chismorreos.

—Pero debe de haber algo de verdad en ello, ¿no crees?

—¿Tienes deseos de ir a Kyoto?

—Claro que sí, me gustaría partir ahora mismo... bueno, mañana.

—No te apresures tanto. Por ese motivo siempre pierdes a Musashi. En cuanto oyes un rumor, lo aceptas como si fuese un hecho fidedigno y partes al instante. Si quieres localizar un ruiñón, tienes que mirar hacia un punto delante del lugar de donde procede su canto. Me parece que siempre vas en pos de Musashi, en lugar de prever dónde podría estar a continuación.

—Sí, es posible, pero el amor carece de lógica. —No se había detenido a pensar lo que estaba diciendo, y se sorprendió al ver que el rostro del joven se volvía carmesí al oír la palabra «amor». Recobrándose en seguida, le dijo—: Gracias por el consejo. Lo pensaré detenidamente.

—Sí, hazlo, pero entretanto regresa a Himeji conmigo.

—De acuerdo.

—Quiero que vengas a nuestra casa.

Otsü no le dijo nada.

—Por lo que dice mi padre, supongo que te conoció bastante bien hasta que abandonaste el Shippóji... No sé qué tiene pensado, pero me ha dicho que le gustaría verte una vez más y hablar contigo.

La llama de la vela amenazaba con extinguirse. Otsu se volvió y contempló el cielo bajo los estropeados aleros.

—Va a llover —dijo.

—¿A llover? Y mañana tenemos que ir a Himeji.

—¿Qué es un aguacero otoñal? Nos pondremos sombreros para la lluvia.

—Habría preferido que hiciera buen tiempo.

Cerraron los postigos contra la lluvia y la atmósfera de la habitación pronto se volvió calurosa y húmeda. Jotaro era agudamente consciente de la fragancia femenina de Otsü.

—Ve a acostarte —le dijo—. Yo dormiré aquí.

Colocó un madero a guisa de almohada bajo la ventana y se tendió de costado, de cara a la pared.

—¿Todavía no te duermes? —rezongó Jotaro—. Deberías hacerlo.

Se cubrió la cabeza con la fina estera, pero dio muchas vueltas antes de que cayera en un profundo sueño.

20 La misericordia de Kannon

Otsu permanecía sentada, escuchando el sonido del agua que caía desde una gotera en el techo. Impulsada por el viento, la lluvia azotaba bajo los aleros y contra los postigos. Pero era una lluvia de otoño y, por lo tanto, impredecible: quizá la mañana sería brillante y clara.

Entonces el pensamiento de Osugi cruzó por su mente.

«Me pregunto si estará a la intemperie bajo esta tormenta, empapada y fría. Es vieja y quizá no dure hasta mañana. Aunque sobreviva, podrían transcurrir días antes de que la encuentren. Podría morir de hambre.»

—Jótaró —llamó en voz queda—. Despierta.

Temía que el joven hubiera cometido una crueldad, pues había oído decirles a los sicarios de la anciana que la había castigado, y había hecho de pasada una observación similar camino de la posada.

«En el fondo no es mala —se dijo—. Si me sincero con ella, uno de estos días me comprenderá... Debo ir a buscarla.»

Pensando que si Jótaró se enfadaba, sería inevitable, abrió un postigo. La lluvia, contra la negrura del cielo, tenía una tonalidad blanca. Tras arremangarse las faldas, cogió de la pared un sombrero de corteza de bambú, se lo puso y lo ató bajo la barbilla. Entonces se echó una abultada capa pluvial sobre los

hombros, se puso unas sandalias de paja y atravesó la cortina de lluvia que caía por la pendiente del tejado.

Al aproximarse al santuario donde Mambei la había dejado a merced de sus raptos, vio que los escalones de piedra que conducían al lugar sagrado se habían convertido en una cascada. En lo alto, el viento era mucho más intenso, aullaba entre los cedros como una jauría de perros airados.

«¿Dónde puede estar?», se preguntó, mientras escudriñaba el santuario. Llamó en el espacio oscuro debajo del edificio, pero no le llegó ninguna respuesta.

Fue a la parte trasera del edificio y permaneció allí unos minutos. El viento gimiente la azotaba como las olas en un mar tempestuoso. Poco a poco tuvo conciencia de otro sonido, casi indistinguible del fragor de la tormenta. Se detuvo un momento y empezó de nuevo.

—Ahhh. Oídmeme, alguien... ¿Hay alguien ahí afuera?...
Aaaah.

—¡Abuela! —gritó Otsü—. ¿Dónde estás, abuela?

Como gritaba literalmente al viento, el sonido de su voz no llegaba muy lejos.

Pero, de alguna manera, su sentimiento logró entrar en comunicación con quien estaba en una situación tan apurada.

—¡Ah! Hay alguien ahí. Lo sé... Sálvame. ¡Aquí! ¡Sálvame!

En las ráfagas intermitentes de sonido que llegaban a sus oídos, Otsü oyó el grito de la desesperación.

—¿Dónde estás? —gritó con voz ronca—. ¿Dónde estás, abuela?

Corrió alrededor del santuario, se detuvo un momento y luego corrió de nuevo. Casi por accidente, reparó en lo que parecía una cueva de osos, a unos veinte pasos de distancia, cerca del pie del empinado sendero que conducía al santuario interior.

Al acercarse más, tuvo la certeza de que la voz de la anciana procedía de allí. Llegó a la entrada, se detuvo y contempló las grandes piedras que la cerraban.

—¿Quién es? ¿Quién eres tú? ¿Eres una manifestación de Kannon? Le rindo culto a diario. Apiádate de mí. Salva a

una pobre anciana que ha sido encerrada aquí por un desalmado.

Las súplicas de Osugi adquirieron un tono histérico. Llorando a medias y a medias rogando, en el oscuro intervalo entre la vida y la muerte, en su mente se formó una visión de la misericordiosa diosa Kannon y dirigió a ella su fervorosa plegaria para que le permitiera seguir viviendo.

—¡Qué feliz soy! —exclamó delirante—. Kannon, la misericordiosa, ha visto la bondad de mi corazón y se ha apiadado de mí. ¡Ha venido a rescatarme! ¡Gran compasión la suya! ¡Gran misericordia! Salve la Bodhisattva Kannon, salve la Bodhisattva Kannon, salve...

Su voz se interrumpió bruscamente. Tal vez pensó que ya estaba bien, pues era natural que en su situación límite Kannon se presentara de una u otra forma en su ayuda. Ella era la cabeza de una buena familia, una buena madre, y se consideraba un ser humano recto y sin tacha. Y lo que había hecho, fuera lo que fuese, era, por supuesto, moralmente justo.

Pero entonces, al percibir que quienquiera que fuese la persona que estaba al otro lado de la cueva no era una aparición sino un ser auténtico, vivo, se relajó y, al hacerlo, perdió el conocimiento.

Otsü, al no saber qué significaba el cese repentino de los gritos de Osugi, estaba fuera de sí. Era preciso abrir de alguna manera la entrada de la cueva. Redobló sus esfuerzos, y la cinta que sujetaba su sombrero se aflojó. El viento agitó furiosamente tanto el sombrero como sus negras trenzas.

Le intrigaba cómo Jótaro había sido capaz de colocar allí aquellas auténticas rocas. Empujó y tiró con toda la fuerza de su cuerpo, pero ni una sola se movía. Extenuada por el esfuerzo, sintió una punzada de odio hacia Jótaro, y el alivio inicial que había experimentado al encontrar a Osugi se transformó en una inquietud que la consumía.

—Aguanta, abuela, sólo un poco más. Te sacaré de aquí.

Aunque había aplicado los labios a una grieta entre las grandes piedras, no obtuvo ninguna respuesta.

Poco a poco, llegó hasta sus oídos un débil cántico en voz baja:

O si, al encontrar diablos comedores de hombres,
dragones venenosos y demonios,
piensa en el poder de Kannon,
al instante nadie se atreverá a dañarle.
Si, rodeado de bestias malignas,
con agudos colmillos y garras aterradoras,
piensa en el poder de Kannon...

Osugi estaba recitando el Sutra sobre Kannon. Sólo la voz de la bodhisattva era perceptible para ella. Con las manos juntas, ahora estaba en paz, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y los labios temblaban al tiempo que las palabras sagradas brotaban de sus labios.

Presa de una extraña sensación, Osugi interrumpió su cántico y aplicó un ojo a una grieta entre las piedras.

—¿Quién está ahí? —gritó—. He preguntado quién está ahí.

El viento había arrebatado a Otsü la capa pluvial. Aturrida, exhausta y cubierta de barro, se agachó y gritó:

—¿Estás bien, abuela? Soy Otsü.

—¿Quién has dicho? —preguntó la anciana con suspicacia.

—He dicho que soy Otsü.

—Ya veo. —Hubo una larga pausa de silencio antes de que la anciana hiciera la segunda pregunta incrédula—. ¿Qué quieres decir con eso de que eres Otsü?

En aquel instante, la primera oleada de la conmoción alcanzó a Osugi, diseminando bruscamente sus pensamientos religiosos.

—¿Por..., por qué has venido aquí? Ah, ya lo sé. ¡Estás buscando a ese demonio de Jótará!

—No. He venido a rescatarte, abuela. Por favor, olvida el pasado. Recuerdo lo buena que eras conmigo en mi infancia. Luego te volviste contra mí y trataste de hacerme daño. No te lo reprocho. Admito que he sido muy obstinada.

—Vaya, de modo que has abierto los ojos y te das cuenta de tu mal proceder. ¿No es eso? ¿Me estás diciendo que te gustaría volver a la familia Hon'iden como la esposa de Matahachi?

—Oh, no, eso no —se apresuró a decir Otsü.

—Bien, ¿entonces por qué estás aquí?

—Sentía tanta pena por ti que no podía soportarlo.

—Y ahora quieres que me sienta obligada contigo. Eso es lo que te propones, ¿no?

Otsü se quedó tan sorprendida ante esta reacción que no pudo articular palabra.

—¿Quién te ha pedido que vinieras a rescatarme? ¡No he sido yo! Y ahora no necesito tu ayuda. Si crees que haciéndome un favor podrás impedir que siga odiándote, te equivocas. No me importa lo precaria que sea mi situación. Prefiero morir a perder mi orgullo.

—Pero abuela, ¿cómo puedes esperar que deje a una persona de tu edad abandonada en un sitio tan terrible?

—Ya estamos, la abnegada y dulce Otsü y sus amables palabras. ¿Crees que no sé lo que tú y Jotaro os proponéis? Habéis tramado encerrarme en esta cueva para reiros de mí, y cuando salga de aquí voy a desquitarme. Vaya si lo haré, no te quepa duda.

—Estoy segura de que pronto llegará el día en que comprenderás lo que siento realmente. En cualquier caso, no puedes quedarte ahí. Enfermarás.

—Uf, estoy harta de esta tontería.

Otsü se puso en pie, y el obstáculo que había sido incapaz de mover por la fuerza fue desalojado, como si sus lágrimas hubieran tenido el poder de hacerlo. Después de que la piedra superior rodara al suelo, tuvo una facilidad sorprendente para desplazar al lado la que estaba debajo.

Pero no eran sólo las lágrimas de Otsü las que habían abierto la cueva. Osugi había empujado desde el interior, y salió con el rostro congestionado, de un rojo intenso.

Otsü, todavía tambaleándose a causa del esfuerzo, emitió un grito de júbilo, pero apenas Osugi se vio en libertad cuando agarró a la joven por el cuello. La ferocidad del ataque habría hecho pensar que su único propósito al querer mantenerse viva había sido atacar a su benefactora.

—¡Oh! Pero ¿qué haces? ¡Aaagh!

—¡Calla!

—¿Por qué..., por qué...?

—¿Qué esperabas? —respondió Osugi a gritos, derribando a Otsü al suelo con una fuerza salvaje.

Otsü estaba horrorizada, incapaz de dar crédito a lo que le ocurría.

—Ahora vamos —gruñó Osugi, y empezó a arrastrar a la joven por el suelo empapado.

Otsü juntó las manos y dijo:

—Por favor, te lo ruego. Castígame si quieres, pero no debes quedarte bajo esta lluvia.

—¡Qué idiotez! ¿Es que no tienes vergüenza? ¿Crees que puedes conmovirme para que me apiade de ti?

—No huiré, no lo haré... ¡Oh! ¡Me haces daño!

—Pues claro que te hago daño.

—Déjame... —Con un súbito acceso de energía, Otsü se liberó de la anciana y se puso en pie.

—¡Ah, no, de ninguna manera! —Osugi renovó al instante su ataque, agarrando el cabello de la joven. Ésta dirigió al cielo su blanco rostro, y la lluvia cayó sobre sus facciones. Cerró los ojos—. ¡Sucia ramera! ¡Cómo he sufrido todos estos años por tu culpa!

Cada vez que Otsü abría la boca para hablar o hacía un esfuerzo para liberarse, la anciana le tiraba del pelo con todas sus fuerzas. Sin soltárselo, la arrojó al suelo, la pisoteó y la emprendió a puntapiés con ella.

Entonces una expresión de sobresalto apareció en el rostro de Osugi y soltó el cabello de la joven.

—Pero ¿qué he hecho? —musitó consternada—. ¿Otsü? —la llamó con inquietud, mientras contemplaba el cuerpo inerte tendido a sus pies—. ¡Otsü!

La anciana se agachó y escrutó el rostro empapado por la lluvia, frío al tacto como un pescado. Le pareció que la muchacha no respiraba.

—Está..., está muerta.

Osugi se sentía llena de espanto. Aunque no estaba dispuesta a perdonar a Otsü, no había tenido intención de matarla. Se enderezó, gimiendo, y retrocedió.

Fue serenándose gradualmente, y no pasó mucho tiempo antes de que se dijera: «Bueno, supongo que no puedo hacer

nada más que ir en busca de ayuda». Echó a andar, titubeó, dio media vuelta y regresó al lado del cuerpo. Cogió el frío cuerpo de Otsü entre sus brazos y lo arrastró a la cueva.

Pese a la angostura de la entrada, el interior era espacioso. Cerca de una pared había un lugar donde, en el pasado lejano, los peregrinos religiosos que buscaban el Camino pasaban largas horas sentados, sumidos en la meditación.

Cuando remitió la lluvia, la anciana se acercó a la entrada, y estaba a punto de salir cuando las nubes se abrieron de nuevo. Desde el arroyuelo que se deslizaba por encima de la entrada, el agua penetraba casi hasta el fondo de la cueva.

Osugi pensó que no faltaba mucho para que amaneciera. Imperturbable, se acuclilló y esperó a que la tormenta cediera de nuevo.

El hecho de hallarse en una total oscuridad con el cuerpo de Otsü empezó a afectar poco a poco su mente. Tenía la sensación de que su rostro frío y pálido la miraba acusadoramente. Al principio se tranquilizó, diciéndose: «Todo cuanto sucede está destinado a suceder. Ocupa tu lugar en el paraíso como un Buda renacido. No me guardes rencor». Pero no pasó mucho tiempo antes de que el temor y la conciencia de su tremenda responsabilidad la impulsaran a buscar refugio en la piedad. Cerró los ojos y empezó a entonar un sutra. Transcurrieron varias horas.

Cuando por fin sus labios guardaron silencio y abrió los ojos, oyó el piar de los pájaros. El aire estaba inmóvil, la lluvia había cesado. A través de la boca de la cueva se filtraba un sol dorado, que iluminaba el áspero interior.

—¿Qué es eso? —se preguntó en voz alta, mientras se incorporaba, la mirada fija en una inscripción grabada por alguna mano anónima en el muro de la cueva.

Osugi se acercó a la inscripción y leyó:

«En el año 1544, envié a mi hijo de dieciséis años, que se llamaba Mori Kinsaku, a luchar en la batalla del castillo de Tenjinzan, en el bando del señor Uragami. No he vuelto a verle desde entonces. A causa de mi aflicción, peregrino a diversos lugares consagrados al Buda. Ahora estoy colocando en esta cueva una imagen de la Bodhisattva Kannon. Ruego que esto,

y las lágrimas de una madre, protejan a Kinsaku en su vida futura. Si en tiempos futuros alguien pasa por aquí, le ruego que invoque el nombre de Buda. Éste es el vigésimo primer año desde la muerte de Kinsaku. Donante: la madre de Kinsaku, aldea de Aita».

Los caracteres erosionados resultaban difíciles de leer en algunos lugares. Habían pasado casi setenta años desde que las aldeas vecinas, Sanumo, Aita, Katsuta, fueron atacadas por la familia Amako y el señor Uragami expulsado de su castillo. Un recuerdo infantil que jamás desaparecería de la memoria de Osugi era el incendio de aquella fortaleza. Aún podía ver el negro humo elevándose oscilante en el cielo, los cadáveres de hombres y caballos cubriendo los campos y los caminos apartados durante días después de la batalla. La lucha llegó casi hasta las casas de los campesinos.

Pensando en la madre del muchacho, en su aflicción, en su vida errante, sus plegarias y ofrendas, Osugi sintió una punzada de dolor. «Debe de haber sido terrible para ella», se dijo. Se arrodilló y juntó las manos.

—Salve Buda Amida, salve Buda Amida-Sollozaba y las lágrimas caían en sus manos, pero hasta que se hubo desahogado por completo no pensó de nuevo en el rostro de Otsü, frío e insensible bajo la luz matinal, al lado de su rodilla.

—Perdóname, Otsü. ¡He cometido un acto maligno, terrible! ¡Por favor, perdóname, te lo suplico! —Con el remordimiento reflejado en su semblante, alzó el cuerpo de Otsü y lo abrazó tiernamente—. Es aterrador..., aterrador. Cegada por el amor maternal, por la entrega a mi propio hijo, me convertí en una diablesa para la hija de otra mujer. También tú tuviste madre. Si me hubiera conocido, me habría visto como..., como un demonio repugnante... Estaba segura de que tenía razón, mas para los demás soy un monstruo maligno.

Las palabras parecían llenar la cueva y reverberar en sus oídos. Allí no había nadie, no había ojos que mirasen, oídos que escucharan. La oscuridad de la noche se había convertido en la luz de la sabiduría del Buda.

—Qué buena has sido, Otsü. Ser atormentada durante tan-

tos largos años por esta horrible vieja loca, y, sin embargo, nunca me lo has pagado con tu odio. Has venido a pesar de todo para salvarme... Ahora lo veo todo claro. Sufrí un malentendido. La inmensa bondad de tu corazón la veía como un mal. Mi mente estaba torcida, distorsionada. Oh, perdóname, Otsü.

Apretó su rostro húmedo contra el de la muchacha.

—Ojalá mi hijo fuese tan cariñoso y bueno como tú... Abre los ojos de nuevo, ve que te estoy rogando tu perdón. Abre la boca, insúltame. Me lo merezco. Otsü..., perdóname.

Mientras contemplaba el rostro inmóvil y vertía amargas lágrimas, pasó ante sus ojos una visión de sí misma tal como debió de verla Otsü en todos aquellos atroces encuentros con ella. Comprendió lo malvada que había sido y sintió que se le encogía el corazón. Una y otra vez murmuró:

—Perdóname..., perdóname.

Incluso se preguntó si no sería lo correcto que se quedara allí sentada hasta unirse a la muchacha en la muerte.

—¡No! —exclamó con decisión—. Basta de lloros y gemidos. Quizá..., quizá no esté muerta. Si lo intento, es posible que pueda hacerla volver a la vida. Todavía es joven. Aún tiene su vida por delante.

Suavemente, volvió a depositar a Otsü en el suelo y salió de la cueva a la cegadora luz del sol. Cerró los ojos y se puso las manos alrededor de la boca, para amplificar el sonido.

—¿Dónde está todo el mundo? ¡Eh, gentes del pueblo, venid aquí! ¡Socorro!

Abrió los ojos y corrió unos pocos pasos, todavía gritando.

Hubo cierto movimiento en el bosquecillo de cedros, y luego se oyó un grito:

—¡Está ahí! ¡Sana y salva, después de todo!

Unos diez miembros del clan Hon'iden salieron del bosquecillo. Tras escuchar el relato contado por el ensangrentado superviviente de la pelea con Jotaró la noche anterior, habían organizado un grupo de búsqueda y salido de inmediato, a pesar de la intensa lluvia. Todavía enfundados en sus capas pluviales, tenían un aspecto de suciedad.

—Ah, estás a salvo —dijo exultante el primer hombre que llegó al lado de Osugi.

Se reunieron en torno a ella, y en sus rostros se reflejó un gran alivio.

—No os preocupéis por mí—les ordenó Osugi—. Rápido, ir a ver si podéis hacer algo por esa muchacha que está en la cueva. Lleva horas inconsciente. Si no le damos alguna medicina en seguida...

Tenía la voz apagada. Casi en trance, señaló hacia la cueva. Quizá desde la muerte del tío Gon, eran aquéllas las primeras lágrimas de aflicción que vertía.

21 El curso de la vida

Pasaron el otoño y el invierno.

Un día, a principios del cuarto mes de 1612, los pasajeros se acomodaban en la cubierta del barco que cubría la ruta regular entre Sakai, en la provincia de Izumi, y Shimonoseki, en Nagato.

Informado de que el barco estaba a punto de zarpar, Musashi se levantó de un banco en la tienda de Kobayashi Tarózaemon e hizo una reverencia a las personas que habían acudido a despedirle.

—Que no decaiga vuestro ánimo —les pidió cuando se reunieron con él para acompañarle durante el corto trecho hasta el embarcadero.

Hon'ami Koetsu estaba entre los presentes. Su buen amigo Haiya Shóyü no había podido acudir por hallarse enfermo, pero le representaba su hijo Shóeki. Acompañaba a éste su esposa, una mujer cuya deslumbrante belleza hacía volver las cabezas a los transeúntes.

—Ésa es Yoshino, ¿verdad? —susurró un hombre, tirando de la manga de su compañero.

—¿De Yanagimachi?

—Humm. Yoshino Dayü, de la Ogiya.

Shoeki la había presentado a Musashi sin mencionar su

nombre anterior. Por supuesto su rostro le era desconocido a Musashi, pues aquélla era la segunda Yoshino Dayü. Nadie sabía qué le había sucedido a la primera, dónde se encontraba ahora, si estaba casada o soltera. Hacía tiempo que la gente había dejado de hablar de su gran belleza. Las flores florecen, las flores decaen. En el mundo flotante del barrio licencioso, el tiempo pasaba rápidamente.

Yoshino Dayü, un nombre que evocaba recuerdos de noches con nieve, de un fuego alimentado con madera de peonía, de un laúd roto.

—Han pasado ocho años desde la primera vez que nos vimos —observó Koetsu.

—Sí, ocho años —repitió Musashi, preguntándose adonde habrían ido a parar los años. Al embarcar tenía la sensación de que aquel día señalaba el final de una etapa de su vida.

Matahachi se hallaba entre los que habían ido a despedirle, así como varios samurais de la residencia de Hosokawa en Kyoto. Otros samurais le transmitieron los buenos deseos del señor Karasumaru Mitsuhiro, y había un grupo de entre veinte y treinta espadachines que, a pesar de la protesta de Musashi, habían ido allí porque le conocieron en Kyoto y se consideraban como sus seguidores.

Musashi se dirigía a Kokura, en la provincia de Buzen, donde se enfrentaría a Sasaki Kojiro en una prueba de habilidad y madurez. Debido a los esfuerzos de Nagaoka Sado, la fatídica confrontación, que llevaba tanto tiempo preparándose, finalmente iba a tener lugar. Las negociaciones habían sido largas y difíciles, y fue necesario despachar muchos correos y cartas. Incluso después de que Sado hubiera corroborado el otoño anterior que Musashi se alojaba en casa de Hon'ami Koetsu, la conclusión de las gestiones había requerido otro medio año.

Aunque sabía que se aproximaba, Musashi no había podido imaginar, ni siquiera en sus sueños más disparatados, lo que sería partir como el paladín de un número enorme de seguidores y admiradores. El tamaño de la multitud le azoraba y, además, le impedía hablar como le habría gustado hacerlo con determinadas personas.

Lo que más le sorprendía de aquella gran despedida era

su absurdo. Él no había deseado ser el ídolo de nadie. Aun así, habían acudido allí para expresarle su buena voluntad. No había manera de impedirselo.

Tenía la sensación de que algunos le comprendían, y agradecía sus buenos deseos. La admiración que le profesaban le creaba una sensación de reverencia hacia ellos. Al mismo tiempo, le invadía una oleada de ese frívolo sentimiento llamado popularidad. Su reacción era casi de temor, de que la adulación se le subiera a la cabeza. Al fin y al cabo, sólo era un hombre ordinario.

Otra cosa que le molestaba era el largo preludio. Si podía decirse que tanto él como Kojiró veían adonde les conducía su relación, no era menos cierto que el mundo los había enfrentado y decretado que debían decidir de una vez por todas quién era el mejor de los dos.

Todo había comenzado con los comentarios de la gente: «He oído decir que van a hacerlo», luego: «Sí, definitivamente van a enfrentarse», y todavía más tarde: «¿Cuándo es el encuentro?». Finalmente, se había divulgado incluso el día y la hora antes de que los mismos protagonistas los hubieran decidido formalmente.

Musashi detestaba ser un héroe público. A la vista de sus hazañas, era inevitable que lo fuese, pero no era algo que él se hubiera propuesto. Lo que realmente quería era más tiempo para dedicarse a la meditación. Necesitaba desarrollar la armonía, asegurarse de que sus ideas no iban a un ritmo distinto del de su capacidad de actuar. Gracias a su tan reciente experiencia con Gudo, había avanzado un paso en el camino hacia la iluminación. Y había llegado a percibir más agudamente la dificultad de seguir el Camino..., el largo Camino a través de la vida.

«Y sin embargo...», pensó. ¿Dónde estaría si no fuese por la bondad de las personas que le apoyaban? ¿Seguiría vivo? ¿Llevaría su hatillo de ropa a la espalda? Vestía un kimono negro de mangas cortas que le había confeccionado la madre de Kóetsu. Sus sandalias nuevas, el sombrero de juncos también nuevo que llevaba en la mano, todas las pertenencias que ahora tenía consigo, eran donaciones de alguien que le valoraba.

El arroz que comía había sido cultivado por otros. Vivía de los frutos de un trabajo que no era el suyo propio. ¿Cómo podría recompensar a la gente por todo lo que habían hecho por él?

Cuando sus pensamientos tomaban ese sesgo, disminuía su irritación por las exigencias que le planteaba aquella legión de seguidores. No obstante, persistía el temor a decepcionarles.

Era hora de zarpar. Se rezó para que la travesía fuese segura, se dijeron palabras finales de despedida, el tiempo invisible fluía ya entre los hombres y las mujeres en el embarcadero y el héroe que partía.

Quitaron las amarras, el barco se deslizó hacia el mar abierto, y la gran vela se desplegó como un ala contra el cielo azul intenso.

Un hombre corrió hasta el extremo del embarcadero, se detuvo y pateó el suelo, disgustado.

—¡Demasiado tarde! —rezongó—. No debería haber hecho la siesta.

Kóetsu se le aproximó y le dijo:

—¿No eres tú Muso Gonnosuke?

—Sí —replicó el interpelado, poniéndose el bastón bajo el brazo.

—Te vi cierta vez en el Kongóji de Kawachi.

—Sí, claro. Eres Hon'ami Koetsu.

—Me alegro de que estés bien. Por lo que había oído decir, no estaba seguro de que siguieras vivo.

—¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Musashi.

—¿Musashi?

—Sí. Se alojó en mi casa hasta ayer mismo. Tenía varias cartas de Kokura. En una de ellas, Nagaoka Sado decía que te habían hecho prisionero en el monte Kudo. Temía que pudieras haber sido herido o incluso muerto.

—Eso se debió a un error.

—También hemos sabido que Iori vive en casa de Sado.

—¡Entonces está a salvo! —exclamó, con un profundo alivio.

—Sí. Sentémonos a charlar en alguna parte.

Koetsu condujo al fornido experto en el manejo del bastón

a un local cercano. Mientras tomaban té, Gonnosuke le contó cuanto le había sucedido. Por suerte para él, tras una sola mirada Sanada Yukimura había llegado a la conclusión de que no era un espía. Gonnosuke fue liberado y los dos hombres se hicieron amigos. Yukimura no sólo le pidió disculpas por el error de sus subordinados, sino que envió a un grupo de nombres en busca de Iori.

Como no encontraron el cuerpo por ninguna parte, Gonnosuke supuso que el muchacho seguía con vida. Desde entonces se había dedicado a buscarle en las provincias vecinas. Cuando se enteró de que Musashi estaba en Kyoto y era inminente un encuentro entre él y Kojiró, intensificó sus esfuerzos. El día anterior había regresado al monte Kudo, donde Yukimura le informó de que Musashi zarparía hoy hacia Kokura. Había temido ver a Musashi sin Iori a su lado ni tener ninguna noticia que darle sobre el muchacho, pero como ignoraba si volvería a ver vivo a su maestro, acudió al embarcadero de todos modos. Pidió disculpas a Koetsu como si éste fuese víctima de su negligencia.

—No permitas que eso te preocupe —le dijo Koetsu—. Dentro de unos días zarpará otro barco.

—La verdad es que deseaba viajar con Musashi. —Hizo una pausa y luego añadió con vehemencia—: Pensé que este viaje podría ser el punto decisivo en la vida de Musashi. Él se disciplina constantemente, y no es probable que sea derrotado por Kojiró. No obstante, en una pelea de esas características, nunca se sabe, pues interviene un elemento sobrehumano. Todos los guerreros tienen que enfrentarse a él. Ganar o perder depende, en parte, de la suerte.

—La verdad es que no creo que debas preocuparte. La serenidad de Musashi era perfecta. Parecía tener una absoluta confianza en sí mismo.

—Estoy seguro de que es así, pero Kojiró también tiene una gran reputación. Y, desde que entró al servicio del señor Tadatoshi, ha estado practicando y manteniéndose en forma.

—Será una prueba de fuerza entre un hombre que es un genio, pero, desde luego, un tanto engreído, y un hombre ordinario que ha pulimentado al máximo su talento, ¿no crees?

—Yo no llamaría a Musashi ordinario.

—Pero lo es, y eso es precisamente lo más extraordinario de él. No se limita a confiar en los dones naturales que pueda tener. Sabe que es ordinario y siempre trata de mejorarse. Nadie aprecia el tremendo esfuerzo que ha tenido que hacer. Ahora que sus años de adiestramiento han producido un resultado tan espectacular, todo el mundo habla de un «talento concedido por los dioses». Así es como se consuelan los hombres que no se esfuerzan demasiado.

—Te agradezco esas palabras —replicó Gonnosuke.

Tenía la sensación de que Koetsu podría referirse a él mismo tanto como a Musashi. Mientras miraba el ancho y plácido perfil del hombre mayor, pensó: «A él también le ocurre lo mismo».

Koetsu parecía lo que era, un hombre acomodado que se había apartado ex profeso del resto del mundo. En aquel momento sus ojos carecían del brillo que tenían cuando se concentraba en una creación artística. Ahora eran como un mar suave, en calma, sereno, bajo un cielo claro y brillante.

Un joven asomó la cabeza a la puerta y preguntó a Koetsu:

—¿Nos vamos?

—Ah, Matahachi —respondió afablemente Koetsu. Volviéndose a Gonnosuke, le dijo—: Me temo que debo dejarte. Mis compañeros me están esperando.

—¿Regresas por la ruta de Osaka?

—Así es. Si llegamos allí a tiempo, quisiera abordar el barco nocturno hacia Kyoto.

—Bien, en tal caso, recorreré esa distancia contigo. —En vez de aguardar al próximo barco, Gonnosuke había decidido viajar por tierra.

Los tres hombres caminaban uno al lado del otro, y su conversación apenas se desviaba de Musashi, de su condición actual y sus hazañas pasadas. En un momento determinado, Matahachi expresó preocupación.

—Confío en que Musashi venza —dijo—, pero Kojiró es muy listo. Su técnica es increíble, ¿sabéis? —Pero su voz carecía de entusiasmo. El recuerdo de su propio encuentro con Kojiró estaba demasiado vivido en su memoria.

Era la hora del crepúsculo cuando se encontraron en las

atestadas calles de Osaka. De repente, Koetsu y Gonnosuke se dieron cuenta de que Matahachi ya no estaba con ellos.

—¿Adonde puede haber ido? —inquirió Koetsu.

Desandaron sus pasos y le encontraron en el extremo del puente. Estaba mirando, como hechizado, la orilla del río, donde las mujeres de las casas vecinas, una hilera de cabañas destartaladas cubiertas por un tejado único, lavaban utensilios de cocina, descascarillaban arroz y pelaban verduras.

—Tiene una expresión rara en el rostro —observó Gonnosuke.

Éste y Koetsu permanecieron un poco apartados y le observaron.

—Es ella —gritó Matahachi—. ¡Akemi!

En cuanto reconoció a la mujer, el capricho del destino le causó una sorpresa indecible. Pero en seguida la situación pareció tomar un cariz distinto. El destino no hacía jugarretas, sino que se limitaba a enfrentarle con su pasado. Akemi había sido su esposa legal. También sus karmas respectivos estaban entrelazados. Mientras habitaran la misma tierra, estaban destinados a reunirse de nuevo, más tarde o más temprano.

Le había costado reconocerla. El encanto y la coquetería que la joven había tenido hasta hacía solamente un par de años, se habían desvanecido. La delgadez de su rostro era extrema, tenía el cabello sin lavar y recogido en un moño. Vestía un kimono de algodón de mangas tubulares que le llegaba un poco por debajo de las rodillas, la prenda utilitaria de todas las amas de casa urbanas de clase baja. Nada más alejado de las sedas policromas con que se ataviaba cuando se dedicaba a la prostitución.

Estaba acuclillada, en la postura típica de los buhoneros, y tenía en sus brazos un cesto de aspecto pesado, que contenía almejas, abalones y algas. La mercancía aún sin vender sugería que el negocio no era muy boyante.

Un niño como de un año de edad estaba atado a su espalda por medio de una sucia faja de tela.

Más que cualquier otra cosa, fue el niño lo que hizo latir con más fuerza el corazón de Matahachi. Llevándose las palmas a las mejillas, contó los meses. Si el niño estaba en su segundo año, había sido concebido cuando vivían juntos en

Edo... y Akemi estaba embarazada cuando los azotaron a los dos públicamente.

La luz del sol poniente, reflejándose en el río, danzaba en el rostro de Matahachi, dándole el aspecto de estar bañado en lágrimas. Era sordo al ruido y el movimiento del tráfico callejero. Akemi caminaba lentamente río abajo. Matahachi echó a correr tras ella, agitando los brazos y gritando. Kóetsu y Gonnosuke le siguieron.

—¿Adonde vas, Matahachi?

Se había olvidado por completo de los dos hombres. Se detuvo y esperó a que le dieran alcance.

—Lo siento —musitó—. A decir verdad...

¿Verdad? ¿Cómo podía explicarles lo que iba a hacer cuando ni siquiera podía explicárselo a sí mismo? En aquel momento era incapaz de aclarar sus emociones, pero finalmente logró balbucir:

—He decidido no convertirme en sacerdote..., regresar a la vida ordinaria. Aún no he sido ordenado.

—¿Volver a la vida ordinaria? —exclamó Kóetsu—. ¿Así, tan de repente? Humm. Estás raro.

—Ahora no puedo explicarlo. Aunque lo hiciera, probablemente os parecería una locura. Acabo de ver a la mujer con la que viví, y lleva un niño a la espalda. Creo que debe de ser mío.

—¿Estás seguro?

—Sí, bueno...

—Vamos, hombre, cálmate y piensa. ¿Es realmente tu hijo?

—¡Sí! ¡Soy padre! Lo siento, no sabía... Estoy avergonzado. No puedo permitir que ella siga viviendo así, vendiendo el contenido de un cesto como una vagabunda. Tengo que trabajar y ayudar a mi hijo.

Kóetsu y Gonnosuke intercambiaron miradas consternadas. Aunque no estaba del todo seguro de que Matahachi estuviera en su sano juicio, Kóetsu le dijo:

—Supongo que sabes lo que estás haciendo.

Matahachi se quitó la túnica sacerdotal que cubría su kimono ordinario y se la entregó a Kóetsu, junto con su rosario de oraciones.

—Siento molestarte, pero ¿querrás dar esto a Gudo, en el Myóshinji? Te agradecería que le dijeras que me quedaré aquí, en Osaka, conseguiré trabajo y seré un buen padre.

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso? ¿Abandonar el sacerdocio así como así?

—Sí. De todas maneras, el maestro me dijo que podía regresar a la vida ordinaria en cualquier momento que lo deseara.

—Humm.

—Me dijo que no es necesario estar en un templo para practicar la disciplina religiosa. Es más difícil, pero, según él, es más digno de alabanza ser capaz de dominarse uno mismo y mantener la fe en medio de las mentiras, la suciedad y los conflictos..., todas las cosas desagradables del mundo exterior..., que en el entorno limpio y puro de un templo.

—Estoy seguro de que tiene razón.

—He pasado con él más de un año, pero no me ha impuesto un nombre de sacerdote. Siempre me llama simplemente Matahachi. Tal vez me suceda algo en el futuro que sea incapaz de comprender, y entonces acudiré a él de inmediato. Decídselo por mí, ¿queréis?

Tras hablarles así, Matahachi se alejó.

22 El barco nocturno

Una sola nube roja, que parecía un gran gallardete, se cernía a baja altura en el horizonte. Cerca del fondo del mar sin oleaje, terso como una lámina de cristal, había un pulpo.

Alrededor del mediodía una pequeña embarcación estaba amarrada en el estuario del río Shikama, discretamente fuera de la vista. Cuando aumentó la oscuridad del crepúsculo, una delgada columna de humo se elevó de un brasero de arcilla en la cubierta. Una anciana rompía ramitas y alimentaba el fuego.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—No —respondió la muchacha, tendida en el fondo de la embarcación, detrás de unas esteras de juncos. Sacudió débilmente la cabeza, y entonces la levantó y miró a la anciana—. No te preocupes por mí, abuela. Debes cuidar de ti misma. Tienes la voz un poco ronca.

Osugl puso un recipiente de arroz sobre el brasero para preparar unas gachas.

—Lo mío no tiene importancia —le dijo—, pero tú estás enferma. Tienes que comer como es debido, o de lo contrario no tendrás fuerzas cuando llegue el barco.

Otsü retuvo una lágrima y contempló el mar. Había algunas barcas de pescadores de pulpos y un par de buques de carga. El barco de Sakai no se veía por ninguna parte.

—Se está haciendo tarde —dijo Osugi—. Dijeron que el barco llegaría antes del anochecer. —Su voz tenía un dejo quejumbroso.

La noticia de la partida del barco de Musashi se había extendido rápidamente. Cuando llegó a oídos de Jotaro, que estaba en Himeji, éste envió un mensajero para decírselo a Osugi. La anciana, a su vez, se apresuró a ir al Shippoji, donde Otsü estaba postrada, enferma a causa de la paliza que le había dado.

Desde aquella noche terrible, Osugi le había suplicado su perdón tan a menudo y con lágrimas en los ojos, que escucharla había llegado a ser una carga pesada para Otsü. Esta no la consideraba responsable de su enfermedad, y creía que se trataba de una recaída de la dolencia que la tuvo confinada durante varios meses en la casa del señor Karasumaru en Kyoto. Por las mañanas y las tardes tosía mucho y tenía una fiebre ligera. Había perdido peso, lo cual hacía su rostro más hermoso que nunca, pero era una belleza delicada en exceso que entristecía a quienes la veían y hablaban con ella.

No obstante, le brillaban los ojos. En primer lugar, se sentía feliz por el cambio operado en Osugi. La viuda Hon'iden finalmente había comprendido que se había equivocado con respecto a Otsü y Musashi, y era como una mujer renacida. Y Otsü tenía una esperanza surgida de la certidumbre de que el día en que vería de nuevo a Musashi estaba cercano.

Osugi había declarado: «Para compensar toda la desdicha que os he causado, me hincaré de hinojos y rogaré a Musashi que hagamos las paces. Me inclinaré ante él, me disculparé, le persuadiré». Tras anunciar a su propia familia y a todo el pueblo que el compromiso matrimonial de Matahachi con Otsü había quedado anulado, destruyó el documento que contenía la promesa de esponsales. A partir de entonces, se empeñó en decir a todo el mundo que la única persona apropiada como marido para Otsü era Musashi.

Como el pueblo había experimentado cambios a través del tiempo, la única persona a la que Otsü conocía mejor en Miyamoto era Osugi, la cual se ocupó de cuidar a la muchacha, tratando de devolverle la salud. Cada mañana y cada noche la

visitaba en el Shippoji para hacerle las mismas solícitas preguntas: «¿Has comido?» «¿Has tomado la medicina?» «¿Cómo te sientes?».

Un día le dijo con lágrimas en los ojos:

—Si no hubieras vuelto a la vida aquella noche en la cueva, yo también habría querido morir allí.

Hasta entonces la anciana nunca había vacilado antes de tergiversar la verdad o decir flagrantes mentiras. Una de las últimas había sido la de que Ogin, la hermana de Musashi, se encontraba en Sayo. De hecho, nadie había visto a Ogin ni sabía nada de ella desde hacía años. Lo único que se sabía era que estaba casada y vivía en otra provincia.

Así pues, al principio las protestas de Osugi le parecieron a Otsü increíbles. Aun cuando fuese sincera, le parecía probable que su remordimiento desapareciera al cabo de un tiempo. Pero a medida que los días se convertían en semanas, la mujer mostraba más dedicación y atenciones a Otsü.

«Jamás imaginé que en el fondo fuese tan buena persona», se dijo Otsü. Y como el afecto y la amabilidad recién adquiridos de Osugi se hicieron extensivos a cuantos la rodeaban, este sentimiento era ampliamente compartido tanto por la familia como por los aldeanos, aunque muchos expresaron su asombro con menos delicadeza, diciendo, por ejemplo: «¿Qué creéis que le ha pasado a la vieja bruja?».

Incluso Osugi se maravillaba de lo amable que todo el mundo era ahora con ella. Antes, incluso las personas más próximas a ella solían encogerse de temor nada más verla. Ahora, todos le sonreían y le hablaban cordialmente. Finalmente, en una época en que el simple hecho de estar vivo era algo por lo que uno debía estar agradecido, la anciana aprendía por primera vez lo que era ser amada y respetada por el prójimo.

Uno de sus conocidos le preguntó con franqueza:

—¿Qué te ha pasado? Tu cara parece más atractiva cada vez que te veo.

Más tarde, aquel mismo día, Osugi se miró en el espejo y pensó que tal vez así era. El pasado había dejado sus huellas. Cuando se marchó del pueblo, su cabello todavía era negro entreverado de gris. Ahora era completamente blanco. No le

importaba, pues creía que su corazón, por lo menos, ahora estaba libre de negrura.

El barco en el que viajaba Musashi llegó a Shikama y, como de costumbre, atracó para descargar, cargar nuevas mercancías y pasar allí la noche.

El día anterior, después de que Otsü le informara de ello, Osugi le había preguntado:

—¿Qué vas a hacer?

—Iré allí, por supuesto.

—En ese caso, te acompañaré.

Otsü se levantó de su lecho de enferma, y antes de una hora estaban en camino. No llegaron a Himeji hasta el atardecer. Durante todo el trayecto, Osugi vigiló a Otsü como si ésta fuese una niña.

Aquella noche, en la casa de Aoki Tanzaemon, se hicieron planes para celebrar una cena en honor de Musashi en el castillo de Himeji. Suponían que, gracias a su experiencia anterior en el castillo, ahora consideraría un honor que le agasajaran de esa manera. Incluso Jótaro lo creía así.

Tras consultar con los camaradas samurais de Tanzaemon, también se decidió que no sería conveniente que Otsü y Musashi fuesen vistos juntos, pues la gente podía concebir la idea de que ella era su amante secreta. Tanzaemon explicó el quid de la cuestión a Otsü y Osugi, y sugirió que aguardar en la embarcación era una manera discreta de que Otsü estuviera presente y, al mismo tiempo, no diera pábulo a embarazosos chismorreos.

El mar se oscureció y el color desapareció del cielo. Las estrellas empezaron a titilar. Cerca de la casa del tintorero donde vivía Otsü, un contingente de unos veinte samurais de Himeji llevaban esperando desde media tarde para recibir a Musashi.

—Quizá éste no es el día indicado —observó uno de ellos.

—No, no te preocupes por eso —dijo otro—. He enviado un hombre al agente local de Kobayashi para asegurarme.

—Eh, ése es, ¿verdad?

—Así lo parece, a juzgar por la vela.

Ruidosamente se acercaron al borde del agua.

Jotaro les dejó y echó a correr hacia el bote amarrado en el estuario.

—¡Otsü! ¡Abuela! El barco está a la vista... ¡El barco de Musashi! —gritó a las excitadas mujeres.

—¿Lo has visto de veras? ¿Dónde? —le preguntó Otsü, la cual estuvo a punto de caer por la borda al ponerse en pie.

—Ten cuidado —le advirtió Otsü, cogiéndola por detrás.

Permanecieron una al lado de la otra, sus ojos escudriñando la oscuridad. Gradualmente un minúsculo punto distante se convirtió en una gran vela, negra a la luz de las estrellas y que parecía deslizarse directamente hacia ellos.

—¡Ése es! —exclamó Jotaro.

—Rápido, coge la espadilla —dijo Otsü—. Llévanos al barco.

—No hay necesidad de apresurarse. Uno de los samurais que están en la playa irá remando en busca de Musashi.

—¡Entonces tenemos que ir ahora! Una vez esté con ese puñado de hombres, Otsü no tendrá ninguna oportunidad de hablar con él.

—No podemos hacer eso. Se verán luego.

—Dedicas demasiado tiempo a preocuparte por lo que pensarán los demás samurais. Y ésa es la razón de que estemos inmovilizadas en esta barquichuela. Si he de serte sincera, creo que deberíamos haber esperado en la casa del tintorero.

—No, te equivocas. No te das cuenta de las habladurías de la gente. Tranquilízate. Mi padre y yo encontraremos alguna manera de traerle aquí. —Se detuvo a pensar un instante—. Cuando baje a la orilla, irá a casa del tintorero para descansar un poco. Entonces iré a verle y me encargaré de que venga. Vosotras esperad aquí. Pronto estaré de vuelta.

Dicho esto, echó a correr hacia la playa.

—Procura descansar un poco —dijo Osugi.

Aunque Otsü se tendió obedientemente, parecía tener dificultades para respirar.

—¿Otra vez te molesta esa tos? —le preguntó Osugi dulcemente. Se arrodilló y restregó la espalda de la muchacha—. No te preocupes. Musashi estará aquí antes de lo que crees.

—Gracias. Ahora estoy bien.

Una vez remitió el acceso de tos, se arregló y alisó el cabello, procurando parecer un poco más presentable.

A medida que transcurría el tiempo y Musashi no se presentaba, Osugi empezó a ponerse cada vez más nerviosa. Dejando a Otsü en el bote, saltó a la orilla.

Cuando la anciana estuvo fuera de su vista, Otsü empujó el jergón y la almohada detrás de unas esteras, se ató de nuevo el obi y se alisó el kimono. Las palpitations de su corazón no parecían en modo alguno diferentes de las que experimentara cuando era una chica de diecisiete o dieciocho años. La luz roja del fuego en el pequeño fanal, suspendido cerca de la proa, parecía atravesarle el corazón con su calor. Extendiendo su delicado y blanco brazo por encima de la borda, humedeció el peine y volvió a desrizarlo por sus cabellos. Entonces se aplicó unos polvos a las mejillas, pero tan ligeramente que casi no se notaban. Al fin y al cabo, pensó, incluso los samurais, cuando los despiertan bruscamente de un sueño profundo para que acudan a presencia de su señoría, a veces se ponen una bata y disimulan su palidez con un poco de colorete.

Lo que realmente le preocupaba era saber qué iba a decirle. Pensó con temor en quedarse sin palabras, como le sucediera cuando se encontraron en otras ocasiones. No quería decirle nada que le irritara, por lo que tendría que andarse con pies de plomo. Él iba camino de un combate. Todo el país hablaba de ello.

En aquel importante momento de su vida, Otsü no pensaba que Kojiro podría vencer a Musashi, y, sin embargo, no existía la certeza absoluta de que su amado vencería. Podían ocurrir accidentes. Si aquel día cometía algún error, y si Musashi moría luego, ella lo lamentaría durante el resto de su vida. No le quedaría más que llorar hasta la muerte, confiando, como el antiguo emperador chino, en que se reuniría con él en la próxima vida.

Tenía algo que decirle, era imprescindible, al margen de lo que él pudiera decir o hacer. Ella había hecho acopio de las fuerzas necesarias para llegar hasta allí. Ahora el encuentro estaba cercano y el pulso le latía con violencia. Tenía tantas

cosas en su mente que las palabras que deseaba decir no tomaban forma.

Osugi carecía de ese problema. Elegía las palabras que iba a emplear para pedir disculpas por su malentendido y su odio, para desahogar su corazón y pedir perdón. Como prueba de su sinceridad, se encargaría de que la vida de Otsü le fuese confiada a Musashi.

Sólo rompía la oscuridad un ocasional reflejo del agua. La quietud reinó hasta que las pisadas de Jótaro, que llegaba corriendo, se hicieron audibles.

—Por fin has venido, ¿eh? —le dijo Osugi, que todavía estaba en pie en la orilla—. ¿Dónde está Musashi?

—Lo lamento, abuela.

—¿Que lo lamentas? ¿Qué significa eso?

—Escúchame, te lo explicaré todo.

—No quiero ninguna explicación. ¿Viene o no viene Musashi?

—No viene.

—¿No viene? —repitió la anciana, con la voz hueca, llena de decepción.

Jótaro, que parecía muy afectado, relató lo que había sucedido, a saber, que cuando un samurai remó hasta el barco, le dijeron que éste no atracaría allí, pues no había ningún pasajero que quisiera desembarcar en Shikama. La carga había sido transferida a una chalana. El samurai había solicitado ver a Musashi, el cual se acercó a la borda y habló con el hombre, pero le dijo que no iba a desembarcar. Tanto él como el capitán querían llegar a Kokura lo más rápidamente posible.

Cuando el samurai regresó a la playa con ese mensaje, el barco ya se dirigía de nuevo al mar abierto.

—Ya ni siquiera puedes verlo —dijo Jótaro, abatido—. Ha rodeado el pinar en el otro extremo de la playa. Lo lamento. Nadie ha tenido la culpa.

—¿Por qué no fuiste en el bote con el samurai?

—No pensé... De todos modos, ya no hay nada que hacer, es inútil hablar de ello ahora.

—Supongo que tienes razón, pero ¡qué vergüenza! ¿Qué vamos a decirle a Otsü? Tendrás que decírselo tú, Jótaro, yo no

tengo valor para hacerlo. Puedes decirle exactamente lo que ha sucedido..., pero primero intenta calmarla, o su enfermedad se agravará.

Sin embargo, Jotaro no tuvo ninguna necesidad de dar explicaciones. Otsü, sentada tras un trozo de estera, lo había oído todo. El golpeteo del agua contra el costado de la embarcación parecía resignar su corazón al sufrimiento.

«Si hoy no puedo verle, lo haré otro día, en otra playa», se dijo.

Creía comprender por qué Musashi no había querido desembarcar. En todo Honshu occidental y en Kyushu, Sasaki Kojiro era reconocido como el más grande de todos los espadachines. Al desafiar su supremacía, Musashi estaría ardiendo con la determinación de vencer. Su mente estaría concentrada en eso y sólo en eso.

«Pensar que ha estado tan cerca», se dijo con un suspiro. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras contemplaba la vela invisible que se alejaba lentamente hacia el oeste. Se apoyó desconsolada en la borda del bote.

Entonces, por primera vez, tuvo conciencia de una fuerza enorme que crecía con sus lágrimas. A pesar de su fragilidad, algo en lo más profundo de su ser generaba una fuerza sobrehumana. Aunque no lo había comprendido hasta entonces, su fuerza de voluntad era indomable y le había permitido perseverar a través de los largos años de enfermedad y angustia. Su sangre agitada le coloreaba las mejillas, dándole nueva vida.

—¡Abuela! ¡Jotaro!

Los dos caminaron lentamente por la orilla.

—¿Qué ocurre, Otsü? —le preguntó el joven.

—Os he oído hablar.

—¿Eh?

—Sí, pero ya no voy a llorar por ello. Iré a Kokura. Estaré presente en el combate de esgrima... Podemos dar por sentado que Musashi vencerá. En caso contrario, quiero recibir sus cenizas y llevármelas conmigo.

—Pero estás enferma.

—¿Enferma? —Apartó esa idea de su mente. Parecía rebo-

sante de una vitalidad que trascendía la debilidad de su cuerpo—. No penséis en eso. Estoy perfectamente bien. Bueno, tal vez me encuentro algo pachucha, pero hasta que vea el resultado del combate...

Por poco escaparon de sus labios las palabras «estoy decidida a no morir». Las retuvo a tiempo y se atareó haciendo los preparativos para el viaje. Cuando estuvo dispuesta, bajó del bote sin ayuda, aunque para ello tuvo que sujetarse fuertemente a la borda.

23 Un halcón y una mujer

En la época de la batalla de Sekigahara, Kokura era el emplazamiento de una fortaleza al mando del señor Móri Katsunobu de Iki. Desde entonces el castillo había sido reconstruido y ampliado, y ahora tenía un nuevo señor. Sus torres y sus deslumbrantes muros blancos revelaban el poderío y la dignidad de la Casa de Hosokawa, dirigida ahora por Tadatoshi, quien había sucedido a su padre, Tadaoki.

En el breve tiempo transcurrido desde la llegada de Kojiró, el estilo Ganryū, desarrollado sobre la base que había aprendido de Toda Seigen y Kanemaki Jisai, se había extendido por toda la isla meridional de Kyushu. Incluso llegaban hombres de la isla de Shikoku para estudiar bajo su dirección, con la esperanza de que, al cabo de uno o dos años de adiestramiento, les concederían un certificado y recibirían la autorización para regresar a sus casas convertidos en maestros del nuevo estilo.

Kojiro gozaba de la estima de quienes le rodeaban, incluido Tadatoshi, a quien habían oído observar con satisfacción: «Me considero un espadachín muy bueno». En todas las dependencias de la extensa residencia Hosokawa, se convenía en que Kojiró era una persona de «carácter sobresaliente». Y cuando viajaba entre su casa y el castillo, lo hacía lujosamente, con el acompañamiento de siete lanceros. La gente abandonaba sus

ocupaciones para acercarse a él y presentarle sus respetos.

Hasta su llegada, Ujiie Magoshiró, practicante del estilo Shinkage, había sido el instructor jefe de esgrima del clan, pero su estrella palideció rápidamente a medida que la de Kojiró se brillantaba. Kojiró le trataba de un modo grandilocuente. Había dicho al señor Tadatoshi: «No debes permitir que se marche. Aunque su estilo no es vistoso, tiene cierta madurez de la que carecemos los jóvenes». Sugirió que él y Magoshiró dieran lecciones en el dōjō del castillo en días alternos, cosa que se llevó a la práctica.

En un momento determinado, Tadatoshi observó:

—Kojiró dice que el método de Magoshiró no es vistoso, sino maduro. Magoshiró afirma que Kojiró es un genio de la espada con el que no puede medirse. ¿Quién está en lo cierto? Me gustaría ver una demostración.

En consecuencia, los dos hombres accedieron a enfrentarse con espadas de madera en presencia de su señoría. A la primera oportunidad, Kojiró dejó su arma y, sentándose a los pies de su contrario, le dijo:

—No estoy a tu altura. Perdona mi presunción.

—No seas modesto —replicó Magoshiró—. Soy yo quien no es un digno adversario tuyo.

Las opiniones de los testigos estaban divididas: unos creían que Kojiró actuaba así por compasión, mientras que otros consideraban que lo hacía por interés propio. En cualquier caso, su reputación aumentó todavía más.

La actitud de Kojiró hacia Magoshiró siguió siendo caritativa, pero cada vez que alguien mencionaba en términos favorables la creciente fama de Musashi en Edo y Kyoto, se apresuraba a poner las cosas claras.

—¿Musashi? —decía en tono desdeñoso—. Ah, desde luego ha sido lo bastante mañoso para hacerse un nombre. Habla de su estilo con dos espadas, según me han dicho. Siempre ha tenido cierta capacidad natural. Dudo de que haya nadie en Kyoto u Osaka capaz de derrotarle. —Siempre daba la impresión de que se abstenía de decir más.

Cierto día, un guerrero experimentado que visitaba la casa de Kojiró, le dijo:

—Nunca he visto a ese hombre, pero la gente de Miyamoto dice que Musashi es el espadachín más grande desde Kóizumi y Tsukahara, con la excepción de Yagyū Sekishūsai, naturalmente. Todo el mundo parece pensar que, si no es el espadachín más grande, por lo menos ha alcanzado el nivel de un maestro.

Kojiró se echó a reír y sus mejillas se colorearon.

—Bueno, es que la gente está ciega —replicó mordazmente—. Por eso supongo que alguno podría considerarle un gran hombre o un espadachín experto. Eso te demuestra hasta dónde ha llegado el declive del Arte de la Guerra, con respecto tanto al estilo como a la conducta personal. Vivimos en una época en la que un buscador inteligente de publicidad puede dirigir el gallinero, al menos en lo que respecta a la gente ordinaria.

»Ni que decir tiene, yo miro las cosas de un modo diferente. Vi a Musashi cuando intentaba ganar fama en Kyoto hace unos años. Hizo una exhibición de su brutalidad y cobardía en su combate con la escuela Yoshioka en Ichijōji. La palabra cobardía no es un insulto para los de su especie. De acuerdo, el número de sus adversarios era superior, pero ¿qué se le ocurrió hacer? Puso pies en polvorosa en cuanto tuvo ocasión de hacerlo. Considerando su pasado y su petulante ambición, me parece que se trata de un hombre que ni siquiera merece que le escupan encima... ¡Ja, ja! Si un hombre que se pasa la vida tratando de aprender el Arte de la Guerra es un experto, entonces supongo que Musashi lo es. Pero un maestro de la espada..., no, eso no.

Era evidente que, al cantar de tal guisa las alabanzas de Musashi, lo hacía motivado por una afrenta personal, pero su insistencia en imponer este criterio a todo el mundo era tan vehemente que incluso sus admiradores más incondicionales empezaron a sentirse intrigados. Finalmente corrió la noticia de que existía una larga enemistad entre Musashi y Kojiró. Poco después, volaban los rumores de un combate entre los dos hombres.

Al final Kojiró presentó el desafío obedeciendo las órdenes del señor Tadatoshi. Durante los meses transcurridos desde entonces, todo el feudo Hosokawa estaba en vilo y se especulaba sobre la fecha del encuentro y cuál sería el resultado.

Iwama Kakubei, ya muy entrado en años, visitaba a Kojiró

por la mañana y la noche, siempre que encontraba la menor excusa para hacerlo. Una noche, a principios del cuarto mes, cuando incluso las flores de cerezo rosadas de doble pétalo habían caído, Kakubei cruzó el jardín delantero de la casa de Kojiró, pasando junto a las azaleas de un rojo brillante que florecían en las sombras de unas rocas ornamentales. Le hicieron pasar a una habitación interior iluminada tan sólo por la escasa luz del sol poniente.

—Ah, maestro Iwama, me alegro de verte —le dijo Kojiró, quien se encontraba en el exterior, alimentando a un halcón posado en su puño.

—Te traigo noticias —le dijo Kakubei, todavía en pie—. El consejo del clan ha discutido hoy el lugar del encuentro en presencia de su señoría y han llegado a una decisión.

—Toma asiento —le dijo un sirviente desde la habitación contigua.

Con un mero gruñido a modo de agradecimiento, Kakubei se sentó y siguió diciendo:

—Se ha sugerido una serie de lugares, entre ellos Kikunonagahama y la orilla del río Murasaki, pero los han rechazado todos porque o bien eran demasiado pequeños o bien demasiado accesibles al público. Naturalmente, podríamos levantar una valla de bambú, pero ni siquiera eso impediría que la orilla del río se llenara de gente deseosa de emociones.

—Comprendo —replicó Kojiró, todavía mirando atentamente los ojos y el pico del halcón.

Kakubei había esperado que el otro recibiera su información con el aliento un tanto entrecortado, y se quedó cabizbajo. Normalmente un invitado no haría semejante cosa, pero Kakubei dijo:

—Vamos adentro. No es cuestión de tratar este asunto mientras estás aquí afuera.

—Dentro de un momento —replicó Kojiró con indiferencia—. Quiero terminar de dar su comida al ave.

—¿Es éste el halcón que el señor Tadatoshi te regaló después de que cazarais juntos el otoño pasado?

—Sí. Se llama Amayumi. Cuanto más me acostumbro a él, más me gusta.

Arrojó el resto de la comida y, enrollando el cordón con borlas rojas atado alrededor del cuello del pájaro, llamó al joven asistente que estaba detrás de él.

—Ten, Tatsunosuke, devuélvelo a su jaula.

El ave pasó de un puño a otro, y Tatsunosuke echó a andar por el espacioso jardín. Más allá del típico montículo artificial había un pinar, limitado al otro lado por una valla. El recinto se extendía a lo largo del río Itatsu. Muchos otros vasallos de Hosokawa vivían en la vecindad.

—Perdóname por haberte hecho esperar —dijo Kojird.

—No tiene importancia. No es como si fuese un extraño. Cuando vengo aquí, casi me siento como si estuviera en casa de mi hijo.

Una doncella de unos veinte años entró en aquel momento y sirvió el té con gráciles movimientos. Dirigiendo una mirada al recién llegado, le invitó a tomar una taza.

Kakubei movió la cabeza con admiración.

—Me alegro de verte, Omitsu. Estás tan bonita como siempre.

Ella se ruborizó hasta el cuello de su kimono.

—Y tú siempre te ríes de mí —replicó antes de salir rápidamente de la estancia.

—Dices que cuanto más te acostumbras a tu halcón, más te gusta —comentó Kakubei—. ¿Y qué me dices de Omitsu? ¿No sería mejor tenerla a tu lado en vez de un ave de presa? Hace algún tiempo que deseaba preguntarte acerca de tus intenciones respecto a ella.

—¿Por casualidad ha visitado ella tu casa en una u otra ocasión?

—Admito que ha venido a hablarme.

—¿Será estúpida! No me ha dicho una sola palabra de ello.

—Kojird lanzó una mirada airada a la blanca shoji.

—No te irrites por eso. No hay ninguna razón por la que no hubiera de visitarme. —Aguardó hasta que la expresión de Kojird se suavizó un poco, y entonces siguió diciendo—: Que una mujer esté preocupada es lo más natural. No creo que dude de tu afecto por ella, pero cualquiera en su posición se preocuparía por el futuro. ¿Qué será de ella?

—Supongo que te lo contaría todo.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Lo más ordinario del mundo es que eso suceda entre un hombre y una mujer. Uno de estos días querrás casarte. Tienes esta gran casa y muchos servidores. ¿Por qué no?

—¿No puedes imaginar lo que diría la gente si me casara con una muchacha a la que he tenido previamente en mi casa como doncella?

—¿Qué importancia tiene eso? Desde luego, ahora no puedes abandonarla. Si no fuese una novia apropiada para ti, la situación podría ser incómoda, pero esa chica es de buena familia, ¿no? Me han dicho que es la sobrina de Ono Tadaaki.

—Sí, eso es cierto.

—Y la conociste cuando fuiste al ddjō de Tadaaki y le hiciste ver el lamentable estado en que se encontraba su escuela de esgrima.

—Sí. No me enorgullezco de ello, pero no puedo ocultarlo a alguien tan íntimo como tú. Había pensado contarte todo lo sucedido más tarde o más temprano... Como has dicho, sucedió tras mi encuentro con Tadaaki. Ya estaba oscuro cuando partí hacia mi casa, y Omitsu, que por entonces vivía con su tío, cogió un farolillo y me acompañó por la cuesta de Saikachi. Sin pensarlo dos veces, coquetteé un poco con ella por el camino, pero ella lo tomó en serio. Cuando Tadaaki desapareció vino a verme y...

Ahora le tocó a Kakubei el turno de sentirse azorado. Hizo un gesto con la mano para hacer saber a su protegido que ya había oído lo suficiente. En realidad, sólo se había enterado muy recientemente de que Kojirō había aceptado a la muchacha en su casa antes de trasladarse de Edo a Kokura. Le sorprendía no sólo su propia ingenuidad, sino también la capacidad de Kojirō para atraer a una mujer, tener una relación sentimental con ella y mantener en secreto todo el asunto.

—Déjalo todo de mi cuenta —le dijo—. Por el momento, sería bastante inadecuado que anunciaras tu matrimonio. Lo primero es lo primero. Puede hacerse después del combate.

Como muchos otros, confiaba plenamente en que la justifi-

cación definitiva de la fama y la posición de Kojiro tendría lugar al cabo de unos días.

Recordó lo que le había llevado allí y prosiguió:

—Como te he dicho, el consejo ha decidido el lugar del encuentro. Puesto que uno de los requisitos era que esté situado dentro de los dominios del señor Tadatoshi, pero donde las multitudes no tengan fácil acceso, se ha convenido que lo ideal sería una isla. La isla elegida es una de pequeña extensión llamada Funashima, entre Shimonoseki y Moji.

Se quedó unos instantes pensativo antes de continuar.

—Tal vez sería conveniente examinar el terreno antes de que llegue Musashi. Eso podría darte cierta ventaja.

Su razonamiento consistía en que, al conocer la disposición del terreno, un espadachín podía hacerse una idea de cómo procedería la lucha, sabría hasta qué punto debía atarse fuertemente las sandalias, cómo utilizar el terreno y la posición del sol. Como mínimo, Kojiró tendría una sensación de seguridad, cosa que sería imposible si llegaba al lugar por primera vez.

Kakubei sugirió que alquilaran un bote de pesca y, al día siguiente, fuesen a ver la isla de Funashima. Pero Kojiró mostró su desacuerdo.

—Lo fundamental del Arte de la Guerra consiste en la rapidez con que uno consigue una apertura. Incluso cuando un hombre toma precauciones, a menudo sucede que su contrario las ha previsto y ha ideado formas de contrarrestarlas. Es mucho mejor abordar la situación de una manera imparcial y moverse con perfecta libertad.

Al ver la lógica de este argumento, Kakubei no volvió a mencionar la idea de ir a Funashima.

Kojiro llamó a Omitsu, la cual les sirvió sake, y los dos hombres bebieron y charlaron hasta bien entrada la noche. A juzgar por la relajación con que Kakubei tomaba su sake, era evidente que estaba satisfecho de la vida y sentía que sus esfuerzos por ayudar a Kojiro habían sido recompensados.

Entonces le habló como haría un padre orgulloso.

—Creo que sería correcto decírselo a Omitsu. Cuando esto haya terminado, podemos invitar a sus parientes y amigos aquí

para la ceremonia matrimonial. Está muy bien que te entregues con ahínco a la espada, pero también debes tener una familia para que tu nombre se perpetúe. Cuando te hayas casado, sentiré que he cumplido con mi deber hacia ti.

Al contrario que el viejo y alegre servidor del señor feudal, con muchos años de servicio a sus espaldas, Kojird no mostraba ningún signo de embriaguez. Pero de todos modos, últimamente tendía al silencio. Una vez se decidieron los por menores del combate, Kakubei sugirió y Tadatoshi aceptó que liberasen a Kojiró de sus deberes. Al principio había disfrutado de un ocio desacostumbrado, pero a medida que se aproximaba el día señalado y acudían más visitantes, se vio obligado a agasjarles. Últimamente eran pocas las ocasiones en que podía descansar. No obstante, era reacio a encerrarse y hacer que los sirvientes rechazaran a la gente en la puerta. Si hiciera tal cosa, la gente pensaría que había perdido su compostura. f

M

La idea que se le ocurrió fue la de ir al campo a diario, con el halcón sobre el puño enguantado. Cuando el tiempo era bueno, caminar por campos y montañas con el ave por única compañía era beneficioso para su espíritu.

Cuando los ojos azul intenso del halcón, siempre alertas, localizaban una presa en el cielo, Kojiró lo soltaba. Entonces sus propios ojos, igualmente alerta, lo seguían mientras remontaba el vuelo y se lanzaba sobre su víctima. Hasta que las plumas empezaban a caer al suelo, retenía el aliento, inmóvil, como si él mismo fuese el halcón.

—¡Estupendo! ¡Así se hace! —exclamaba cuando el halcón mataba a su presa.

Había aprendido mucho del ave rapaz, y como resultado de aquellas excursiones de caza, su semblante mostraba más confianza a cada día que pasaba.

Al regresar a casa por la noche, se encontraba con Omitsu, cuyos ojos estaban hinchados de tanto llorar. A Kojiró le dolían los esfuerzos que hacía la muchacha para disimular su llanto. A él le parecía inconcebible que Musashi pudiera derrotarle. No obstante, la cuestión de qué sería de Omitsu si él moría en la pelea, cruzaba por su mente.

También veía la imagen de su madre fallecida, a la que apenas había dedicado un pensamiento en muchos años. Y cada noche, cuando se dormía, una visión de los ojos azules del halcón y los hinchados ojos de Omitsu acudía a visitarle, mezclada, de una manera extraña, con el recuerdo huidizo del rostro de su madre.

24 Antes del decimotercer día

Shimonoseki, Mojí, la ciudad fortificada de Kokura... Durante los últimos días muchos viajeros habían acudido a esos lugares, pero pocos se habían marchado. Las posadas estaban al completo y los caballos se alineaban unos al lado de los otros en los postes a los que estaban atados.

El bando promulgado por las autoridades del castillo decía así:

El decimotercer día del presente mes, a las ocho en punto de la mañana, en la isla de Funashima, situada en el estrecho de Buzen, en Nagato, Sasaki Kojiró Ganryū, samurai de este feudo, por orden de su señoría, combatirá con Miyamoto Musashi Masana, rdnin de la provincia de Mimasaka.

Queda rigurosamente prohibido que los seguidores de cualquiera de los dos contendientes acudan en su ayuda y naveguen hasta Funashima. Hasta las diez de la mañana del decimotercer día no se permitirá la entrada en el estrecho a barcos de recreo, de pasajeros y de pesca. Cuarto mes [1612].

El bando fue colocado de manera bien visible en los tabloneros de anuncios situados en todos los cruces principales, embarcaderos y lugares de reunión.

—¿El decimotercer día? Es pasado mañana, ¿verdad?

—Gentes de todas partes vendrán a presenciar el encuentro, para poder hablar de él al regresar a sus casas.

—Claro que vendrán, pero ¿quién irá a presenciar un combate que tendrá lugar en una isla a dos millas de la costa?

—Bueno, si subes a lo alto del monte, puedes ver los pinares de Funashima. La gente vendrá de todos modos, aunque sólo sea para contemplar embobados los barcos y las multitudes en Buzen y Nagato.

—Espero que siga haciendo buen tiempo.

Debido a las restricciones de las actividades marítimas, los barqueros que, en otras circunstancias, habrían obtenido unos buenos beneficios, no podían trabajar. Sin embargo, los viajeros y los habitantes de las poblaciones vecinas vencieron los obstáculos, afanándose por encontrar lugares adecuados desde donde pudieran tener un atisbo de la excitación reinante en Funashima.

Hacia mediodía del undécimo día, una mujer que amamantaba a un bebé deambulaba arriba y abajo delante de una casa de comidas económicas, en el lugar donde la carretera de Moji entraba en Kokura.

La criatura, fatigada por el viaje, no cesaba de llorar.

—¿Tienes sueño? Anda, echa una siestecita. Vamos, vamos, duérmete, cariño.

Akemi golpeaba rítmicamente el suelo con un pie. No llevaba maquillaje alguno. Con un niño al que alimentar, el cambio operado en su vida era considerable, pero no había nada en sus circunstancias actuales que lamentara.

Matahachi salió del local, vestido con un kimono sin mangas de color discreto. El único atisbo de la época en que aspiraba a convertirse en sacerdote era el pMuelo anudado con que se cubría la cabeza, en otro tiempo rasurada.

—Vaya, ¿qué es esto? —dijo—. ¿Todavía llorando? Deberías estar dormido. Entra, Akemi. Yo lo cogeré en brazos mientras comes. Y come mucho, para que tengas leche abundante. —Tomó al niño en brazos y empezó a tararearle una nana.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó alguien detrás de él.

—¿Eh? —Matahachi miró al hombre, incapaz de reconocerle.

—Soy Ichinomiya Gempachi. Nos conocimos hace varios años en el pinar cerca de la avenida Gojo de Kyoto. Supongo que no me recuerdas. —Matahachi siguió mirándole inexpresivamente, y Gempachi añadió—: Ibas por ahí diciendo que te llamabas Sasaki Kojiró.

—¡Ah! —exclamó Matahachi—. El monje del bastón...

—El mismo. Me alegro de volver a verte.

Matahachi se apresuró a hacer una reverencia, lo cual despertó al bebé.

—Vamos, no empieces a llorar de nuevo —le dijo en tono suplicante.

—Tal vez sabrías decirme dónde está la casa de Kójiro —dijo Gempachi—. Tengo entendido que vive aquí, en Kokura.

—Lo siento, pero no tengo la menor idea. Yo mismo soy un recién llegado.

Dos ayudantes de samurai salieron entonces del local, y uno de ellos se dirigió a Gempachi.

—Si buscas la casa de Kojiró, está al lado del río Itatsu. Si quieres, te mostraremos el camino.

—Eres muy amable. Adiós, Matahachi. Volveremos a vernos.

Los ayudantes de samurai se alejaron y Gempachi se apresuró para darles alcance.

Matahachi, al reparar en el polvo y la suciedad de las ropas del hombre, pensó: «A lo mejor ha venido hasta aquí caminando desde Kozuke». Le impresionaba mucho que la noticia del combate se hubiera extendido hasta lugares tan lejanos. Entonces acudió a su mente el recuerdo de su encuentro con Gempachi, y se estremeció. ¡Qué inútil, qué trivial, qué sinvergüenza había sido en aquellos días! Pensar que había tenido incluso la audacia de hacer pasar como propio el certificado de la escuela Chūjō, de asumir la personalidad de... No obstante, el hecho de que pudiera darse cuenta de lo grosero que había sido era una señal esperanzadora. Por lo menos había cambiado desde entonces, y se dijo: «Supongo que incluso un estúpido como yo puede mejorar si permanece despierto y lo intenta».

Akemi, al oír de nuevo el llanto de la criatura, abandonó su comida y salió precipitadamente del local.

—Perdona —le dijo—. Lo cogeré ahora mismo.

Una mujer entrada en años y de aspecto amable se les acercó y dijo:

—¡Qué encantadora criatura! ¿Qué edad tiene? Oh, mira, se está riendo.

Como si hubiera recibido una orden, el criado que la acompañaba se agachó y contempló el rostro del bebé.

Caminaron juntos durante un trecho. Luego, cuando Matahachi y Akemi se desviaron hacia una calle lateral para buscar una posada, la mujer se detuvo.

—Ah, ¿vais por ahí? —Entonces se despidió de ellos y, casi como si acabara de ocurrírsele, les dijo—: También parecéis viajeros, pero ¿sabéis por casualidad dónde está la casa de Sasaki Kojiró?

Matahachi le dio la información que acababa de oír a los dos ayudantes de samurai. Mientras la veía alejarse, musitó sombríamente:

—Me gustaría saber qué estará haciendo mi madre en estos momentos.

Ahora que tenía un hijo propio, había comenzado a apreciar los sentimientos de su madre.

—Anda, sigamos —le dijo Akemi.

Matahachi se levantó y miró inexpresivamente a la anciana. Ésta tendría más o menos la misma edad de Osugi.

La casa de Kojiro estaba llena de invitados.

—Es una gran oportunidad para él.

—Sí, así se establecerá su reputación de una vez por todas.

—Le conocerán en todas partes.

—Eso es cierto, pero no debemos olvidar quién es su adversario. Ganryū deberá tener mucho cuidado.

Muchos habían llegado la noche anterior, y los visitantes no cabían en el gran vestíbulo, las entradas laterales, los pasillos interiores. Algunos procedían de Kyoto u Osaka, otros de Honshu occidental, incluso uno había venido desde el pueblo

de Jokyoji, en la lejana Echizen. Puesto que la casa no contaba con suficientes servidores, Kakubei había enviado algunos de los suyos para que echaran una mano. Samurais que habían estudiado bajo la dirección de Kojiró iban y venían, impacientes y expectantes.

Todos estos amigos y discípulos tenían una sola cosa en común: tanto si conocían a Musashi como si no, éste era el enemigo. El odio más virulento hacia él era el de los samurais provinciales que en alguna ocasión habían estudiado los métodos de la escuela Yoshioka. La humillación de la derrota en Ichijoji roía sus mentes y corazones. Además, la perseverante determinación con la que Musashi había avanzado en su carrera era tal que se había creado muchos enemigos. Por supuesto, los discípulos de Kojiró le despreciaban.

Un joven samurai condujo a un recién llegado desde el vestíbulo hasta el salón atestado y anunció:

—Este hombre ha viajado desde Kózuke.

El hombre se presentó.

—Me llamo Ichinomiya Gempachi —les dijo, y ocupó modestamente su lugar entre ellos.

Un murmullo de admiración recorrió la sala, pues Kozuke se encontraba a mil millas al nordeste. Gempachi dijo que había depositado un talismán traído desde el monte Hakuun en el altar de la casa, y hubo más murmullos de admiración.

—El decimotercer día hará buen tiempo —observó el hombre, echando un vistazo bajo los aleros al rojo sol poniente—. Hoy es el undécimo, mañana el duodécimo, pasado mañana-Uno de los invitados se dirigió a Gempachi.

—Creo que haber venido desde tan lejos para decir una oración por el éxito de Kojiró es muy notable. ¿Tienes alguna relación con él?

—Soy un servidor de la casa de Kusanagi en Shimonida. Mi difunto maestro, Kusanagi Tenki, era el sobrino de Kanemaki Jisai. Tenki conoció a Kojiró cuando éste era todavía un chiquillo.

—Tenía entendido que Kojiro estudió bajo la dirección de Jisai.

—Eso es cierto. Kojiro procedía de la misma escuela que Itó Ittósai. He oído decir que Ittósai dijo muchas veces que Kojiro era un luchador brillante.

Entonces les contó cómo Kojiro había preferido rechazar el certificado de Jisai y crear un estilo propio. También les habló de lo tenaz que había sido Kojiro, incluso de niño. Gempachi siguió hablando por los codos, respondiendo a las ansiosas preguntas que le hacían con detalladas respuestas.

—¿No está aquí el sensei Ganryū? —preguntó un joven ayudante, abriéndose paso entre la muchedumbre.

Al no verle allí, fue de una habitación a otra. Estaba rezongando para sus adentros cuando tropezó con Omitsu, la cual estaba limpiando la habitación de Kojiro.

—Si estás buscando al maestro, le encontrarás en la jaula del halcón —le informó.

Kojiro estaba dentro de la jaula, mirando atentamente los ojos de Amayumi. Había alimentado al ave, le había quitado las plumas sueltas y retenido algún tiempo sobre su puño, y ahora le acariciaba afectuosamente.

—Sensei.

-¿Sí?

—Hay una mujer que dice haber venido de Iwakuni para visitarte. Ha dicho que la conocerás en cuanto la veas.

—Humm. Podría ser la hermana más joven de mi madre.

—¿A qué habitación la llevo?

—No quiero verla. No quiero ver a nadie... En fin, supongo que debo hacerlo. Es mi tía. Llévala a mi habitación.

El hombre salió y Kojiro llamó desde la puerta:

—Tatsunosuke.

—Sí, señor.

Tatsunosuke entró en la jaula y se arrodilló sobre una sola rodilla detrás de Kojiro. Era un discípulo que vivía en la casa y nunca se alejaba demasiado de su maestro.

—No queda mucho que esperar, ¿verdad? —le dijo Kojiro.

—No, señor.

—Mañana iré al castillo y presentaré mis respetos al señor Tadatoshi, a quien no he visto recientemente. Luego, quiero pasar la noche tranquilo.

—Están todos esos invitados. ¿Por qué no te niegas a verlos a fin de que puedas descansar bien?

—Eso es lo que pienso hacer.

—Hay tanta gente aquí que podrías ser derrotado por los mismos que te apoyan.

—No pienses así. Han venido desde cerca y lejos... Que gane o pierda depende de lo que ocurra en la hora señalada. No es del todo una cuestión del destino, pero de todos modos... Así les sucede a los guerreros, una veces ganan y otras pierden. Si Ganryū muere, encontrarás dos testamentos en mi escritorio. Darás uno de ellos a Kakubei y el otro a Omitsu.

—¿Has hecho testamento?

—Sí. Es conveniente que un samurai tome esa precaución. Y una cosa más. El día de la pelea, estoy autorizado a tener un ayudante. Quiero que seas tú. ¿Vendrás conmigo?

—Es un honor que no merezco.

—Amayumi también —dijo, mirando al halcón—. Será un consuelo tenerle a mi lado durante la travesía en barco.

—Lo comprendo perfectamente.

—Muy bien. Ahora veré a mi tía.

Encontró a la mujer sentada en la sala de estar. En el exterior, las nubes nocturnas se habían ennegrecido, como acero recién forjado que acaba de ser enfriado. La blanca luz de una vela iluminaba la habitación.

—Gracias por venir —le dijo mientras tomaba asiento con una gran demostración de reverencia.

Tras la muerte de su madre, su tía le había criado. Al contrario que la madre, su tía no le había mimado lo más mínimo. Consciente del deber que tenía hacia su hermana mayor, se había esforzado resueltamente por convertirle en un digno sucesor del apellido Sasaki y un hombre sobresaliente por derecho propio. De todos sus familiares, ella era la única que prestaba la mayor atención a su carrera y su futuro.

—Kojiro —empezó a decirle en tono solemne—. Comprendo que estás a punto de enfrentarte a uno de los momentos decisivos de tu vida. En casa todo el mundo habla de ello, y pensé que debía verte, por lo menos una vez más. Soy feliz al ver que has llegado tan lejos. —Mientras le hablaba com-

paraba al digno y acomodado samurai que tenía ante ella con el joven que se marchó de casa sin nada más que una espada.

Con la cabeza todavía inclinada, Kojiró replicó:

—Han pasado diez años. Espero que me perdones por no haberme puesto en contacto contigo. No sé si la gente me considera un hombre de éxito o no, pero la verdad es que no he conseguido, ni mucho menos, todo cuanto estoy decidido a conseguir. Por eso no te he escrito.

—No importa. Continuamente han llegado a mis oídos noticias sobre ti.

—¿Incluso en Iwakuni?

—Sí, desde luego. Allí todo el mundo está de tu parte. Si Musashi te derrotara, toda la familia Sasaki, la provincia entera, se sentiría deshonrada. El señor Katayama Hisayasu de H5ki, que se aloja como huésped en el feudo de Kikkawa, se propone traer un grupo considerable de samurais de Iwakuni para presenciar el combate.

—¿De veras?

—Sí. Supongo que se llevará una terrible decepción, puesto que no se permitirá la navegación de ningún barco... Ah, se me olvidaba. Toma, te he traído esto.

Abrió un pequeño hatillo y sacó una túnica interior doblada. Era de algodón blanco con los nombres estampados del dios de la guerra y una diosa protectora a quien los guerreros rendían culto. Un amuleto de buena suerte en sánscrito había sido bordado en ambas mangas por un centenar de admiradoras de Kojiró.

Él le agradeció reverentemente la prenda, llevándosela a la altura de la frente. Entonces le dijo:

—Debes de estar muy cansada del viaje. Puedes quedarte en esta habitación y acostarte cuando lo desees. Ahora, te ruego que me disculpes.

Dejó allí a la mujer y fue a sentarse en otra habitación, a la que pronto llegaron invitados ofreciéndole una variedad de regalos: un amuleto sagrado del santuario de Hachiman en el monte Otoko, una cota de mallas, un pescado enorme, un barril de sake. No pasó mucho tiempo antes de que apenas quedara espacio para tomar asiento.

Si bien todas aquellas personas llenas de buenos deseos eran sinceras al orar por su victoria, no era menos cierto que ocho o nueve de ellas, aunque no dudaban de que vencería, buscaban servilmente favores, con la esperanza de progresar más tarde en la realización de sus propias ambiciones.

«¿Y si yo fuese un ronin?», se preguntó Kojiró. Aunque el servilismo le deprimía, no dejaba de causarle satisfacción el hecho de que sus seguidores confiaran y creyeran en él.

«Debo vencer. He de superar a mi adversario.» Pensar en la victoria le ocasionaba una carga psicológica. Aunque se daba cuenta de ello, no podía evitarlo. «Vencer, vencer, vencer.» Como una ola impulsada por el viento, la palabra seguía repitiéndose sin cesar en algún lugar de su mente. Ni siquiera él podía comprender por qué el impulso primitivo de conquistar asaltaba su cerebro con semejante persistencia.

La noche fue extinguiéndose, pero un buen número de invitados se quedaron para beber y hablar. Era ya muy tarde cuando llegó la noticia.

—Musashi ha llegado hoy. Le han visto desembarcar en Moji y luego caminar por una calle de Kokura.

La reacción fue electrizante, aunque exteriorizada con discreción, en susurros excitados.

—Es razonable.

—¿No deberíamos ir algunos de nosotros allí y echar un vistazo?

25 Al alba

Musashi había llegado a Shimonoseki varios días antes. Puesto que no conocía a nadie allí, como tampoco nadie le conocía a él, pasó el tiempo tranquilamente, sin que le molestaran los aduladores y los chismosos.

En la mañana del undécimo día, cruzó el estrecho de Kammon hasta Moji para visitar a Nagaoka Sado y confirmar su aceptación de la hora y el lugar del combate.

Un samurai le recibió en el vestíbulo, mirándole con desdén, como si pensara: «¡Así que éste es el famoso Miyamoto Musashi!». Pero el joven se limitó a decirle:

—Mi maestro se encuentra todavía en el castillo, pero no tardará en regresar. Por favor, pasa y espéralo.

—No, gracias. No tengo nada más que tratar con él. Si fueras tan amable de darle mi mensaje...

—Pero vienes desde muy lejos. Se sentirá decepcionado si no te ve. Si realmente has de irte, te ruego que por lo menos me permitas decir a los demás dónde te encuentras.

Apenas había entrado en la casa, cuando Iori apareció corriendo y se arrojó en brazos de Musashi.

—Sensei!

Musashi le dio unas palmaditas en la cabeza.

—¿Has estudiado como un buen chico?

—Sí, señor.

—¡Cómo has crecido!

—¿Sabías que estaba aquí?

—Sí, Sado me lo dijo en una carta. También he oído hablar de ti en casa de Kobayashi Tarozaemon, en Sakai. Me alegro de que estés aquí. Vivir en una casa como ésta será bueno para ti.

Iori no le respondió, pero la decepción se reflejaba en su semblante.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Musashi—. No debes olvidar que Sado ha sido muy bueno contigo.

—Sí, señor.

—Y no caigas en la trampa de sentir lástima de ti mismo. Muchos chicos como tú, que han perdido a su padre o su madre, hacen eso. No puedes corresponder al cariño de los demás a menos que seas a tu vez cariñoso y amable.

—Sí, señor.

—Eres un chico listo, Iori, pero debes tener cuidado. No dejes que se imponga la rudeza de tu educación. Domínate, sujeta bien las riendas para controlar tus impulsos. Todavía eres un niño y tienes una larga vida por delante. Protégela cuidadosamente, consérvala hasta que puedas entregarla por una causa realmente buena, por tu país, por tu honor, por el Camino del Samurai. Aférrate a tu vida y haz que sea honesta y valerosa.

Iori tuvo la abrumadora sensación de que aquellas palabras eran una despedida. Su intuición probablemente se lo habría dicho así aun cuando Musashi no hubiera hablado de cuestiones tan serias, pero la mención de la palabra «vida» no dejaba duda alguna. Apenas Musashi la había pronunciado cuando Iori apretó la cabeza contra su pecho. El chico sollozaba sin poder contenerse.

Musashi observó que Iori estaba muy acicalado: llevaba el cabello muy bien peinado y atado detrás de la cabeza y sus calcetines eran de un blanco immaculado. Lamentó haberle sermoneado.

—No llores —le dijo.

—Pero y si tú...

—Deja de lloriquear. La gente va a verte.
—¿Irás..., irás a Funashima pasado mañana?
—Sí, debo hacerlo.
—Vence, por favor, vence. No puedo soportar la idea de no volver a verte.
—¡Ja, ja! ¿Lloras por eso?
—Algunos dicen que no puedes derrotar a Kojiró..., que no deberías haber accedido a batirte con él en primer lugar.
—No me sorprende. La gente siempre dice cosas así.
—Pero puedes vencerle, ¿no es cierto, senseil
—La verdad es que no perdería mi tiempo pensando en eso.
—¿Quieres decir que estás seguro de que no vas a perder?
—Aunque pierda, te prometo que será luchando valientemente.
—Pero si crees que podrías perder, ¿por qué no te vas a alguna parte durante un tiempo?
—Siempre hay un germen de verdad en los peores chismorreos, Iori. Es posible que cometa un error, pero ahora que las cosas han llegado tan lejos, huir sería abandonar el Camino del Samurai, y eso no sólo me deshonraría a mí, sino también a muchos otros.
—Pero ¿no has dicho que debo aferrarme a mi vida y conservarla cuidadosamente?
—Sí, lo he dicho, pero si muero en Funashima, que eso te sirva de lección y evites meterte en peleas que puedan terminar con la pérdida de tu vida. —Al darse cuenta de que se estaba excediendo, cambió de tema—: Ya he pedido que transmitan mis saludos a Nagaoka Sado. Deseo que tú también lo hagas y le digas que le veré en Funashima.
Musashi apartó suavemente al muchacho, que seguía aferrado a él. Cuando se encaminaba al portal, Iori apretó con fuerza el sombrero de juncos que tenía en una mano.
—No..., espera... —fue todo lo que pudo decir.
Se llevó la otra mano a la cara. Los sollozos sacudían sus hombros.
Nuinosuke salió por una puertecilla al lado del portal y se presentó a Musashi.

—Iori parece reacio a dejarte marchar, y yo me inclino a simpatizar con él. Estoy seguro de que tienes otras cosas que hacer, pero ¿no podrías pasar aquí una sola noche?

Musashi le devolvió la reverencia.

—Te agradezco el ofrecimiento —le dijo—, pero creo que no debo aceptarlo. Dentro de un par de días es posible que esté durmiendo para siempre. No creo que sea correcto por mi parte agobiar a los demás en estos momentos. Más tarde podría resultar embarazoso para ellos.

—Eres muy considerado, pero me temo que el maestro se enfurecerá con nosotros por haber permitido que te marcharas.

—Le enviaré una nota explicándoselo todo. Hoy sólo he venido a presentarle mis respetos. Creo que ya debo marcharme.

Al salir del portal, se volvió para encaminarse a la playa, pero antes de que hubiera recorrido medio camino oyó voces a sus espaldas que le llamaban. Miró atrás y vio a un puñado de samurais de la Casa Hosokawa, por su aspecto ya bastante mayores, dos de los cuales tenían el cabello gris. Como no reconoció a ninguno de ellos, supuso que llamaban a otra persona y siguió andando.

Cuando llegó a la orilla se detuvo y contempló el mar. Había varias barcas de pesca ancladas mar afuera, sus velas recogidas y cenicientas a la luz brumosa del crepúsculo. Más allá de la masa mayor de Hikojima, el contorno de Funashima apenas era visible.

—¡Musashi!

—Eres Miyamoto Musashi, ¿no es cierto?

Musashi se volvió hacia ellos, preguntándose que querían de él aquellos viejos guerreros.

—No nos recuerdas, ¿verdad? Es natural, ha pasado mucho tiempo. Me llamo Utsumi Magobeinojó, y los seis somos de Mimasaka. Estuvimos al servicio de la casa de Shimmen, en el castillo de Takeyama.

—Y yo soy Koyama Handayü. Magobeinojó y yo fuimos amigos íntimos de tu padre.

Una ancha sonrisa afloró al rostro de Musashi.

—¡Vaya, esto sí que es una sorpresa!

Su acento, inequívocamente el de su pueblo natal, le evocaba muchos recuerdos infantiles. Tras hacer una reverencia a cada uno de ellos, les dijo:

—Me alegro de veros. Pero decidme, ¿cómo es que estáis aquí todos juntos, tan lejos de casa?

—Bueno, como sabes, la Casa de Shimmen fue desmantelada después de la batalla de Sekigahara. Nos convertimos en rónin y huimos a Kyushu, instalándonos aquí, en la provincia de Buzen. Durante algún tiempo pudimos mantenernos vendiendo protecciones de paja para las patas de los caballos. Más adelante tuvimos una racha de buena suerte.

—¿De veras? Bueno, debo decir que no esperaba encontrarme con amigos de mi padre nada menos que en Kokura.

—También es un inesperado placer para nosotros. Eres un samurai de buena planta, Musashi. Qué pena que tu padre no esté aquí para verte ahora.

Durante unos minutos los viejos samurais comentaron entre ellos la prestancia de Musashi. De repente, Magobeinojó les interrumpió.

—Estúpido de mí. Me olvidaba de por qué hemos venido en tu busca. Te hemos echado a faltar en casa de Sado. Teníamos la intención de pasar una noche contigo. Sado ha tomado todas las disposiciones.

—Es cierto —intervino Handayü—. Ha sido muy rudo por tu parte llegar a la misma puerta principal y marcharte sin ver a Sado. Eres el hijo de Shimmen Munisai, y deberías saber que ese comportamiento no es digno de ti. Anda, vente con nosotros.

Al parecer, el viejo samurai creía que haber sido amigo del padre de Musashi le autorizaba a impartir órdenes al hijo. Sin esperar respuesta, echó a andar, esperando que Musashi le siguiera.

Musashi estuvo a punto de acompañarles, pero no lo hizo.

—Lo lamento, pero creo que no debo ir —les dijo—. Pido disculpas por mi rudeza, pero creo que cometería un error yendo con vosotros.

Todos se detuvieron, y Magobeinojó dijo:

—¿Un error? ¿Qué tiene eso de malo? Queremos darte una bienvenida como es debido. En fin, somos del mismo pueblo, ya sabes.

—Sado también lo espera con ilusión. No querrás ofenderle, ¿verdad?

Magobeinojo, sintiéndose al parecer agraviado, añadió:

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfadado por algo?

—Quisiera ir —respondió Musashi cortésmente—, pero hay que tomar otras cosas en consideración. Aunque probablemente sólo se trata de un rumor, he oído decir que mi combate con Kojiro es un motivo de fricción entre los dos servidores más veteranos de la casa de Hosokawa, Nagaoka Sado e Iwama Kakubei. Dicen que el bando de Iwama tiene la aprobación del señor Tadatoshi, y que Nagaoka trata de reforzar su propia facción oponiéndose a Kojiro.

Los samurais emitieron murmullos de sorpresa. Musashi siguió diciendo:

—Estoy seguro de que eso no es más que pura especulación ociosa, pero aun así, las habladurías de la gente son peligrosas. Lo que le suceda a un rónin no tiene demasiada importancia, pero no quisiera hacer nada que dé pábulo a los rumores y levante sospechas contra Sado o Kakubei. Ambos son hombres valiosos en el feudo.

—Comprendo —dijo Magobeinojo.

Musashi sonrió.

—Bueno, por lo menos ésa es mi excusa. A decir verdad, soy un hombre del campo y se me hace cuesta arriba sentarme entre varios reunidos y hacer gala de cortesía durante toda la velada. Tan sólo quisiera descansar.

Impresionados por la consideración de Musashi hacia los demás, pero todavía reacios a separarse de él, juntaron las cabezas y discutieron la situación.

—Hoy es el día undécimo del cuarto mes —dijo Handayü—. Durante los últimos diez años, nosotros seis nos hemos reunido en esta fecha. Tenemos una regla estricta contra la admisión de personas ajenas al grupo, pero tú eres del mismo pueblo, eres el hijo de Munisai, así que quisiéramos pedirte que vengas con nosotros. Quizá no sea la clase de distracción

que deberíamos ofrecerte, pero no tendrás que preocuparte por ser cortés ni por que te vean o hablen de ti.

—Si me lo planteáis así, me temo que no puedo negarme.

Su aceptación satisfizo enormemente a los viejos samurais. Tras otro breve conciliábulo, convinieron que Musashi se reuniría con uno de ellos, un hombre llamado Kinami Kagashiró, al cabo de un par de horas delante de una casa de té, y que irían por distintas direcciones.

A la hora señalada, Musashi se encontró con Kagashiró, y caminaron cerca de una milla y media desde el centro del pueblo hasta un lugar cercano al puente de Itatsu. Musashi no vio ninguna casa de samurai ni restaurantes, nada más que las luces de una taberna solitaria y una humilde posada, ambas a cierta distancia. Como siempre estaba alerta, empezó a barajar en su mente las distintas posibilidades. No había nada sospechoso en lo que los veteranos samurais le habían contado. Su edad era la apropiada, así como su dialecto. Pero ¿por qué le llevaban a un lugar tan apartado como aquél?

Kagashiró le dejó y se encaminó a la orilla del río. Entonces llamó a Musashi.

—Todos están aquí —le dijo—. Puedes bajar.

El hombre le precedió a lo largo del estrecho sendero sobre el terraplén.

«Tal vez la fiesta tiene lugar en una embarcación», pensó Musashi, sonriendo por su cautela excesiva. Pero allí no había ningún barco. Los encontró sentados sobre esteras de juncos, en postura formal.

—Perdónanos por traerte a semejante lugar —le dijo Magobeinojó—. Aquí es donde celebramos nuestra reunión. Tenemos la sensación de que una suerte especial te ha traído a nosotros. Siéntate y descansa un rato.

Sus modales eran lo bastante solemnes como para recibir a un invitado de honor en un elegante salón con shoji cubierto de plata. Empujó un trozo de estera hacia Musashi.

Éste se preguntó si aquélla era la idea que tenían de la moderación elegante o si habría algún motivo particular para no reunirse en un lugar más público. Pero era un invitado y se

sintió obligado a comportarse como tal. Hizo una reverencia, y se sentó formalmente en la estera.

—Ponte cómodo —le instó Magobeinojo—. Más tarde celebraremos una pequeña fiesta, pero primero hemos de llevar a cabo nuestra ceremonia. No tardaremos mucho.

Los seis hombres volvieron a colocarse de una manera menos informal, y cada uno cogió una gavilla de paja que habían traído consigo y procedieron a tejer protecciones para las patas de los caballos. Apretaban los labios, sin apartar los ojos de su labor, y tenían un aspecto solemne, incluso piadoso. Musashi les observó respetuosamente, percibiendo la fuerza y el fervor en sus movimientos mientras se escupían en las palmas, deslizaban la paja por sus dedos y la trenzaban.

—Supongo que así estará bien —dijo Handayü, depositando en el suelo un par terminado de protecciones equinas, al tiempo que miraba a los demás.

—También yo he terminado.

Colocaron las protecciones de paja delante de Handayü, y entonces se sacudieron y alisaron sus ropas. Handayü amontonó los objetos sobre una mesita en medio del círculo de samurais, y Magobeinojo, el más viejo, se puso en pie.

—Hoy se cumple el duodécimo año desde la batalla de Sekigahara —empezó a decir—, desde aquel día de derrota que jamás se borrará de nuestras memorias. Todos nosotros hemos vivido más de lo que teníamos derecho a esperar, y se lo debemos a la protección y la generosidad del señor Hosokawa. Debemos procurar que nuestros hijos y nietos recuerden la bondad de su señoría hacia nosotros.

El grupo prorrumpió en murmullos de asentimiento. Permanecieron sentados en actitud reverente, los ojos bajos.

—También debemos recordar la liberalidad de los jefes sucesivos de la casa de Shimmen, aunque esa gran casa ya no exista, como tampoco debemos olvidar la desgracia y la desesperanza que nos embargaban cuando llegamos aquí. A fin de recordar tales cosas, celebramos anualmente esta reunión. Ahora recemos como un solo hombre por la salud y el bienestar de todos nosotros.

Los hombres replicaron a coro:

—La bondad del señor Hosokawa, la liberalidad de la Casa de Shimmen, la merced del cielo que nos ha librado de la aflicción. No olvidaremos nada de esto durante un día.

—Ahora llevemos a cabo el homenaje —dijo Magobeinojō.

Se volvieron hacia los blancos muros del castillo de Koku-
ra, que se recortaba débilmente contra el cielo oscuro, e hicieron una reverencia hasta tocar el suelo con la frente. Luego se volvieron en la dirección de la provincia de Mimasaka e hicieron otra reverencia. Finalmente, se colocaron ante las protecciones equinas e hicieron una tercera reverencia. Realizaron cada uno de estos movimientos con la máxima seriedad y sinceridad.

Magobeinojō se dirigió a Musashi:

—Ahora iremos al santuario de ahí arriba y ofreceremos estas protecciones de paja. Entonces empezaremos la fiesta. Si quieres, puedes esperarnos aquí.

El hombre que iba en cabeza transportaba la mesita con los objetos de paja trenzada a la altura de la frente, y los demás le seguían en fila india. Ataron su obra a las ramas de un árbol junto a la entrada del santuario. Entonces, tras batir palmas una sola vez ante la deidad, regresaron al lado de Musashi.

La comida fue sencilla: cocido con taros, tiernos brotes de bambú con pasta de judías y pescado seco, la clase de comida que servían en las granjas de la zona. Pero el sake, las risas y la charla fueron abundantes.

Cuando la atmósfera se hizo jovial, Musashi comentó:

—Es un gran honor para mí que me hayáis invitado, pero vuestra pequeña ceremonia me ha dejado un tanto intrigado. Sin duda tiene algún significado especial para vosotros.

—En efecto —dijo Magobeinojō—. Cuando llegamos aquí como guerreros derrotados, no teníamos a nadie a quien dirigimos. Habríamos preferido la muerte a robar, pero teníamos que comer. Finalmente se nos ocurrió la idea de montar una tienda allí, junto al puente, y hacer protecciones de paja para los caballos. Nuestras manos estaban callosas a causa del adiestramiento con la lanza, por lo que requirió cierto esfuerzo lograr que se acostumbraran a trenzar la paja. Nos dedicamos a

eso durante tres años, vendiendo nuestro producto a los mozos de caballos que pasaban, y así conseguimos mantenernos.

»Los mozos de caballos llegaron a sospechar que el trenzado de paja no era nuestra ocupación habitual, y finalmente alguien habló de nosotros al señor Hosokawa Sansai, el cual, al enterarse de que éramos antiguos vasallos del señor Shimmen, nos envió a un hombre con una proposición de empleos.

Contó que el señor Sansai les había ofrecido un estipendio colectivo de cinco mil fanegas, pero ellos lo rechazaron. Estaban dispuestos a servirle de buena fe, pero consideraban que la relación entre señor y vasallo debería ser de hombre a hombre. Sansai comprendió sus sentimientos y les hizo una oferta de estipendios individuales. También se hizo cargo de la aprensión de sus servidores cuando éstos le dijeron que los seis r5nin no podrían vestirse de una manera adecuada para ser presentados a su señoría. Pero cuando le sugirieron una subvención especial para prendas de vestir, Sansai se negó, aduciendo que eso no haría más que turbarles. En realidad, sus temores eran infundados, pues aunque habían caído muy bajo, todavía eran capaces de vestir prendas almidonadas y llevar dos espadas cuando acudieron a recibir sus nombramientos.

—No nos habría costado olvidar lo duro que había sido nuestro humilde trabajo. De no haber permanecido juntos, no habríamos vivido lo suficiente para llegar al momento en que el señor Sansai nos contrató. Jamás dejaremos de tener presente que la providencia cuidó de nosotros en esos años difíciles.

Al concluir su relato, el viejo samurai alzó una taza en dirección a Musashi y le dijo:

—Perdóname por hablar tanto de nosotros mismos. Sólo quería hacerte saber que somos hombres de buena voluntad, aun cuando nuestro sake no sea de primera calidad ni la comida muy abundante. Queremos que pasado mañana luches con denuedo. Si eres derrotado, no te preocupes, pues nosotros nos ocuparemos de enterrar tus restos.

Musashi aceptó la taza y replicó:

—Me honra hallarme entre vosotros. Es mejor que beber el sake más exquisito en la mansión más elegante. Sólo espero tener tanta suerte como vosotros habéis tenido.

—¡No esperes semejante cosa! Tendrás que aprender a hacer protecciones de paja para las patas de los caballos.

Un sonido de tierra al deslizarse interrumpió sus risas. Todos miraron hacia el terraplén, donde vieron, semejante a un murciélago, la figura de un hombre agazapado.

—¿Quién anda ahí? —gritó Kagashiró, levantándose en el acto.

Otro de los hombres se puso en pie, al tiempo que desenvainaba su espada, y ambos subieron al terraplén y escudriñaron a través de la niebla.

Kagashiró les llamó, riendo.

—Parece ser que era uno de los seguidores de Kojiró. Probablemente cree que somos los ayudantes de Musashi y tenemos una sesión de estrategia secreta. Se ha escabullido antes de que pudiésemos verle bien.

—Comprendo que los seguidores de Kojiró hagan tal cosa —observó uno de los hombres.

El ambiente seguía siendo alegre, pero Musashi decidió no quedarse más tiempo. Lo último que quería era hacer algo que más tarde pudiera causar daño a aquellos hombres. Les agradeció expresivamente su amabilidad y abandonó la reunión, caminando con despreocupación en la oscuridad.

Por lo menos parecía despreocupado.

La fría cólera de Nagaoka por haber permitido que Musashi abandonara su casa recayó sobre varias personas, pero esperó hasta la mañana del duodécimo día para enviar a unos hombres en su busca.

Cuando los hombres le informaron de que no habían podido encontrar a Musashi ni tenían idea de dónde estaba, Sado enarcó sus blancas cejas en un gesto de inquietud.

—¿Qué puede haberle ocurrido? ¿Será posible...? —No quiso concluir su pensamiento.

También el duodécimo día, Kojiró visitó el castillo y fue recibido afectuosamente por el señor Tadatoshi. Tomaron sake juntos y Kojiró se marchó muy alegre, montado en su caballo favorito.

Al anochecer el pueblo hervía de rumores.

—Probablemente Musashi se ha asustado y ha huido.

—No hay ninguna duda. Se ha marchado.

Aquella noche, Sado no pudo conciliar el sueño. Intentó convencerse a sí mismo de que no era posible, que Musashi no era hombre que huyera... No obstante, se habían dado casos de personas en apariencia dignas de confianza que, sometidas a una fuerte tensión, perdían su aplomo. Temiendo lo peor, Sado previó que habría de hacerse el seppuku, la única solución honorable si Musashi, a quien él había recomendado, no se presentaba.

Al alba brillante y clara del decimotercer día, estaba paseando por el jardín, en compañía de Iori, preguntándose una y otra vez:

—¿Me habré equivocado? ¿He juzgado mal a ese hombre?

—Buenos días, señor. —El rostro fatigado de Nuinosuke apareció en la puerta lateral.

—¿Le has encontrado?

—No, señor. Ningún posadero ha visto a nadie que se le parezca.

—¿Has preguntado en los templos?

—Los templos, el dójo y todos los demás lugares frecuentados por los estudiantes de artes marciales. Magobeinojó y su grupo han estado fuera toda la noche y...

—Aún no han regresado —dijo Sado, frunciendo el ceño—. A través de las tiernas hojas de los ciruelos, podía ver el mar azul. Las olas parecían golpear contra su mismo pecho—. No lo entiendo.

Uno tras otro fueron regresando los hombres que habían salido en busca de Musashi, cansados y decepcionados. Se reunieron cerca de la terraza y comentaron la situación en un estado de ánimo rebosante de ira y desesperación.

Según Kinami Kagashiro, que había pasado por la casa de Sasaki Kojiró, varios centenares de seguidores se habían congregado ante el portal. La entrada estaba adornada con banderolas que ostentaban como blasón una alegre genciana, y habían colocado un biombo dorado directamente delante de la puerta por donde iba a salir Kojiró. Al amanecer, contingentes

de sus seguidores habían ido a los tres santuarios principales para rogar por su victoria.

La atmósfera sombría seguía presente en casa de Sado, y la responsabilidad era especialmente dura para los hombres que habían conocido al padre de Musashi, los cuales se sentían traicionados. Si Musashi faltaba a su palabra, les sería imposible dar la cara a sus camaradas samurais y a todo el mundo.

Cuando Sado los despidió, hizo una promesa solemne:

—Encontraremos a ese bastardo, si no es hoy, será otro día. Y cuando demos con él, lo mataremos.

Sado regresó a su habitación y encendió el incienso en el pebetero, como hacía a diario, pero Nuinosuke percibió una gravedad especial en la lentitud de sus movimientos. «Se está preparando», pensó, afligido al pensar que las cosas habían llegado a semejante extremo.

En aquel momento, Iori, que estaba en el extremo del jardín, contemplando el mar, se volvió y preguntó:

—¿Habéis probado en la casa de Kobayashi Tarózaemon?

Nuinosuke comprendió instintivamente que a Iori se le había ocurrido algo importante. Nadie había pensado en ir al establecimiento del agente marítimo, pero era exactamente la clase de lugar que Musashi elegiría para no estar a la vista.

—¡El chico tiene razón! —exclamó Sado, con los ojos brillantes—. ¡Qué estúpidos hemos sido! ¡Vamos allá en seguida!

—Yo también voy —dijo Iori.

—¿Puede venir con nosotros?

—Sí, que venga. Ahora mismo, date prisa... No, espera un momento.

Escribió rápidamente una nota e informó a Nuinosuke de su contenido: «Sasaki Kojiro navegará a Funashima en una embarcación proporcionada por el señor Tadatoshi. Llegará a las ocho de la mañana. Aún tienes tiempo para llegar a esa hora. Te sugiero que vengas aquí y hagas tus preparativos. Te facilitaré un barco para que te lleve a tu gloriosa victoria».

En nombre de Sado, Nuinosuke e Iori obtuvieron del encargado naval del feudo una embarcación rápida. Llegaron a Shimonoseki en un tiempo muy breve, y se dirigieron directamente al local de Tarózaemon.

Preguntaron a un empleado, el cual les dijo:

—Desconozco por completo los detalles, pero parece que hay un joven samurai alojado en la casa del maestro.

—¡Eso es! Le hemos encontrado.

Nuinosuke e Iori se sonrieron mutuamente y recorrieron rápidamente la corta distancia entre el establecimiento y la casa.

Nuinosuke se encaró directamente con Tarózaemon.

—Esto es un asunto del feudo y muy urgente. ¿Está aquí Miyamoto Musashi?

—Sí.

—Alabado sea el cielo. La preocupación por su paradero consume a mi maestro. Vamos, rápido, dile a Musashi que he venido.

Tarózaemon entró en la casa y salió poco después.

—Aún está en su habitación, durmiendo.

—¿Durmiendo? —repitió Nuinosuke, aterrado.

—Anoche estuvo levantado hasta muy tarde, charlando conmigo mientras tomábamos sake.

—Éste no es momento de dormir. Despiértale. ¡Ahora mismo!

El agente marítimo no se dejó intimidar por tanto apresuramiento, y acompañó a Nuinosuke e Iori a una habitación para invitados antes de despertar a Musashi.

Cuando Musashi se reunió con ellos, parecía bien descansado, sus ojos límpidos como los de una criatura de meses.

—Buenos días —les dijo jovialmente mientras tomaba asiento—. ¿En qué puedo servirlos?

El despreocupado saludo de Musashi quitó los humos a Nuinosuke, el cual le entregó en silencio la carta de Sado.

—Qué amable ha sido al escribirme —dijo Musashi, llevándose la carta a la frente antes de romper el sello y abrirla.

Iori perforaba con la mirada a Musashi, el cual actuaba como si el chico ni siquiera estuviera presente. Tras leer la carta, la enrolló y dijo:

—Estoy agradecido por la solicitud de Sado.

Sólo entonces miró a Iori, haciendo que el muchacho bajara la cabeza para ocultar sus lágrimas.

Musashi escribió su respuesta y se la entregó a Nuinosuke.

—Se lo he explicado todo en esta carta —le dijo—, pero de todos modos no dejes de transmitirle mi agradecimiento y mis mejores deseos.

Añadió que no tenían que preocuparse, pues él iría a Funashima en el momento oportuno.

No había nada que pudieran hacer, por lo que se marcharon. Iori no le había dicho una sola palabra a Musashi, ni éste a él. No obstante, los dos se habían comunicado con la mutua lealtad del maestro y el discípulo.

Cuando Sado leyó la respuesta de Musashi, una expresión de alivio apareció en su rostro. La carta decía:

Te agradezco profundamente tu ofrecimiento de una embarcación para ir a Funashima. No me considero digno de semejante honor. Además, no creo que deba aceptarlo. Por favor, considera que Kojiró y yo nos enfrentamos como adversarios y que él utiliza un barco proporcionado por el señor Tadatoshi. Si yo navegara en el tuyo, parecería como si te opusieras a su señoría. No creo que debas hacer nada por mí.

Aunque debería habértelo dicho antes, no lo he hecho porque sabía que insistirías en ayudarme. Antes que implicarte, he preferido alojarme en casa de Tarozaemon, el cual me prestará también una de sus embarcaciones para ir a Funashima, a la hora que considere apropiada. De eso puedes estar seguro.

Profundamente impresionado, Sado contempló en silencio la misiva durante un rato. Era una carta modélica, modesta, atenta, considerada, y ahora el hombre se sentía avergonzado de su agitación del día anterior.

—Nuinosuke.

—Sí, señor.

—Toma esta carta y llévasela a MagobeinojS y sus camaradas, así como a los demás concernidos.

Apenas había salido Nuinosuke, cuando entró un sirviente.
—Si has terminado con tu asunto, señor, deberías prepararte para partir —le dijo.
—Sí, claro, pero todavía hay mucho tiempo por delante —respondió Sado tranquilamente.
—No es pronto. Kakubei ya se ha ido.
—Eso es asunto suyo. Iori, ven un momento.
—Sí, señor.
—¿Eres un hombre, Iori?
—Creo que sí.
—¿Crees que podrás contener las lágrimas pase lo que pase?
—Sí, señor.
—Bien, entonces puedes ir a Funashima conmigo, como mi ayudante. Pero recuerda una cosa: es posible que tengamos que recoger el cadáver de Musashi y traerlo con nosotros. ¿Serás entonces capaz de reprimir el llanto?
—Sí, señor. Lo haré, juro que lo haré.
Apenas Nuinosuke había cruzado apresuradamente la puerta cuando se le acercó una mujer desherrapada.
—Perdona, señor, pero ¿eres un servidor de esta casa?
Nuinosuke se detuvo y la miró con suspicacia.
—¿Qué quieres?
—Discúlpame. Con este aspecto no debería estar delante de tu portal.
—Y bien, ¿entonces por qué lo haces?
—Quería preguntar..., es sobre el combate de hoy. La gente dice que Musashi ha huido. ¿Es eso cierto?
—¡Estúpida fulana! ¿Cómo te atreves? Estás hablando de Miyamoto Musashi. ¿Crees que haría semejante cosa? Espera hasta las ocho de la mañana y verás. Acabo de ver a Musashi.
—¿Le has visto?
—Dime, ¿quién eres?
Ella bajó la vista.
—Soy una conocida de Musashi.
—Humm. Pero ¿siguen preocupándote esos rumores sin fundamento? Muy bien... Tengo prisa, pero te enseñaré una carta de Musashi. —Se la leyó en voz alta, sin reparar en el

hombre de ojos llorosos que miraba por encima de su hombro. Al darse cuenta, Nuinosuke volvió bruscamente la cabeza y preguntó—: ¿Y tú quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

Enjugándose las lágrimas, el hombre hizo una tímida reverencia y respondió:

—Perdona. Acompaño a esta mujer.

—¿Eres su marido?

—Sí, señor. Gracias por mostrarnos la carta. Me siento como si hubiera visto a Musashi en persona. ¿No te ocurre lo mismo, Akemi?

—Sí, me siento mucho mejor. Vamos a buscar un sitio desde donde podamos observar.

La cólera de Nuinosuke se evaporó.

—Si subís a esa elevación, junto a la orilla, podréis ver Funashima. En un día tan claro como hoy, tal vez veáis incluso el banco de arena.

—Sentimos mucho haberte entretenido cuando tienes tanta prisa. Disculpápanos, por favor.

Cuando empezaban a marcharse, Nuinosuke les dijo:

—Esperad un momento. ¿Cómo os llamáis? Si no os importa, quisiera saberlo.

Ellos se volvieron e hicieron sendas reverencias.

—Me llamo Matahachi. Soy natural del mismo pueblo de Musashi.

—Mi nombre es Akemi.

Nuinosuke hizo un gesto de asentimiento y se marchó rápidamente.

La pareja se quedó mirándose unos instantes, luego intercambiaron miradas y se encaminaron a vivo paso a la elevación en la playa. Desde arriba distinguieron Funashima, que sobresalía entre otras pequeñas islas, y más allá, a lo lejos, las montañas de Nagato. Tendieron unas esteras de juncos en el suelo y se sentaron. Oían por debajo de ellos el rumor de las aguas en las que flotaban algunas agujas de pinaza. Akemi tomó el niño que llevaba a la espalda y empezó a alimentarle. Matahachi, con las manos en las rodillas, tenía la mirada fija en la distancia, por encima de las aguas.

26 El matrimonio

Nuinosuke fue primero a casa de Magobeinojo, le mostró la carta y le explicó las circunstancias, tras lo cual se marchó sin quedarse siquiera a tomar una taza de té, y realizó breves visitas a otras cinco casas.

Al salir de la oficina del alguacil, situada junto a la playa, se encaminó al límite de ésta y, colocándose detrás de un árbol, contempló el ajetreo que no cesaba desde primera hora de la mañana. Varios equipos de samurais ya habían salido hacia Funashima, los limpiadores del terreno, los testigos y los guardias, cada grupo en una embarcación diferente. En la playa, otro pequeño barco estaba ya aparejado en espera de Kojiró. Tadatoshi lo había mandado construir especialmente para aquella ocasión, con madera y cordajes de cáñamo nuevos.

Unas cien personas habían acudido para despedir a Kojiró. Nuinosuke reconoció a algunos amigos del espadachín. A muchos otros no los conocía.

Kojiró apuró el té y salió de la oficina del alguacil, acompañado por los guardianes. Había confiado a unos amigos su caballo favorito y caminó a través de la arena hacia el barco. Tatsunosuke le siguió de cerca. La multitud se dispuso silenciosamente en dos hileras, abriendo paso a su paladín. Al ver la

indumentaria de Kojiro muchos imaginaron que ellos mismos estaban a punto de ir al combate.

Vestía un kimono de seda de mangas estrechas, blanco y con unos bordados; encima, un manto sin mangas de color rojo brillante. Su hakama de cuero, de una tonalidad violeta, era del tipo que se recoge justo por debajo de las rodillas y queda fuertemente sujeto, como unas polainas, a las pantorrillas. Parecía que sus sandalias de paja habían sido ligeramente humedecidas para evitar que resbalaran. Además de la espada corta que siempre llevaba al cinto, iba provisto de su Palo de Secar, que no había usado desde que entró al servicio de la Casa de Hosokawa. La serenidad de su cara pálida, de mejillas llenas, contrastaba con el rojo intenso del manto. Aquel día, Kojiro tenía un aire indefinible de magnificencia, casi de belleza.

Nuinosuke observó que la sonrisa de Kojiro era tranquila y confiada. La mostraba a cuantos le rodeaban, y parecía satisfecho y perfectamente sereno.

Kojiro subió a bordo del barco. Tatsunosuke lo hizo después de él. Había dos tripulantes, uno en la proa, mientras que el otro manejaba la espadilla. Amayumi estaba posado en el puño de Tatsunosuke.

Una vez se apartaron de la orilla, el remero movió los brazos con movimientos amplios y lánguidos, y la pequeña embarcación se deslizó suavemente.

Sobresaltado por los gritos de la multitud que se despedía de él clamorosamente, el halcón aleteó.

La multitud se dividió en pequeños grupos que se dispersaron lentamente, maravillándose del porte sereno de Kojiro y rogando para que venciera en aquel combate supremo.

«Debo regresar», se dijo Nuinosuke, recordando su responsabilidad para que Sado partiera a tiempo. Al volverse, vio a una muchacha. Omitsu estaba apoyada en el tronco de un árbol y lloraba. A Nuinosuke le pareció indecoroso quedarse allí mirándola, por lo que desvió los ojos y se alejó sin hacer ruido. De nuevo en la calle, echó un último vistazo a la embarcación de Kojiro y luego miró a Omitsu. «Todo el mundo tiene una vida pública y otra privada —se dijo—. Detrás de toda esa fanfarria, hay una mujer que llora desconsolada.»

A bordo de la embarcación, Kojiro pidió a Tatsunosuke que le diera el halcón y extendió su brazo izquierdo. Tatsunosuke transfirió a Amayumi a su puño y se apartó respetuosamente.

El oleaje era rápido, el día perfecto, con el cielo claro, y el agua cristalina, pero la altura de las olas era excesiva. Cada vez que el agua salpicaba por encima de la borda, el halcón, con evidente ánimo de lucha, encrespaba las plumas.

Cuando habían recorrido aproximadamente la mitad de la distancia hasta la isla, Kojiro le quitó la cinta de la pata y lanzó el ave al aire, diciéndole:

—Vamos, regresa al castillo.

Como si se estuvieran dedicando a la caza acostumbrada, Amayumi atacó a un ave marina en vuelo, enviando abajo una lluvia de plumas blancas. Pero al no oír la llamada de su dueño, se lanzó sobre las islas y entonces remontó el vuelo y desapareció.

Tras liberar al halcón, Kojiro empezó a desprenderse de los amuletos de buena suerte budistas y shintoístas, así como de los escritos con que le habían abrumado sus seguidores, y fue echándolos por la borda uno tras otro, incluso la túnica interior de algodón con el amuleto en sánscrito bordado que le había regalado su tía.

—Ahora puedo relajarme —dijo en voz baja.

Enfrentado a una situación en la que se jugaba la vida, no quería que le molestaran recuerdos ni personalidades. El recordatorio de todas aquellas personas que estaban rezando por su victoria le resultaba una carga. Sus buenos deseos, por muy sinceros que fuesen, eran ahora más un obstáculo que una ayuda. Lo único que importaba en aquellos momentos era él mismo, su ser desnudo.

La brisa salobre le acariciaba el rostro. Guardaba silencio. Sus ojos estaban fijos en los verdes pinares de Funashima.

En Shimonoseki, Tarozaemon pasó ante una hilera de barracas en la playa y entró en su establecimiento.

—¡Sasuke! —exclamó—. ¿No ha visto nadie a Sasuke?

Sasuke era uno de sus empleados más jóvenes, pero también uno de los más espabilados. Era muy apreciado como sirviente de la casa, pero también ayudaba en el negocio de vez en cuando.

—Buenos días —dijo el administrador de Tarózaemon, abandonando su puesto en el despacho de contabilidad—. Sasuke ha estado aquí hasta hace unos momentos—. Se volvió a su ayudante y le ordenó—: Vete en busca de Sasuke, deprisa.

El administrador empezó a informar a su jefe de asuntos comerciales, pero éste le interrumpió, sacudiendo la cabeza como si le persiguiera un mosquito.

—Lo que quiero saber es si alguien ha venido preguntando por Musashi.

—A decir verdad, ya estuvo aquí alguien esta mañana.

—¿El mensajero de Nagaoka Sado? Eso ya lo sé. ¿Alguien más?

El administrador se restregó el mentón.

—Bueno, no lo he visto personalmente, pero me han dicho que un hombre de aspecto desaseado y mirada penetrante se presentó anoche. Llevaba un largo bastón de roble y pidió ver al «sensei Musashi». Tuvieron dificultades para librarse de él.

—Alguien habló más de la cuenta, a pesar de que les dije lo importante que era mantener en secreto la presencia de Musashi.

—Lo sé. También yo se lo dije con toda claridad, pero no hay nada que hacer con los jóvenes. El hecho de que Musashi esté aquí les hace sentirse importantes.

—¿Cómo te libraste del hombre?

—Sóbei le dijo que estaba equivocado, que Musashi nunca ha venido aquí. Al final se marchó, tanto si le creía como si no. Sóbei observó que había dos o tres personas esperándole fuera, entre ellas una mujer.

Sasuke llegó corriendo desde el embarcadero.

—¿Deseabas verme, señor?

—Sí, quería asegurarme de que estás preparado. Es muy importante, ¿sabes?

—Lo comprendo, señor. Estoy en pie desde antes del amanecer. Me he lavado con agua fría y me he puesto un taparrabos nuevo de algodón blanco.

—Muy bien. ¿Está el bote a punto, tal como te encargué anoche?

—Sí, la verdad es que me ha dado poco trabajo. Elegí el bote más rápido y limpio, lo rocié con sal para purificarlo y lo restregué por dentro y por fuera. Estoy preparado para ir adondequiera que se encuentre Musashi.

—¿Dónde está?

—En la orilla, con las demás embarcaciones.

Tras reflexionar un momento, Tarózaemon dijo:

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Demasiadas personas se percatarán de la partida de Musashi y él no desea verse rodeado de gente. Llévalo junto al gran pino, ése al que llaman Pino de Heike. Por allí apenas va nadie.

—Sí, señor.

El establecimiento, generalmente lleno de actividad, estaba casi vacío. Tarózaemon, en un estado de fuerte nerviosismo, salió a la calle. Allí y en Moji, en la orilla contraria, la gente se había tomado el día libre: hombres que parecían samurais de los feudos vecinos, rónin, sabios confucianos, herreros, armeros, artesanos de la laca, sacerdotes, ciudadanos de todas las clases y algunos agricultores de los campos circundantes. Había mujeres perfumadas, cubiertas con velos y tocadas con anchos sombreros de viaje, y esposas de pescadores con niños a la espalda o cogidos de la mano. Todos se movían en la misma dirección general, tratando en vano de aproximarse a la isla, aunque no había ningún lugar estratégico desde donde pudiera verse algo más pequeño que un árbol.

«Sé lo que se propone Musashi», pensó Tarózaemon. Ser abordado por aquella muchedumbre de espectadores, para quienes la pelea no era más que un espectáculo, sería insopor- table.

Al volver a su casa, la encontró limpia como los chorros del oro. En la habitación que daba a la playa, el reflejo del agua oscilaba en el techo.

—¿Dónde has estado, padre? —le preguntó Otsuru al entrar con la bandeja del té—. Te he estado buscando.

—En ninguna parte en particular —respondió él.

Alzó la taza y la miró pensativamente.

Otsuru había ido a pasar una temporada con su amado padre. Casualmente, cuando viajaba desde Sakai en el mismo barco con Musashi, descubrió que ambos tenían vínculos con Iori. Cuando Musashi acudió a presentar sus respetos a Tarozaemon y agradecerle que cuidara del muchacho, el agente marítimo insistió en que Musashi se alojara en su casa y dio instrucciones a Otsuru para que le atendiera.

La noche anterior, mientras Musashi hablaba con su anfitrión, Otsuru había permanecido sentada en la habitación contigua, cosiendo el nuevo taparrabos y la faja abdominal cuyos deseos de ponérselos el día del combate él había manifestado. La muchacha ya le había preparado un nuevo kimono negro, del que se podían desprender en un instante los hilvanes que servían para mantener las mangas y la falda dobladas adecuadamente hasta el momento de su uso.

—¿Dónde está Musashi, Otsuru? ¿Le has servido el desayuno?

—Oh, sí, hace ya bastante rato. Luego cerró la puerta de su habitación.

—Supongo que se está preparando.

—No, todavía no.

—Pues ¿qué está haciendo?

—Al parecer, está pintando.

—¿Ahora?

—Sí.

—Humm. Estuvimos hablando de pintura y le pregunté si pintaría algo para mí. Supongo que debe de haberse dedicado a eso.

—Ha dicho que lo dejaría terminado antes de marcharse. También está haciendo una pintura para Sasuke.

—¿Sasuke? —repitió Tarozaemon, incrédulo. Su nerviosismo aumentaba con rapidez—. ¿Es que no sabe que se está haciendo tarde? Tendrías que ver a toda esa gente que pulula por las calles.

—Por la expresión de su semblante, se diría que se ha olvidado del combate.

—En cualquier caso, éste no es momento de ponerse a pintar. Ve a decírselo así. Hazlo con cortesía, pero que quede bien claro que eso puede esperar hasta más tarde.

—¿Por qué yo? No podría...

—¿Y por qué no? —Su sospecha de que la muchacha estaba enamorada se confirmó. Padre e hija se comunicaron silenciosa pero perfectamente—. ¿Por qué lloras, bobalicona? —rezongó en tono bonachón. Entonces se levantó y fue a la habitación de Musashi.

Éste se hallaba arrodillado en silencio, como si meditara, el pincel, la caja de tinta y el recipiente para pinceles a su lado. Ya había terminado una de las pinturas: una garza debajo de un sauce. El papel que tenía delante aún estaba en blanco. Pensaba en el tema de su próxima composición, o, más exactamente, intentaba adoptar la actitud mental correcta, pues eso era necesario antes de que pudiera visualizar la pintura o conocer la técnica que emplearía.

Veía el papel blanco como el gran universo de la inexistencia. Una sola pincelada daría lugar a la existencia. Podía evocar el viento o la lluvia a voluntad, pero, al margen de lo que trazara, su corazón permanecería en la pintura para siempre. Si su corazón estaba corrompido, la pintura también lo estaría; si estaba lánguido, lo mismo le ocurriría a la pintura. Si intentaba alardear de su habilidad, no podría ocultarlo. Los cuerpos humanos se desvanecen, pero la tinta sigue existiendo. La imagen de su corazón seguiría alentando después de que él mismo hubiera desaparecido.

Se dio cuenta de que sus pensamientos le refrescaban. Estaba a punto de entrar en el mundo de la inexistencia, de dejar que su corazón hablara por sí mismo, independiente de su ego, libre del toque personal de su mano. Intentó vaciarse de todo, en espera de ese estado sublime en el que su corazón podría hablar al unísono con el universo, desprendido de su yo y sin estorbos de ninguna clase.

Los sonidos de la calle no llegaban a su habitación. El combate de hoy le parecía totalmente ajeno a él. Tan sólo era consciente de los trémulos movimientos del bambú en el jardín interior.

—¿Te molesto?

La shoji a sus espaldas se deslizó silenciosamente, y Tarózaemon se asomó. Parecía erróneo, casi malvado, entrometerse, pero fortaleció su ánimo y le dijo:

—Siento molestarte cuando tanto parece disfrutar de tu arte.

—Ah, entra, por favor.

—Es casi la hora de partir.

—Lo sé.

—Todo está dispuesto. Cuanto necesitas lo encontrarás en la habitación contigua.

—Eres muy amable.

—Por favor, no te preocupes por la pintura. Puedes terminarla cuando regreses de Funashima.

—Oh, esto no tiene nada de especial. Esta mañana me sentía muy despejado, y era un buen momento para pintar.

—Pero tienes que pensar en la hora.

—Sí, lo sé.

—Cuando quieras hacer tus preparativos, llámame. Te estaremos esperando.

—Muchísimas gracias. —Tarózaemon se dispuso a marcharse, pero Musashi le preguntó—: ¿A qué hora sube la marea?

—En esta época, la marea está más baja entre las seis y las ocho de la mañana. Más o menos en estos momentos volverá a subir.

—Gracias —le dijo Musashi distraídamente, dirigiendo de nuevo su atención al papel en blanco.

Tarózaemon cerró silenciosamente la shoji y regresó a la sala. Tenía la intención de sentarse y aguardar en silencio, pero no transcurrió mucho tiempo antes de que los nervios se apoderasen de él. Se puso en pie y caminó a la terraza, desde donde se veía la corriente que se deslizaba a través del estrecho. El agua ya se adentraba en la playa.

—Padre.

—Dime.

—Es hora de que parta. He dejado sus sandalias en la entrada del jardín.

—Aún no está preparado.

—¿Todavía pinta?

—Sí.

—Creí que ibas a lograr que dejara de hacer eso y se preparase.

—Sabe la hora que es.

Una pequeña embarcación se detuvo en la playa cercana, y Tarózaemon oyó que le llamaban por su nombre. Era Nuinosuke.

—¿Todavía no ha salido Musashi? —preguntó. Cuando Tarózaemon le respondió negativamente, Nuinosuke se apresuró a decir—: Por favor, dile que se prepare y salga lo antes posible. Kojiró ya ha partido, así como el señor Hosokawa. Mi maestro saldrá de Kokura ahora mismo.

—Haré lo que pueda.

—¡Por favor! Quizá parezco una vieja gruñona, pero queremos asegurarnos de que no llegue tarde. Sería una vergüenza^ que hiciera algo indecoroso a estas alturas.

Se alejó remando apresuradamente, y el agente marítimo y su hija se quedaron, llenos de inquietud, en la terraza. Desde allí contaron los segundos, mirando de vez en cuando hacia la pequeña habitación del fondo, de la que no salía el menor sonido.

Pronto llegó una segunda embarcación con un mensajero procedente de Funashima, enviado para que apresurase a Musashi.

Musashi abrió los ojos cuando oyó el sonido de la shoji al deslizarse. Otsuru no tenía necesidad de anunciar su presencia. Cuando ella le habló sobre la embarcación de Funashima, él asintió y le sonrió afablemente.

—Ya veo —le dijo, y salió de la habitación.

Otsuru contempló el suelo donde él se había sentado. La hoja de papel estaba ahora llena de borrones de tinta. Al principio la tinta parecía una línea amorfa, pero ella pronto vio que se trataba de un paisaje de la variedad en «tinta rota». Aún estaba húmeda.

—Por favor, dale esta pintura a tu padre —le dijo Musashi, alzando la voz por encima de un chapoteo de agua—. Y la otra es para Sasuke.

—Gracias, no tendrías que haberlo hecho.

—Lamento no tener nada mejor que ofreceros, después de las molestias que os he causado, pero confío en que tu padre lo acepte como un recuerdo.

Otsuru replicó solícitamente:

—Regresa esta noche sin falta y siéntate junto al fuego con mi padre, como hiciste anoche.

Al oír el crujido de tela en la habitación contigua, Otsuru se sintió complacida. Por fin Musashi se estaba vistiendo. Entonces volvió a hacerse el silencio, y poco después le vio hablando con su padre. La conversación fue muy breve, tan sólo el intercambio de unas pocas palabras. Cuando pasó a la habitación contigua, la muchacha observó que el samurai había doblado pulcramente sus ropas viejas, dejándolas en una caja que estaba en el rincón. Una sensación de indescriptible soledad se apoderó de ella. Se inclinó y apoyó la mejilla en el kimono todavía cálido.

—¡Otsuru! —la llamó su padre—. ¿Qué estás haciendo? ¡Ya se marcha!

—Sí, padre.

Otsuru se pasó las yemas de los dedos por las mejillas y los párpados, y corrió a reunirse con él.

Musashi se encontraba ya en la puerta del jardín, que había elegido para evitar que le vieran. Padre, hija y otras cuatro o cinco personas de la casa y el negocio llegaron hasta la puerta y se detuvieron allí. Otsuru estaba demasiado sobreexcitada y era incapaz de articular palabra. Cuando Musashi la miró, ella le hizo una reverencia, como todos los demás.

—Adiós —dijo Musashi. Cruzó la puerta baja de hierba trenzada, la cerró tras él y añadió—: Cuidaos.

Cuando los otros alzaron las cabezas, él ya se marchaba rápidamente.

Estuvieron contemplándole un buen rato mientras se alejaba, pero Musashi no volvió la cabeza.

—Supongo que ésa es la manera de ser de un samurai —musitó alguien—. Se marcha así, sin más ni más, nada de discursos ni despedidas solemnes, nada en absoluto.

Otsuru desapareció de inmediato. Al cabo de unos segundos, su padre entró en la casa.

El Pino de Heike se alzaba solitario a unas doscientas varas de la playa. Musashi se encaminó a él con la mente totalmente despejada. Había depositado todos sus pensamientos en la tin-

ta negra de la pintura paisajística. Pintar le había hecho bien, y consideraba que su esfuerzo había sido un éxito.

Ahora navegaría hacia Funashima, Avanzaba con calma, como si aquél fuese un viaje más. No podía saber si regresaría vivo, pero había dejado de pensar en ello. Años atrás, a la edad de veintidós, cuando se aproximaba al pino de ancha copa en Ichijoji, estaba muy emocionado, ensombrecido por una sensación de tragedia inminente, y aferraba su espada solitaria con intensa determinación. Ahora no sentía nada.

No se trataba, ni mucho menos, de que su enemigo de hoy fuese menos temible que el centenar de hombres a los que se había enfrentado. Luchando solo, Kojiro era un adversario más formidable que cualquier ejército que la escuela Yoshioka pudiese haber organizado contra él. Musashi no abrigaba la menor duda de que aquélla iba a ser la pelea fundamental de su vida.

—Sensei!

—¡Musashi!

En la serena mente de Musashi se produjo una ligera conmoción al oír las voces y ver a las dos personas que corrían hacia él. Por un instante se sintió aturdido.

—¡Gonnosuke! —exclamó—. ¡Y la abuela! ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Los dos, mugrientos a causa del largo viaje, se arrodillaron en la arena ante él.

—Teníamos que venir —dijo Gonnosuke.

—Hemos venido a despedirte —dijo Osugi—. Y yo a pedirte disculpas.

—¿Disculpas? ¿A mí?

—Sí, por todo. Debo pedirte que me perdones.

Él la miró a los ojos con una expresión inquisitiva.

—¿Por qué dices eso, abuela? ¿Ha ocurrido algo?

Ella permanecía en pie, las manos juntas en un gesto de súplica.

—¿Qué puedo decir? He cometido tantas maldades que no puedo esperar tu perdón por todas ellas. Todo ha sido... un error horrible. Estaba cegada por el amor a mi hijo, pero ahora conozco la verdad. Por favor, perdóname.

Él se quedó un momento mirándola, y entonces se arrodilló

y le cogió la mano. No se atrevió a alzar los ojos, por temor a que estuvieran humedecidos por las lágrimas. Ver a la anciana tan contrita le hacía sentirse culpable, pero también experimentaba gratitud. La mano de la anciana estaba trémula; incluso la suya le temblaba ligeramente.

Musashi sólo tardó un momento en recobrar su compostura.

—Te creo, abuela, y te agradezco que hayas venido. Ahora puedo enfrentarme a la muerte sin remordimientos, ir al combate con el espíritu libre y el corazón tranquilo.

—Entonces ¿me perdonarás?

—Claro que sí, siempre que tú me perdones por todas las dificultades que te he causado desde que era un chiquillo.

—Por supuesto, pero no sigamos hablando de mí. Hay otra persona que necesita tu ayuda. Alguien a quien consume la tristeza.

La anciana volvió la cabeza, invitándole a mirar.

Bajo el Pino de Heike, observándolo tímidamente, con el rostro pálido y humedecido por la emoción, estaba Otsü.

—¡Otsü! —exclamó.

En un instante estuvo ante ella, sin darse cuenta siquiera de que sus pies le habían transportado allí.

Gonnosuke y Osugi se quedaron inmóviles donde estaban, deseosos de esfumarse en el aire y dejar la orilla sólo para la pareja.

—Has venido, Otsü.

No existían palabras para salvar un abismo de años, para transmitir el caudal de sentimientos que rebosaba en el interior de Musashi.

—No tienes buen aspecto. ¿Estás enferma? —Musitó estas palabras como un verso aislado de un largo poema.

—Un poco.

Con los ojos bajos, ella se esforzaba por conservar su aplomo, por no perder el dominio de sí misma. Aquel momento, tal vez el último, no debía ser desperdiciado.

—¿Es sólo un resfriado? —inquirió él—. ¿O se trata de algo grave? ¿Qué te ocurre? ¿Dónde has estado en los últimos meses?

—El otoño pasado regresé al Shippdji.

—¿Volviste a casa?

—Sí. —Le miró fijamente, sus ojos límpidos como las profundidades del océano, esforzándose por reprimir las lágrimas—. Pero no existe un verdadero hogar para una huérfana como yo. Sólo el hogar que está dentro de mí.

—No hables así. Mira, incluso Osugi parece haberte abierto su corazón, y eso me alegra muchísimo. Tienes que recobrar la salud y aprender a ser feliz... para mí.

—Ahora soy feliz.

—¿Es cierto eso? Si es así, también yo soy feliz..., Otsü...

Se inclinó hacia ella. La joven permanecía erguida y rígida, consciente de la presencia de Osugi y Gonnosuke. Musashi, que se había olvidado de ellos, la rodeó con sus brazos y le acarició la mejilla con la suya.

—Estás tan delgada..., tan delgada. —Percibía emocionado la agitada respiración de la joven—. Te suplico que me perdones, Otsü. Quizá te parezca que no tengo corazón, pero no es cierto, no por lo que a ti respecta.

—Yo..., eso ya lo sé.

—¿Lo sabes? ¿De veras?

—Sí, pero te ruego que me digas una palabra, una sola palabra. Dime que soy tu mujer.

—Si te dijera lo que ya sabes, lo echaría a perder.

—Pero..., pero... —Ella sollozaba con todo su cuerpo, pero en un acceso de energía, le cogió la mano y exclamó—: ¡Dilo! ¡Di que soy tu mujer para toda esta vida!

Él asintió, lentamente, en silencio. Entonces separó uno tras otro los dedos delicados de la muchacha aferrados a su brazo y permaneció erguido.

—La esposa de un samurai no debe llorar y desconsolarse cuando él parte a la guerra. Ríe para mí, Otsü. Despídeme con una sonrisa. Puede que ésta sea la última partida de tu esposo.

Ambos sabían que había llegado el momento. Por un breve instante, él la miró sonriente. Entonces le dijo:

—Hasta luego.

—Sí, hasta luego.

Ella quería devolverle la sonrisa, pero sólo consiguió retener sus lágrimas.

—Adiós.

Musashi se volvió y caminó con firmes zancadas hasta la orilla. Una palabra de despedida afloró a los labios de Otsü, pero se negó a pronunciarla. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, irreprimibles, y ya no podía verle.

El fuerte viento salobre agitaba la cabellera de Musashi. Su kimono aleteaba briosamente.

—¡Sasuke! Acerca un poco más la barca.

Aunque llevaba esperando más de dos horas y sabía que Musashi estaba en la playa, Sasuke había desviado cuidadosamente la mirada. Ahora miró a Musashi y le dijo:

—En seguida, señor.

Con un fuerte y rápido movimiento, hundió el palo en el agua e impulsó la embarcación. Cuando tocó la orilla, Musashi saltó a la proa, y avanzaron mar adentro.

—¡Otsü! ¡Detente! —gritó Jótaro.

Otsü corría hacia el agua. El muchacho corrió tras ella. Gonnosuke y Osugi, sobresaltados, intervinieron en la persecución.

—¡Detente, Otsü! ¿Qué haces?

—¡No seas necia!

Le dieron alcance simultáneamente y la retuvieron.

—No, no —protestó ella, sacudiendo la cabeza lentamente—. No me comprendéis.

—¿Qué..., qué intentas hacer?

—Dejadme que me siente —les dijo con voz serena.

Ellos la soltaron, y la joven caminó con dignidad hasta un lugar a pocas varas de distancia, donde se arrodilló en la arena, al parecer exhausta. Pero había recuperado su fuerza. Enderezó el cuello de su kimono, se alisó el cabello e hizo una reverencia en dirección a la barca de Musashi.

—Ve sin ningún pesar —susurró.

Osugi se arrodilló y también hizo una reverencia. Entonces la imitó Gonnosuke y luego Jótaro. Tras haber efectuado el largo viaje desde Himeji, Jótaro había perdido su oportunidad de hablar con Musashi, a pesar de su intenso anhelo de decirle una palabra de despedida. Su decepción fue suavizada por el conocimiento de que había cedido a Otsü el tiempo que él habría estado con Musashi.

27 El alma de la profundidad

Cuando la marea llegó a su altura máxima, el agua corría por el estrecho como un torrente en crecida al pasar por un angosto desfiladero. Tenían el viento de popa, y la embarcación avanzó con rapidez a través del oleaje. Sasuke parecía orgulloso. Deseaba que aquel día le alabaran por su habilidad en el remo con espadilla.

Musashi estaba sentado en medio de la embarcación, con las rodillas muy separadas.

—¿Se tarda mucho en llegar allí? —inquirió.

—Con esta marea no mucho, pero vamos retrasados.

—Humm.

—Ya hace rato que pasaron las ocho.

—Sí, lo sé. ¿A qué hora crees que llegaremos?

—Probablemente a las diez o poco después.

—Es una hora muy adecuada.

El cielo que Musashi contemplaba aquel día, el mismo cielo que miraba Ganryū, era de un azul profundo. La nieve que cubría las montañas de la sierra de Nagato parecía un gallardete blanco que flotara en un cielo sin nubes. Las casas de Mojigasaki y los repliegues y hendiduras del monte Kazashi eran claramente visibles. En las laderas de las montañas había multitudes que forzaban la vista, tratando de ver las islas lo mejor posible.

—¿Puedo usar esto, Sasuke?

—¿Qué es?

—Este remo roto en el fondo de la barca.

—No lo necesito. ¿Para qué lo quieres?

—Tiene más o menos el tamaño adecuado —respondió Musashi críticamente.

Con una mano extendió hacia fuera el remo algo mojado y cerró un ojo para comprobar si estaba recto. Un borde de la pala estaba partido.

Se colocó el remo sobre una rodilla y, totalmente absorto, empezó a tallarlo con su espada corta. De vez en cuando Sasuke miraba atrás, hacia Shimonoseki, pero Musashi parecía haberse olvidado de quienes habían quedado atrás. ¿Era ésa la manera que tenía un samurai de encarar un combate a vida o muerte? A un ciudadano como Sasuke, le parecía algo frío e inhumano.

Musashi terminó la talla y sacudió las virutas de su hakama.

—¿Tienes algo con que cubrirme? —preguntó.

—¿Sientes frío?

—No, pero el agua me salpica.

—Debe de haber un chaquetón acolchado debajo del asiento.

Musashi cogió la prenda y se la puso sobre los hombros. Entonces sacó unas hojas de papel de su kimono y empezó a enrollarlas y retorcerlas una tras otra, formando una tira. Cuando había unido así más de veinte hojas, las unió por los extremos formando dos cordones, los cuales trenzó entonces para hacer un tasuki, el brazalete usado para atar las mangas detrás durante la lucha. Sasuke había oído decir que hacer tasuki de papel era un arte secreto que se transmitía de generación en generación, pero Musashi llevó a cabo el trenzado de tal manera que parecía algo muy sencillo. Sasuke observó con admiración la destreza de sus dedos y la elegancia con que se deslizó los tasuki sobre los brazos.

—¿Es eso Funashima? —preguntó Musashi, señalando.

—No, es Hikojima. Forma parte del grupo de islas Hahajima. Funashima está a unas mil varas al nordeste. Resulta fácil reconocerla porque es llana y parece un largo banco de arena. Entre Hikojima e Izaki está el estrecho de Ondo. Probablemente habrás oído hablar de él.

—Entonces ahí, al oeste, debe de estar Dairinoura, en la provincia de Buzen.

—Exactamente.

—Ahora lo recuerdo. Las ensenadas e islas de estos alrededores son los parajes donde Yoshitsune ganó la última batalla contra los Heike.

Sasuke se iba poniendo más nervioso a cada golpe de espada. Un sudor frío le perlaba la frente, el corazón le palpitaba. Hablar de cosas sin relación con el combate inminente le producía una sensación muy extraña. ¿Cómo podía un hombre dirigirse a la lucha con semejante tranquilidad?

Sería un combate a vida o muerte, eso era indudable. ¿Luego regresaría él a tierra firme llevando un pasajero o un cadáver cruelmente mutilado? Era imposible saberlo. Sasuke pensó que Musashi era como una nube blanca que flotase en el cielo.

La actitud de Musashi no se debía a ninguna pose, pues lo cierto era que no pensaba absolutamente en nada. En todo caso, estaba un tanto aburrido.

Miró por encima de la borda las agitadas aguas azules. Allí eran profundas, infinitamente profundas, y dotadas de lo que parecía ser la vida eterna. Pero el agua no tenía una forma fija, determinada. ¿No se debía al hecho de que el hombre poseía una forma fija y determinada su imposibilidad de tener una vida eterna? ¿No empieza la verdadera vida sólo cuando se ha perdido la forma tangible?

Desde el punto de vista de Musashi, la vida y la muerte eran similares a la espuma. Sintió que se le ponía la piel de gallina, no a causa de la frialdad del agua sino porque su cuerpo experimentaba una premonición. Aunque su mente se había elevado por encima de la vida y la muerte, su cuerpo y su mente no estaban en armonía. Cuando se olvidaba de cada poro de su cuerpo, así como de su mente, no quedaba dentro de su ser más que el agua y las nubes.

Estaban navegando ante la ensenada de Teshimachi, en Hikojima. Desde donde se hallaban no podían ver que había unos cuarenta samurais en la orilla, observándoles. Todos ellos eran seguidores de Ganryū, y la mayoría estaban al servicio de la Casa de Hosokawa. Violando las órdenes de Hosokawa, ha-

bían navegado a Funashima dos días antes. En la eventualidad de que Ganryū fuese derrotado, estaban dispuestos a vengarse.

Aquella mañana, cuando Nagaoka Sado, Iwama Kakubei y los hombres asignados para que montaran guardia llegaron a Funashima, descubrieron a aquel grupo de samurais, les reconvinieron severamente y les ordenaron retirarse a Hikojima. Pero como la mayoría de los oficiales simpatizaban con ellos, no les castigaron. Una vez hubieran abandonado Funashima, los oficiales no eran responsables de lo que hicieran.

—¿Estáis seguros de que es Musashi? —preguntó uno de ellos.

—Tiene que serlo.

—¿Va solo?

—Eso parece. Lleva un manto o algo parecido sobre los hombros.

—Probablemente lleva puesta una armadura ligera y quiere ocultarla.

—Vamos.

Ansiosos por entrar en combate, se amontonaron en sus botes y permanecieron dispuestos. Todos estaban armados con espadas, pero en el fondo de cada barca había una lanza.

—¡Llega Musashi!

El grito se oyó alrededor de Funashima sólo unos instantes después.

El rumor del oleaje, el sonido del viento entre los pinos y los bambúes armonizaban suavemente. Desde primeras horas de la mañana la islita había tenido un aspecto solitario, pese a la presencia de los oficiales. Una nube blanca que se elevaba desde la dirección de Nagato se deslizó ante el sol, oscureciendo las hojas de los árboles y los bambúes. La nube pasó y apareció de nuevo la luminosidad.

Era una isla muy pequeña. En el norte se alzaba una pequeña colina cubierta de pinos. Al sur el terreno era llano a una altura de aproximadamente la mitad de la colina, hasta que se precipitaba en los bajíos.

Habían instalado un dosel entre unos árboles, a considerable

distancia de la orilla. Los oficiales y sus ayudantes aguardaban silenciosa y discretamente, pues no querían dar a Musashi la impresión de que intentaban realzar la dignidad del paladín local.

Ahora, dos horas después de la señalada, empezaron a exteriorizar su ansiedad y su enojo. En dos ocasiones habían enviado barcas rápidas para avisar a Musashi que se apresurase.

El vigía situado en un arrecife corrió hacia los oficiales y les dijo:

—¡Es él! ¡No hay ninguna duda!

—¿De veras ha venido? —preguntó Kakubei, levantándose sin darse cuenta, lo cual constituyó una grave falta de etiqueta.

Como testigo oficial, se esperaba de él que mantuviera una fría reserva. Sin embargo, su excitación era muy natural y los demás, que la compartían, se levantaron también.

Al darse cuenta de su metedura de pata, Kakubei se dominó e hizo un gesto a los demás para que se sentaran de nuevo. Era esencial que no demostraran en sus acciones o decisiones su preferencia personal por Ganryü. Kakubei miró hacia la zona de espera de Ganryü. Tatsunosuke había colgado de varios melocotoneros silvestres una cortina con el blasón de la genciana. Al lado de la cortina había un cubo de madera nuevo y un cazo con mango de bambú. Ganryü, impaciente tras la larga espera, había pedido agua para beber y ahora descansaba a la sombra de la cortina.

La posición de Nagaoka Sado estaba más allá de la de Ganryü, y ligeramente más alta. Iori estaba a su lado, y les rodeaban guardianes y servidores. Cuando el vigía llegó con la noticia, el rostro del muchacho, incluso sus labios, palidieron. Sado estaba sentado a la manera formal, recto e inmóvil. Tenía el yelmo algo inclinado a la derecha, como si mirase la manga de su kimono. Llamó a Iori en voz baja.

—Sí, señor.

Iori se inclinó hasta tocar el suelo antes de alzar la vista al yelmo de Sado. Incapaz de dominar su excitación, temblaba de la cabeza a los pies.

—Iori —le dijo Sado, mirando fijamente al muchacho—. Observa todo lo que ocurre, no te pierdas un solo detalle. Pien-

sa que Musashi va a jugarse la vida para enseñarte lo que estás a punto de ver.

Iori asintió. Su mirada, fija en el arrecife, era ardiente. La blanca espuma de las rompientes le deslumbraba. El arrecife estaba a unas doscientas varas de distancia, por lo que le sería imposible ver los pequeños movimientos y la respiración de los luchadores, pero lo que Sado quería enseñarle no eran los aspectos técnicos, sino el momento dramático en el que un samurai entabla una lucha a vida o muerte. Esto era lo que permanecería en su mente y le influiría a lo largo de su vida.

El oleaje de la hierba subía y bajaba. Verdes insectos saltaban de un lado a otro. Una mariposa pequeña y delicada se trasladó de una brizna de hierba a otra y luego desapareció de la vista.

—Está cerca de aquí —dijo Iori con voz entrecortada.

La embarcación de Musashi se aproximaba lentamente al arrecife. Eran casi las diez de la mañana.

Ganryū se puso en pie y bajó despacio el montículo entre las zonas de espera. Hizo una reverencia a los oficiales que estaban a derecha e izquierda y caminó sin apresurarse por la hierba hacia la orilla.

El lugar de acceso a la isla era una especie de cala donde el oleaje menguaba hasta reducirse a meras ondulaciones. Musashi veía el fondo a través del agua clara y azul.

—¿Dónde debo desembarcar? —preguntó Sasuke, el cual movía ahora la espadilla con mucha lentitud mientras escudriñaba la costa.

—Sigue recto —le dijo Musashi, al tiempo que se despojaba del chaquetón acolchado.

La proa avanzó poco a poco, pues Sasuke no se atrevía a remar con vigor. Sólo movía ligeramente los brazos, haciendo muy poca fuerza. Se oían en el aire los cantos de los ruiseñores.

—Sasuke.

—Sí, señor.

—Aquí el agua es bastante somera. No es necesario que te aproximes más, pues no quisiera que tu barca sufra daño alguno. Además, en seguida va a cambiar la marea.

Sasuke, en silencio, contempló un pino alto y delgado que

se alzaba solitario. Debajo de él, el viento jugaba con un brillante manto rojo.

Sasuke empezó a señalar hacia allí, pero se dio cuenta de que Musashi ya había visto a su adversario. Sin desviar la mirada de Ganryū, Musashi se sacó del obi una toalla de manos de color rojizo, la dobló a lo largo en cuatro tramos y se ató con ella el cabello agitado por el viento. Entonces se colocó la espada corta en la parte delantera del obi. Desenvainó la espada larga, y la depositó en el fondo de la barca, cubriéndola con una estera de juncos. En la mano derecha blandía la espada de madera que había hecho con el remo roto.

—Ya está bien aquí —le dijo a Sasuke.

Delante de ellos había una extensión de casi doscientos pies de agua. Sasuke dio un par de largas remadas con la espadilla. La embarcación avanzó hasta embarrancar en un bajío, la quilla vibrando al alzarse.

En aquel momento, Musashi, con su hakama subido a ambos lados, saltó al agua, con tal ligereza que apenas produjo un chapoteo. Avanzó con rapidez hacia la orilla. Su espada de madera cortaba la espuma.

Cinco pasos. Diez pasos. Sasuke abandonó la espadilla y le contempló maravillado, olvidando dónde se hallaba y qué estaba haciendo allí.

Mientras Ganryū se alejaba del pino, su manto semejante a un gallardete rojo, la pulimentada vaina de su espada destelló al sol.

A Sasuke le recordó la cola de un zorro plateado. «¡Depri-sa!», pensó, pero Ganryū ya se hallaba en la orilla. Sasuke, seguro de que Musashi estaba sentenciado, no pudo seguir mirando. Se tendió de bruces en la barca, presa de temblores, ocultándose el rostro, como si fuese él quien, de un momento a otro, pudiera ser partido por la mitad de un tajo. •

—¡Musashi!

Ganryū se plantó con resolución en la arena, dispuesto a no ceder una pulgada.

Musashi se detuvo y permaneció inmóvil, expuesto al agua y el viento. Esbozó una sonrisa.

—Kojiro —dijo en voz baja.

Había una ferocidad sobrenatural en sus ojos, una fuerza que tiraba de un modo tan irresistible que amenazaba con atraer inexorablemente a Kojiro al riesgo y la destrucción. Las olas bañaban su espada de madera.

Los ojos de Ganryū parecían despedir fuego. La sed de sangre ardía en sus pupilas, como arco iris de llameante intensidad que trataban de aterrar y debilitar.

—¡Musashi!

No recibió respuesta.

—¡Musashi!

El mar retumbaba amenazador a lo lejos; el oleaje rompía y murmuraba a los pies de ambos hombres.

—Otra vez llegas tarde, ¿eh? ¿Es ésa tu estrategia? A mi modo de ver es una trepa cobarde. Han pasado dos horas desde la hora señalada. He venido aquí a las ocho, como prometí. Te he estado esperando.

Musashi no le replicó.

—Ya hiciste esto en Ichijoji y, anteriormente, en el Rengeoin. Al parecer, tu método consiste en desconcertar a tu adversario haciéndole esperar a propósito. Ese truco no te llevará a ninguna parte con Ganryū. Ahora prepara tu espíritu y avanza valientemente, para que las generaciones futuras no se rían de ti. ¡Adelante y lucha, Musashi!

El extremo de la vaina se alzó detrás de él al desenvainar su gran espada Palo de Secar. Con la mano izquierda, desprendió la vaina del cinto y la arrojó al agua.

Musashi esperó el tiempo suficiente a que una ola rompiera en el arrecife y se retirase. Entonces dijo de repente, en voz baja:

—Has perdido, Kojiro.

—¿Qué? —Ganryū se estremeció hasta el tuétano.

—La pelea ha terminado. Digo que has sido derrotado.

—¿De qué me estás hablando?

—Si fueras a ganar, no habrías arrojado tu vaina. Así has lanzado tu futuro, tu vida.

—¡Palabras! ¡Tonterías!

—Es una lástima, Kojiro. ¿Estás preparado para caer? ¿Quieres que esto termine rápido?

—¡Ven..., ven aquí, bastardo!

—¡Hooo!

El grito de Musashi y el sonido del agua ascendieron al unísono en un crescendo.

Ganryü entró en el agua, con la espada alta por encima de la cabeza, y se enfrentó directamente a Musashi. Una línea de blanca espuma se deslizó sobre la superficie mientras Musashi corría hacia la orilla, por la izquierda de Ganryü. Éste le persiguió.

Los pies de Musashi abandonaron el agua y tocaron la arena casi en el mismo instante que la espada, que todo el cuerpo el Ganryü, se lanzaba hacia él como un pez volador. Cuando Musashi notó que Palo de Secar se le acercaba, su cuerpo estaba todavía en el final del movimiento que le había sacado del agua, inclinado ligeramente adelante.

Sujetó la espada de madera con ambas manos, extendida a la derecha por detrás de él y parcialmente oculta. Satisfecho de su posición, emitió un leve gruñido, un sonido casi imperceptible que el aire llevó al rostro de Ganryü. Palo de Secar parecía haber estado a punto de descargar un tajo hacia abajo, pero osciló un poco y se detuvo. A nueve pies de Musashi, Ganryü cambió de dirección saltando ágilmente a la derecha.

Los dos hombres se miraron fijamente. Musashi, a dos o tres pasos del agua, tenía el mar a su espalda. Enfrente estaba Ganryü, sujetando en alto la espada con ambas manos.

Se hallaban totalmente absortos en el combate letal, y ambos estaban libres de cualquier pensamiento consciente.

El escenario del combate era un vacío perfecto. Pero en los puestos de espera y más allá del sonido de las olas, eran innumerables las personas que retenían el aliento.

Por encima de Ganryü se cernían las plegarias y las esperanzas de quienes creían en él y querían que viviese; por encima de Musashi las plegarias y esperanzas de los otros.

De Sado e Iori, en la isla.

De Otsü, Osugi y Gonnosuke, en la playa de Shimonoseki,

De Akemi y Matahachi, en la colina de Kokura.

Todas sus plegarias se dirigían al cielo.

Abajo, esperanzas, plegarias y dioses no servían de ayuda, como tampoco la suerte. Había sólo un vacío, impersonal y perfectamente imparcial.

¿Es ese vacío, tan difícil de lograr por el ser viviente, la expresión perfecta de la mente que se ha elevado por encima del pensamiento y las ideas trascendentes?

Los dos hombres hablaron sin pronunciar palabra. Entonces llegó a cada uno, inconscientemente, la comprensión del poderío del otro. Los poros de sus cuerpos sobresalían como agujas dirigidas contra el adversario.

Músculos, carne, uñas, pelo, incluso las cejas, todos los elementos corporales que comparten la vida estaban unidos en una fuerza única contra el enemigo, defendiendo al organismo viviente del que formaban parte. Sólo la mente se fusionaba con el universo, clara y serena, como el reflejo de la luna en un estanque en medio de la violencia de un tifón. Alcanzar esa sublime inmovilidad es el logro supremo.

Pareció transcurrir una eternidad, pero en realidad el intervalo fue breve, el tiempo requerido para que las olas llegaran y retrocedieran una docena de veces.

Entonces un gran grito que procedía, más que de la garganta, de las profundidades del ser, destruyó aquel instante. Lo había proferido Ganryü, y le siguió de inmediato el grito de Musashi.

Los dos gritos, como olas airadas rompiendo en una orilla rocosa, enviaron sus espíritus hacia el cielo. La espada del desafiador, elevada tan alto que parecía amenazar al sol, veteó el aire como un arco iris.

Musashi adelantó su hombro izquierdo, movió el pie derecho atrás y varió la posición de la parte superior de su cuerpo, enfrentado a medias a su contrario. Su espada de madera, que sostenía con ambas manos, cortó el aire en el mismo momento en que la punta de Palo de Secar llegaba directamente debajo de su nariz.

La respiración de los dos combatientes se hizo más intensa que el sonido del oleaje. Ahora la espada de madera estaba extendida al nivel de los ojos, y Palo de Secar muy por encima de la cabeza de su portador. Ganryü había retrocedido unos diez pasos, donde tenía el mar a un lado. Aunque en su primer ataque no había podido herir a Musashi, se había colocado en una posición mucho mejor. De haber permanecido donde es-

taba, con el sol reflejándose desde el agua en sus ojos, pronto le habría fallado la vista y, acto seguido, su espíritu, y habría quedado a merced de Musashi.

Con renovada confianza, Ganryü empezó a avanzar poco a poco, ojo avizor, en busca de algún pequeño defecto en la defensa de Musashi y fortaleciendo su propio espíritu para llevar a cabo un movimiento decisivo.

Musashi hizo lo inesperado. En vez de proceder con lentitud y cautela, se dirigió temerariamente hacia Ganryü, la espada proyectada por delante de él, dispuesto a hundirla en los ojos de Ganryü. La desmaña de su movimiento hizo detenerse a Ganryü, el cual casi perdió de vista a Musashi.

La espada de madera se alzó recta en el aire. Impulsándose con todas las fuerzas de sus piernas, Musashi dio un gran salto y, doblando las piernas, redujo su estatura de seis pies a cuatro o quizá menos.

—¡Yaaaa!

La espada de Ganryü silbó en el espacio por encima de él. El golpe falló, pero la punta de Palo de Secar cortó la pequeña toalla enrollada que Musashi se había atado alrededor de la cabeza, haciéndola volar.

Ganryü se confundió, tomándola por la cabeza de su adversario, y en su rostro se esbozó brevemente una sonrisa. Al instante siguiente su cráneo se rompió como grava bajo el golpe de la espada de Musashi.

Mientras Ganryü yacía donde la arena se encontraba con la hierba, su semblante no expresaba la conciencia de una derrota. La sangre le brotaba de la boca, pero sus labios esbozaban una sonrisa de triunfo.

—¡Oh, no!

—¡Ganryü!

Olvidando la rigurosa etiqueta, Iwama Kakubei se puso en pie de un salto, y con él todo su séquito, sus rostros distorsionados por la conmoción. Entonces vieron a Nagaoka Sado e Iori, sentados serenamente en sus bancos. Avergonzados, hicieron un esfuerzo para reprimir el deseo de correr hacia su paladín caído. Intentaron recuperar cierto grado de compostura, pero no podían ocultar su pesar y su desolación. Algunos tragaban

saliva, negándose a creer lo que acababan de ver, y sus mentes estaban en blanco.

En un instante, la isla quedó tan silenciosa y tranquila como lo había estado siempre. Sólo el rumor del viento entre los pinos y la hierba agitada se burlaban de la fragilidad y la impermanencia del género humano.

Musashi contemplaba una pequeña nube en el cielo. Mientras lo hacía, su alma regresó a su cuerpo, y le fue posible distinguir entre la nube y sí mismo, entre su cuerpo y el universo.

Sasaki Kojiró Ganryū no regresó al mundo de los vivos. Tendido de bruces, todavía aferraba su espada. Su tenacidad era aún visible. Su rostro no mostraba el menor signo de angustia. No revelaba más que la satisfacción por haber librado un buen combate, y no lo ensombrecía la menor señal de arrepentimiento.

Al ver en el suelo la pequeña toalla que había llevado enrollada alrededor de la cabeza, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Musashi. Pensó que jamás en esta vida encontraría a otro adversario como aquél. Le invadió una oleada de admiración y respeto. Estaba agradecido a Kojiro por lo que éste le había dado. En fortaleza y en espíritu de lucha había estado a más altura que Musashi, y ésa fue precisamente la razón de que éste hubiera sido capaz de superarse a sí mismo.

¿Qué era lo que había permitido a Musashi derrotar a Kojiro? ¿La habilidad? ¿La ayuda de los dioses? Aunque sabía que no era nada de eso, Musashi jamás fue capaz de expresar verbalmente el motivo. Desde luego, era algo más importante que la fuerza o la providencia divina.

Kojiro había puesto su confianza en la espada de la fuerza y la habilidad. Musashi había confiado en la espada del espíritu. Ésa había sido la única diferencia entre ellos.

En silencio, Musashi caminó diez pasos hasta Kojiró y se arrodilló a su lado. Acercó la mano izquierda a las fosas nasales del caído y observó que aún alentaba muy débilmente. «Con un tratamiento adecuado, podría recuperarse», se dijo Musashi, y quería creerlo, quería creer que el más valiente de todos sus adversarios no perecería.

Pero el combate había terminado. Era hora de irse.

—Adiós —dijo a Kojiro primero y luego a las autoridades sentadas en sus bancos.

Tras hacer una sola reverencia hasta tocar el suelo, corrió al arrecife y saltó a bordo de la embarcación. En su espada de madera no había una sola gota de sangre.

La pequeña barca se hizo a la mar. ¿Quién puede decir con qué rumbo? No se tienen noticias de si los seguidores de Ganyū que estaban en Hikojima intentaron vengarse.

La gente no abandona sus amores y sus odios mientras vive. Las oleadas de sentimiento van y vienen con el paso del tiempo. Durante toda la vida de Musashi hubo quienes le tuvieron inquina por su victoria y criticaron su conducta en aquella ocasión. Decían que se había marchado a toda prisa porque temía represalias, que estaba aturdido, que incluso descuidó ejecutar el golpe de gracia.

El mundo está siempre lleno del resonar de las olas.

Los pececillos, abandonándose a las olas, bailan, cantan y juegan, pero ¿quién conoce el corazón del mar a cien pies de la superficie? ¿Quién conoce su profundidad?

índice

Resumen de los volúmenes anteriores	7
Personajes y lugares	9
Prólogo, por Edwin O. Reischauer.....	11
1. El algarrobo.....	19
2. La locura de Tadaaki	27
3. El aspecto conmovedor de las cosas.....	44
4. Dos palillos de tambor	51
5. El ayudante del demonio.....	58
6. Discípulos fraternos	73
7. La granada.....	93
8. La tierra de los sueños	97
9. El desafío.....	112
10. El pórtico de la gloria	123
11. El sonido del cielo	133
12. El buey desbocado	139
13. La semilla de cáñamo.....	152
14. Barrenderos y vendedores	169
15. Una flor de peral	183
16. El puerto	195
17. El maestro de escritura.....	211
18. El círculo	231
19. El azul de Shikama	237

20. La misericordia de Kannon	255
21. El curso de la vida	265
22. El barco nocturno	274
23. Un halcón y una mujer	283
24. Antes del decimotercer día	292
25. Al alba	301
26. El matrimonio.....	318
27. El alma de la profundidad.....	332